La Paz en el torbellino del progreso

Transformaciones urbanas

en la era del cambio en Bolivia

Hugo José Suárez

IIS-UNAM

Ciudad de México

2017

A Luis Suárez, seguramente él hubiera escrito un libro como éste. A Beatriz Suárez, presente en cada letra de esta historia. Ambos son cómplices y responsables de mi encanto por La Paz y por San Miguel.

“Éstos son los hechos. O, al menos, así los he contado”

(Geertz, 1996: 27)

“Tal vez sea una de las ironías de este nuevo siglo el hecho de que los viejos interrogantes de la escuela de sociología urbana de Chicago hayan resurgido como elementos prometedores y estratégicos para comprender ciertas cuestiones fundamentales de la actualidad” (Sassen, 2007: 133)

INDICE GENERAL

INTRODUCCION 7

PRIMERA PARTE
EL CAMBIO. ENTRE EL VÉRTIGO Y LA ILUSIÓN

I. La Paz: ciudad inquieta 28
- Chuquiago. Puerto de partida
- La Paz por el retrovisor. La visión de los vecinos
- La nueva experiencia urbana en cifras
- Del centro al sur. Una nueva socio-geografía urbana
- Zona Sur. Una nueva partida

Excurso 1. *Chenko total*. Letra y música: Manuel Monroy Ch.

II. De la marginalidad a la frivolidad: Los nuevos estilos de vida 50
- La ciudad oculta de Jaime Saenz.
- "Un salto a la modernidad": Los rostros de un cambio
- El dinamismo de las clases emergentes
- Mamani. El nuevo apellido legítimo
- La transformación del gusto y el consumo
- Entre Abeja Reina y Gabriela Zapata

III. Diez días en La Paz 77
- Preparando viaje
- Tan cerca, tan lejos
- La llegada
- Visita al teleférico
- Api Happy
- Easy Taxi
- Gustu
- Puma Katari
- La vuelta

Excurso 2. Imágenes paceñas en el 2016. Ensayo visual
Excurso 3. Línea blanca. El nuevo teleférico en La Paz (julio 2016)
Excurso 4. Los murales de Mamami-Mamani (julio 2016)

SEGUNDA PARTE
SAN MIGUEL

IV. San Miguel 118

Excurso 5. Una nueva cultura gastronómica: *Revista culinaria*
Excurso 6. Café Alexander (2016)
i. Cuadro 1. Crecimiento actividad económica
ii. Cuadro 2. Actividad comercial en la zona

iii. Cuadro 3. Estructura del uso de suelo
iv. Imagen 1. Foto aérea 1953
v. Imagen 2. Planos originales
vi. Imagen 3. San Miguel original 1969.

V. Los habitantes 146
- Gabriela. La familia asalariada.
- Lourdes. Empresa, negocio, vivienda.
- Arturo. Nueva clase media alta profesional: la vivienda como inversión y forma de vida
- David. El negocio inmobiliario
- Julia. La construcción de un patrimonio familiar

VI. La familia Suárez 168
- Beatriz
- Fernando
- Patricia
- Lucía y Chiara

i. Plano original de la vivienda Luis Suárez. 1970
ii. Primera ampliación.
iii. Segunda ampliación. 1977. Planta principal
iv. Segunda ampliación. 1977. Fachada, elevación y corte.
v. Presupuesto para tercera remodelación nunca llevada a cabo. 2009.

VII. Rayuela de los recuerdos 189
- Escarbando en la memoria
- Casas e historias

TERCERA PARTE
CAJON DE SASTRE

VIII. Un oficio, muchos caminos 208
- Cuatro tensiones
- Tres ejercicios disruptivos
- Chicago desde Nueva York
- Apuntes para una sociología etnográfica
- El sendero sugerente de Sudhir Venkatesh
- Para cerrar

IX. Compañeros de ruta. La agenda de una exploración 231
- La observación fenomenográfica de Edgar Morin
- C.W. Mills. Inagotable
- El microscopio etnográfico de Philippe Bourgois
- Claudio E. Benzecry. Un método para estudiar los matices del apego
- Etnografía experimental de Loic Wacquant
- La farsa del “dejarse llevar” en el tango. María Julia Carozzi

- Ser albañil en la ciudad de México. La etnografía reflexiva Antonio Zirión

X. Una sociología desenfadada 252

- Volver sobre mis pasos: Recuerdos y errores
- "Aquellas pequeñas cosas": estructuras, signos, rastros
- El investigador bajo la alfombra
- Escribir es descubrir
- Y al final ¿qué con la teoría?

Excurso 7. El diario de Zygmunt Bauman
Excurso 8. Richard Sennett: "la importancia de lo que escribo".
Excurso 9. Marshall Berman. El arte de juntar cultura y política, pasado y presente, verdades profundas y luces de colores

CONCLUSIONES 278

BIBLIOGRAFÍA GENERAL 283

INTRODUCCION

I.

Hace quince años era difícil imaginar que Bolivia iba a cambiar tan radicalmente. Ni las hipótesis más descabelladas, ni los visionarios más arriesgados lograron avizorar el porvenir. Otra vez, la realidad superó las expectativas: este es el país de las sorpresas. La política, la economía, la cultura, la vida cotidiana, ya no son las mismas, pero como todo proceso de mutación, las velocidades son distintas, las direcciones pueden ser opuestas. La economía se redistribuye a través de bonos directos a la población y a la vez la banca privada está viviendo su mejor momento; la quinoa –tradicionalmente platillo popular- se ha convertido en producto de exportación, aparece en los banquetes reales europeos, en las tiendas de Nueva York y en los restaurantes gourmet locales; las cholitas se exhiben en múltiples formas, comercios, publicidades y pasarelas.

Este libro analiza los alcances de la transformación en el ámbito de la cultura en la ciudad de La Paz. ¿Qué ha cambiado en la vida urbana de esta ciudad en la era de Evo Morales? ¿Cómo se viven estos cambios, cuál es su profundidad? ¿Qué nuevas prácticas se gestan y cómo se manifiestan? ¿Qué imaginarios están en juego? Estas preguntas podrían tener distintas respuestas y acentos dependiendo de dónde se apuntara la mirada. Una posibilidad sería analizar los planes de desarrollo urbano de las élites administrativas, otra concentrarse en las condiciones económicas que los permitieron, una más focalizarse en las tensiones políticas, sus procesos y sus implicaciones –como lo hizo de manera muy sugerente Calderón en el texto *La política en las calles* publicado inicialmente en 1982-. Aquí lo que primará será la observación de las prácticas, *los estilos de vida*, las formas de apropiación, de producción y reproducción de una nueva cultura urbana en una era atravesada por la globalidad y por un proceso político y social extra-ordinario. En lugar de ocuparse del Estado y sus actores -lo que se hace muy a menudo- en estas páginas el protagonista será el ciudadano y sus vicisitudes y los imaginarios desplegados desde la cultura. Así, la primera parte de este volumen, titulada "El cambio, entre el vértigo y la ilusión", contiene tres capítulos que buscan mostrar las características de las mutaciones. Ahí se podrán encontrar desde fotografías y ensayos visuales, hasta

estadísticas que muestran el crecimiento de la clase media urbana o evocaciones a producciones cinematográficas o literarias. Todo buscando retratar el tipo de ciudad en la actualidad.

Particularmente, en este estudio me concentraré en el barrio San Miguel y sus habitantes. Esta zona que nació a finales de los sesenta se ha convertido en unas décadas en el segundo polo en importancia de la ciudad. Sus antiguas calles donde los niños corrían en bicicletas, ahora están llenas de automóviles, tiendas altamente sofisticadas, bancos y cafés. El valor del metro cuadrado ha subido por los cielos y, quienes con esfuerzo tuvieron una casa clasemediera de 300 metros cuadrados y unos 10.000 dólares de inversión –con un préstamo a ser cancelado en veinte años-, hoy duermen en un piso de oro. Decenas de las antiguas casas de tres dormitorios se han convertido en edificios de cinco pisos con elegantes y lujosos departamentos y oficinas, se han construido avenidas que facilitan el acceso, se ha intensificado el trasporte púbico y ha crecido enormemente la vida comercial. Para esta investigación San Miguel es el laboratorio desde donde se puede analizar las dimensiones del cambio vivido en La Paz, es aquella "pequeña unidad social" –a la que se referían Elías y Scotson- entendida "como el núcleo de una investigación sobre problemas que pueden encontrarse en una variedad de unidades sociales más grandes y diferenciadas", y que a la vez "posibilita la exploración de estos problemas con gran detalle" (2016: 29).

Pero el mayor acento está en entender el tipo de vecino que habita ese barrio, cuál es su relación con el espacio íntimo de su hogar y con el espacio público, cómo percibe las transformaciones en su entorno, cómo se relaciona con los otros, con su vereda, con sus muros. Por eso, la segunda parte se ocupa de San Miguel a través de cuatro capítulos. En el primero se muestra la evolución de ese conjunto que empezó convirtiendo el antiguo hipódromo en lugar habitacional y terminó siendo el eje comercial del sur, para luego pasar a explorar cómo los vecinos viven esa evolución desde la cotidianidad. En el capítulo *Los habitantes* se exploran distintas maneras de concebir el espacio -desde la visión estrictamente empresarial, hasta el apego o la construcción de un patrimonio que se concentra en el inmueble-, la relación con el vecino, la evolución del núcleo básico de parientes y los respectivos reacomodos

internos, la historia de las modificaciones en su inmueble. El capítulo *La familia Suárez* –evocando de alguna manera el tratamiento de la información y la narrativa de Oscar Lewis tanto en *Los Hijos de Sánchez* (2012) como en *Antropología de la pobreza* (2011)- se introduce al interior de un núcleo familiar típico cuya casa concentra su trayectoria social y refleja parte de la historia política del país. Por último *Rayuela de los recuerdos* recupera memorias y escenas del pasado. En la tercera parte se reflexiona sobre el método, al que me referiré adelante.

II.

Al estudiar el gran cambio de Lima, el sociólogo Danilo Martuccelli revela "el fuerte acuerdo" entorno a la importancia del proceso y la conclusión de que aquella ciudad ha devenido en los últimos años una "sociedad compleja". Lo incierto, dice el autor es el sentido de la mutación (Martuccelli, 2015:13). Argumento similar se puede utilizar al observar Bolivia y particularmente la ciudad de La Paz: todos coinciden en que algo cambia, pero no en su profundidad ni en su dirección.

Las diferentes lecturas interpretativas de la realidad nacional apuntan a profundos ajustes. En el 2009, Tapia hablaba de una "crisis de Estado": "estamos viviendo una coyuntura de transición, de cambio sustantivo en la relación de fuerzas, cuyo rasgo central consiste en que el viejo bloque político-económico dominante ha sido expulsado electoralmente del poder ejecutivo a nivel del gobierno central y se ha vuelto minoría en el legislativo" (Tapia, 2009: 7)[1].

Desde otra acera político-intelectual, Fernando Mayorga argumenta que este período se vive un "proceso de transición a una nueva forma estatal" caracterizado

[1] En ese mismo libro, el autor decía: "para sincronizar tiempos políticos y sociales, y contenerlos en los procesos políticos o movimientos del estado boliviano, habría que incluir las formas de autogobierno de los núcleos comunitarios, que responden a la diversidad cultural, como parte de los procesos de gobierno y de legislación de la forma de gobierno general para el conjunto del país. Esto implica el hecho de que el poder ejecutivo, el legislativo y el judicial sean reconstituidos a partir de un pluralismo institucional y político que haga que miembros de otros pueblos y culturas estén presentes en el gobierno nacional a través de sus formas de autogobierno político, y no en el seno de estructuras extrañas" (Tapia, 2009: 84). La agenda política que este académico sugería iba en contra de lo que resultó la forma política de gobierno que funcionó a partir de su capacidad de incorporación de los diversos actores en la dinámica de Estado y la incorporación a la estructura partidaria, aplanando así la heterogeneidad constitutiva de la nación y forzando a todos a alinearse política, cultural e institucionalmente al partido oficial. Por ello se comprende la posterior ruptura y separación de Tapia y su actual postura crítica.

por el retorno del nacionalismo –manejo estatal de la economía- y el multiculturalismo –"reconocimiento de la diversidad étnica"-. Todo esto confluye en un "un nuevo modelo estatal" que abarca el orden político (control unipartidista), el productivo (nacionalización e hidrocarburos), el económico (redistribución y lucha contra la pobreza), el social (integración) y el cultural (inversión de jerarquías valorativas, simbólicas e identitarias de los distintos grupos de la nación) (Mayorga, 2014: 27-31).

Como lo han mostrado algunos estudios, el Estado no sólo ha sido modificado en su horizonte de acción sino también en su burocracia. Espinoza explica cómo las élites gobernantes en el gobierno de Evo Morales provinieron de sectores sindicales y populares (2015). Zegada y Komadina muestran el cambio de la composición parlamentaria, si en el período 1993-1997 48.7% de los diputados provenían de profesiones liberales y 3.9% lo hacían del mundo obrero, artesano o del sector primario, en el período 2010-2014, 17.7% eran del primer grupo y 26.3% del segundo; asimismo 34.8% de los diputados masistas de esa legislatura fueron obreros o campesinos, siendo el porcentaje más elevado (Zegada y Komadina, 2014: 57-58). Por su parte Soruco describe el nuevo perfil del servidor público, abonando a la idea de la construcción de una nueva burocracia que es el resultado de la movilidad social e intergeneracional (Soruco, Coord, 2014).

Por otro lado, distintas investigaciones (Tassi, Medeiros, Rodríguez y Ferrufino, 2013; Tassi, Hinojosa y Canaviri, 2015) han mostrado el dinamismo económico de los sectores populares que han sabido aprovechar la coyuntura acumulando importante capital: "Los aymaras, al igual que otros actores subalternos, desarrollaron una sorprendente habilidad para apropiarse de ciertos elementos de la modernidad como la economía de mercado y la tecnología electrónica, así como para incorporarlos a su propio universo, a veces con el propósito de fortalecer su organización política y social" (Tassi, 2012: 43). Aunque ciertamente las puertas de la banca estén todavía cerradas para empresarios de origen indígena, el poderío económico de este sector ya abrió los candados de clubes privados que antes rechazaban su presencia, como Los Sargentos y, más recientemente, incluso el exclusivo Tenis Club.

Desde lo estético, diversos textos han explicado la emergencia de nuevos patrones que bien pueden tomar forma en la arquitectura (Cárdenas Et. All, 2010; Salazar, 2016), en la música y la fiesta (Andreoli, 2012), o en la plástica, como es el caso de Mamani-Mamani (se verá en el capítulo segundo).

Así, en lo estatal, lo burocrático, lo simbólico y lo estético, el país está atravesando por una nueva configuración. Ahora bien, como decía, el relativo consenso respecto del cambio tiene dos polos. Por un lado, la visión oficial que desde una lógica de estado ha buscado la imposición de una nueva narrativa que quiebre con la historia de la nación –y particularmente con el ciclo neoliberal iniciado en 1985- y el inicio de un nuevo capítulo a partir del 2006 (Kohl y Farthing, 2012; Viaña (Coord.), 2014). Como lo muestran Nicolas y Quisbert (2014) y Tórrez y Arce (2014), el gobierno de Evo se ha esforzado en la producción de una identidad nacional como un nuevo orden hegemónico a través de discursos, museos, libros, monumentos, etc. Se trata de un "nuevo imaginario estatal (…) representado, entre muchos otros gestos, por Evo Morales como 'el último Presidente de la República y el primero del Estado Plurinacional'" (Torrez y Arce, 2014: 2). Analizando la cuestión económica, el ministro Arce publicó en el 2015 un texto que abona a la misma tesis vista desde las cifras: el capítulo segundo se explica el modelo neoliberal que abarca el período 1985 al 2005, y en el siguiente capítulo se aborda "El modelo económico social comunitario productivo (2006-2014)" (Arce, 2015). De hecho, toda la intención analítica de ese escrito es resaltar la diferencia entre los dos períodos con datos duros del comportamiento económico boliviano.

Desde otra posición política e ideológica, Carlos Mesa argumenta que los cambios en Bolivia fueron sólo de tocador y que más bien con el gobierno de Evo Morales vivimos un "desmesurado capitalismo salvaje" –su artículo provocador titula "Bolivia y los días gloriosos del capitalismo"-. La matriz productiva sería la misma, un "desarrollismo basado en el rentismo y el extractivismo" sin "ningún giro significativo con relación a la historia larga de nuestra economía" (Mesa, 2014). Un argumento paralelo sostiene Ernesto Araníbar en el libro *Del péndulo al cubo: la configuración del mercado nacional en una era transnacional* cuando muestra que las características económico-políticas de las últimas décadas son, por un lado la

democracia y el proceso electoral ininterrumpido dese 1982 –lo que dio estabilidad política-, y por otro lado el sostenido crecimiento del PIB y el control inflacionario desde 1985 –lo que permitió estabilidad económica- (Araníbar, 2015). Desde esta perspectiva, el ciclo estaría más bien marcado por los avances económicos y políticos (recuperación y gobernabilidad democrática, desarrollo económico) en los ochenta; estos logros dibujarían otro ciclo histórico. De hecho la imagen del péndulo que caracteriza la narrativa oficial donde se afirma que entre 1985 hasta el 2006 se vivía la era neoliberal –péndulo a la derecha- y luego el eje giró hacia la izquierda con el gobierno de Morales, para Araníbar es sustituida por el cubo, donde los polos no son estatismo-libre mercado, sino autoritarismo-democracia que permite mejor densidad analítica con más variables; se trata de cambiar la idea de "gobiernos de centro, derecha e izquierda" para descubrir variaciones "menos perceptibles": "el péndulo prefigura modificaciones drásticas, el cubo sugiere cambios progresivos" (Araníbar, 2005: 242). En similar sintonía se encuentra la reflexión de Juan Antonio Morales sobre la política económica boliviana, abarcando el período 1982 – 2010 poniendo atención en otras variables del comportamiento financiero (nacional e internacional) que van más allá de la lectura del oficialismo (Morales, 2012).

En el caso que ocupa este libro, para salir de la discusión antagónica señalada en el anterior párrafo, sostengo la tesis que en la cuestión urbana, el paisaje social actual es el resultado de la combinación de cambios y continuidades que dan como resultado formaciones complejas que cargan en sí mismas tensiones difíciles de resolver. Así por ejemplo, como lo explicaré en el capítulo tercero, el teleférico reproduce una manera muy tradicional de concebir la ciudad, pero con nombres y símbolos indígenas. Lo propio se puede decir de la emergencia de centros de belleza y culto al cuerpo que retoman nombres aymaras, o las revistas que promueven las "Cholitas Vip". Ese tipo de contradicciones están en el corazón de la experiencia urbana. Dicho de otro modo, como explicaba Guy Bajoit en su teoría de la mutación, vivimos una época de transición cultural donde los rastros del pasado todavía están presentes y los nuevos tiempos no se instalan del todo (Bajoit y Franssen, 1995: 294-295), creando así nuevas tensiones, transacciones y combinaciones creativas que todavía está por verse en qué sentido se dirigirán.

III.

Es amplia y rica la literatura crítica sobre la experiencia urbana; acudo aquí a algunos acercamientos que aclararon y ayudaron a la interpretación de lo sucedido en la ciudad de La Paz.

Previsoria y tempranamente, en los setenta Henri Lefebvre puso sobre la mesa las contradicciones de la "era urbana". Reprobó la segregación del espacio en la ciudad, la especialización de los territorios en términos de clases sociales y de usos específicos. Denunció la tendencia a comercializar cada metro cuadrado de las urbes poniéndolos al servicio del capital y dándoles solamente un valor de cambio, proceso que impulsado por una tecnocracia al servicio del régimen financiero. Por supuesto que develó el perverso uso del automóvil –y en general cierta manera de usar y concebir la tecnología- que va en desmedro de una civilización que en el espacio urbano encuentre la espontaneidad, la risa y a poesía, es decir otro "sentido del habitar". Así, "el espacio se convierte en el reto principal de las luchas…" asevera Lefebvre (2013: 440; 1972). De ahí la intención del pensador francés de volcar sus esfuerzos analíticos a la vida cotidiana como una totalidad que está profundamente "relacionada con todas las actividades, las engloba con todas sus diferencias y sus conflictos, es un punto de encuentro, su vinculación, su terreno común. Es en la vida cotidiana donde toma forma y se configura la suma total de las relaciones que hacen de lo humano –y de cada ser humano- un todo" (Lefebvre, 1991: 97).

David Harvey retoma a su manera las ideas de Lefebvre y las hace trabajar en nuevos contextos. En uno de sus textos clásicos, "El derecho a la ciudad", sostiene que "la urbanización depende de la movilización del producto excedente", lo que conlleva "una conexión íntima entre el desarrollo del capitalismo y la urbanización" (Harvey, 2008: 24).

Luego del repaso por la historia de otras ciudades, el autor llega al período neoliberal reforzando la vinculación entre capitalismo y ciudad: "El progreso general de la neoliberalización se ha visto crecientemente impelido *a través* de mecanismos de desarrollo geográfico desigual" (Harvey, 2014ª: 107-108). Pero lo sucedido es más profundo desbordando lo económico, pues

> "la expansión del proceso urbano ha traído aparejadas increíbles *transformaciones de los estilos de vida*. La calidad de la vida urbana se ha convertido en una mercancía, como la ciudad misma, en un mundo en el que el consumismo, el turismo, las industrias culturales y las basadas en el conocimiento se han convertido en aspectos esenciales de la economía política urbana (...). Éste es un mundo en el que la ética neoliberal de un intenso individualismo posesivo y su correspondiente retirada política de las formas de acción colectiva se convierte en un modelo de la socialización humana" (Harvey, 2008: 31) [2].

Para el geógrafo marxista, "el derecho a la ciudad está cayendo cada vez más en manos de intereses privados o cuasi privados (...). El derecho a la ciudad, tal como se halla hoy constituido, se encuentra demasiado restringido, en la mayoría de los casos, a una reducida élite política y económica que se halla en condiciones cada vez más de conformar ciudades de acuerdo a sus propios deseos" (Harvey, 2008: 37). Frente a esa situación, como una propuesta política Harvey apunta a replantear el "tipo de lazos sociales, de relaciones con la naturaleza, de estilos de vida, de tecnologías y de valores estéticos que deseamos. El derecho a la ciudad es mucho más que la libertad individual de acceder a los recursos urbanos: se trata del derecho a cambiarnos a nosotros mismos cambiando la ciudad. Es, además, un derecho común antes que individual, ya que esta transformación depende inevitablemente del ejercicio de un poder colectivo para remodelar los procesos de urbanización" (Harvey, 2008: 23)[3].

---

[2] Las cursivas son mías.

[3] El diagnóstico de Harvey es dramático: "La ciudad tradicional ha muerto, asesinada por el desarrollo capitalista desenfrenado, víctima de su necesidad insaciable de disponer de capital sobre acumulado ávido de inversión en un crecimiento urbano raudo e ilimitado sin importarle cuáles sean las posibles consecuencias sociales, medioambientales o políticas" (Harvey, 2014b:23). El corazón de su crítica es que el capital se convierte en el principal y perverso responsable de lo urbano: "La reproducción del capital pasa por los procesos de urbanización por múltiples vías; pero la urbanización del capital presupone la capacidad del poder de clase capitalista de dominar el proceso urbano. Esto implica la dominación de la clase capitalista, no sólo sobre los aparatos de estado (en particular los aspectos del poder estatal que administran y gobiernan las condiciones sociales e infraestructurales dentro de las estructuras territoriales), sino también sobre toda la población: su forma de vida así como su capacidad de trabajo, sus valores culturales y políticos así como sus concepciones del mundo" (Harvey, 2014b: 92). Lo curioso es que en el caso boliviano, este proceso se da, en parte, por iniciativa del propio estado gobernado por un partido socialista.

Desde una perspectiva distinta, y preocupada por comprender la globalización, Saskia Sassen se detiene en las ciudades globales, su dinamismo en las redes económicas, digitales, empresariales y su compleja interacción con el territorio controlado por un Estado soberano, buscando "detectar esa dinámica globalizadora en el interior del espesor institucional y social de lo nacional, donde se mezclan elementos nacionales y no nacionales", lo que lleva a la necesidad de "generar nuevos marcos conceptuales para interpretaciones que no den por sentado que el Estado-nación es un sistema cerrado y excluyente" (Sassen, 2007:13). Y su reflexión privilegia lo urbano como lugar de observación, como "prisma para la teoría social": "hoy en día, en el comienzo de un nuevo siglo, la ciudad resurge como espacio estratégico para entender tendencias críticas en la reconfiguración del orden social" (Sassen, 2007: 129).

La autora señala la existencia de nuevos órdenes espaciales que reconfiguran las "geografías de la centralidad y la marginalidad" que por un lado contribuyen a "reforzar las desigualdades" pero además ponen "en marcha todo un espectro de nuevas dinámicas de la desigualdad" (Sassen, 2007: 151). En el análisis empírico de lo local, se aprecia la transformación de los barrios e incluso de los hogares que devienen en tiendas comerciales o la instalación de grandes firmas internacionales o restaurantes de lujo en la esquina de la casa que reconfiguran el estilo de vida y están destinadas a "las nuevas élites urbanas de altos ingresos" (Sassen, 2007: 149).

En suma, concluye Sassen, este proceso devela la transformación de la producción y el consumo que tiene en el centro la tensión de por una "desarticulación parcial del espacio nacional y de la jerarquía tradicional de escalas concentrada en lo nacional, donde la ciudad quedaba anidada entre lo local y lo regional" (Sassen, 2007: 130).

Algunos estudios empíricos de distinta naturaleza –y desde variadas posturas epistemológicas o teóricas- refuerzan una lectura crítica general de las formas actuales de lo urbano. Teresa Caldeira, por ejemplo, explica los patrones de segregación espacial en Sao Paulo y sus distintas formas en el tiempo. Se detiene en el nuevo tipo de "enclaves fortificados" y la creación de nuevos universos privados de uso exclusivo de las élites. Denuncia el proceso de privatización del espacio público y la construcción de enclaves de clase separados por guardias privados y

sistemas de seguridad y convirtiendo a todo peatón en un sospechoso y potencial criminal: "caminar se volvió desagradable"; todo condujo a la creación de "una ciudad de muros –lo opuesto del espacio público abierto ideal moderno de vida urbana-" (Caldeira, 2007: 383-385). Por su parte, James Holston publica un texto en similar sintonía, pero anclado más bien en Brasilia como un proyecto arquitectónico y social que considera un "delirio del poder" (Holston, 1989: 8-9). Este tipo de iniciativas, dice el autor, se inscriben en una idea de modernismo en la arquitectura inscrito en un movimiento internacional que en lo local desarrolla ciudades "que transforman la vida diaria" (Holston, 1989: 10). Pero claro, este sería un último ciclo que se remonta al inicio de la colonia cuando la arquitectura y la ciudad fueron parte de un proyecto sociedad que fue evolucionando a través de los siglos. En suma, estos y tantos otros estudios (por citar algunos: Zamorano, 2013; Pradilla (Comp.), 2011; Franquesa, 2013; Ramírez, 2013, Cordera, Ramírez y Ziccardi (Coords), 2008) conducirían a una realidad urbana que es bien resumida por Giglia caracterizando "los procesos socio espaciales típicos de la globalización":

> "Los grandes proyectos inmobiliarios conducidos por el capital privado; la proliferación de espacios cerrados, de acceso restringido, para uso público (léase centros comerciales), regulados por una lógica que valora más que otra cosa la seguridad y la oferta de un ambiente de esparcimiento y de consumo ampliamente predecible y controlado en los más mínimos detalles; la renovación de espacios urbanos para convertirlos en referentes simbólicos y turísticos; la proliferación de urbanizaciones cerradas; y la privatización de espacios públicos" (Giglia, 2007: 223-224).

Aunque los acentos y los casos son diferentes, una escala analítica más general la ofrece Marshall Berman que inscribe la discusión en la tensión del hombre y mujer modernos obligados a "ser tanto sujetos como objetos de la modernización, de captar el mundo moderno y sentirse cómodos en él" (Berman, 2011: xi). La experiencia vital moderna es compleja, contradictoria, intensa porque su motor es "el deseo de cambiar –de transformarse y transformar su mundo- y el miedo a la desorientación y la desintegración, a que su vida se haga trizas", es un tránsito por "la emoción y el espanto de un mundo en el que 'todo lo sólido se desvanece en el aire'" (Berman,

2011: xix). Y el lugar privilegiado de observación y materialización de la experiencia moderna es su propio barrio, el Bronx de Nueva York y su propia historia en aquella ciudad –aunque en uno de los prefacios de su libro empieza evocando, al igual que Holston, Brasilia, que siendo la obra de Oscar Niemeyer arquitecto ícono de la izquierda latinoamericana, el diseño "podría haber sido enormemente sensato para la capital de una dictadura militar, regida por generales que querían que la gente se mantuviese apartada, separada y oprimida" (Berman, 2011: xiii)-. Por eso en su libro dedica el capítulo conclusivo al modernismo en Nueva York, criticando la visión urbana de Robert Moses concentrada en "el mundo de la autopista". Resalta la capacidad demoledora de una idea del progreso y de la modernidad que se instala como un principio indiscutible: "a menudo el precio de hacer avanzar y expandir la modernidad es la destrucción no sólo de instituciones y ambientes 'tradicionales' y 'premodernos', sino también –y aquí reside la verdadera tragedia- de todo lo más vital y hermoso del propio mundo moderno" (Berman, 2006: 310). Moses y su proyecto que privilegiaba el automóvil y que concebía "las ciudades principalmente como obstáculo al tráfico y como escombreras de viviendas no unificadas y de barrios decadentes" (Berman, 2011: 323) y que por tanto deben construir autopistas derribando lo que tenga en frente, encarna la arrogancia de poseer "la tecnología y los medios organizativos para enterrar la ciudad aquí y ahora" (Berman, 2006: 322) en nombre de una manera de entender la modernidad.

Esta discusión, llevada al contexto del presente estudio, conduce a plantar la idea de que en Bolivia, particularmente en La Paz, se puede observar un patrón de desarrollo urbano de largo aliento que tiene distintas dimensiones: una élite monopólica en el campo político nacional con capacidad de implementar mega proyectos –de transporte, de urbanización de cerros y ríos, de construcción, etc.-; momentos económicos de auge que permiten inversiones magníficas; la idea del uso de la "tecnología de punta" para proyectos de impacto directo. Este patrón de desarrollo que, en el caso de La Paz se remonta a la primera revolución del transporte a través de tranvías locales a inicios del siglo XX en tiempos de los gobiernos liberales, se replicó en la era banzerista que promovió la construcción de grandes edificios –privados y públicos- e iniciativas de transporte como la autopista inaugurada en 1977

y en aplanar cerros para construcción de urbanizaciones, se intensificó con la era neoliberal de Gonzalo Sánchez de Lozada que, sin inversión en grandes proyectos, dio paso libre a que el capital internacional llegara al país para cambiar el consumo, y finalmente se coronó en la era de Evo Morales con construcciones como el Teleférico, los edificios de gobierno, o los múltiples puentes edificados a partir de los noventa. Curiosamente, al igual que en el caso de Brasilia -de acuerdo a la crítica de Berman-, el proyecto urbano del "proceso de cambio" es la continuidad de la idea de ciudad impuesta por la dictadura de Hugo Bánzer del 70 pero con una retórica indígena y socialista.

Por otro lado, la realidad urbana boliviana -como se verá ampliamente en este texto- obliga a la revisión crítica de los autores señalados, pues el proceso local no responde fielmente, por ejemplo, al modelo de "ciudad neoliberal" de Harvey con todas las características que el autor despliega, ni a las ciudades globales de Sassen. Lo que se observa más bien es la tensa combinación y convivencia de proyectos urbanos en constante disputa atravesados tanto por una visión economicista de la ciudad como por las dinámicas culturales que tienen otros ritmos y orientaciones. Así, la noción de Zavaleta de la "formación social abigarrada" puede ser muy fructífera para explicar los entretelones urbanos (Zavaleta, 2010).

IV.

Como toda investigación, la presente acudió a un marco teórico particular, aunque evité sistemáticamente que apareciera de manera explícita en el texto. Siguiendo el estilo escritural de algunos historiadores –y en busca de quebrar con "la estéril división entre teoría e investigación empírica" (Auyero, 2001: 34)-, la intención fue más bien que en la lectura de los datos, en su descripción e interpretación, en la manera de tratarlos y construir episodios y argumentos, se pueda sentir el trasfondo conceptual sin atiborrar innecesariamente el texto de citas y autores. Se trata de hacerlos trabajar al lado, como espíritus que guían la pluma y la mirada.

En lo que sigue, retomo las principales fuentes de inspiración que no se verán en el transcurso del documento pero que fungen como compañías conceptuales. Me refiero a la teoría del espacio de Pierre Bourdieu y la sociología urbana de Jean Remy.

Remy parte de la premisa de que "el espacio sólo tiene significación sociológica a través de las relaciones sociales que en él son vividas, relaciones que en él se expresan y que contribuyen a reproducir" (Remy, 1998: 172). Se trata de entender la materialidad –sin caer "ni en el materialismo ni en el espacialismo"- como el ámbito donde suceden las transacciones, en el entendido que la búsqueda está en "comprender la acción o la interacción que ahí se lleva a cabo" (Remy, 2015: 165) –o como diría Leclercq en la presentación de un libro homenaje: "el espacio es un soporte sobre el cual se inscriben las relaciones sociales, a la vez de manera objetiva y simbólica" (Leclercq, 1998:9)-. Desde esta perspectiva, el espacio es el reflejo de lo social y está lejos de ser un "elemento pasivo (...). A través de su materialidad, el espacio juega un rol activo en el nivel de la explicación", por ello su observación, estudio y descripción no son elementos aislados en la comprensión de un fenómeno, todo lo contrario, están en el corazón de la manera de entender cómo se organizan las relaciones sociales (Remy, 1998: 89).

Bourdieu, siguiendo su argumento de la *complicidad* y "*correspondencia* entre estructuras sociales y las estructuras mentales, entre las divisiones objetivas del mundo (...) y los principios de visión y de división que los agentes le aplican" (Bourdieu, 1989: 7), cuando se refiere a lo territorial apunta que espacio social y espacio físico están correlacionados, que existe una "natural" correspondencia entre *habitus* y espacio físico: "las grandes oposiciones objetivadas en el espacio físico (por ejemplo capital/provincia) tienden a reproducirse en los espíritus y el lenguaje en la forma de oposiciones constitutivas de un principio de visión y división, vale decir, en tanto categorías de percepción y evaluación o de estructuras mentales (parisiense/provinciano, *chic*/no *chic*, etc)" (Bourdieu, 1999: 121). Por ello, el sociólogo advierte: "Sólo es posible romper con las falsas evidencias y los errores inscritos en el pensamiento sustancialista de los *lugares* si se efectúa un análisis riguroso de las relaciones entre las estructuras del espacio social y las estructuras del espacio físico" (Bourdieu, 1999: 119).

Tanto Bourdieu como Remy -cada uno a su manera- subrayan el problema del poder en el territorio. Bourdieu habla de las "luchas por la apropiación del espacio", que teoriza como "ganancias de localización". Hay quienes poseen "la capacidad de

dominar el espacio" a través de adueñarse de "los bienes escasos (públicos o privados) que se distribuyen en él", lo que "permite mantener a distancia a personas y cosas indeseables, al mismo tiempo que acercarse a las deseables" (Bourdieu, 1999: 122). Los agentes ocupan el lugar que les corresponde –o que creen que les corresponde- en el espacio físico de acuerdo a su posición en el espacio social (que se manifiesta en el tamaño de las viviendas, las formas, la manera de posesionarse en el espacio, etc.). La disputa por la significación de los espacios físicos y sociales se la ve en la arquitectura, en el nombre de las calles, en los monumentos, etc.:

> "En una sociedad jerárquica, no hay espacio que no esté jerarquizado y no exprese las jerarquías y las distancias sociales, de un modo (más o menos) deformado y sobre todo enmascarado por el efecto de *naturalización* que entraña la inscripción duradera de las realidades sociales en el mundo natural (...). El espacio social se retraduce en el espacio físico, pero siempre de manera más o menos turbia: el poder sobre el espacio que da la posesión del capital en sus diversas especies se manifiesta en el espacio físico apropiado en la forma de determinada relación entre la estructura espacial de la distribución de los agentes y la estructura espacial de la distribución de los bienes o servicios, privados o públicos. La posición de un agente en el espacio social se expresa en el lugar del espacio físico en que está situado (...) y por la posición relativa de sus localizaciones temporarias (por ejemplo los sitios de honor, ubicaciones reglamentadas por el protocolo) y sobre todo permanentes (domicilio privado y domicilio profesional) ocupan con respecto a las localizaciones de otros agentes; se expresa también en el sitio que ocupa (por derecho) en el espacio a través de sus propiedades (casas, departamentos...), que son más o menos voluminosas..." (1999: 120).

Concretamente, este autor analiza las unidades territoriales (regiones, departamentos, barrios, edificios, manzanos, etc.) como lugares donde se confrontan los distintos *puntos de vista* (Bourdieu, 2002: 145-146). En su obra *La miseria del mundo*, el argumento central respecto de "la dificultad de vivir" tiene que ver con que las urbanizaciones "reúnen a las personas que todo separa, obligándolas a cohabitar, sea en la ignorancia o la incomprensión mutua, sea en el conflicto, latente

o declarado, con todos los sufrimientos que resultan de ello". Por eso el "enfrentamiento de visiones de mundos diferentes o antagónicas (...) que nace de la contraposición, sin posibilidad de concesión ni compromiso, de puntos de vista incompatibles", estaría en el corazón del malestar contemporáneo (Bourdieu, 1999: 9).

Remy, por su parte, analiza la distancia espacial y social, buscando entender "la posición en el seno de un régimen de intercambio específico de la ciudad urbanizada". Las posiciones más débiles y las más fuertes se distribuyen de una determinada manera en el espacio y van cambiando en la historia de las ciudades a partir de nuevos posicionamientos, desplazamientos, recomposiciones y nuevas transacciones que están en juego (Remy, 1998: 159). Así, para este sociólogo la recomposición de la manera cómo se ocupa un territorio tiene que ver con la recomposición de la estructura social que lo sostiene, por ello la ciudad material es un espejo de la ciudad social, del espacio social que en ella se juega, de las posiciones que cada grupo ocupa en él, cómo busca defender, renovar, re-valorar. Mirar un barrio es poner el ojo en la cerradura para poder apreciar el paisaje social que se esconde detrás de la puerta. Un barrio, a juicio de Remy, está relacionado con "un régimen general de intercambios" que es específico en una ciudad urbanizada donde lo primordial es la posesión de un "capital relacional y de un capital informacional" (Remy, 1998: 159).

Lo que está en juego en un territorio específico tiene que ver con el conflicto y la lucha –que se puede dar en la vida cotidiana, en eventos ritualizados, festivos, conmemorativos o materializados en plazas, nombres, calles, etc.- entre actores que poseen una "capacidad diferenciada de imponer su punto de vista". El espacio material –siempre siguiendo a este autor- se convierte en un reflejo de las victorias, derrotas o simplemente las tensiones entre agentes distintos con formas de vida no necesariamente compatibles que conllevan tensiones o resoluciones complejas. Remy llama "capacidad de deslocalización" al proceso de que una posición más fuerte en el barrio imponga su perspectiva (en términos de organización del espacio, de las formas de la vida cotidiana, lo legítimo) construyendo una nueva transacción

social en la cual quien tiene mayor capital queda mejor ubicado, o incluso expulsando a los habitantes originales (Remy, 1998: 159).

De acuerdo al argumento de Remy –y luego de sus análisis de barrios de inmigrantes, la doble composición de una ciudad colonial, los pueblos, etc.-, el proceso no es homogéneo, pues los distintos actores juegan, se mueven, presionan y buscan una mejor posición. A menudo existen momentos de "empate" donde un grupo no ha podido instalarse respecto de otro, o reacomodos intermedios no resueltos (Remy, 1998: 160).

Tanto Bourdieu como Remy coinciden, en términos teóricos, en poner atención a tres dimensiones analíticas interconectadas. Bourdieu habla de espacio físico, espacio social y estructura mental: "En términos más generales, las sordas conminaciones y los llamados al orden silencioso de las estructuras del espacio físico apropiado son una mediación a través de las cuales la se estructuras sociales se convierten progresivamente en estructuras mentales y sistemas de preferencia" (Bourdieu, 1999: 121), y subraya su interacción: "debido al hecho de que el espacio social está inscrito a la vez en las estructuras espaciales y las mentales, que son en parte el producto de la incorporación de las primeras, el espacio es uno de los lugares donde se afirma y ejerce el poder, y sin duda la forma más sutil, de violencia simbólica como violencia inadvertida" (Bourdieu, 1999: 122).

Remy se refiere a la estructura espacial, los modelos culturales y la estructura social (Remy y Voyé, 1976: 41-61). En su perspectiva se debe poner atención a la interacción entre el soporte físico, al código cultural (que se refleja en códigos de percepción de quienes lo habitan como adelante/atrás, alto/bajo, etc.), y a las posiciones sociales (Remy, 1998: 90-91).

Las consecuencias analíticas de estas tres dimensiones y en general de las dos perspectivas teóricas son fundamentales porque conducen y la observación en este libro. De hecho, en el transcurso de las páginas que siguen, se podrá notar en las descripciones la disputa por la conquista del espacio –por ejemplo en las plazas o los comercios en San Miguel que se desarrolla en el capítulo IV- como un proceso de reacomodo de las posiciones sociales de sus habitantes. En el microcosmos de

observación que es ese barrio, particularmente en el capítulo V sobre los vecinos, se apreciarán las distintas orientaciones de los habitantes y la dinamización no sólo del mercado sino de la vida cotidiana, las maneras diferentes de entender el espacio público o el espacio privado (el hogar). Se verá la transformación y la confrontación de los *estilos de vida*, las posiciones e imposiciones propias de los procesos de rotación social.

V.

En términos metodológicos, en este libro he decidido hacer una apuesta y correr el riesgo que implica. He salido de mi "zona de confort", de mi refugio, de mi trinchera, y me he aventado en una aventura intelectual diferente. Me ha guiado la intención de experimentar de la manera más libre e imaginativa posible. He buscado que todo lo hasta aquí aprendido de los enfoques metodológicos más formales que he aplicado los últimos lustros no se convierta en una camisa de fuerza para el desarrollo científico y que, más bien me estimulen a nuevas búsquedas. Sin retroceder en el rigor, pero sin rigidez –como sugiere Bourdieu (Bourdieu y Wacquant, 1995: 169)-, he buscado dar respuesta a mi pregunta de investigación combinando múltiples insumos. Operativamente, he realizado 15 entrevistas en profundidad, he llevado adelante un diario de campo registrando mis cuatro incursiones en el terreno realizadas en el transcurso de dos años (entre el 2014 y el 2016), he elaborado un archivo sistemático de fotografías acumulando más de 500 tomas, he revisado informes y documentos oficiales tanto municipales como nacionales y he llevado adelante la lectura sistemática de bibliografía sobre el proceso sociopolítico boliviano y literatura complementaria sobre estudios urbanos y etnográficos, y he organizado un coloquio para discutir la situación en el país (cuyo resultado será publicado próximamente en Suárez (Coord.), 2017).

Claro está que en este camino he ido de la mano de grandes maestros que, cada uno a su manera, en su tiempo y en su tema, han demostrado que la ciencia no tiene por qué estar peleada con la imaginación, la intuición, el recuerdo, la memoria y la narrativa. Por ello se notará la presencia explícita o implícita de Berman, Sennett, Mills y varios más.

En la tercera parte del libro, el lector inquieto, incluso al que no le interese propiamente las transformaciones en la ciudad de La Paz, se encontrará con la cocina interna de este trabajo, con las tensiones, las alianzas, lecturas y temores que me han acompañado en la reflexión y redacción de estas páginas.

En sociología, al referirse cómo se construye y lleva adelante una empresa intelectual, a menudo se utiliza la imagen de *Caja de herramientas* (acuñada por Foucault y revitalizada por Ayuero (Coord.), 1999) –o incluso, con mayor rudeza *Tuercas y tornillos* (Elser, 1996)-. He preferido acudir a la metáfora de "cajón de sastre", en el sentido de que no se trata de un stock fijo de instrumentos rígidos –herramienta viene de hierro- que son utilizados de acuerdo a su funcionalidad. El "cajón de sastre" se refiere más bien, en su definición de diccionario, a "cosas diversas y desordenadas", o una "persona que tiene en su imaginación gran variedad de ideas desordenadas y confusas" (RAE). La idea sirve para las ciencias sociales si se piensa que, con los años de investigación, uno va recogiendo y guardando métodos, conceptos, ideas que, en otro momento, son susceptibles de ser reutilizadas, readaptadas para otros usos con la única exigencia de ser serios, imaginativos y perseguir una pregunta construida al interior de una problemática teórica. El investigador, desde esta perspectiva, es un sastre que trabaja con un cajón de "sobras" a su lado y cuya destreza se ve en su capacidad de combinarlas para construir una nueva prenda, que en mi caso es un nuevo libro.

Esto ha tenido distintas implicaciones. Berman en la tercera parte de su magnífico libro *Todo lo sólido se desvanece en el aire* dice: "en este capítulo final, quiero incluirme en el cuadro y explorar y situar algunas de las corrientes que fluyen por mi propio entorno moderno –la ciudad de Nueva York- y que han dado forma y energía a mi vida" (Berman, 2011: 302). Aquí retomó ese sendero. "Me meto" en esta investigación con todas sus consecuencias. Me sumerjo en ella sin tapujos pero con todos los requerimientos de "objetivación participante" que conlleva (Bourdieu, 2003: 43). Es cierto que no es nuevo en sociología, Bourdieu lo hace a su modo en *Autoanálisis de un sociólogo* (2006), también Hoggart en *33 Newport Street* (1991) o Bajoit en *Socioanálisis de las razones para actuar* (2009); esa es siempre una opción estimulante y que trae sus propias exigencias.

En esa dirección, también he decidido acudir a todos los insumos posibles, no dejar pasar un "dato", una foto, una circunstancia, una novela, etc. que me diga algo sobre mi problema o que abone a su comprensión y explicación. Por ello los capítulos cuentan con estadísticas y cifras oficiales, pero que van complementadas por relatos, fotos, mapas, entrevistas, e incluso recuerdos personales. Siguiendo la antigua sugerencia de no dejar pasar "aquellas pequeñas cosas" que nos dicen mucho en términos científicos –como por ejemplo lo hace Ginzburg desde la historia (1999, 2014)-, he recopilado datos de distinta naturaleza siempre y cuando sean portadores de información relevante. A eso se deben los múltiples excursos que transitan entre la presentación de un gran autor hacia un ensayo fotográfico.

No faltará quien se pregunte la pertinencia de la tercera parte del libro, o su vinculación con el cuerpo central. En ocasiones pensé que hubiera sido mejor eliminarla o buscarle autonomía en otra publicación. Pero el principal argumento para que esté presente en este volumen es que considero muy importante desnudar el proceso y el método utilizado –más en un libro de estas características- como para enviarlo a otro lugar. Es en esa dirección que, releyendo el estudio de White sobre Chicago (1971), me quedaba claro fue muy pertinente el autor al incorporar su extenso "Anexo" que, más allá de la especificidad de su investigación sobre las pandillas urbanas, invita al lector a conocer el proceso interno vivido por White mientras llevaba adelante su empresa. Y no es casual que sea ese Anexo el que tenga todavía una gran utilidad metodológica y pedagógica después de más de medio siglo.

Tres capítulos componen este Cajón de Sastre. El primero, *Un oficio, muchos caminos*, narra el descubrimiento de la etnografía desde mi experiencia de vivir un año sabático en Nueva York. El segundo, *Compañeros de ruta* recoge las lecturas de autores fundamentales que fueron guías para aprender a pensar, escribir e investigar de otra manera. Por último, *Una sociología desenfadada*, es un ejercicio de volver sobre mis pasos evaluando los nuevos hallazgos, su utilidad y la manera cómo estoy ejerciendo mi oficio, particularmente en esta obra.

* * *

Este libro se empezó a gestar lentamente en el 2013 en Nueva York mientras lidiaba con mi nostalgia de migrante boliviano. Muchos han labrado conmigo las ideas que hoy aquí se imprimen. Gracias a Sinclair Thomson, Pamela Calla, Carmen Solís, Daniella Gandolfo, Claudio Lomnitz, Mario Murillo, Eduardo Paz, Danilo Martuccelli, Fernando Calderón, Fernando Mayorga y a los dictaminadores anónimos que abrieron estimulantes pistas reflexivas. A Luis Revilla y los funcionarios del Gobierno Autónomo Municipal de La Paz que me facilitaron el acceso a muchos datos muy importantes. También es enorme mi agradecimiento a los vecinos que compartieron conmigo sus historias y sus espacios. Al Instituto de Investigaciones Sociales y sus autoridades que impulsan y apoyan la investigación libre y creativa, y a mis asistentes de investigación. A mi familia en Bolivia que aquí está directamente retratada y a mi pequeña tribu -Cathia, Joaquín, Canela y Anahí- que es mi refugio y el impulso de todo lo que escribo.

PRIMERA PARTE

EL CAMBIO. ENTRE EL VÉRTIGO Y LA ILUSIÓN

CAPITULO 1

LA PAZ: CIUDAD INQUIETA[4]

Chuquiago. Puerto de partida.

En 1977 el director Antonio Eguino con el equipo de Ukamau presentan una de las películas fundamentales del cine boliviano: Chuquiago. El filme, además de su calidad estética, se caracteriza por mostrar la conformación social de los setenta en la ciudad de La Paz. Se trata de un documento para-sociológico, o un avance de lo que años más tarde se catalogaría como sociología visual.

La intención de Eguino es mostrar los distintos estratos sociales paceños, las diferentes maneras de vivir y apropiarse de la ciudad. Para ello, se concentra en cuatro personajes: Isico, un niño hijo de una pareja aymara que migra a la ciudad dejándolo en manos de una vendedora. Johnny, joven de origen popular que reniega de sus padres, un albañil y una chola, y que tiene aspiraciones de ascenso, incluso pasa clases de inglés, aspira a tener una novia de clase media, viste de pelo largo, pantalón campana a cuadros, chamarra, camisa abierta, usa crema para la piel y no quiere hablar en aymara con sus padres ni comer chuño. Carlos, funcionario público de clase media, padre de familia con varios hijos qué mantener con las dificultades de un salario modesto pero sostenido que, entre otras cosas, es generosamente derrochado en el "viernes de soltero", lo que le provoca profundos conflictos con su esposa. Patricia, linda universitaria de clase alta, hija de padre empresario que pasa sus días entre el club de tenis y su piscina privada pero que, a la vez, estudia ciencias sociales en la Universidad pública. Tiene auto propio y vive en el sur de la ciudad, pero su contacto con universitarios le crea contradicciones: tiene un afiche del Che Guevara en la pared de su cuarto, discute con su mamá sobre los problemas políticos, y frente a sus argumentos la madre le dice que su "lenguaje no es propio de una

[4] Los apartados primero, tercero, cuarto y quito de este capítulo fueron utilizados para la elaboración del capítulo "De Chuquiago a Zona Sur", a ser publicado en el libro *¿Todo cambia? Reflexiones sobre el 'proceso de cambio' en Bolivia*, (Suárez, 2017, en prensa)

muchacha culta y de buena familia". A pesar de todo, luego de que su amante militante de izquierda es exiliado, termina casada con el empresario amigo del padre.

El marco teórico que está detrás del film dibuja una sociedad de clases puras, prácticamente impenetrables y desconectadas, no hay lugares de interacción, salvo los tímidos y esporádicos encuentros en el espacio público, particularmente en la calle y el transporte. El director no se ocupa explícitamente del contexto histórico o político, más bien se concentra en la vida cotidiana de individuos y su manera de ver el mundo. Es a través de ellos que se observa lo que pasa en la nación. Ahora bien, se trata de personajes prisioneros de su propia posición y condición de clase que casi no tocan las fronteras sociales. Para cada uno -y cada clase- se acentúan las tensiones propias de su entorno. Isico tiene que lidiar con la sobrevivencia urbana y laboral y la dura experiencia de migración infantil. Johnny está atrapado en el laberinto de la identidad no resuelta, con la clara intención de romper con su origen cultural pero rebotando constantemente en la muralla social que no le permite ninguna transformación. Para Carlos la tensión es familiar: asumir el rol de buen padre o vivir su masculinidad privilegiando el ámbito laboral, en un contexto de economía frágil. Para Patricia la discusión más bien es ideológica que confronta su inercia de clase con lo que puede aprender en el ámbito universitario.

Los cuatro desfases son característicos de una sociedad profundamente fragmentada con poco intercambio y posibilidades de movilidad, de hecho se presenta un fatalismo transversal: ningún personaje logra cambiar si situación, todas son utopías truncas por múltiples razones. Sin embargo, llama la atención que, en los distintos ámbitos -salvo en el caso de Isico-, las dos constantes son la familia y la fiesta. Es en la mesa familiar, parecería decirnos el director, donde se discuten las diferencias de los miembros de un hogar; y es en la fiesta donde se los diluye, esconde o resuelve. Familia y fiesta, cada una con sus características propias, serían la columna vertebral de la socialidad en cada clase, pero ni en la una ni en la otra se permiten intercambios; las barreras son lo suficientemente sólidas como para no permitir fugas. Esta estructura social es la que se modificará en las próximas décadas.

La película esboza lo que las ciencias sociales de la época estaban reflexionando en otro soporte. El estudio ya clásico de Xavier Albó, Tomás Greaves y Godofredo

Sandoval, *Chukiyawu. La cara aymara de La Paz* (1981, 1982, 1983, 1987) -que entre otras cosas evoca al filme y retoma imágenes suyas para su portada- plantea con claridad que la ciudad "tiene dos rostros y dos corazones: uno notorio, La Paz, que es el corazón de la vida del país. Otro oculto pero presente, Chukiyawu, que es el corazón del mundo aymara (...). No son dos ciudades paralelas, sino dos caras de una misma realidad dialéctica. La Paz quisiera borrar a Chukiyawu del mapa, pero vive de su trabajo. Y chukiyawu sigue alimentando con miles de llegados del altiplano -los 'residentes'- que necesitan a La Paz" (Albó, Greaves, Sandoval, 1981)

Con esta tesis analítica, el texto detalla la experiencia migrante en la ciudad, los vínculos entre lo rural y lo urbano, las dificultades de la asimilación, las estrategias de sobrevivencia, la incorporación al mundo laboral; en suma, la experiencia de ser el puente entre culturas y clases sociales que conlleva una "ambigua situación cultural" y la construcción de una doble identidad compleja: "por su origen rural aymara y su nueva experiencia urbana, el residente se siente cabalgando entre dos mundos, con un pie en la cultura aymara y otro en la cultura urbana de corte más universal" (Albó, Greaves, Sandoval, 1983: 3).

Ciertamente, los datos de esa investigación ponían a la luz el tema de la migración en una ciudad con rasgos urbanos que había vivido una serie de mutaciones en las décadas pasadas. Si a principios del siglo XX la ciudad tenía más de 60.000 habitantes, en 1950 292.507, y en 1976 682.860 habitantes –como se verá adelante, en 1992 son 1.193.821; en el 2001, 1.552.146; y en el 2012 1.814.148 habitantes- (Cuadros, 2002: 136, 194; INE, 2015ª: 17; Blanco y Sandoval, 1993: 51). La infraestructura material también tuvo cambios. Si la Revolución intentó dejar su sello con construcciones como la Plaza Villarroel y el Monumento a la Revolución, el Hospital Obrero, la Facultad de Medicina, etc., en los años de la dictadura más bien se favorecía las iniciativas privadas para la construcción descomunal de edificios. Así, la "masa edificada" crece de 236 en 1902 a 2430 en 1956 y 3814 en 1975 (Blanco y Sandoval, 1993:54). La vivienda urbana se convierte en un nuevo negocio, se impulsa la cultura del departamento como lugar de vida. Se trata de crear un nuevo deudor clasemediero que aspire a tener su casa propia y que sea capaz de pagar una cuota sostenida por décadas. La ciudad tiene entonces varios núcleos de vivienda:

las laderas y lo que luego se convertiría en El Alto que es el gran receptor de la migración rural, Sopocachi, Miraflores y el centro que comienzan un tránsito para ser residencias de la clase media, iniciativas de viviendas unifamiliares y multifamiliares como San Miguel, Bologna, Los Pinos en el sur (Cuadros, 2002: 172). Y claro, los barrios de la clase alta en Calacoto y su expansión paulatina hacia el sur. Tampoco hay que olvidar que es precisamente en 1976 cuando se realiza el Plan de Desarrollo Urbano Integral realizado por consultoras extranjeras que exploran desde las condiciones geológicas de habitación hasta una proyección a largo plazo.

Pero volvamos a Chuquiago. Volví a ver la película en el 2014, por Youtube, sentado en la biblioteca pública de Nueva York meses después de haber escuchado una conferencia de Evo Morales en las Naciones Unidas. Mientras la veía, recordaba los años setenta y mi infancia en la ciudad, veía a mi padre dando clases en la UMSA, rememoraba las conversaciones políticas de los almuerzos. Me vi en los pocos automóviles (básicamente de la marca Volkswagen, como el que teníamos en casa), en las escasas líneas de micro, en los mercados, en las calles llenas de historia. Y cuando repasaba la memoria y escribía las páginas de este libro, me preguntaba cómo se dibuja la ciudad cuatro décadas más tarde, cuáles fueron los cambios, cuál su magnitud ¿A dónde fueron a dar Isico, Johnny, Carlos y Patricia? Dicho de otro modo: ¿qué quedó de aquella ciudad? Es parte de lo que se verá en lo que sigue.

La Paz por el retrovisor. La visión de los vecinos

En el 2009, la Alcaldía Municipal de La Paz tuvo la atinada iniciativa de incluir en su programa de celebración del Bicentenario de la Revolución del 16 de Julio del 1809, una publicación que recogiera los recuerdos de varios vecinos de diferentes latitudes de la ciudad. El proyecto, coordinado por Omar Rocha Velasco, dio como resultado el libro *Mi barrio cuenta yo cuento con mi barrio. En el Bicentenario de La Paz, los vecinos narran la historia de 100 barrios* (Rocha (Coord.), 2009). Las decenas de historias dibujan una ciudad que por supuesto ya no existe pero que todavía es recordada con vívida precisión –y pasión- por sus habitantes.

La urbe recordada tiene varias características. La ausencia de servicios básicos, "no había luz ni agua, tampoco puentes ni caminos, sólo el río abierto de Cotahuma, que quiere decir 'agua del lago'" (Rocha (Coord.), 2009: 19), dice un anciano de 78 años que habita aquel barrio desde 1946, es decir que durante más de medio siglo fue testigo de las principales modificaciones. Desde Alto Chijini se alza otra voz que cuenta cómo

> "no había agua, teníamos que trabajar todos los fines de semana para recoger agua. Teníamos agua en la pila pública; había horarios. Nosotros, los de la segunda sección, íbamos de 8 a 9 de la mañana. Antes traían agua en tren desde Potosí y Oruro, también traían leña para cocinar…" (Rocha (Coord.), 2009: 158). " No teníamos agua, eso era martirio. Esta zona tiene muchas vertientes, pozos, todos teníamos pozos. Había un lugar donde había vertiente, ahí los vecinos hemos hecho un estanque y le metíamos un tubito, una cañería y le metíamos manguera y de ahí recibíamos agua para cocinar y para lavar. Hasta ahora yo tengo en casa agua de vertiente, no tengo agua potable, agua de vertiente tomo" (Rocha (Coord.), 2009: 178-179).

Y claro, la convivencia con los animales era cotidiana:

> "La historia de esta zona es bien triste, los que han sufrido son los papás que han venido a colonizar, porque aquí había piedra… Había sapos y lagartos harto. En la Semana Santa sabemos salir los chicos a matar sapos y lagartos, con piedras sabemos salir a machucar. Había una vez, me acuerdo, un lagarto grande. Nos hemos encontrado en el río, en ese entonces al río entrábamos al baño, nadie tenía baño. Subíamos al cerro y al río. Yo he subido a las 6 de la mañana, cuando un lagarto estaba caminando avenidas, yo de miedo ni siquiera al baño he entrado. He vuelto a entrar a la casa y le digo a mi papá: 'papi, papi un lagarto grande está andando afuera'. A mí papá le gustaba comer esas cosas, le gustaba comer víboras, lagartitos, entonces se ha vestido, ha salido y de la cola le ha agarrado y lo hemos metido a la casa. Mi papá lo ha matado, le ha abierto la barriga, lo ha disecado y después ha metido algodón picado, eso le ha metido" (Rocha (Coord.), 2009: 179).

En los barrios de entonces cohabitaban formas de vida urbana y rural. Los bosques, los ríos, los cerros, las vertientes estaban cerca y eran parte del día a día de los niños y en general de la vida diaria. El agua no venía por cañería, sino por el río o el pozo, y el mingitorio no era un retrete, sino un lugar en el mismo río. El jardín no para los niños era el bosque, el parque, la montaña "no jugábamos con juguetes, yo jugaba con piedritas, con pepitas, saltando con soguita ese era nuestro juego..." (Rocha (Coord.), 2009: 138). El límite de las fincas y las viviendas no estaba claro y en algunos lugares los sembradíos tocaban las puertas de los hogares.

El transporte era sin duda uno de los principales problemas, la comunicación era en tranvía, o luego con algún micro de difícil acceso y servicio restringido. El intercambio entre vecinos era intenso, incluso, incluso no se conocían por su nombre solamente sino, además, por apodos que respondían a alguna característica particular o a un episodio especial. El deporte, las fiestas y la religión también estaban en el corazón de la vida de barrio. Los fantasmas y las historias de aparecidos también tenían su lugar:

> "Mi padre era trabajador de la Cervecería Boliviana. Se jubiló ahí. Como era dirigente, le invitaban frecuentemente a servirse cervezas. Se dice que esta zona era muy pesada. Una vez, cuando estaba llegando tarde, se le presentó una señora vestida de negro y flotando. Él tenía su silbido especial que todos reconocíamos. Antes nos comunicábamos con los silbidos, pero ahora se ha perdido totalmente la tradición. Él estaba silbando y la señora se le apareció. Se estremeció totalmente y entró a su pieza, al fondo de la casa. Le contó el incidente a la abuela, y ésta le dijo que por qué caminaba hasta tarde, que esa mujer era 'la viuda'. En otra oportunidad, por el río, se le apareció un perro rojo que empezó a desangrarse. Comentaban que de noche, por la parte de arriba, se escuchaba el trotar de caballos. Cuentan que esto era un cementerio, y que en la noche se escuchaba arrastrar cadenas. Mi papi dice que salía y miraba, pero no ha visto nada. Ahora ya no sentimos nada. Debe ser porque todo ya está urbanizado" (Rocha (Coord.), 2009: 76-77).

Pero eso sí, la política y la historia de la nación tocaba las puertas de los domicilios. Desde Bajo San Pedro –que es recordado como un barrio lleno de frutales- se recuerda la despedida a los combatientes que partían a la Guerra del Chaco:

> "los llevaban a la estación. Toda la gente salía. Había padrinos y los acompañaban hasta cierto lugar, porque no había camino. Tenían que ir a pie por Tarija (...). Los despachaban en camiones, trenes y en vagones. Cuenta mi abuelo Franz que cuando él fue a la Guerra del Chaco, le daban todo, pero también sé lo robaban. Había que cargar maíz, coca, cigarros, el armamento, las municiones y aparte su comida" (Rocha (Coord.), 2009: 79).

De la Garita de Lima se evoca la Revolución:

> "para nosotros especialmente –es importante- el 52. ¡Un gran reflejo que nosotros valoramos! Yo tengo la referencia de mi señor padre de que ha sido una batalla campal, cuando ha entrado el MNR. Posteriormente ha habido revueltas pero no tan cruentas, siempre ha habido muertos por el sector (...). Los recuerdos que nosotros tenemos, especialmente los de la zona Garita de Lima, es que siempre ha sido el bastión para las revueltas de cualquier gobierno". (Rocha (Coord.) 2009: 117).

O como bien dice otro ciudadano:

> "Llegué a vivir en la zona más o menos desde 1952, por enero, mi tío Mario Huanta, ya vivía aquí. Mi tío me contó de la Revolución del 9 de abril de 1952, dice que traes regimientos se aniquilaron en Alto Chijini: el regimiento Camacho, regimiento Pérez, regimiento Bolívar, a los tres regimientos se los exterminó (...). En la época de la dictadura había toque de queda. Han desaparecido varios (...). Los militares se instalaron en la Buenos Aires con tanques. No salías, si salías, ya desaparecías. De mi barrio ha desaparecido Domingo Sillón, era dirigente del MNR. También han desaparecido estudiantes, sus familiares lloraban y poco a poco se fueron olvidando, posiblemente los han echado a Chuspipata que es un barranco" (Rocha (Coord.), 2009: 159).

En suma, la vida del barrio en La Paz era difícil en la cotidianidad y los servicios, con una intensa relación entre vecinos y con el entorno natural, arrastrando formas y creencias rurales conviviendo con un lento proceso de urbanización que todavía no terminaba de instalarse. Eso sí, para la política no existía impedimentos y se hacía presente de distintas formas.

La nueva experiencia urbana en cifras

El CENSO del 2012 trajo al menos tres novedades. De los más de diez millones de bolivianos, casi siete de cada diez tenían menos de 34 años, es decir que habían nacido después de 1978 (INE, 2015ª: 23-24). El factor generacional colocaba a Bolivia como un país de jóvenes con todas las consecuencias que eso implica; además, volveré adelante, eso significaba que de esa cohorte abrumadoramente mayor que cualquier otra, nadie había vivido la dictadura, la recuperación de la democracia, la hiperinflación de 1983-84 ni la instalación del neoliberalismo a partir del 1985. Para 70% de los bolivianos, frases escalofriantes como "hay que andar con el testamento bajo el brazo", que dijera Luis Arce Gómez, el Ministro del Interior de García Mesa en 1980, o la inolvidable "Bolivia se nos muere" de Víctor Paz Estensoro de 1985 con la cual inauguraría la era de privatizaciones y un nuevo modelo económico, sólo habrían sido escuchadas –si acaso- por relatos orales familiares o libros de historia. En un país donde la dificultad de institucionalizar la enseñanza de los episodios históricos es un desafío mayor, esa distribución etaria tiene implicaciones sociopolíticas importantes.

Un segundo elemento es la cuestión de la educación. El alcance de las políticas de alfabetización promovidas por el Gobierno de Evo Morales fueron significativas, 63% era alfabeto en 1976, en el 2012 lo era 95% (97% en el área urbana). La tasa de asistencia escolar de la población de 6 a 19 años pasó de 63.5% a 87.3% en el mismo período, y el número de personas mayores de 19 años con secundaria o estudios superiores creció de 446.142 a 3.782.327 (INE, 2015ª: 126-129).

Por último, a mediados del siglo pasado Bolivia era preponderantemente rural (74% vs. 26% urbano), paulatinamente la tendencia fue modificándose de manera

progresiva y sostenida; a mediados de los ochenta ya se apreciaba un mismo porcentaje, pero para el 2012 la balanza se inclinó hacia lo urbano con 67.5% y lo rural sólo 32.5%. El área urbana de La Paz casi triplicó su población en poco menos de cuatro décadas: de 682.860 habitantes en 1976 a 1.814.148 en el 2012. (INE, 2015ª: 14) y creció 45% en términos territoriales entre el 2001 y el 2013 -de 2.930 a 9.172 hectáreas (Sandoval, 2015:11)

Queda claro que las primeras décadas del siglo XXI no serían las mismas. Ahora Bolivia era un país de jóvenes, con mayores grados de educación y fundamentalmente urbanos. Así las cosas, no era equivocado afirmar que Bolivia –y particularmente La Paz- tenía un nuevo rostro (PNUD, 2015; Torrico, 2011; Urquieta (Coord.), 2011; Pereira, 2009). La experiencia de vivir en la ciudad se ha transformado radicalmente y estamos lejos extractos de historia oral reproducidos en el apartado anterior. Habitar la ciudad es completamente diferente.

La tasa de analfabetismo en La Paz bajó de 7.2% en 1992 a 2.6% en el 2008; en ese mismo el promedio de años de estudio era de 11, 40% tenía secundaria y 28% nivel superior universitario (mientras que en 1992 29 y 27% respectivamente) (GML, 2010: 95-100). En el 2012 "92% de la población en edad escolar –personas cuyas edades oscilan entre 6 y 19 años-, asisten al sistema de educación regular" (OMPD-DIIM, 2013: 29).

Las viviendas de los paceños –que en 1992 sólo 45% eran propias mientras que en el 2008 lo eran más de 59%- cuentan con servicios básicos y algunas comodidades. Si en 1992 17% de los pisos de los domicilios eran de tierra, para el 2008 sólo es 6.5%; en ese mismo año, 82% tenían piso de machihembre, parket o cemento. Asimismo, lejos quedaron los años de buscar agua en pozos y usar los ríos como baños: en 1992 5.2% de la población utilizaba un pozo o noria como fuente de agua para beber y cocinar, en el 2008 sólo lo hacía 1.6%; de 85% de personas que para el mismo fin utilizaban cañería de red en 1992, el 2008 el porcentaje ascendía a 96%. Lo propio sucedía con el desagüe: en el 2008 97% de viviendas contaban con él y sólo 1.5% usaban cámara séptica. Con la energía eléctrica sucede algo parecido, en el 2008 98% de hogares disponían de ese servicio. Respecto del combustible más utilizado para cocinar, en el 2008 87% usaba gas, 9.4% electricidad. El uso del gas creció nueve

puntos porcentuales en 16 años, la leña o guano prácticamente desaparecieron como fuente de energía (GML, 2010: 72-153).

La infraestructura de la ciudad también se modificó notoriamente. Para el 2009 – contando los últimos 10 años, las fuentes oficiales reportan la construcción de 27 puentes vehiculares, 31 puentes peatonales, 2.388.604 metros cuadrados de asfalto y bacheos, más de un millón de metros cuadrados empedrados, 1.290 graderías 189 vías aperturadas -34 de ellas en el Macrodistrito Sur- (GML, 2010: 345-373).

En torno al tema de la atención del cuerpo, el médico y el centro de salud se convirtieron en el lugar de referencia. Entre el año 2001 y el 2008, la información estadística apunta que el número de personas que acudieron a un establecimiento de salud para la atención del parto creció en 12 puntos porcentuales, y disminuyó el mismo porcentaje de quienes lo hicieron en el domicilio. El médico se convirtió en la figura de referencia para tal comedido (87%) en desmedro de la partera (2.8%) (GML, 2010:103-106). En el 2011 el doctor es el responsable de los nacimientos para 90% de la población y 71% acude a distintos centros formales (hospitales públicos o privados, consultorios, puestos y centros) frente a una enfermedad o accidente (subió 12 puntos porcentuales respecto del 2008), y sólo 13% se atiende en casa (en el 2008 el porcentaje era 23%) (GAMLP, 2013: 80-82).

Con respecto a la pobreza, el porcentaje de población pobre por necesidades básicas insatisfechas, disminuyó más de 10 puntos porcentuales en la ciudad entre 1992 y el 2001. (GML, 2010: 89). De hecho la respuesta negativa frente a la interrogante "Se considera pobre" es ascendente desde el 2008 (67%) al 2011 (73%) (GAMLP, 2013: 18). El 2011 78% de personas respondieron que en el último mes no han dejado de tener una alimentación de calidad, ni tuvieron que disminuir la cantidad habitual de alimentos que consumen; además, 89% afirmaron que ninguna persona de su hogar sintió hambre y no pudo comer o que comió una sola vez al día (GAMLP, 2013: 53-55).

En términos generacionales, tomando como base los datos proyectados por el Gobierno Autónomo de la Ciudad de La Paz para el 2011, se pueden ensayar tres cohortes analíticas: quienes tenían de 15 a 34 años, nacidos entre 1977 y 1996, que

representan 38%; los de 35 a 54 años, nacidos entre 1957 y 1976 que son 21%; y los de 55 a 74 años, nacidos entre 1937 y 1956, 8% (GAMLP, 2013: 1). El primer grupo vivió como experiencias históricas la democracia representativa instalada, un poco de las secuelas del neoliberalismo, las movilizaciones sociales del año 2000 y, sobre todo, la era del gobierno de Evo Morales en sus distintas etapas. El segundo grupo vivió, además de lo anterior, la experiencia de la dictadura, la lucha por la recuperación democrática, las guerrillas. La tercera cohorte fue testigo de, incluido lo ya mencionado, el eco de la Guerra del Chaco, la ejecución de Villarroel, la Revolución del 52, el MNR gobernando. Las tres cohortes etarias estuvieron marcadas por eventos históricos de suma importancia y muy alejados los unos de los otros. Sólo el tercer grupo acumuló los distintos ciclos, pero no significa ni uno de cada diez paceños. La cohorte más numerosa es la primera, y asistió solamente a los últimos acontecimientos, particularmente la era del "Proceso de cambio" y la intensificación de la urbanidad asumiendo un estilo de vida de clase media. Esa es la "generación Evo".

En suma, la ciudad en la actualidad tiene condiciones de vida mucho más cómodas que hace unas décadas. La transformación, en términos de salud, educación, economía y vida cotidiana es muy significativa, aunque no homogénea pues convive con la "fragmentación territorial y socioeconómica" que subraya Pereira (2009: 107). No asombra que la evaluación respecto de si la situación de la familia está mejor, igual o peor que hace cinco años haya subido 10 puntos porcentuales entre el 2008 y el 2011 (GAMLP, 2013: 268). Tampoco llama la atención que, frente a la pregunta a quemarropa "¿Es feliz?", la respuesta sea sí para 89% de los paceños (GAMLP, 2013:79).

Del centro al sur. Una nueva socio-geografía

En un paso por esta región a mediados de los 60, el escritor peruano José María Arguedas describió a "la sonriente y épica ciudad": "Ella, su luz inolvidable, sus dulces árboles, las torres dentadas murallas de greda que la circulan, calman e iluminan el alma del viajero". Pero también habló de su habitante que es quien ha

“convertido el caótico suelo, un campo atormentado que se afirma fue el cráter de un volcán, en una bella residencia, en una ciudad cuya hermosura es fruto del poder humano para aplacar a la naturaleza y convertir sus lados aun feraces en canto eglógico (...). El paceño que convierte en risueños barrios las oquedades y barrancos del suelo sobre el cual extiende cada vez más su morada; el ciudadano de La Paz que construye edificios y avenidas en ese campo que era inclemente y rebelde, casi inconcebible para la gran ciudad...". (Arguedas, 2008: 6).

Lo que se desprende de la reflexión de Arguedas es una impronta que acompañó al ciudadano de esta región desde siempre: vivir entre ríos y cerros, y una ineludible tarea de "colonizar" la naturaleza si quiere quedarse y sobrevivir ahí. Ya tempranamente en la discusión respecto de la fundación de La Paz o la opción por Laja, las Actas Capitulares de 1548 a 1562 muestran sus inconveniencias geográficas: "...si obiese de poner aquí otros muchos defectos que este sitio tiene, seria nunca acabar..." (sic) (Citado por Villagómez, 2004:193). Y claro, lo que empíricamente se observaba en el siglo XVI, el estudio técnico de los setenta lo corroboraba: sólo el 5% del suelo paceño es apto para urbanizaciones, las demás son consideradas áreas de riesgo de distintas dimensiones (Villagómez, 2004: 193).

Es cierto. Los que vivimos aquí aprendimos rápidamente las nociones de arriba o abajo, subir o bajar. Escalamos montañas para buscar privacidad y vista. Supimos que manejar bicicleta de bajada es más fácil que hacerlo de subida, que si jugábamos fútbol, era mejor estar es el lado de arriba. Aprendimos a trepar cerros como cabras, a apreciar sus diferentes colores y texturas y a adorar al Illimani; a ubicarnos no con los puntos cardinales sino con relación a los nevados, a ver salir la luna detrás de la montaña o la luz del sol que desciende por los cerros. Supimos que no es un error "subir arriba" porque "arriba" es un lugar (el centro), y que es posible "bajar abajo" porque "abajo" es Calacoto. Pero también aprendimos a huir cuando viene la riada, a temerle a la lluvia, a distinguir cuál es una "zona negra" y cuál es segura, cuándo está bajando el agua, cuándo viene el granizo o cuándo sólo va a "chilchar". Así, no es casual que parte de los nombres de los barrios vengan del aymara y evoquen condiciones naturales: Calacoto, montón de piedras; Achumani, lugar donde hay

mucha agua, o, en otra versión, lugar de cactus; Cota Cota, lagunas, Huayñajahuira, río seco (Cuadros, 2002: 217).

Se podría hacer un recuento de la historia de la ciudad poniendo atención a su relación con la naturaleza, con los cinco ríos principales, los 200 ríos y riachuelos secundarios y las diversas montañas. En cada período, desde su fundación hasta el siglo XXI, la necesidad de construcción, de transporte, de vivienda tuvo que tomar en cuenta la calidad del suelo, la importancia de los ríos. Habitar un lugar con cinco cuencas amables en tiempos secos y furibundos en las lluvias, implicó construir muchos resistentes muros de contención. Más de una vez el cálculo fue equivocado, y el agua se llevó casas y personas. Todo dependió de los materiales y la tecnología, del uso del cemento y el acero para edificar puentes, de la calidad de la ingeniería para elaborar bloques que soporten torrentes y mazamorras. Y así hasta llegar a los grandes edificios, o los puentes aéreos y el teleférico que cierran el ciclo de la comunicación y el transporte.

En el proceso de construir una ciudad en un lugar tan accidentado implicó una expansión paulatina en múltiples direcciones en distintos momentos de acuerdo a las exigencias puntuales. A finales de los años setenta, varios autores coincidían que la ciudad tenía tres centros urbanos: el tradicional criollo -alrededor de la Plaza Murillo y las instancias de gobierno-, el nuevo cosmopolita -por la Avenida Arce y Sopocachi con ministerios y embajadas- y el "indio" por la calle Tumusla y Buenos Aires (Calderón, 1979, citado en Albó, Greaves, Sandoval, 1981: 87). Pero ese esquema prácticamente unipolar a pesar de sus tres rostros, empezó a transformarse de manera radical hasta que, en unas décadas, la ciudad se convirtió en un espacio urbano multiterritorial. Si bien la explosión fue en múltiples direcciones, quiero concentrarme en lo sucedido en el sur.

Me explico. Cuando era niño, a mediados de los setenta, mi desplazamiento urbano básicamente giraba alrededor de tres lugares: mi casa y mi colegio en el sur (San Miguel), la casa de mis abuelos paternos en Miraflores (casi en la Plaza Villarroel) y el departamento de mi abuela materna (Sopocachi) y lugares de diversión como El Prado. El triángulo estaba conectado por tres únicas rutas: del centro al sur una sola avenida que iba cambiando de nombres: Av. 6 de agosto en Sopocachi, Av. Del

Libertador, Av. Hernando Siles en Obrajes, Av. Roma en Següencoma, Av. Ballivián en Calacoto. De casa de mis abuelos (Miraflores) otra ruta que se incorporaba a la principal: Av. Busch, Av. Saavedra, hasta llegar a Av. Del Libertador. Entre Sopocachi y Miraflores solíamos tomar una única avenida, la del Ejército. Alguna vez, poco antes de la Curva de Holguín ocurrió un derrumbe severo sobre la Av. Del Libertador. No eran el montón de piedras que estábamos acostumbrados a esquivar cuando llovía, sino que la avenida en sus tres carriles había quedado cubierta. Poco sé qué haya sucedido en el funcionamiento operativo de la ciudad, pero sí guardo el recuerdo de que mi padre no pudo ir a trabajar, no pudimos visitar a ninguno de mis abuelos ni ir al cine hasta que, días después, los tractores municipales limpien y rehabiliten el tránsito.

En los setenta Obrajes, Calacoto y el sur eran un satélite básicamente con una vía de comunicación que, más que una avenida urbana, parecía una carretera interprovincial, pues la parte que une San Jorge con la Curva de Holguín estaba pegada al cerro. Pasar por ahí parecía estar de viaje y disfrutar del paisaje, grutas, cambio de temperatura y hasta de altura, lo que repercutía en que los oídos se tapasen con facilidad. La experiencia de trasladarse al sur -o vivir ahí- implicaba un cambio radical, y sólo había una manera de llegar a él, no había opción de elegir rutas alternas. Por el poco tráfico, el tiempo invertido en el desplazamiento solía ser entre veinte a treinta minutos.

En esos años, Calacoto todavía guardaba el eco de la intención oligárquica de su fundación. Hay que recordar un revelador texto anónimo -pero que se presume la autoría de Emilio Villanueva- aparecido en la Revista de Bolivia de 1937 cuenta que desde inicios del siglo XX se planeaba "una magnífica villa residencial", proyecto al que se pliegan "propietarios de las clases más distinguidas de la sociedad paceña". Se buscaba una "nueva ciudadela" con "avenidas arborizadas, mercado, salas de cine, canchas de deportes, hipódromo, hotel que ha de procurarse lleve adelante alguna empresa". El "tan progresista plan" de fundar esta "obra de bien" -recién se materializa años más tarde-, trae consigo la necesidad de nombrar la iniciativa; las posibilidades son: Juliápolis, Heliópolis, Intimarca, Villa Patiño o Calacoto -uno de sus principales impulsores es Julio C. Patiño-. Curioso párrafo:

> "La fundación de la nueva ciudad -se refiere a Calacoto- estará sujeta a un rito especial, y por esta vez no será la primera piedra que se coloque como símbolo de su erección, sino que se plantará un cedro de Himalaya, robusto y elegante, que representará la vida que se interna en sus raíces en la profundidad de la tierra y su follaje que elevándose al cielo busca el contacto como el ideal de progreso y de superación" (Villanueva, 2014: 183)

Elegancia, robustez, progreso y superación. Cuatro claves para entender el proyecto urbano de esos años con evidente sello de clase. Pero como decía, la intención elitista en el sur empieza a transformarse con incrustaciones de barrios clasemedieros (como San Miguel y Los Pinos) y su aislamiento va dando paso paulatino a una intercomunicación radical.

Lo primero son las vías de comunicación. En los años 80 se inauguran la Avenida del Poeta -que evitaba el paso por Sopocachi para dirigirse al sur-, y la Avenida de los Leones que vinculaba Miraflores con Obrajes. En 1987 la Avenida Kantutani permite ir de Sopocachi a Obrajes por otro frente –con un paisaje nuevo-, y entre 1988 y 1994 la Av. Costanera -ampliada en distintas etapas- abre una comunicación directa desde Cota-Cota hasta Sopocachi. La era de los puentes empieza con el Puente de las Américas entre Miraflores y Sopocachi en 1993 y los Puentes trillizos en el 2010. Con la Av. René Zavaleta, la Av. 14 de septiembre, la Av. Costanerita, y los varios caminos barriales, tenemos una ciudad intercomunicada por múltiples canales.

Si en 1995 había 150 líneas de minibús, en el 2009 son 253, de 31 líneas de Trufi se pasó a 82 en el mismo período (GML, 2010: 379). Las dos últimas iniciativas urbanas, el Teleférico y el Puma Katari, inauguradas en el 2014, terminan de consolidar la nueva estructura de comunicación urbana[5]. La *ciudad multiterritorial* tiene un desplazamiento complejo, y lo que antes era el sur, ahora es otro centro.

En este tiempo, si volviera a ocurrir el mismo derrumbe que en los setenta inmovilizó a mi padre y su posibilidad de visitar a mis abuelos en Miraflores o ir a trabajar al centro, el dilema sería cuál nueva ruta elegir.

---

[5] Una buena lectura crítica del transporte público en La Paz, véase en Bedregal Villanueva, 2015.

Zona Sur. Una nueva partida.

Entre año 2009 Juan Carlos Valdivia entrega una nueva película que sería un quiebre con lo que hasta entonces había hecho y una agenda de su recorrido personal y su relación con el país, lo que se cristaliza en su siguiente film “Yvy Maraey. Tierra sin mal” (2013). Es una historia intimista, autobiográfica, casi una narración etnográfica de su propio medio. Por eso mismo se desarrolla básicamente en una casa de la zona Sur con cinco personajes principales: Carola, madre de tres hijos, divorciada, empresaria y sostén económico de la familia; Bernarda, hija mayor, estudiante de la UMSA, lesbiana; Patricio, hijo que estudia derecho en una universidad privada, quiere hacer un posgrado en el extranjero y volver para "ser el mejor abogado de este país"; Luis, un niño que pasa mucho tiempo en casa poniendo las preguntas indispensables; y Wilson, el empleado doméstico.

Un momento cúspide de la historia es cuando Carola, a pesar de su elevada posición social, atraviesa por dificultades económicas y su ahijada Nancy -que es chola- la visita para hacerle una tentadora proposición. Le dice:

> - "Hemos venido a hacerle una oferta, queremos comprarle su casa. ¿Cuánto quiere mamita?"
>
> - "Mi casa no está en venta".
>
> - "Le vamos a pagar en efectivo, es una gran oportunidad. Con lo que le dé comadre, puede comprarse un *penhouse*, hacerse una casita en el terreno que tiene en Huajchilla y aprovechar para mandar a los muchachos a estudiar afuera. Como usted bien sabe, está muy dura la situación".
>
> - "Pero ¿para qué quiere esta casa?".
>
> - "Quiero construir departamentos comadre. Como usted sabe, mi familia es numerosa, quiero vivir con todos ellos (...). He traído comadrita, 250.000 he traído".

Nancy le muestra los dólares dentro de un maletín envuelto con un aguayo, y tras la dubitación de Carola, le ofrece 20.000 dólares más.

Si la historia de Valdivia parece anecdótica y casi caricatural, lo cierto es que se queda chica frente a la realidad de los intercambios sociales y económicos de los últimos años en Bolivia. Dos años antes del estreno de la película de Valdivia, falleció un tío mío por un accidente automovilístico; su costosa casa ubicada en Calacoto se puso a la venta. El precio superaba el medio millón de dólares. Apareció un primer interesado que tenía todos los rasgos de la clase popular emergente en la ciudad de La Paz. La negociación fue concretándose hasta llegar a un primer acuerdo, pero el problema era que, cada que se establecía un precio, él quería incorporar un bien más a la compra por la misma cantidad de dinero. Cuando vio la calidad de las lámparas, quiso adquirirlas, lo propio con los muebles, los cuadros, los espejos y todo lo que mi tío había adquirido en el transcurso de los años para su vida diaria. En suma, buscaba no sólo el inmueble sino el glamour de clase que lo acompañaba y que se materializaba en todo lo que contenía.

En lo que se resolvía el negocio, apareció una nueva interesada. Se acercó a la joyería de mi tío -llegó en un BMW- y preguntó respecto de la casa en venta. Cuando se le informó que ya no era posible por lo avanzada de la negociación con el otro comprador, se quedó callada. Ella era joven, originaria del sur del país, también con rasgos populares. Empezó a pasear por la joyería, preguntó el costo de una pulsera, cuando se le dijo el precio (dos mil dólares) sacó la billetera y la adquirió. Volvió al primer mostrador y puso nuevamente la pregunta: ¿tiene una casa en venta?

El mensaje fue claramente recibido. Entraron a una oficina privada y empezó la negociación. Ofreció comprar la casa pagando en efectivo más de su precio inicial y cubriendo los costos que implicaría dar pasos atrás con el primer comprador. El trato se cerró. A la semana llegó en el mismo BMW con un maletín repleto de dinero. Los herederos, nerviosos por tanta plata en efectivo, tuvieron que llamar al banco para que envíen auto blindado. Se fueron a la bóveda del banco a contar peso sobre peso y depositar en la cuenta. La mujer no recibió en ese momento la llave, sólo un papel que especificaba la transacción. Tuvieron que pasar varios días para que los trámites se arreglaran formalmente con mediación de notarios y abogados.

Un poco después, un pariente falleció luego de más de ochenta años de vida. La cantidad de dinero que había acumulado fue considerable, su casa en Calacoto estaba

valuada en más de seis cientos mil dólares. Era miembro del Club de Tenis de La Paz, ahí tenía amigos con quienes compartía los fines de semana. Por múltiples razones su partida fue muy discreta, sin anuncios en el periódico ni grandes eventos, sólo se enteraron algunos familiares y amigos.

Al día siguiente de su muerte, una persona, también miembro del Club de Tenis, llamó muy respetuosamente a uno de los herederos, le preguntó respecto de la casa de su padre y se mostró interesado en adquirirla. Le dijo que lo que quería construir un edificio, por lo que tenía que solicitar un crédito al banco -evidentemente se lo iban a dar porque todos eran sus amigos- que podría tomar unas semanas.

Un tiempo después, los herederos pusieron un anuncio en el periódico indicando la venta de la casa para escuchar más opciones. Apareció un comprador que le ofreció más de lo que estaban pidiendo, pero le pidió nos días para reunir el capital. Era fin de año y tenía vender algunas mercaderías. Su ocupación principal era comerciante de telas, su tienda estaba en la Uyustus. La casa le gustaba porque tenía dos características importantes, por un lado era muy amplia y cómoda tanto para vivir como para guardar mercancías, y por otro lado estaba muy bien ubicada. El día de la visita al inmueble fue particularmente interesante. El abuelo de unos 60 años -el comprador formal- tenía aspecto rural en su vestimenta, trazos étnicos y forma de hablar. La hija que rondaba los cuarenta ya manifestaba una cultura urbana. Y el nieto de veinte -estudiante de la Universidad Católica Boliviana- traía el pelo teñido, la piel más clara, manos finas que jamás cosecharon una papa. Aunque la compra no llegó a concretarse, lo destacable era notar el tipo de movimiento económico y social de esta época donde los capitales y los estilos empiezan a mostrarse de otra manera.

Pero volvamos a la Zona Sur ahora dejando volar la imaginación sociológica. Me preguntaba en el inicio de este capítulo sobre el destino de los personajes de Chuquiago de los setenta unas décadas más tarde en la misma ciudad. Supongamos que la joven y linda Patricia, ex-estudiante de universidad pública, ahora es Carola. Tuvo tres hijos, se divorció, heredó la empresa del padre "Cáceres y Compañía importadores" y sigue manteniendo una buena situación pero tiene que batallar para la estabilidad familiar. De sus años de juventud revolucionaria, le quedó una buena relación con su servidumbre a quienes trata con respeto, cariño y hasta confianza.

En una conversación con su empleada le pregunta si su marido le ha pegado, y, tomándole de la mano, abre un espacio de intercambio "de mujer a mujer" sobre ese tema.

La hija de Carola, Bernarda, es el espejo de su pasado: es transgresora, lesbiana, estudia en la UMSA, reniega de su clase -"yo no soporto esta casa" y de su madre: "no quiero ser como vos". Si la madre de Patricia desconfiaba de la familia de su novio izquierdista, ahora Carola no cuestiona la opción sexual de Erika, la enamorada de Bernarda, sino su condición sociocultural: "si te empeñas en tener así, por lo menos que sea de nuestra clase, como nosotros (...). Es una birlocha". Bernarda y Patricia se enfrentan con sus madres cuando son jóvenes; Patricia termina prisionera de su clase y reproduce el rol de su propia madre, ahora en voz de Carola, y Bernarda tiene la sentencia de su novia que le dice: "eres igual que tu vieja, jailona (...). Andate acostumbrando, futura Carola".

El devenir de Isico en Chuquiago es poco claro y no se termina de resolver en Zona Sur. De hecho son varias las interpretaciones sobre el desarrollo de la vida del migrante campesino en la ciudad, desde la poética marginalidad que escribía Sáenz cuando habla de la "irrupción del indio (...) que en la ciudad se volvió aparapita" (Sáenz, 1968:8), hasta Teodoro Quispe que en el Chenk'o total de Manuel Monroy se integra exitosamente a la vida urbana. También en Zona Sur hay una ambivalencia, Isico podría ser dos personajes, a veces Wilson que ya no piensa volver al campo porque "ya nada tengo en mi pueblo, mis surcos se lo han dado a otro comunario ya", hasta Don Jerónimo -personaje secundario que sólo aparece una vez en el filme- que de niño quería ser soldadito pero ahora "campesino no más soy, pero tengo ovejitas, terrenos, de todo tengo" y vende quesos y papa en las puertas de las casas de la ciudad.

Pero quizás el mejor puente analítico se lo puede construir entre Johnny de Chuquiago devenido en Wilson en Zona Sur. Johnny es hijo de madre chola y padre albañil con quien discute crudamente. "No quiero ser tara", es su grito de guerra, quiero ascender, tal vez ir al extranjero, casarme con una chica linda del sur. Pero sus sueños no se realizan, o al menos no del todo. Se convierte en Wilson, un refinado sirviente que prepara la comida como "chef", escoge el vino, maneja un auto lujoso

en el que hace las compras, acomoda la mesa y los cubiertos como corresponde para una familia que cuida la etiqueta. Incluso comparte la intimidad con su empleadora, la señora Carola, a quien le pasa sus vestidos cuando está en ropa interior sin ningún erotismo, le escoge la cartera, le abrocha los botones de la blusa, le cuelga los collares. Carola admite que Wilson es como su esposo, con quien se quedará a vivir cuando ambos envejezcan.

En una escena de Chuquiago, Johnny está mirándose en el espejo fantaseando que invita a una chica al cine y luego a bailar. Se arregla, se peina, se mira, y sale en busca de su vuelo. Pero no llega lejos, o llega a medias. En una escena de Zona Sur, Wilson sale de su ducha con una elegante toalla en la cabeza y bata blanca. Se mira en el espejo, se pone crema, está en el baño del tipo de mujer que Johnny hubiera querido conquistar, pero es su empleado abusando de sus pertenencias. Sus sueños no se cumplieron del todo.

En la última escena de Chuquiago aparece Patricia dentro de su auto y por la ventana ve que pasa Isico, con quien sólo intercambian la mirada. En una de las últimas escenas de Zona Sur, está toda la familia comiendo en el jardín de la casa en la misma mesa -usando vajilla de fina cerámica de barro-. Carola en la cabecera, Wilson al frente.

Son tiempos de cambio, pero no queda claro en qué sentido.

EXCURSO 1

CHENK'O TOTAL

Letra y Música: Manuel Monroy Ch.
Compuesta por 1995, viendo mi ciudad, La Paz.
Ritmo de saya afroboliviana

I
Teodoro Quispe nacido en Choquelulu
que en el mapa se llama General Villamor
salió en bicicleta, los Andes en las ruedas
picando a su escuela ubicada a horas sol

Tal fue el impulso de este rayo andino
que apareció sudando en plena Eloy Salmon
ofreció sus servicios cargador rodante
con propina radiante compró walkman de color

Se hizo base, popular y con crema
un cuarto en la ladera, póster de Laura León
Manaco, Strongest, telenovela a vela,
ayllu vuelto preste curso de computación
en su nuevo carnet : es Teodoro Villamor

Chenk'o totali Chenk'o totali
Haber como digieres
La paella conceptual

II
Martita luna clase media naranja
papa bancario falangista, auditor
cintura mistura antropóloga con canon
escribe aymarismos en su power mackintosh

Chamarra de cuero mochila de gringo
a investigar salió en el camión de las dos
Bazzoka en la boca los Andes en el rayban
trabajo de campo en Choquelulu Villamar

En la noche sicuris té con té con estrellas
sociólogo baviero le flecho el corazón
y después del casque retornaron en jeep
decidieron juntarse por el bien de la nación
ONG fundaron: P.O.T.I.R
"pachacutik on the rock”

III
Huguito Ormachea apellido de avenida
bachiller en vanidades en Miami vacación
dueño de la tierra, del cielo y las estrellas
moto dragoniana paradigma de patrón

Tal fue el impulso de Huguito Motocross
que apareció embarrado en el preste de la Eloy
ofreció sus servicios caporal alimentado
por alcoholes de colores se olvidó de su mansión

Despertó enroscado
En las piernas lunarejas
De la Carmen que es hermana de Teodoro Villamor
y completo su ch'aqui
Cuando vio los tres colmillos
notario, oficial, casamiento, brindis, ohi
Un retoño llega:
Jhonny Ormachea Villamor

Chenk'o total chenk'o total
Haber como digieres la paella conceptual.

IV
OrmacheaVillamor nacido en Achumani
Bachiller con muñeca tecladista de rock
Salió con mistura en su negra vitara vitara
A ch'allar su negocio en plena Eloy Salmón

Chamarra de cuero la ere de gringo
En sus cuatro tiendas vende power mackintosh
en la disco conoce a Martita Shoenberg
La hija de P.O.T.I.R que es caporal de San Simón

Jhonny y Martita
Se amaron en la reja
sociólogo baviero los pesco en lo mejor
se casaron con preste era un mar de gente
El vicepresidente invitado de honor
Su local en baviera:
“Choquelulu coffe shopp "

Chenk'o total chenk’o total
Haber como digieres la paella conceptual

Wara Ormachea Shoenberg Villamor Luna Quispe
no me alcanza esta canción...

CAPÍTULO 2

DE LA MARGINALIDAD A LA FRIVOLIDAD:

Los nuevos estilos de vida[6]

La ciudad oculta de Jaime Saenz

La obra de Jaime Saenz es una apuesta por la marginalidad, por lo ilegítimo, por lo olvidado. No se trata de una reivindicación sociopolítica, sino de una ruta estética y de conocimiento de la experiencia urbana. El escritor parte de que La Paz "tiene una doble fisonomía, y admitiendo que mientras una se exterioriza la otra se oculta" (Saenz, 1980:9), y su empeño es encontrar el sentido de lo que se esconde "en el más oscuro confín de algún barrio, en un olvidado callejón cuya boca abre a quién sabe qué precipicio; en un simple muro de adobe" (Saenz, 1980: 9). Por eso mira la cotidianidad, se detiene "en los gastados peldaños que ya a nadie sirven", los lugares en los que se puede encontrar "el espíritu de la ciudad" (Saenz, 1980:9).

En su texto clásico *Imágenes paceñas*, escribe sobre los *lugares* y las *personas*. Construye un territorio urbano desde los espacios donde estaría el espíritu paceño; no se encandila sólo con los centros de poder sino que transita por el Cementerio, las calles densamente populares como Max Paredes, Illampu, Buenos Aires, Sagárnaga, Linares. Y cumpliendo su promesa de fijarse en los lugares "de diario", describe un callejón, un patio, una tienda, una bodega.

Con las *personas* sucede lo propio. No es la élite del poder político y económico la que sale en la foto. Los personajes oscilan entre dos extremos, el aparapita que carga bultos en la espalda en los mercados –a quién le dedicó previamente un lúcido ensayo publicado en 1968- y el loco. El primero es quien encarna la naturaleza del vínculo entre el altiplano aymara y la ciudad: "El aparapita está siempre en la ciudad, y no obstante, al mismo tiempo habita el Altiplano, y se encuentra aquí y se

[6] El segundo y quinto apartado de este capítulo fueron utilizados para la elaboración del capítulo "De Chuquiago a Zona Sur", a ser publicado en el libro *¿Todo cambia? Reflexiones sobre el 'proceso de cambio' en Bolivia*, (Suárez, 2017, en prensa)

encuentra allá, sin moverse de su sitio" (Saenz, 1980: 137). Es quien mejor sintetiza la tensión entre el mundo rural y el urbano, logrando sortear las duras exigencias de la sobrevivencia moderna:

> "El aparapita es, desde luego, un aymara como cualquier otro; pero un aymara que, sin dejar de ser lo que es, y habiendo por el contrario potenciado las facultades inherentes de su raza, ha querido ubicarse en la ciudad, impulsando empero por ansias irracionales, de meditación, de existencia y de trabajo, que le permitirían conocer y comprender un medio en cierto sentido nuevo, y del que se posesionaría por siempre" (Saenz, 1980: 137).

A través del aparapita, Saenz dibuja una figura urbana por excelencia, aquel que se integra al mundo laboral por la puerta trasera manteniendo su origen cultural, que alimenta y sostiene el vínculo con su pasado pero es lo suficientemente flexible para moldearse a las exigencias que tiene en frente. No es el hombre de éxito, es quien desde los márgenes precarios encarna la esencia de la compleja experiencia en la metrópoli, "es la ciudad" y "ha cargado la ciudad sobre sus espaldas" (Saenz, 1980:139).

Al frente, está el loco, la contra imagen de la integración urbana, quien no ha logrado empatar con las formas de la urbe y que, sin embargo, la constituye irremediablemente. Es "pariente carnal y espiritual del aparapita"; su contrapunto. Es "dueño de un tiempo que se remonta al tiempo en que no hubo tiempo", por ello divaga "con un mundo a cuestas", construyendo sus propias coordenadas espacio-temporales. Es el resultado de lo que una ciudad hace con un hombre a quien se le obliga a redimirla cargando sus miserias:

> "Es él quien recibe instante tras instante la descarga de las tensiones colectivas; en él se sintetizan el espanto y la alegría, la angustia, el dolor y la congoja, los más profundos sentimientos" (Saenz, 1980: 169).

Al medio, entre el aparapita y el loco, están los múltiples oficios. La chiflera que "es una mujer que desde chica ha aprendido a curar y a ser bruja" (Saenz, 1980: 141); el velero -"un hombre muy callado, pues no habla castellano"- que ampara "a las almas para quienes la oscuridad es como el pan" (Saenz, 1980: 143); la tendera, "tan

quejumbrosa y variable, tan ordenada y caprichosa" (Saenz, 1980: 149); el soldador, humilde "hombre fuerte y valeroso: masca coca y come poco" (Saenz, 1980: 151); el lustrabotas, que "ejerce un poderoso influjo sobre el idioma que nosotros los paceños hablamos. Es muy grande su ingenio, y nadie como él para acuñar palabras y nuevos giros, frases altamente expresivas y modos idiomáticos que, por su precisión y originalidad, muy pronto y en definitiva pasan a enriquecer el acervo popular" (Saenz, 1980: 155).

Y como en *Imágenes paceñas* los lugares doblan al número de personas, seis años más tarde, en 1986 publica *Vidas y muertes*, con veinticinco historias más de personajes de la ciudad. Pero ahora tienen nombre y apellido, tienen episodios, historias: una vida digna de ser contada y una muerte que merece ser evocada.

Saenz advierte el "cambio radical y profundo en las últimas tres décadas" de la ciudad, y se pregunta por el devenir: "¿Qué será más adelante?" (Saenz, 1980: 12); pero sobre todo, ¿a dónde irán a parar los personajes que la habitan?:

> "¿Qué se haría el electricista que vivía en la calle Murillo, que andaba sin saco y sin camisa, y muchas veces sin zapatos, y que una vez mató sin asco al dueño de una chingana en la plaza Belzu? ¿Y el Cojo Clavijo, enemigo jurado del Partido Liberal y cajista de profesión que se jactaba de ser espiritista de vocación y que se las daba de gran teósofo?
>
> ¿En qué pararía el pobre joyero Farfán, yendo y viniendo por calles y plazas con su eterno sombrero de paja, con sus embustes y sus patrañas; qué suerte habrá corrido el señor Aldunate, tocando la concertina y dando serenata a diestra y siniestra, capaz de vender su alma por una copa; quién podrá dar razón del famoso veterano de la Guerra del Pacífico, que ya tenía cien años de edad y sin embargo toreaba a las mil maravillas en el Olimpic, y además jugaba taba y era fanático por las peleas de gallos?" (Saenz, 1986: 10).

Cierto, hoy, cuatro décadas más tarde, La Paz es otra, sus personajes son nuevos, sus lugares diferentes, su vida diaria poco tiene que ver con los trazos del escritor que la retrató en los ochenta.

"Un salto a la modernidad": Los rostros de un cambio

Una desafortunada declaración del diputado Jorge Medina del Movimiento al Socialismo celebraba los ocho años de la gestión de Evo Morales diciendo que gracias a su gobierno habíamos dado "un salto a la modernidad y la industrialización" (Página Siete, 21-1-2014). Extraño ajuste discursivo donde la retórica conservadora de la élite neoliberal ahora era retomada por un indígena modernizador. Pero lo que estaba en el fondo, dicho en un lenguaje intelectualmente poco pulido, era la intención de sacar brillo a los logros económicos de gobierno *masista*. Y en ese sentido tenía muchas razones para sentirse satisfecho. La transformación en el ámbito económico, cultural y social era notable.

La política económica del MAS –que luego se conoció como el "Modelo económico social comunitario y productivo" (Arce, 2015)- básicamente reposó en tres iniciativas:

- Política de nacionalización de empresas de recursos estratégicos -hidrocarburos, minería, electricidad, cemento, agua, telecomunicaciones- (Morales, 2012: 288), lo que generó importante crecimiento económico.
- "Modelo redistribuidor del ingreso" a través de la creación de bonos de beneficio directo a sectores vulnerables ("bono Juancito Pinto" para niños de escuelas públicas, "renta dignidad" para ancianos, "bono Juana Azurduy" para madres embarazadas o con niños lactantes)
- Control de la inflación e incremento de la inversión pública

Más allá de las críticas y contradicciones del modelo expresadas en una amplia literatura (Molina, 2015; Morales, 2012; Wanderley, 2013), existen resultados oficiales difíciles de negar por propios y ajenos. Si el promedio del PIB en el período 1985-2005 fue de 2,99%, entre el 2006 – 2014 fue del 4,8%, con un notable pico de 6.7% en el 2013. El PIB percápita creció de 1.010 $us en el 2005 a 2.480 $us en el 2012. Entre el 2006 y el 2012 el número de empresas activas y la creación de empresas pasó de 23.082 a 68.232. La pobreza extrema bajó de 38.2% en el 2005 a 21.6% el 2012. El índice de Gini que mide la desigualdad, bajó de 0.59 a 0,47 (donde 1 es desigualdad y 0 igualdad). Finalmente la inversión pública pasó de 879 millones

de dólares en el 2006 a 4.507 millones de dólares en el 2014 (Ministerio de Economía y Finanzas, 2013: 24-45; Banco Central de Bolivia, 2015: 27).

Desde el otro lado económico, social, político, ideológico y hasta territorial, el presidente de la Federación de Empresarios Privados de Santa Cruz afirmaba que "hay un mayor consumo, lo demuestran los casi 400 millones de dólares en movimiento de los restaurantes. También avanzó el consumo de productos importados, como vehículos, teléfonos celulares y productos de la línea blanca". El presidente de la Cámara Nacional de Comercio destacaba la creación de nuevas empresas. La Cámara Automotor Boliviana veía con entusiasmo que entre el 2006 y el 2013 -período de Evo- el mercado automotor hubiera crecido 125% (www.paginasiete.bo consultado 19/1/2014). Así, ese año la importadora de vehículos Ovando S.A. habría un nuevo salón Mercedes-Benz en la Avenida Ballivián de Calacoto y relucía cómo en los últimos años este vehículo de lujo "se ha posicionado con firmeza y expandido; cautivando al segmento más joven del mercado con la presentación de los compactos de nueva generación, como la Nueva Clase A, Clase B y CLA, y la renovación de la marca con una propuesta agresiva de diseño y estética" (Página Siete, 20/04/2014).

En La Paz, de acuerdo con el Anuario Estadístico del Gobierno Municipal, el parque vehicular creció un 100% en número de unidades entre el 2005 y el 2013, llegando ese año a más de dos cientos veinte mil. En el mismo período, los automóviles aumentaron de 38.702 a 54.534; las camionetas de 11.110 a 20.834; los minibuses de 1.247 a 22.161; y las vagonetas de 28.927 a 72.121 (GAMLP: 2013b)

Los rasgos de la "nueva clase" también se los podían ver en el significativo crecimiento de las importaciones en el departamento de La Paz entre el 2000 y el 2008: los "productos de perfumería, cosméticos o preparados de tocador (excepto jabones)" crecieron de 9.228 a 18.957; las "perlas, piedras preciosas y semipreciosas, en bruto o labradas", de 1 a 171; las "Joyas y objetos de orfebrería y platería y otros artículos de materiales preciosos o semipreciosos", de 2,092 a 4,360; las "obras de arte, piezas de colección y antigüedades" de 148 a 2,460 (GML, 2010: 210 - 221)[7].

[7] Unidades medidas en CIF: Frontera en miles de dólares americanos

Un rápido repaso del mercado inmobiliario de La Paz paceño, medido a partir de los avisos en periódicos en el 2013, mostraba que una casa en la zona sur podía costar hasta tres millones de dólares, y el metro cuadrado podía costar más de dos mil seiscientos dólares (Rivera, 2013: 22-23); por un departamento en la misma zona se pedía más de medio millón de dólares (Rivera, 2013: 28)

Como nunca antes había sucedido en la historia del país, en diciembre del 2013 el gobierno decretó un doble aguinaldo, figura inédita que incluía no sólo a asalariados de fábricas, empresas e instituciones públicas, sino también a sectores como las empleadas domésticas. Al año siguiente, el incremento salarial pactado entre el gobierno y la COB fue del 10% al haber básico de educación y salud y de 20% al salario mínimo nacional. El salario mínimo pasó de 500 bs. en el 2006, a 1,200 bs. en el 2013 y 1.440 bs. el 2014. En menos de diez años de gobierno creció casi 300%.

Otra manera de percibir el éxito de la economía en la población la tenemos si focalizamos la atención en la retirada de las iniciativas asistencialistas que habían jugado un rol importante rol en los más intensos años del neoliberalismo. Basta detenerse en la Campaña Navideña por la sonrisa de un niño, promovida e impulsada desde el Grupo FIDES con el padre Eduardo Pérez y Jorge Torrico. Esta iniciativa inició en 1990 en el auditorio de la Radio Fides con la colaboración de cinco personas, 15 periodistas y se entregaron 120 juguetes. Al año siguiente fueron 15 voluntarios y 500 juguetes. Para 1992 el evento se llevó a cabo en el Cine Monje Campero donde se proyectó una película para niños y se repartieron 10.000 juguetes. Y la bola de nieve creció, luego fue el Coliseo Cerrado "Julio Borelli Viteritto", el estadio Hernando Siles, en 1999 fueron ambos lugares con cientos de voluntarios y más de 51.000 juguetes. En su mejor momento, la campaña contaba con cientos de jóvenes que recolectaban dinero en las calles -los llamados "Carros de Fuego"- y se repartían hasta 60.000 juguetes en tres ciudades (La Paz, El Alto y Viacha) (www.boliviaeventos.com/docpdf/historiacarrosdefuego.pdf Consultada 13/05/2014). Con similar formato y entusiasmo, el sacerdote Sebastián Obermaier creó la Fundación Cuerpo de Cristo en 1999 y desde entonces realizó anualmente la "Campaña por la sonrisa de un niño alteño".

Pero ambos mecanismos de provocar sonrisas con mercancías navideñas tocaron techo en una sociedad ahora acostumbrada a bonos estatales y hasta doble aguinaldo: el año 2012, la vigesimocuarta versión de la campaña "Carros de Fuego" pretendía regalar 50.000 juguetes, pero sólo llegaron 32.000 niños, por tanto, para no guardar los obsequios para el próximo año, entregaron dos a cada uno (*La Razón*, 24/12/2012; www.la-razon.com, consultada 12/05/2014). Al año siguiente, los 400 voluntarios -lo único que no decreció- sólo lograron recaudar 400.000 bs, menos de la mitad de los 831.000 bs. estimados. Por día, se recolectó en promedio sólo 7000 bs., 3000 menos que la anterior edición; si antes se compraron 50.000 juguetes, ahora sólo se llegó a 35.000 repartidos sólo en dos centros (*Página Siete*, 19/12/2013; www.paginasiete.bo, consultada 15/05/2014.).

El 2014, al celebrar 25 años del inicio de la campaña "Por la sonrisa de un niño", con pertinencia jesuita el padre Eduardo Pérez dio por finalizada la participación del Grupo Fides en la misma: "creo que el modelo se acabó" (www.radiofides.com consultada 15/05/2014).

El dinamismo económico urbano se deja ver desde distintos lugares y conlleva varias dimensiones. Estamos lejos del "sí señor, bueno señor" que fueron las primeras palabras que una comerciante popular enseñó a Isico, niño migrante aymara en la película *Chuquiago* de Antonio Eguino; y lejos también de la expresión "todo me parecía otro mundo", que recoge el estudio de Albó de uno de sus entrevistados que narra su sentimiento al llegar a La Paz (Albó, Greaves, Saldoval, 1981: 124).

El “salto a la modernidad”, o lo que ello se entienda, ha significado una brutal reconfiguración económica, social y cultural de la sociedad paceña. Los procesos de imbricación social, el intercambio y reacomodo han generado nuevas dinámicas cuyos resultados serán apreciables con mayor claridad en los años siguientes.

El dinamismo de las clases emergentes

En el año 2002, un par de economistas dignos representantes de la élite paceña, miembros del programa de Harvard que funcionaba en la Universidad Católica Boliviana, escribieron un revelador artículo titulado “Clases de economía para Evo”

publicado en un periódico local. Era el tiempo en el que el entonces dirigente cocalero –al lado de muchos otros sectores de la sociedad boliviana- festejaban el cierre de McDonald's y su partida del país.

Los profesores –que manifestaban su intención de "ayudar a nuestro novel político boliviano"- defendían las bondades de la economía de mercado y la nueva visión empresarial que traía al país McDonald's creando una cultura empresarial de primer mundo. Más allá del retorcido argumento económico, lo que develaba el texto era un acuerdo de larga data entre clases pudientes y gobernantes que eran quienes se sentían llamados y elegidos para la dirección del país; dicho de otro modo, en Bolivia existió una "alianza entre la clase adinerada y la burocracia estatal [que] fue necesaria para controlar y mantener sujeta a la mayoría indígena a condiciones de trabajo desiguales" (Tassi, 2012:30).

Lo que no cabe duda es que el "proceso de cambio", en su dimensión política y económica, tuvo un importante impacto en términos sociales y culturales generando reacomodos de distintos sectores, nuevas élites y nuevos actores. La movilidad social de los últimos años es notable.

Desde mediados de los noventa, distintos estudios empezaron a dar cuenta de un ascenso popular que se mostraba en los medios (Archondo, 1991), en la economía (Toranzo, 1993) y en la política (Mayorga, 1991). Es sintomático que precisamente en esa década se hablaba del "sector informal urbano" como una población urbana y pobre que tiene "la necesidad de buscar soluciones a las desigualdades en las oportunidades de empleo y niveles de ingreso"; el libro que tiene precisamente ese título, es un estudio pagado por ONG sensibles a la cuestión social, donde valorizan el esfuerzo de los artesanos y sus tímidos intentos por incorporarse al mercado. En tono paternalista, en la presentación se afirma: "el libro pretende mostrar, de la manera más directa posible, ese sector y sus características. Esperamos que los textos y las ilustraciones sean una invitación a una lectura que permita acercase a esta población, conocer sus necesidades y todo el rico potencial de que son poseedoras" (Bethoud y Escobar, 1995: 7). Dos décadas, en la era de Evo, más tarde "ese sector" marcaría parte de la tendencia económica de la urbe. En este sentido, al

menos dos han sido los caminos para la creación de una nueva clase media: el mercado y el Estado.

Los estudios de Tassi, (et all, 2013), Tassi (2012), Tassi, Hinojosa y Canaviri (2015), Arbona (et all, 2016) han buscado explicar cómo las comunidades indígenas no están al margen de la economía y el Estado sino que más bien tienen "formas de apropiación del mercado, de su reinterpretación y de la negociación con él" (Tassi, 2012:35). En sus estudios, los autores analizan el proceso de enriquecimiento de los sectores populares que reposa en la interacción entre cultura aymara, Estado y mercado:

> "inspirados en dinámicas redes de parentesco, las que tradicionalmente habían constituido el fundamento de su sistema de organización económico y social, estos actores han sido capaces de consolidar una serie de cadenas de oferta y estructuras económicas locales que, a pesar de ser invisibilizadas socialmente y económicamente informales, se convirtieron gradualmente en importantes arterias de comercio y distribución" (Tassi, 2012:41).

> "los comerciantes populares han generado un tipo de institucionalidad propia para reglamentar sus actividades sociales, políticas y económicas. Esta institucionalidad se encuentra anclada en una estructura social relativamente sólida y con una marcada profundidad histórica. A esta estructura históricamente consolidada y anclada al territorio, se vincula un sistema complejo de articulaciones reticulares de diferentes actores a lo largo de espacios extensos que garantizan importantes niveles de movilidad y flexibilidad socioeconómica" (Tassi, et all, 2013:8).

Esta dinámica, que para los autores muestra una "afinidad electiva entre el proceso de cambio y el auge del comercio popular" (Tassi, et all, 2013:5) viene de larga data y no es el resultado directo de la política pública de la gestión de Evo Morales -de hecho el propio estudio enseña las contradicciones entre actores y Estado- pero encuentra en él el mejor momento para su expansión y consolidación gozando de una legitimidad simbólica que nunca antes había tenido ese sector –que, como

veremos, asume rostros como las iniciativas estéticas de los *cholets* del arquitecto Freddy Mamani o del pintor Mamani-Mamani-.

El otro polo de movilidad social fue el Estado. Desde el primer gabinete del gobierno de Evo Morales, los ministros y viceministros venían de sectores sindicales y populares, generando desconcierto en la élite boliviana que, por un lado no conocía a nadie, y por otro desconfiaba de su capacidad técnica para administración de lo público (Espinoza, 2015). Pero no sólo se trató de un mensaje a la nación en sentido de la rotación de las élites sino, a la vez, se utilizó el Estado para la formación de una nueva burocracia proveniente de sectores indígenas. El estudio de Soruco titulado Composición social del Estado Plurinacional, precisamente buscó "mostrar los cambios sociales de este cuerpo administrativo en la última década" a través de la "comparación de los servidores públicos de 2001 y 2014" (Soruco, Coord., 2014: 13-14). La hipótesis con la que trabajan los autores es que

> "se está generando un intenso proceso de movilidad social de los sectores indígenas y populares bolivianos, que sería la consecuencia más importante del 'proceso de cambio' por los emplazamientos y desplazamientos en la estructura social, pero también porque la propia estructura se está modificando" (Soruco, Coord.,2014: 15).

Lo más interesante de esta investigación –que en algunos pasajes se deja avasallar por una interpretación prisionera del análisis interesado de la óptica estatal- es el resultado de la encuesta aplicada a los servidores públicos del Ministerio de Educación, donde muestra que éstos son preponderantemente jóvenes, 45% se declara indígena, tienen educación elevada -muchos incluso con un posgrado-. 50% trabajó previamente en alguna empresa privada, tienen expectativa de doctorado en la escolaridad de sus hijos. El 70% tiene deuda y crédito bancario -50% gastan su ingreso en vivienda-, 40% ha aportado para su jubilación. 40% afirma que no es militante de ninguna agrupación (Soruco, Coord, 2014: 41-82). Lo que revela el estudio es la creación de una auténtica burocracia estatal acostumbrada a competir por su trabajo –se incrementó el acceso al puesto a través de concurso-, poco comprometida socialmente y más bien en camino de consolidación de una carrera pública, vinculada a la lógica de endeudamiento y crédito bancario para conseguir

una vivienda y a la aportación a una empresa de pensiones para la jubilación. En suma, una nueva clase media de origen popular que a través del trabajo profesional en el Estado busca consolidar su posición.

Si vemos los datos más generales de la población paceña, se observa que 78% de los jóvenes buscan entrar a la universidad después del bachillerato (OMFD-DIIM, 2014: 46), 38% de la población ocupada aporta al fondo de pensiones (OMFD-DIIM, 2013: 70), es decir la educación es percibida como el camino de ascenso y un buen porcentaje de los asalariados pretenden asegurar su futuro a través de su sostenida relación con una entidad financiera.

En suma, todo indica que estamos frente a una nueva clase media que se refleja en gustos, formas y visiones de mundo.

Mamani. El nuevo apellido legítimo

Roberto Aguilar Quisbert nació en la ciudad de Cochabamba en el seno de una familia popular en 1962. Sus padres eran de origen aymara oriundos de la región de Tiawanaku, por lo que se desplazó desde niño entre los dos departamentos. Estudió agronomía y derecho, profesiones que no terminó ni ejerció, su atracción por la plástica fue mayor siguiendo la ruta del autodidacta.

Empieza a exponer a partir de 1983 conquistando poco a poco las galerías locales. Asume el nombre artístico "Mamami-Mamani" y pone un contenido de recuperación de la identidad indígena a su discurso y su obra, e introduce los colores y las formas propias del mundo andino. En 1991 gana el primer premio en dibujo en el Salón Pedro Domingo Murillo. En la década del 90 empieza a ser un nombre conocido en el medio artístico paceño, pero la hegemonía la tienen pintores de la generación anterior como Gastón Ugalde, o Keiko González entre los nombres nuevos. Su propuesta no es muy bien vista, algunos sectores sienten un dejo oportunista y comercial y es muy común conocerlo en el mundo de los artistas con el calificativo de "Mamando-mamando".

Durante aquellos años, y particularmente en el giro hacia el nuevo siglo, el pintor empieza a tener reconocimiento internacional exponiendo en diversas prestigiosas

galerías a nivel mundial, y se esfuerza por consolidar un nombre-marca que vaya más allá de los cuadros. Su empresa artístico-comercial crece de la mano del auge de los movimientos sociales. En la primera década del siglo XXI Mamani Mamani se puede encontrar en llaveros, vinos, playeras, aretes y cuantos artefactos soporten sus colores.

Con la llegada de Evo Morales a la presidencia en el 2006, su éxito se consolida, se convierte en el artista del "proceso de cambio". Su discurso asume con toda contundencia la intención de "rescatar y defender la cultura andina, que es la representación de un mundo auténtico, original y mítico" (boletín repartido en su tienda), completamente a tono con los nuevos tiempos políticos y sociales. Logra tener varias tiendas y una fundación; en uno de los separadores que vende en su local afirma, en cuatro idiomas extranjeros –no en castellano-: "You can't miss a visit to the best indigenous artist in Bolivia and worldwide Mamani Mamani".

En el 2009, le abren las puertas del Museo Nacional de Arte que habían estado cerradas para Mamani Mamani por varias gestiones. El libro que rescata su exposición titula *Sapos, Whakabolas y algunas K'alanchas más* –finísima edición a todo color impreso en 1500 ejemplares- es auspiciado por veinte instituciones, entre las cuales se encuentra el Banco Central de Bolivia, la Fundación Cultural del BCB, el colegio Franco Boliviano, la empresa de vinos La Concepción, la Facultad de Antropología y Arqueología de la UMSA, el Ministerio de Culturas, la Alcaldía de La Paz, El hotel Radisson, entre otros (Mamani Mamani, 2009). Cuatro prólogos lo respaldan: el del director del Museo, el curador, el director de la carrera de Antropología y el Ministro de Culturas. Este último sellando el vínculo entre artista y Estado saluda que el Museo haya abierto las puertas al artista indígena "demostrando que el proceso de cambio y la revolución cultural avanzan. Mamani Mamani es un orgullo para el pueblo boliviano, es un representante de nuestra cultura que plasma nuestro Estado Plurinacional" (Groux, 2009: 5).

Pero la mayor demostración de que el poder lo ha elegido como su representante, es cuando se le asigna la responsabilidad de pintar 14 murales de un condominio en El Alto con siete edificios de 12 pisos construidos en el 2015. Se trata del proyecto urbanístico de vivienda social de mayor impacto en esa ciudad. El proyecto que buscó

entrar en los Guinness World Records fue inaugurado por el propio Evo Morales en el 2016 (Ver Excurso Los murales de Mamani-Mamani). Desde un carril paralelo, tenemos la similar experiencia del arquitecto Freddy Mamani Silvestre.

Los grandes nombres de la arquitectura boliviana se forjaron desde la academia, preponderantemente formados en universidades extranjeras, y su obra se plasmó en cientos de construcciones que impusieron un sello al paisaje urbano. Los más lúcidos tuvieron conciencia de que su oficio era mucho más que edificar con ladrillo y cemento, lo suyo era construir imaginarios, estéticas, circuitos, formas de vida, en suma sus ideas hechas obras enseñan un momento de la sociedad que los produjo, como bien lo dice Calderón: "Para bien o para mal, la verdadera expresión de nuestro tiempo se traduce en una arquitectura que, reflejando las características de nuestra época, ha producido edificios y ciudades que verdaderamente nos representan" (Calderón, 2015: 6).

No es menos cierto que la posibilidad de su ejercicio e influencia depende directamente de la naturaleza del vínculo que sostienen con el campo político, de su capacidad de gestión de recursos en el ámbito económico y de su posibilidad de plasmar en su propuesta arquitectónica el espíritu de la era en el que les tocó vivir (y por supuesto, del estado tecnológico y de los paradigmas sobre los que reposa la disciplina).

Bolivia tuvo varios rostros en la arquitectura contemporánea. Villanueva, Calderón, Medeiros, y varios otros, fueron nombres de auténticos "autores" que marcaron la estética urbana, recibiendo recursos y apoyo para obras de mayor envergadura. La otra cara de la medalla fue la arquitectura anónima, sin apellido, que no entraba en los libros de historia más que como "Delirante estética chola", como la llamara Villagómez (2009). Al explicar el paisaje urbano de los 1990 y los primeros años 2000 -luego de la revisión de las décadas anteriores-, el autor considera ese período como un tiempo de "descontrol y caos vital" en el cual la ciudad tiene "en sus estructuras urbanas a los indígenas y los mestizos, como protagonistas principales de múltiples desequilibrios urbanos y arquitectónicos" (Villagómez, 2009:145). La "burguesía chola" habría transformado el perfil urbano creando una "nueva lógica estética" con sello "barroco y aymara" a la vez:

> "Rescatando las partes prácticas y funcionales del lenguaje arquitectónico occidental la arquitectura emergente viste a las estructuras con múltiples mensajes, tanto estéticos como comerciales, sin norma ni parámetro alguno. Con un sentido práctico del ejercicio arquitectónico, las plantas que se resuelven con una tecnología básica de hormigón armado, no deja espacios sin rédito comercial. A esa estructura portante, concebida para el lucro y la ganancia, se le implanta un sentido lúdico en la expresión de la fachada. Decoraciones y detalles son aplicados sin respeto al canon o las proporciones de la escuela europea o americana. En la delirante arquitectura paceña, una columna pos moderna puede coexistir con una ventana moderna y cohabitar con unas cariátides de pacotilla. Aquí vive un afán burlón, atrevido y temerario de la apropiación estilística" (Villagómez, 2009: 145).

Esta "estética chola", concluye este autor, "es el motor que impulsa ahora los imaginarios urbanos" (Villagómez, 2009: 145).

Resulta interesante que en el polo más legítimo de la arquitectura, también se dieron experimentos vinculando prácticas populares con intenciones académicas; quizás el mejor ejemplo es el centro comercial La Chiwiña, del reconocido arquitecto Gustavo Medeiros construido en San Miguel en 1987. La clave conceptual de la obra fue:

> "Metáfora y divertimento con el manejo de los símbolos mercantiles (Chiwiña= toldo, aguayo= tejido de colores para envolver). Sincretismo cultural al transferir elementos de la cultura popular a la arquitectura elaborada. Caracterización por la introducción del colorido adherido al juego formal. Esquema de patio-solario con losas de vitrobloc armado. No logra, sin embargo, sentar las pautas de una renovación coherente en esa larga calle que cambió de vocación doméstica a comercial" (Medeiros, 2001: 72)

En efecto, la Chiwiña fue un fracaso, el intento de introducir un diseño popular en una zona de élite en expansión económica, pero que todavía no vivía una incorporación de sectores emergentes, no dio ningún resultado. Rápidamente las tiendas de los pisos superiores se convirtieron en oficinas por la falta de clientes, y sólo funcionaron aquellas que daban a la calle principal.

Pero volviendo a la arquitectura popular sin intervención de arquitecto graduado, fue en El Alto donde se plasmó con mayor claridad una lógica diferente, autónoma y atrevida, de construcción, lo que se conoció como "la emergencia de la arquitectura popular". La investigación de Randolph Cárdenas, realizada a finales de la primera década del siglo XXI, pretende entender los "mecanismos culturales que hacen posible" la paulatina emergencia de una estética legítima que, si bien inicialmente era claramente poco valorada –se referían a ella como el "estilo neo-Huancarini" burlándose de un profesor de poco prestigio (Cárdenas, Et. All, 2010: 134)- empieza a cobrar poco a poco notable importancia.

Cárdenas explica un proceso que inicia al principio del siglo XX cuando migrantes rurales se instalan en la ceja de El Alto. Construyen ahí sus viviendas organizando el espacio doméstico similar al rural: una sola planta con un pequeño cuarto múltiples, muro y uso del adobe. Con los años, se van construyendo otros cuartos en el terreno, se edifican cuartos en la parte alta y se habilitan tiendas en el primer piso. Luego de la emergencia económica de esta ciudad y el crecimiento del capital de sus comerciantes, a finales del siglo XX empiezan a aparecer llamativos edificios de cuatro o cinco pisos –que luego serían llamados "cholets" o "arquitectura andina"-. Se trata de edificaciones que cubren distintas necesidades: la patrimonial-familiar que articula la comodidad de la vida diaria y la construcción de un patrimonio que heredar -"para dejarles a mis hijos (...) un piso para cada uno es" (Cárdenas, et all, 2010: 86)-; la económico-comercial que permita un ingreso por la renta del primer piso para tiendas o salones de fiesta; la simbólica donde el inmueble es una forma de posicionamiento que demuestra el éxito -"mis hijos (...) ya van a ir a la universidad, sus amigos van a venir. ¿Qué van a decir?" (Cárdenas, et all, 2010:86)-; la necesidad de plasmar la identidad y la cultura.

Los edificios son el resultado de una particular interacción compleja, con equilibrios que se negocian constantemente, entre propietario, constructor y arquitecto. Se trata de un intercambio difícil con múltiples aristas. El propietario busca ser representado en la construcción hasta en los menores detalles; así explica uno de ellos el por qué de su fachada:

> "La puerta del Sol es porque mi esposa es de Tiahuanacu, la balsa es porque yo soy del lago. Claro, yo he dicho si estoy poniendo a mi esposa también tengo que poner de mí. Las gotas son porque cuando hago alguna celebración, siempre caen gotitas, no llueve, sólo caen gotitas, yo pienso que es como una bendición. Los rombos son cuatro, fíjese, cada uno tiene cuatro rombos, es porque somos cuatro, mis hijos mi esposa y yo, juntos vamos a salir adelante (...) el delfín es porque mi esposa es Piscis" (Cárdenas, et all, 2010: 105).

Al interior de la familia, se delibera respecto de qué tipo de obra desean, y es el padre el responsable de transmitirla al constructor y al arquitecto. Lamentablemente, no se tienen más estudios que expliquen el detalle de estas interacciones, la relación con el arquitecto, los costos, etc. de aquellos años. Pero lo que abunda es el período posterior que concentra todo el proceso de construcción alteño en un solo nombre: Freddy Mamani Silvestre.

Mamani, es el hijo de un maestro albañil originario de la comunidad Catavi (provincia Aroma) avecinado en El Alto. Estudió la Facultad Tecnológica de Construcciones Civiles de la UMSA y luego Ingeniería Civil en una universidad privada en esa ciudad. Tuvo varios trabajos antes de dedicarse a la arquitectura. Empezó a construir una serie de edificios convirtiéndose en el ícono más importante de la "arquitectura andina emergente". Le puso un sello étnico a su propuesta: "mi arquitectura busca darle identidad a mi ciudad recuperando elementos de nuestra cultura originaria" (Andreoli y D'andrea, 2014: 24). Para el 2015, Mamani ya había sido responsable de la construcción de más de cincuenta edificios (con precios entre 250 y 600 mil dólares y contratando a más de 200 obreros), lo que le dio una fama nacional e internacional impresionante. Fue invitado a múltiples eventos e importantes empresas de comunicación, como *The New York Times* o la BBC de Londres, le dedicaron extensos reportajes.

Su éxito, claro está, va de la mano del "proceso de cambio" que hizo de Mamani un "autor" oficial. Una buena muestra es la publicación del libro *La arquitectura de Freddy Mamani Silvestre*, del 2014. (Adreoli y D'andrea, 2014). Se trata de un libro de gran formato a todo color co-auspiciado por cuatro instituciones: el Banco Central de Bolivia, la Fundación Cultural BCB, la Alcaldía de El Alto y la Cámara de

Industria, Comercio y Servicios de El Alto. La máxima autoridad de cada institución elabora un prólogo; el alcalde alteño, Edgar Patana militante del MÁS, presenta al autor como el responsable de una arquitectura única cuyas edificaciones son el "fenómeno urbano más importante del Estado Boliviano", y termina su participación reproduciendo el grito político que marcó las movilizaciones en esa ciudad: "El Alto de pie… Nunca de rodillas" (Patana, 2014: 6). Las responsables del texto: Elisabetta Andreoli y Ligia D'Andrea, dos académicas de prestigio internacional y especialistas en arquitectura y artes. La fotografía es de Alfredo Zeballos y el diseño de Martín Sánchez, conocido y destacado profesional en su rubro. En suma, se trata de un producto que busca consagrar a Mamani utilizando la legitimidad política, académica y económica, presentándolo como un resultado y una expresión del proceso sociopolítico. La pregunta que todavía queda es dónde se fue la colectividad y la participación de los propietarios que, de acuerdo al estudio de Cárdenas (et all, 2010), años antes eran los responsables del diseño y del sello personalizado más allá de cualquier imposición de un profesional.

Los dos Mamanis se inscriben en una apuesta por el gobierno *evista* de construir una estética legítima pensada e impulsada desde el Estado; por supuesto que no están solos, quizás uno de los mejores representantes del arte desde el poder fue el cineasta Jorge Sanjinés con su filme *Insurgentes* (Wood, 2017; Souza, 2017).

También un síntoma curioso es que, el mismo año, el arquitecto Juan Carlos Calderón, que fuera el símbolo de las construcciones más importantes del período anterior, publica un libro sobre su obra. El texto no tiene ningún auspicio –todo indica que él mismo lo pagó-, él es el responsable del prólogo, de la edición, de las fotografías y hasta de la diagramación (con ayudas puntuales). El caso es que, sin duda este no es su tiempo.

La transformación del gusto y el consumo

En casa de mi abuelo paterno siempre había un whisky Johnnie Walker etiqueta roja muy bien custodiado. Lo sacaba para fiestas especiales. Cuando la economía repuntaba, aparecía una botella etiqueta negra, que era tratada con mayor

reverencia; significaba que las cosas iban bien. Él argumentaba la calidad del preciado destilado y afirmaba que era el único alcohol que no hacía daño a la salud. Yo no sabía de la existencia de otras "etiquetas" en Johnnie Walker, fue recientemente que me enteré de la "azul". Pero hoy, lejos de ser un símbolo de distinción, la bebida escocesa se la vende a montones en cualquier supermercado, en sus tres etiquetas. Incluso se lo puede adquirir por Facebook y te lo traen a casa. Y no es que sea barato sino que ahora mucha gente puede comprarlo. Cierto, de acuerdo al Instituto Boliviano de Comercio Exterior, si el valor de bebidas alcohólicas importadas (cerveza, whisky, ron y aguardientes de caña) era más de nueve millones de dólares en el 2006, en el 2013 llegó a más de 37 millones de dólares, un incremento de más de 300%. Particularmente la importación de whisky creció de más de 950.000 a más de ocho millones de dólares en el mismo período (*Página Siete*, 11/1/2014, www.paginasiete.bo, revisado 12/1/2014).

Con los vinos sucedió algo similar pero no en la importación sino en el consumo interno e incluso en la exportación. Cuando mi padre llegó de España a principios de los setenta, trajo el hábito de tocar la guitarra tomando vino con los amigos, pero su única opción era el "Vino fino tinto" de la empresa Kohlberg, que en 1963 había empezado su producción de forma todavía artesanal. Durante largos años ese era el único vino que se podía beber regularmente en La Paz. Fue en los noventa cuando distintas empresas diversifican el mercado, aparece con fuerza Bodegas y Viñedos de La Concepción S.A. y Campos de Solana. La exquisitez entra en escena. El 2004 La Concepción introduce su sofisticado producto "Cepas de altura Gran Reserva 1994" con 10 años de añejamiento. Se crea una cultura vitivinícola, se puede escoger en cualquier supermercado entre Syrah, Carbernet Sauvignon, Sauvignon Blanc, Merlot, Chardonnay, etc. de distintos años. Los tintos, los blancos y los rosados compiten en olores, sabores, colores y sensaciones. Aparecen los trivarietales, 80% de Carbernet Sauvignon, 15% de Malbec, 5% de Merlot, o las combinaciones más creativas. Si la etiqueta del "Vino fino tinto" Kolbergh de los 70 sólo daba la información básica de la marca y el grado alcohólico, ahora cada botella trae el sofisticado lenguaje propio del rubro: "color rojo caoba, acorde con el año. Increíblemente intenso y asombroso bouquet a frutas y especias, donde resaltan la

zarzamora y la pimienta, con elegantes taninos y toque de vainilla, chocolate y café. En boca, perfectamente equilibrado, aterciopelado, armonioso, complejo y persistente; con un elegante y largo final" (Referencia de Sergio Prudencio respecto del Gran Reserva de La Concepción. Tomado de www.laconcepcion.bo, consultado 9/5/14). Acorde a una sociedad jerarquizada, cada vino tiene un público. La Concepción presenta con especial empeño las "Cepas de altura", los "Vinos reserva" o la "Colección arte", y deja para "quienes gustan del vino, pero buscan sabores menos complejos y más fáciles de degustar" los "Vinos de mesa estirpe". Cada empresa ofrece iniciativas específicas, por ejemplo la "Colección exclusiva ángeles y arcángeles" de La Concepción, que reproduce obras de artistas coloniales o las botellas que vienen con pinturas de Mamani Mamani.

El singani tiene una historia aparte. De acuerdo a Esther Aillón, desde el Siglo XVIII en las viñas de Potosí se producía destilado de uva Moscatel de Alejandría vinculada al consumo colonial y el dinamismo económico de la minería (Aillón, 2009). En los setenta, el singani que monopolizaba el mercado era San Pedro, pero también le repercutió el impulso a la industria de los vinos a partir de los noventa. La Concepción -reafirmando la jerarquía de sus productos y consumidores- introdujo el Tarixa de Rujero, singani "añejado 7 años en roble francés, al estilo de la guarda de los más finos cognacs del mundo" que se agotó rápidamente. Además, el "Rujero etiqueta negra": "máxima expresión del singani boliviano"; "Especial de oro": "...para quienes desean disfrutar de una bebida intensa y combinarla con diversidad de colores, sabores y aromas. El gusto más auténtico del 'chuflay'o el 'yungueñito'"; y "Mi socio": "Nuestro singani en sus variedades menos aromáticas..." (www.laconcepcion.bo Consultado 9/5/14). La Sociedad Agroindustrial del Valle que elabora el singani Casa Real, también tiene sus tres etiquetas: negra, roja y azul, además de la colección especial aniversario 15 años. Pero lo remarcable es que fue esta instancia la contactada por el cineasta norteamericano Steven Soderbergh quien, realizando una película sobre el Che en el 2007, probó el destilado y decidió invertir tiempo, dinero y capital social para exportarlo a Estados Unidos. Creó así el producto Singani 63 -que es el año de su nacimiento- y a partir del 2014 lo comercializó en Nueva York como brandy, con una elegante etiqueta color mostaza

con una chola de espaldas que carga un atado. Hoy el singani ingresó a Wikipedia, se lo recomienda en *The New York Times* y puede ser comprado en muchas licorerías de Manhattan.

Lo sucedido al whisky, vino y singani, habla de una notoria mutación tanto las formas del beber como en las del consumo. Miremos en otra dirección. En 1970 se inauguró la Galería Luz en La Paz que representaba una nueva forma de hacer compras. Estaba en un lugar estratégico, entre la Plaza Murillo -centro administrativo- y el Prado –espacio recreativo-. Era un galpón de dos pisos con un gran patio interno y múltiples tiendas de variedades en los costados. Ahí se instalaron varios comercios de prestigio y productos exclusivos; comprar, mirar y hacerse mirar empezó a convertirse en una práctica regular de los paceños. En los ochenta, aparecieron la Galería Cristal y el Shopping Norte, ambas muy cerca de la Galería Luz, pero ahora eran edificios de cuatro pisos, con escaleras mecánicas, tiendas con vitrinas íntegramente de vidrio, marcas exclusivas. En 1988 se construye el Shopping Sur, en Calacoto con similar intensión. Un periodista entusiasta con el proyecto reflexionaba:

> "Poco a poco, con esa paciencia que caracteriza el andar del habitante de los Andes, acostumbrado a vencer obstáculos, un buen empresario hizo el mejor regalo a nuestra ciudad, víctima del olvido (...). El obsequio (...) vino envuelto en una estructura de cemento y vidrio que una vez abierta ofrece al visitante lujo, buen gusto, comodidad e insospechados espacios que parecen transportarnos súbitamente a Nueva York, Caracas o Santiago. Se trata del Shopping Sur..." (Monje, 1995: 27).

Ninguno de los centros comerciales tuvo el éxito esperado. Las tiendas fueron cambiando, los últimos pisos quedaban vacíos y se convirtieron en oficinas. El Shopping Sur en pocos años se convirtió en un gimnasio.

Curiosamente, no fue en la era de Gonzalo Sánchez de Lozada, sino en la de Evo Morales cuando se pudo consolidar la cultura de la plaza comercial -sueño acariciado por empresarios urbanos desde el setenta- a través de un extraño matrimonio entre empresarios españoles -inicialmente desconfiados del propio Evo-, y el dinamismo

de la política económica del Presidente indígena. El 2010 se inauguró el Megacenter, con salas de cine, patio de comidas con restaurantes para 1.200 personas, tiendas comerciales, supermercado, boliche, gimnasio, salas VIP, cancha de fútbol de salón, pista de *paintball*, pista de patinaje en hielo, parqueo de estacionamiento de tres niveles para 450 vehículos y mucho más. La construcción fue en un área de 79.000 m2 en Irpavi y se invirtieron más de 20 millones de dólares (en un lado dicen 24 millones, en otro 18) (http://www.fmbolivia.net/noticia12605-bolivia-el-megacenter-tendr-bulevar-cancha-y-paintball.html, Consultada: 8/4/14). Desde mayo del 2010 hasta el 2013, el Megacenter recibió anualmente más de 2 millones de visitantes y se vendió 1,6 millones de entradas de cine (http://www.eldeber.com.bo/invierten-us-165-millones-en-siete-shoppings-del-eje-central/130820092724, Consultado el 8/5/14).

El presidente del consorcio empresarial español, Jordi Chaparro -en un lenguaje que dialogaba con el sueño de periodista que aplaudió al Shopping Sur en los noventa pero ahora con un añadido colonial- decía: "Hemos hecho la mayor inversión en toda la historia de Bolivia. Y la obra más importante de La Paz (...). La Paz es una ciudad grande, y necesitaba una cosa así grande (...). Queríamos darle a los paceños algo para que antes tenían que ir a Buenos Aires (...). Era una necesidad vital para el paceño tener un sitio donde encontrar entretenimiento de calidad y en el que se sienta libre" (sic). "Los paceños se lo merecen", concluía el profético inversor. (http://www.elmundo.es/america/2010/05/06/noticias/1273179606.html, consultado 8/5/14).

De ahí en adelante el país entero se alineó en la lógica de los megacentros comerciales, las inversiones en Santa Cruz, Cochabamba y La Paz llegaban en el 2014 a 165 millones de dólares, 3.000 tiendas, parqueo para 10.000 vehículos, decenas de salas de cine (http://www.eldeber.com.bo/invierten-us-165-millones-en-siete-shoppings-del-eje-central/130820092724, consultado 8/5/14). La cultura del *mall* que años antes había llegado gloriosa a diferentes países de América Latina y que en La Paz fue un fracaso, ahora, finalmente, triunfó.

Algo similar sucedió con los supermercados. En 1980 se abrió el primer súper en La Paz en el Gran Centro Club Bolívar, una construcción que prometía tanto como su

nombre: el Maxi. Su vida fue corta. La novedad de los carritos, la fruta ordenada, los productos a la vista sin vendedoras ni gritos, las cajas, etc., no sedujeron a los consumidores. También por esos años en la calle 10 de la Av. Ballivián en Calacoto estaba el minisúper Gava (GAVA). Pero por su ubicación, era más bien el centro de reunión de la élite estudiantil que salía del colegio más norteamericano en La Paz –American Cooperative School ACS Calvert- cuyas instalaciones estaban a unas cuadras. Creo que sólo una vez entré a mirar -no a comprar- a la tienda, y me encontré con caros productos que circulaban en Estados Unidos.

El boom de los supermercados llegó con Evo y se convirtió en una de las formas expandidas del consumo cotidiano en la urbe. Para mediados de la segunda década del siglo XXI La Paz tenía más de veinte supermercados de distintas dimensiones y cadenas, casi la mitad en la zona Sur. Entre el 2006 y el 2013 el incremento del valor de las ventas y facturaciones en supermercados creció 342%, llegando a 438 millones de dólares (http://www.la-razon.com/economia/Facturacion-supermercados-llego-triplicar-anos_0_2040995965.html, consultado 8/5/14). Un ejemplo sintomático es Ketal Hipermercados, que inicia actividades en 1986 importando artículos de limpieza, cosméticos y comestibles sólo con un pequeño local alquilado en la calle 21 de Calacoto, y termina siendo una de las cadenas más importantes en su rubro con diez sucursales repartidos en distintas zonas de la ciudad. Esta empresa, cuya misión es "hacer la vida más fácil a nuestros clientes", recibe diariamente 40.000 personas y realiza 17.000 transacciones por día. Su base de datos de clientes registrados es de 123.000 personas (http://www.la-razon.com/economia/Facturacion-supermercados-llego-triplicar-anos_0_2040995965.html, consultado 8/5/14). Los productos que se ofrecen -de un catálogo de 40.000- son de lo más variados, desde verduras y frutas, hasta, por ejemplo, una línea de importación de productos ingleses congelados que pueden ser arroz con langostino y salsa de curri, tarta de manzana verde congelada lista para hornear, *eclaire* congelados rellenos con crema, etc.

Parte de este círculo se cierra con el incremento de la afición de los paceños de comer en restaurantes -ya no sólo el domingo, como era tradicional-. A principios del 2014, incluso el ministro de Economía Luis Arce tomaba la palabra para lucir lo logrado:

"Los restaurantes están ganando bien porque la gente está consumiendo", decía el funcionario en referencia al incremento de la facturación de 67 a 416 millones de dólares en el período del 2005 al 2013. Hoy -a diferencia de la vieja práctica clasemediera de leer el menú de derecha a izquierda para hacer coincidir el gusto con la billetera- la familia "pide su plato favorito y después el papá o la mamá solicita la cuenta sin ver los precios", concluía el ministro (www.la-razon.com, consultado 12/1/2014).

Es fácil dar cuenta de la diversidad y sofisticación de los restaurantes con un simple recorrido por la ciudad. El paceño medio tiene relativo fácil acceso a comida local, china, norteamericana, francesa, peruana y las fusiones más extravagantes. Particular referencia amerita *Gustu*, restaurante del chef danés Claus Meyer considerado el mejor del mundo. Quizás lo más novedoso de Meyer fue que no aplicó el modelo Burger King de venta de su hamburguesa en todos los lugares del planeta con fines estrictamente comerciales, sino que buscó, por un lado, crear una escuela de jóvenes chefs bolivianos y, por otro, aprovechar la biodiversidad local en búsqueda de nuevos experimentos (un auténtico laboratorio). En suma, busca contribuir a formar una nueva cultura gastronómica boliviana que dé como resultado "progreso socio-económico, así como una fuente de unidad, igualdad y orgullo". En su página web, Gustu reproduce -en el país de las manifestaciones- su propio "manifiesto de la nueva cocina boliviana" que incluye desde prácticas culturales, hasta posturas filosóficas, políticas y económicas. En sus platos de fondo, se encuentran combinaciones no comunes, como cordero con chuño y arándanos, o llama con miel de abeja. (www.restaurantgustu.com consultada 8/5/14). Con la apertura del restaurante Gustu, La Paz fue mencionada en los editoriales culinarios del *New York Times*, *The Guardian* y *El Comercio* del Perú.

En un sentido complementario, pero como parte del mismo proceso, está el caso del uso de la quinua. Recordemos que en la película Chuquiagu, cuando Isico -el niño aymara- deambula por la ciudad, unas solidarias vendedoras le ofrecen un plato de quinua. Es la comida del pobre, del más pobre. Pero estamos lejos de aquellos años. Hoy el "grano de oro de los Andes" es exportado a muchos lugares del mundo -superando las posibilidades internas de producción-, lo que condujo a la creación de

una Cámara Boliviana de Exportadores de Quínoa y Productos Orgánicos. En Nueva York, se la comercializa en su versión negra, roja, blanca o tricolor, como “grano de los antiguos Incas que sigue siendo la principal fuente de alimentación de los indígenas quechuas de los Andes de América del Sur”, y se destacan sus altos valores nutritivos (incluso libre de gluten). Hay quinua “All’ italiana”, con vegetales, con limón y hierbas, con mostaza. Se la puede cocer hirviéndola en agua o en micro ondas, la cosa es que estará lista en menos de quince minutos. No deja de llamar la atención que una de las empresas que la venden se llame "Granos urbanos" y tenga edificios en su diseño comercial. Claro, hoy para encontrar una receta cómo cocinarla, es suficiente meterse al internet y aparecerán varias en inglés. En esta ciudad, la quinua comparte el estante con la "Kañiwa" -que se pronuncia, dice el anuncio, "ka-nyi-wa", y que en Bolivia la conocemos como Kañawa-. Pero no es el "pito de kañawa" que comíamos de niños que venía en una pequeña bolsita de colores y con el que era común atorarse, sino el grano para ser consumido como acompañamiento de plato de fondo. Para encontrar una receta, el camino equivocado es preguntar a las abuelas cómo lo usaban -sólo saben hacer "pito de kañawa"-; nuevamente es el internet quien dará una respuesta. Claro, en inglés.

Entre *Abeja Reina* y Gabriela Zapata

El 2009, a tres años de iniciado el gobierno de Evo Morales, fue presentada la novela de Juan Recacoechea *Abeja Reina* (2009), que en cierta medida es un contrapunto al filme *Zona Sur* de Juan Carlos Valdivia que sale a la luz en la misma fecha. Curioso, mientras que Valdivia y Recachochea se encuentran en *American Visa*, novela del escritor publicada en 1994 que el cineasta la llevara a la pantalla en el 2005, ahora pareciera que cada uno se encarga de mostrar polos opuestos de las mutaciones sociales en el país.

Abeja Reina narra la historia de Ernesto, ex diplomático de carrera cuarentón que, luego de décadas de servicio en la Cancillería habiendo ocupado importantes puestos en Europa y América Latina –como Primer Secretario de la Embajada de Bolivia en París- fue despedido a los meses de la llegada del gobierno indigenista. Su frágil

posición social, al lado su relativa honestidad profesional que no le permitió enriquecimiento acelerado en sus años de empleado público, lo conducen a no poderse insertar en el mercado laboral y terminar montando una pequeña librería en San Miguel que con dificultad le da para sobrevivir sin desabarrancarse en el abismo de las clases populares.

Ernesto se casa a los 23 años con Mercedes, niña de clase alta con todos los capitales bien consolidados: hija de una familia tradicional cuyo padre tiene una fábrica de chocolates, el abuelo tuvo fortuna fruto de su trabajo en las minas de estaño en Potosí, la familia guardaba parte del patrimonio en bancos de Nueva York y en acciones en la bolsa, ella estudia en el colegio Alemán adquiriendo lengua y cultura de dicho país.

Luego del despido de su marido, y al tener que enfrentarse a la manutención más allá del salario asegurado de un diplomático, empiezan los problemas maritales que terminan en un irremediable divorcio. Mercedes, ya despojada de la atadura de clase del cónyuge venido a menos, y con los años que empiezan a sumar dejando inconfundible huella en el cuerpo –iba a cumplir cuarenta y cuatro-, decide ir a Buenos Aires para una cirugía estética. Aparece un día en la librería de su ex-esposo luciendo sus perfectos pechos operados. Su caminar por San Miguel confirma que ahora atrae las miradas masculinas. "Estás muy sexy –dice Ernesto- ¿no exageraste un poco?", a lo que Mercedes responde:

> "En Punta del Este, la medida de mis nuevas mamas es moneda corriente (...). En Argentina, te digo, casi todas las actrices y gente de la farándula se arreglan el busto. Tú me viste cuando yo las tenía diminutas, casi imperceptibles. Ahora, verdaderamente las siento que forman parte de mi figura. Antes, eran simplemente un adorno (...). Si las vieras al desnudo, te mueres de envidia" (Recacochea, 2009: 22-23).

Los pechos nuevos fueron de la mano con el retoque de partes del rostro:

> "me hice lifting facial (...), como verás querido, volaron todas las señales de envejecimiento prematuro. Mi piel está como la de una chiquilla (...). Me corrigieron la nariz (...). Demasiado ancha, no iba con mi nueva cara. La

> opinión de Belloti (el cirujano plástico) fue determinante. Él sabe lo que hace; operó a casi todas las famosas. Vienen desde Venezuela y México. Ni te acuerdas cómo era mi nariz (...). Los párpados me los corregí. Las bolsitas de grasa ya no las ves, Ernestito, ni los pliegues en la frente" (Recacochea, 2009: 23-24).

Pero los ajustes todavía no son suficientes, todavía hay una agenda pendiente:

> "Mercedes dio un giro sobre sí misma. Se tocó el busto y aclaró: el peso que tengo en el pecho me desequilibra. Es necesario un contrapeso atrás; además no es estético poseer unas mamas de película y un pompis sin personalidad (...). Pienso retornar a Buenos Aires los primeros días de enero. El doctor Belloti ya me dio fecha para someterme a una lipo escultura: abdomen y caderas (...). También aumento de glúteos. Quiero un culito a la cubana" (Recacochea, 2009: 25-26).

La novela prosigue en vaivenes detectivescos y tramas policiacas menos relevantes, pero lo interesante es que en la figura de Ernesto y Mercedes se representa parte un sector paceño: por un lado el modelo del funcionario de clase media alta que hace carrera y prestigio en su trabajo en la esfera pública y que, por su origen de clase disonante del proyecto oficial, es echado a la calle y no tiene más remedio que rasguñar en los márgenes del mercado –en este caso libresco- para no descender socialmente. Por otro lado, la mujer que, todavía poseedora de capital económico y capital social familiares no malogrados por la situación política, su batalla es no perder el capital corporal afectado implacablemente por los años, por lo que se monta en la intervención quirúrgica que le permita seguir en las pasarelas de la exhibición y el circuito del deseo de la clase alta de la ciudad.

Quizás el mejor contrapunto no ficcional es la historia de Gabriela Zapata. La muchacha de origen social humilde, estudió derecho en la Universidad de San Simón en Cochabamba –carrera que no concluyó-, antes de llegar a los 20 años –iniciando el nuevo siglo- fue pareja sentimental de Evo Morales, luego fue nombrada gerente general de la empresa China CAMC Engeneering, donde amasó notable fortuna.

Dotada de un cuerpo generoso, se la veía, todavía anónimamente, recorrer tiendas caras y joyerías de San Miguel realizando compras con solvente billetera.

En febrero del 2016, al calor del Referéndum convocado por el gobierno para decidir una tercera gestión del presidente, el nombre e historia de Gabriela salen a la palestra pública con intención política y eficacia mediática notable. Por meses su nombre ocupa portadas de periódicos atravesadas por historias de un hijo que aparece y desaparece, involucrando a ministros, paseando por prisiones, juzgados y abogados.

Pero lo que importa no es el morbo novelesco que ocupó la prensa durante largos meses, sino que Gabriela Zapata presentó una nueva figura sociológica producto del momento político. Parte siendo una birlocha sensual que, capitalizando bien el cuerpo y las conexiones directas con Evo Morales, en pocos años, antes de llegar a los treinta, logra rentar una casa en el residencial barrio La Rinconada–guiños de la historia: el inmueble pertenece Guillermo Fortún, funcionario fallecido y mano derecha del ex dictador Hugo Bánzer cuyo patrimonio tiene origen en su paso oscuro por el Estado-, aparecer en revistas, codearse con autoridades nacionales y empresarios internacionales. Gabriela ya no se viste como antes, sus prendas son finas, elegantes y sensuales; su cabello teñido con rayos claros hacen de ella una mujer atractiva y refinada con personalidad.

El proceso de cambio, en su rostro de personajes urbanos, ya no se refleja en el aparapita de Jaime Saenz, sino en Mercedes –la *señorita* cuarentona operada- y Gabriela –la nueva imagen de *birlocha* que ahora abre en serio las puertas de la clase alta-. Ambas, Mercedes y Gabriela, con historias y trayectorias distintas, confluyen en el mismo escenario de la sensualidad y la frivolidad, siendo creaturas –deseadas o no- de los nuevos tiempos.

CAPITULO 3

DIEZ DÍAS EN LA PAZ

(Noviembre 2014)

Preparando el viaje

Varias semanas antes defino cuestiones operativas de mi ida a La Paz: será en noviembre, estaré diez días, volaré por LAN, escala en Lima. Las emociones se alteran, como siempre, pero en esta ocasión la novedad es que será la primera vez desde el doctorado que iré a Bolivia a hacer "trabajo de campo". Siempre he dicho que en La Paz jamás me alojaría en un hotel, para eso tengo mi casa o la de múltiples familiares y amigos. Pagar un hospedaje implicaría firmar la lejanía con un lugar que, por principio, es mío. ¿Planear "trabajo de campo" no es algo similar que caer en un hotel? La pregunta la vengo digiriendo desde hace meses, cuando empecé a pensar esta investigación. Hasta aquí, todo lo que he observado científicamente han sido experiencias ajenas: los cristianos revolucionarios de los setenta o las formas de la creencia en una colonia popular en México. Hoy, el desafío es "mirarse para adentro" -diría Silvio Rodríguez-, hacer de mi barrio, un objeto de estudio. He leído -tal vez buscando calma, apaciguando mis temores u ocultando mis debilidades- a decenas de autores que han hecho lo mismo (como se verá en la tercera parte de este escrito. He encontrado algunas respuestas, aunque sobre todo más preguntas. Una sola certeza: ahora el espacio de mi infancia, mi barrio, mi familia, mis calles, mis objetos, mis lugares, serán observados de otra manera. Al menos eso intentaré.

La historia de mi contacto con La Paz ha estado marcada por la itinerancia, por un sentido particular de los tiempos y períodos de presencia o ausencia. A los 18 años la dejé por primera vez, y desde entonces he vuelto sistemáticamente con diferentes temporalidades. Nunca estuve fuera más de dos a tres años. Cada vuelta, me invade la pregunta sobre lo que ha cambiado, lo nuevo; tal vez un temor a lo ajeno. Es más, tengo una recurrente pesadilla que es una metáfora de mi tensa relación con mi lugar y el miedo a los reacomodos: toco la puerta de mi casa en San Miguel donde he vivido

prácticamente de manera interrumpida desde que nací -no sé por qué, pero no tengo llave...- y, en vez de abrirme la puerta alguien conocido, lo hace una mujer extraña y me pregunta qué deseo, a quién busco.

Desde finales de los ochenta, cuando "volví" por primera vez, las frases de mis familiares siempre oscilaron entre lo dramático y la sorpresa; me decía mi abuela: "cuando vuelvas yo ya no voy a estar aquí, te miraré desde el cielo", mi madre: "no vas a reconocer la ciudad", o la mezquina condena de algún primo: "mientras estás en Europa se está muriendo el abuelo". El caso es que "volver" es un intenso paseo por el laberinto de la sorpresa, física y emotiva. Nunca llego a la misma ciudad, y sin embargo nunca es del todo ajena. Cada visita es una manera de equilibrar la distancia y el tiempo, arreglar el desajuste, volver a sentirse como si nunca me hubiera ido.

La observación de la ciudad en el tiempo trae consigo la tensión entre "el mundo que cambia y yo [que] envejezco", como bien apunta Auge (2010:11). En el fondo es la pregunta sobre "¿quiénes son mis contemporáneos o, mejor aún, de quiénes puedo decir que soy contemporáneo?" (Auge, 2010:11), o dicho de otro modo: dónde se desvanece mi mundo, ¿sigue siendo La Paz mi tiempo y mi lugar? ¿Sigo perteneciéndole? ¿Me sigue perteneciendo?

Una amiga me decía que cuando uno visita su tierra lo primero es preguntar con cautela qué parejas siguen en pie. Y tenía mucha razón. En uno de mis viajes, me sorprendió que un alcalde inmensamente corrupto derrumbara un cerro entero con la intención de construir un condominio donde, por supuesto, él iba a ser el principal empresario (hoy ahí es la estación del teleférico que conecta la línea amarilla con la verde...). También he visto cómo amigos con los que salía a los bares o visitaba en las cárceles se convirtieron en altas autoridades, incluso como algunos sucumbieron a las delicias del poder. Finalmente, la triste profecía autocumplida de mi abuela también se hizo realidad: murió el 2007, para verla, tuve que ir al cementerio.

Hoy todas estas sensaciones que me han acompañado durante años dejan de ser anécdotas y se convierten en "condiciones" para una investigación. Pensarlas, explicitarlas, saberlas, administrarlas, buscar comprenderlas, es parte del proceso de "objetivación participante" que sugiere Bourdieu (1995: 191), fundamental para

cualquier investigación pero indispensable para la mía. Además, como ya lo he dicho, los últimos diez años en Bolivia la aceleración de los cambios ha sido radical, y es el corazón de mi búsqueda científica actual. Mayor razón para estar "en guardia" respecto de mis "prenociones", pensando con Durkheim (1987).

Me pregunto con qué ciudad me voy a encontrar. Cómo está mi barrio. Qué se siente subirse al teleférico y ver las luces y montañas como nunca antes las había visto. Cuán ajeno me voy a sentir, cuán cercano voy a estar. Cuánto va a durar el desfase hasta en encontrar un nuevo equilibrio. Y analíticamente, otra vez, cuál la profundidad del cambio en términos de vida urbana.

Tan cerca, tan lejos

Se acerca la fecha de mi viaje, las preguntas me recorren el espíritu con mayor intensidad. Quizás en ninguna investigación anterior tuve tanta angustia previamente a que empiece un "trabajo de campo". "El campo", en este caso, es mi casa, mi barrio, mi familia, mis amigos. Intento hablar con colegas y amigos sobre mi viaje, sobre mi tema. Quiero explicar mi "problema de investigación" y me encuentro en problemas. Parto de tres observaciones empíricas cotidianas y familiares, una suspicacia respecto al proyecto de transformación en la era de Evo, y una idea global y demasiado teórica sobre la modernización capitalista en las ciudades. Por mis manos pasan decenas de libros, desde antropología urbana, hasta reflexiones sobre las ciudades fragmentadas. Barajo autores de distintos orígenes e intereses. Empiezo a perderme entre lecturas, ideas, métodos. Se acorta la distancia en tiempo para empezar propiamente la observación, y a menudo siento que no tengo más que ideas vagas sobre lo que quiero. Hasta aquí, mi trabajo de investigación siempre había partido de mayor claridad en la búsqueda y en la estrategia, pero ahora todo aparece más borroso. Me encuentro con una cita de Claudio Benzecry (2012) que evoca la idea del "antropólogo nativo" de James Clifford, y recuerdo mi lectura de Kate Fox (2004), la académica que escribió un delicioso libro sobre la vida cotidiana de los ingleses siendo ella misma londinense y se pregunta cómo hacer antropología en casa. Me invaden las dudas, sólo tengo dos certezas: la experiencia me ha confirmado que en el proceso de investigación, los miedos se van aclarando cuando empieza la interacción con el terreno, con los datos,

con las informaciones, las entrevistas; es ahí cuando uno tiene que tomar decisiones y el "*habitus* sociológico" juega a nuestro favor; o dicho en código más técnico: "las ideas nacen en parte de nuestra inmersión en los datos y de todo el proceso de vivir" (Whyte, 1971: 338). Mi segunda certeza viene de retomar la reflexión de Benzecry que estudia el mundo de la ópera siendo que él mismo proviene de una familia de músicos, y concluye que "mi familiaridad me abrió tantas puertas como las que me cerró" (Benzecry, 2012: 37). Así, es un tiempo de espera.

La llegada

Durante los últimos años, mi vuelta a La Paz siempre ha sido vía Lima. Antes solía hacerlo por Sao Paulo, o incluso Buenos Aires, pero desde que radico en México, sólo me queda la ruta peruana, si me va bien, sin escalas. El acariciado sueño de un vuelo México - La Paz nos ha acompañado por décadas, y bien parece que no será más que eso, un anhelo no cumplido.

El tránsito por el aeropuerto de Lima siempre trae sorpresas. Particularmente, ahora que me estoy ocupando de los cambios culturales, de las políticas de Estado en la construcción de la identidad nacional, de los productos puestos para la circulación y promoción internacional, etc., pasearse por las tiendas en el tiempo muerto entre los vuelos es particularmente ilustrativo. Ni bien salgo del avión, en la manga que me conduce a la edificio central, veo la publicidad de un banco peruano que dice "te acercamos a lo que quieres vivir", y muestran a un diablo copiado –diríamos en una versión *ligth*- del carnaval de Oruro. Y recuerdo en días pasados haber leído que el Ministerio de Culturas de Bolivia criticó la postulación de la Virgen de la Candelaria de Puno ante el Comité de Patrimonio de la UNESCO, tema que tiene larga historia.

Pero me detengo en las tiendas. No deja de llamar mi atención cómo la venta de relojes finos, de firmas internacionales como *Hugo Boss*, de perfumería, joyería o alcohol, comparten el espacio con tiendas de promoción cultural local como *El rincón del Pisco*, *Restaurant snack y Sushi bar Huashca*, o la tradicional tienda *Britt Shop Perú* que tiene desde llamas, hasta artesanías, imanes, iglesias o chocolates. Entretanto, las ofertas especialmente elegantes y caras, como la de prendas de vestir femenina *Kuna*, que destaca el uso de *Royal Alpaca y Vicuña*, o el exclusivo *Vip*

Lounge y Business Center Sumaq, cuya decoración es con motivos incaicos. Queda claro que algo se mueve en la proyección oficial de la identidad nacional en las vitrinas internacionales.

Siempre me ha pasado que, ya en Lima, empiezo a respirar Bolivia. El acento, el estilo, los rostros, la ropa, el ambiente es más familiar. No es extraño encontrarse con algún conocido, es más, esta vez, ni bien llego a la sala de espera, empiezo a buscar un rostro aunque no me encuentro con nadie. Me sorprende la cantidad de orientales que veo en los asientos. Me pregunto si se dirigen a Bolivia o están de tránsito, lo que se confirma a la hora de subir al avión. Evidentemente no entiendo lo que hablan, veo algún pasaporte japonés, pero es todo, no tengo la competencia para distinguir el detalle de su origen, me quedo con la duda de su procedencia y recuerdo que hace algunas semanas mi hermana me comentó que, actualmente, siempre que salía a la calle, se encontraba con alguna persona con rasgos orientales, una novedad para su tránsito regular paceño. Parte de los cambios en la era del cambio.

Cuando estoy sentado la cabina en el último tramo del viaje, se acerca la azafata y me pregunta si me quedo en Bolivia. Respondo que sí. Luego viene lo más delicado: "¿es extranjero?". Respondo tímidamente y sintiéndome traidor que sí. Nunca antes lo había hecho, en otras ocasiones ese era el momento de cambiar mi Credencial de Elector mexicana por mi Carnet de Identidad boliviano, guardar mi pasaporte mexicano y sacar el de Bolivia, y cambiar mi tarjeta de Bancomer por la del Banco Mercantil. Pero ahora, por razones de estrategia económica -no pagar el "impuesto de viajero" que se aplica a los nacionales al dejar el país-, prefiero usar mi documentación extranjera. No dejo de sentir un incómodo cosquilleo interno.

Visita al Teleférico

Sin duda uno de los nuevos rostros de la ciudad es el teleférico en sus tres líneas. Decido no perderme la experiencia. Vamos con mi mamá, para llegar desde San Miguel, tomamos un radio taxi hasta la antigua estación de tren que hoy es la terminal de la línea roja, la primera. Tardamos 45 minutos, pagamos 30 pesos. Cuando llegamos, Beatriz recuerda que Marieta, su abuela, desembarcó en esa

estación en la segunda década del siglo XX con solo 18 años y en el vientre su futura hija Elena. Ella quedó embarazada y no casada, pecado imperdonable para su familia, los Guzmán, que no podían permitir que el honor se pusiera en duda de esa manera. Marieta salió de Sucre, joven, con un bebé por venir, sin dinero, y llegó a la gran ciudad. "Se alojó en un hotel que había aquí al frente", dice Beatriz. Marieta tenía la suerte echada. Diez años más tarde murió sola en un hospital público dejando tres huérfanos.

Mi abuela también me contó que cuando ella era niña, en esa misma estación vio pasar a los prisioneros paraguayos que llegaban fruto de la Guerra del Chaco. Primero todos los veían con natural rabia frente al enemigo, pero sus rostros sucios, sus ropas harapientas, sus cuerpos desnutridos no podían generar más que lástima. La gente empezó a darles humintas que ellos, acosados por el hambre y sin saber qué tenían entre las manos, se las comieron "chala y todo".

Y ahí estoy yo y mi madre, en un lugar tan histórico para todos, pero ahora convocados por un viaje aéreo. Compramos el boleto, tres pesos por diez minutos de tránsito. Empiezo a descubrir un rostro nunca antes visto de la ciudad, la observación aérea y detallada, la intimidad develada. Los paceños estamos acostumbrados a las vistas panorámicas desde tantos cerros, pero la intervención humana ha sido la que ofreció otros puntos de observación. Bordeando el medio siglo XX fue el Monoblock de la Universidad Mayor de San Andrés –proyectado por Emilio Villanueva en 1942 e inaugurado en 1947- que con sus once pisos ofrecía una mirada distinta. Desde ahí, seguro que el Illimani lucía de otra manera. Pero luego llegó la era de la construcción con la dictadura de Hugo Bánzer en los setenta. Desde cada edificio se veía algo nuevo, y se privaba de visibilidad a otros. Toda invitación a algún departamento de los amigos era un descubrimiento cuando uno se acercaba a alguna ventana; pero claro, el privilegio estaba reservado preponderantemente para la clase media que podía adquirir esos domicilios. Luego vino la era de los puentes que comenzó con el Puente de las Américas en 1993. Lo imposible se logró: estar al medio de dos montañas, colgado en el vacío. Años más tarde se construyeron los Puentes Trillizos exacerbando esa sensación de poder saltar de cerro en cerro

disfrutando de lo que nuestros ojos alcanzan a capturar. Y ahora, en el 2014, se inaugura el teleférico.

Y vuelve la historia, es una nueva mirada más sobre la ciudad. En mi tránsito veo ropa secando, antenas, techos, jardines, cuartos, azoteas. Descubro que en los sectores populares las terrazas son una especie de jardín, a veces decorado con los azulejos que forman dibujos, donde se guardan cosas que no entran en el departamento, desde juguetes, bicicletas o la casa del perro. Es el lugar multiusos por excelencia. El sentido comercial se instala rápidamente y no faltan publicidades en los techos, alguna gigantografía improvisada pero vistosa, una enorme cholita dibujada con empeño en el techo de calamina, un deportista que dice "Bolívar campeón", o alguien que pinta en el piso de una plaza un grafiti amoroso: "Te extraño vuelve a mí bbcita" (sic). También descubro un grupo de alcohólicos que, a las 10 de la mañana, protegidos entre las montañas y los árboles, se reúnen alrededor de botellas ya vacías; ahora ya no se pueden esconder.

En la línea amarilla y en la verde, el paisaje cambia, Sopocachi enseña los jardines interiores de las casas que fueron el orgullo de la élite. Ya no son lo mismo, pero todavía algo reluce. Es sin duda es la línea verde la que nos invita al tránsito por los barrios más residenciales de la ciudad. A unos metros, y desde arriba, vemos los jardines, las construcciones, los autos, las calles de San Alberto, lugar que fue concebido para tener distinción, vista y privacidad. Ahora, por tres pesos, todos pueden apreciar los elegantes jardines y el derroche de dinero de la clase alta paceña.

Mis ojos se alborotan, se disparan, me siento parte de un espacio privado al cual no fui invitado, acaso soy un intruso que penetra su mirada en los patios interiores. Me gusta, me sorprende, me asusta.

El cementerio es tema aparte. Desde arriba es cómo estar donde uno se imagina que las almas se levantan dejando lo último de materia en la tierra. Su arquitectura tan recta y correcta contrasta con lo abigarrado del entorno. La clara división del mundo de los muertos con el de los vivos, separados tan sólo por un muro.

Lo que en verdad me desconcierta es que desde que pongo un pie en las instalaciones del teleférico siento que dejo La Paz, se me figura estar en Suiza. A la entrada existen

seis cajeros automáticos de los bancos más conocidos. Letreros con todas las indicaciones necesarias: Compra de boletos y tarjetas, horarios de atención, baños, direcciones, extinguidores, paso para sillas de ruedas, el ascensor, lugares de peligro y prohibiciones. Estas últimas tienen un cartel de *disciplinamiento* exclusivo: "PROHIBIDO: botar basura, bultos voluminosos, el ingreso de comida y bebida, el ingreso de animales, el ingreso de personas en estado de ebriedad, transportar líquidos inflamables"

Compro mis boletos -y no la tarjeta electrónica- en una boletería protegida con vidrio grueso a la que no me dejan tomar foto "por razones de seguridad" (me siento como cuando estaba en los museos de Nueva York y antes de apretar el obturador de mi cámara aparecía un vigilante recordándome lo no permitido). Entrego a un funcionario el ticket para que habilite mi paso luego de deslizar su dedo, mágicamente, por un cuadradito luminoso que habilita el movimiento de la mariposa. La amabilidad es excesiva, casi cursi. A mi madre y a una mujer que carga un bebé les habilitan un ascensor exclusivo. Todos saludan y se dirigen a la gente con respeto. En una parada, un funcionario, bien vestido, ingresa a nuestra cabina y dice: "está prohibido comer y pararse, ¿alguien tiene alguna pregunta sobre lo que sea? que tengan buen viaje". Queda claro que en el teleférico copiaron el trato instalado como característica del PumaKatari –programa de transporte urbano del municipio-, lo que responde, en el fondo, a la imperiosa necesidad de que los ciudadanos sean mejor atendidos por funcionarios públicos.

Las torres que sostienen los cables de donde cuelgan las cabinas tienen enormes carteles con palabras clave: puntual, moderno, limpio, confiable, integrado, acogedor, ordenado, confortable. Son más que mensajes, son valores de aquello que se llamó los "códigos de modernidad". En efecto, una teoría del desarrollo analizó las destrezas propias para la integración a la globalización (PNUD, 2000: 127). Así, el Informe de Desarrollo Humano del año 2000 buscó medir las aspiraciones de los bolivianos a estos códigos expresados en "manejar computadora, saber inglés, cultivar la puntualidad, competir y tener la capacidad de arriesgarse" -los resultados informaban que 90% de las personas apreciaba la puntualidad en el ámbito urbano,

y 80% en el rural (IDH, 2000: 130)-. Quince años más tarde, un proyecto oficial de transporte urbano reproducía la misma idea.

Es curioso, pero no casual, que el teleférico promueva y subraye los códigos de modernidad en una población de origen indígena que precisamente se caracteriza por tener diferenciado manejo del tiempo, del espacio, de la idea de orden o de limpieza, en suma de esta otra manera, muy propia, de ser modernos. Pero insisto, no es casual. El teleférico me recordó cómo la ciudad de La Paz ha vivido en distintos momentos de su historia, la iniciativa de modernización por parte de sus élites políticas. Así, con el uso tecnológico de punta, llegó el tren, el tranvía, el automóvil, el micro, los semáforos, la autopista, y ahora el teleférico. Se trata de un proyecto de modernización de larga data que introduce al contexto local, tomando o sin tomar en cuenta las dinámicas culturales nativas, la última tecnología que bien puede ser utilizada en cualquier lugar del mundo desarrollado. El patrón de la perspectiva de modernización urbana no cambió ni con Evo ni con su teleférico. Entrar ahí es sentirse, lo decía, en Suiza.

Salir del teleférico es volver a La Paz, a sus "códigos de modernidad tardía", a sus formas no modernas de la vida urbana. Luego de mi paseo, me bajo en la estación del cementerio. Mi tarea no es fácil, tengo que llegar a la Avenida Mariscal Santa Cruz para tomar un TRUFI (Transporte urbano de ruta fija) al sur. Camino por las calles serpenteadas evitando puestos y huecos. Intento parar un minibús que no sólo no se detiene sino que me toca bocina riñéndome. Los taxis bajan llenos, hasta que al final para un transporte al que entro doblado porque no quepo. Baja tomándose el tiempo que considera necesario, frena donde se requiere subir nuevos pasajeros. Finalmente, llego a San Francisco y tengo que lidiar con los micros para cruzar las pequeñas calles sin ser atropellado. Volví a la ciudad de siempre.

Mientras paseaba por los aires, recordé que en los setenta, cuando mi papá vivía, Bánzer inauguró la autopista La Paz - El Alto. Mi padre, madre y hermana nos subimos al auto y fuimos a recorrerla. Era el símbolo de modernidad urbana más importante de la década, tenía casetas de cobro, malla milimétrica para que la gente o animales no ingresaran impidiendo la velocidad de los automóviles, "ojos de gato" en el piso, pasarelas, un carril para detenerse en caso de accidentes. Otra vez, un

sentimiento de estar en otro mundo, o en el primer mundo. A mi papá le tomó ocho minutos recorrerla íntegramente, pero no sé cuánto para llegar desde mi casa hasta el inicio. Recuerdo su comentario: "para qué sirve una tremenda autopista si tardas muchísimo en llegar a ella". Tuvieron que pasar años para que la ciudad se apropie de la autopista, para que la gente corte las mallas y se atraviese libremente, para que el carril de seguridad se lo use como parada de ascenso y descenso, para que sea bloqueada por las protestas sociales, para que los derrumbes destrocen la uniformidad del piso, finalmente, para que sea nuestra. ¿Cuánto tardará la gente en hacer suyo el teleférico, en imponer sus ritmos, en subir con bultos, en bloquear las líneas en las manifestaciones, etc.? Habrá que ver.

Me pregunto cuánto se ha transformado esa visión de modernización urbana que primó desde el siglo pasado en La Paz, que tuvo su auge con el *banzerismo* y ahora un nuevo impulso con el *evismo*. Me pregunto, finalmente, cuánto hemos avanzado.

Api Happy

Cuando era joven, tenía la costumbre de ir a tomar api con empanadas al mercado, normalmente al amanecer, luego de una larga noche de diversión. También solía comprarme un choclo con queso en bolsita de plástico -desde el bus rumbo a Yungas- a las señoras que lo vendían en la calle. Lo infaltable en mis visitas al Carnaval de Oruro, era ir a comer el impresionante charquekan al restaurante popular "El Puente". Ahí coincidíamos todos los bailarines, con máscaras y vestidos. Nada más surreal: el nombre se refería al Puente de Brooklyn de Nueva York que estaba dibujado en toda una pared; las máscaras de diablo o de moreno contrastaban con el paisaje neoyorquino. Pero eso sí, acaso lo más delicioso de aquellos años era comer ispis a medio día, también en una bolsita, en el mercado Lanza.

Por eso quedé sorprendido cuando mi sobrina me contó que ella y sus amigos, estudiantes de secundaria del Colegio Franco Boliviano -uno de los más caros de La Paz- suelen ir regularmente al Api Happy a tomar api con llauchas. Fui porque mi curiosidad sociológica tenía que ser saciada. El espacio es relativamente chico, pero está en la esquina de la Avenida principal de Achumani y la calle 12, que es la salida del Franco. Mientras entramos, mi mamá me cuenta cómo esa misma calle era llena

de polvo y oscura; ella trabajaba ahí, se tenía que llevar zapatos para tierra y otro par "de vestir" para cambiárselos cuando llegaba a su oficina. Salir de noche era peligroso, la soledad y la oscuridad le daban miedo.

En la entrada hay una barra donde se enseña la comida caliente en bandejas de metal; hay papa, mote, charque, habas, ispis. Arriba, un gran anuncio -estilo McDonald's- donde se promueven los combos. Combo uno: api con llaucha, 12 pesos; Combo dos: api con buñuelo: 11 pesos; Combo tres: Chocolate con buñuelo, 12 pesos, etc. En comidas, la misma historia: Combo cinco: Charquekan, entero con jarra pequeña, 37 pesos, medio con vaso, 35; combo siete: ispi, entero con jarra pequeña 32 pesos; medio más vaso, 30, etc.

Con el mismo estilo de *fast-food*, primero se realiza la compra escogiendo el combo, que luego te lo entregan en la pequeña mesa que puede estar ubicada en la "zona wifi" o en la terraza. La empresa "Api happy Delivery SRL" -que tiene correo electrónico y página en Facebook- se promueve así: "Api Happy es una empresa boliviana dedicada a destacar nuestras tradiciones y los valores nutricionales de la gastronomía andina. Dentro de nuestros ingredientes principales están el maíz en sus diversas variedades, herencia de la cultura quechua que es utilizado como parte importante de la alimentación boliviana ya sea en bebidas como también para acompañar platos tradicionales. El Api, nuestra especialidad, es la bebida caliente típica de la región andina. Su elaboración está en base a granos de maíz morado y es conocido como el desayuno andino".

Sin duda que mi forma de consumo de los noventa que ocurría en ámbitos populares y particularmente en los mercados, hoy se ha transformado seduciendo un público de clase alta que ha incorporado a su dieta alimentos locales. Las cosas van cambiando.

Easy Taxi

Cuando aparecieron los primeros radiotaxis en la ciudad, a mediados de los ochenta, fue una novedad. Era prácticamente un lujo que mi familia sólo podía utilizar de manera ocasional y por situaciones insalvables. Sólo había que marcar un número telefónico y en pocos minutos la unidad estaba en la puerta de la casa.

En los últimos años, el uso del radiotaxi se ha hecho muy popular con decenas de compañías, tanto que hay que tener cuidado cuál se escoge para no sufrir algún asalto. Una de esas noches, un amigo me presumió una aplicación internacional llamada Easy Taxi desde su teléfono. Sabía de su existencia, pero como en Nueva York nunca requerí otra cosa que no sea el metro y en México tengo auto, jamás la bajé a mi celular. Saliendo de su casa, sacó su teléfono, apareció el mapa con nuestra ubicación señalando varias unidades cercanas. En cuanto pidió el servicio, apareció el nombre y foto el chofer, la placa, el tipo de auto y el teléfono. Un cronómetro medía el tiempo que le faltaba para llegar y a cuántos metros se encontraba. Llegó con remarcable precisión. Me sentí en Nueva York.

Llegando a casa, borré los números de radiotaxi que tenía guardados y bajé la aplicación a mi celular.

Gustu

No quiero dejar La Paz sin pasar por el restorán de moda: el Gustu. Como se sabe, es una iniciativa de Claus Meyer, afamado chef danés, que en el 2013 decidió abrir una escuela de cocina en esta ciudad y que ahora se ha convertido en uno de los mejores lugares para comer en el planeta. Parte de su propuesta es aprovechar los productos naturales del país y mezclarlos creando nuevos platos.

El Gustu quiebra con la forma de consumo boliviano en distintas dimensiones. Los dos polos dinámicos de la alimentación tradicionalmente fueron la cocina popular y la "internacional". Cada uno tuvo sus formas, ingredientes, secretos, innovaciones, protocolos en el servicio, personajes, etc. Lo popular se ofreció preponderantemente en los mercados, en restoranes especializados, en puestos de la calle. Su público fue amplio y surgieron grandes íconos tanto en la preparación -como la Bolita, importante cocinera del mercado ubicado en la Cancha Zapata- hasta degustadores especializados como el escritor cochabambino Ramón Rocha y sus memorables crónicas. Del otro lado, hubo locales que se convirtieron en la referencia de la cocina "internacional", por ejemplo La Suisse, que desde el nombre, la arquitectura, la decoración y el menú, se notaba el esfuerzo por sentirse en otro lado. Ese fue un espacio reservado para la élite acostumbrada a la servidumbre, a recibir un trato

diferencial, a que se note la distinción. Los comensales estaban por encima de los sirvientes, y sólo podían hablar al "tú por tú" con el dueño, por supuesto con rasgos étnicos similares a los suyos, que eventualmente podía salir a preguntar si todo estaba en orden. Durante años -antes de la era del Evo y la emergencia de nuevos agentes económicos- los sectores populares tenían prácticamente prohibido el ingreso -simbólica y prácticamente-.

Es cierto que en medio hubo una cocina que podríamos llamar bisagra entre la élite y lo popular, por ejemplo las salteñas -con sus distintos nombres-, los Pollos Copacabana, las hamburguesas Iglú, etc. que se distinguieron por su sencillez, poca ceremonia para su consumo, preparación relativamente ágil y público de múltiples orígenes. También es cierto que los distintos ámbitos culinarios tenían sus propias innovaciones y dinamismo y no faltaron quienes construyeron puentes entre ellos.

El Gustu llega a Bolivia en un momento en el cual la explosión en combinaciones y posibilidades de innovación está a la orden, tanto en los placeres degustativos, como en la estética, la moda, la música, la política, etc. Llega en el tiempo del cambio, y no es casual. Con su propuesta el restorán se desplaza de lo anteriormente conocido y busca consolidar la fusión de productos de distintos orígenes creando nuevos sabores. No impulsa la introducción y promoción de un sello y sabor globalizados -estilo McDonald's o Coca-Cola- sino la creación de otras rutas sacando provecho de lo que la naturaleza y la cultura ofrecen. Así, algún plato mezcla palmito de Cochabamba con charque de alpaca -y el resultado, dicho sea de paso, es delicioso-.

Llama la atención que se intenta crear un discurso culinario nacional tanto a través de la mezcla de ingredientes -resultado al cual nuestro paladar no estaba acostumbrado: el *charke* siempre lo comíamos con mote, papa, huevo y mucha *llajua*, jamás con palmito- como utilizando nombres regionales para comidas y bebidas. Por ejemplo, los tragos vienen diferenciados por departamentos, para cada uno hay dos o tres opciones con variados ingredientes. Quizás esta es la primera vez que el lenguaje nacional se hace cocina no como la suma de las tradiciones regionales -lo que se ve claramente en libros como "La cocina en Bolivia"- sino como su fusión. Un lenguaje muy acorde con la llamada "multiculturalidad".

En otro orden, que no es menor, sorprende el trato descolonizado que recibe el cliente. Si a la hora de la comida la elite paceña estaba acostumbrada a hacerse servir y que se note la clase a la que pertenecía, en el Gustu quien atiende las mesas no se presenta como un sirviente de clase inferior sino como un trabajador que conoce lo que hace y lo explica con maestría. Cada plato o trago es traído por una persona diferente, a menudo con rasgos sociales de origen popular, que explica la preparación y el contenido con la naturalidad de quien cumple un oficio que disfruta.

Confieso que en el Gusto uno puede agasajar el paladar sacudiéndose de los protocolos coloniales de la cocina de elite boliviana; el valor principal está en lo que se sirve en el plato, no en la parafernalia que lo rodea. La experiencia es más cercana a comer en un buen restaurante neoyorkino -en un lugar pequeño, con personas de distintos orígenes alrededor, servicio muy horizontal, alta calidad en el resultado, etc-, que en un espacio reservado y exclusivo de un barrio alto paceño.

Un detalle que no lo es: no puedo concluir una buena comida sin un expreso cortado. En el Gustu no hay; no me quejo, entiendo sus razones.

Puma Katari

No quiero dejar la ciudad sin tomar el Puma Katari, la mayor iniciativa del Gobierno Municipal para mejorar el sistema de transporte urbano. Llego al nuevo centro comercial en la Avenida Camacho donde está una de las paradas. El nuevo mercado Camacho es tema aparte, hay desde una plaza de comidas de distintos orígenes, hasta un moderno gimnasio. Hago fila para tomar mi ruta hacia Chasquipampa que avanza sin pausa hasta que de pronto se detiene, el operador pregunta: "¿alguien que se quiera ir parado?". Recuerdo las tantas veces que yo tomé trufi o minibús en la Av. Mariscal Santa Cruz sin importar la comodidad, forzando cualquier espacio para que cupiera una persona más. Por dentro, el Puma es muy cómodo y espacioso. Dos pantallas reproducen programas sobre la ciudad y un anuncio luminoso dice la dirección final y la velocidad a la que se mueve la unidad. El conductor, que saluda con un "buenos días" a la entrada, anuncia cuál será la próxima parada. Antes de partir pide que quienes estén en los asientos amarillos se pongan cinturón de

seguridad, pues "tenemos cámaras". La persona encargada de cobrar, cuando es necesario pide a algún pasajero: "me lo sede su asiento al señor por favor". Si es necesario, sale del bus para ayudar a algún anciano a subir o a bajar.

A mi alrededor hay personas de distintos estratos sociales. Una señora de pollera, una chica joven que viene del gimnasio, una guapa estudiante, muchachos de origen popular, oficinistas. Una gran mayoría tienen teléfonos inteligentes y casi todos audífonos -en esos días leo en el periódico el fantástico aumento de estos teléfonos en la población boliviana-; falta poco para sentirme en Nueva York. En una estación, sube una niña -de no más de diez años- que viene sola; tiene puesto un buzo deportivo que es el uniforme de su escuela -pública-, una mochila rosada y una pequeña cartera roja que dice Minie Mouse. Saca su tarjeta electrónica del Puma Katari, ingresa a la parte trasera, se sienta, y toma un celular -no "inteligente"- con el que empieza a jugar. Cuando se desocupa un asiento, corre para ocuparlo sin que nadie se lo quite. Un varón de la tercera edad se acerca a la zona donde yo me encuentro, y en el camino dos personas le ceden el asiento, ofrecimiento que es negado.

En el Puma Katari notoriamente confluyen varias cosas. Se ve con claridad que es el resultado de diez años de política urbana donde el trato al ciudadano fuera de otra naturaleza. En efecto, la gestión del alcalde Juan del Granado que inició en el año 1999, se centró en mejorar la calidad de vida de los paceños mejorando el servicio de las autoridades y ordenando vida cotidiana con iniciativas sencillas pero eficientes. Tal fue el caso del programa de las cebras, que entre el juego y la ternura, le dieron a la calle tanto organización como armonía. Por otro lado, la propuesta renueva la larga tradición que tienen los paceños del uso del micro como medio de desplazamiento, empezando por el tradicional Colectivo 2 que iba del centro a Sopocachi, hasta las múltiples rutas que se instalaron durante el siglo pasado. Finalmente, por la organización del espacio y sus demás características, los Puma Katari favorecen a la creación de un ambiente interno si no de fraternidad, al menos no tenso donde pueden suceder cómodos intercambios o diálogos, o donde incluso una niña puede ir sola sin correr riesgo.

Quizás lo más interesante es que precisamente esta iniciativa logra conjugar la tradición de transporte urbano paceño, una nueva forma de relacionamiento de las autoridades frente a los ciudadanos, un nuevo clima de intercambio entre usuarios, alta tecnología tanto para el servicio como para el consumo de los usuarios (como el WiFi). Sin duda que, a la vez, cambia el rostro de la ciudad y de sus habitantes.

La vuelta

Dejar La Paz es siempre desgarrador. Dicen que René Zavaleta aseguraba que "Bolivia es una enfermedad incurable". A veces siento que tiene razón, que su obsesión por el país también nos habita a muchos de múltiples maneras. Me pregunto por qué no puedo partir sin drama, por qué las lágrimas son inevitables.

Estos han sido días de trabajo intenso. He participado en cuanta actividad he podido; me he tomado decenas de cafés con muchas personas; he caminado cada calle de San Miguel, el barrio de mi infancia y ahora mi objeto de estudio; he tomado cientos de fotos, he anotado y contado cuántas casas, edificios y tiendas hay en el barrio; he charlado con el vicepresidente, el alcalde, un viceministro, funcionarios municipales, artistas, escritores, articulistas, editores, académicos; he participado en una mesa redonda en el posgrado de la Universidad, he dado clases y he sido invitado a un programa de televisión; he visitado varias librerías y adquirido documentos que han hecho más pesado mi equipaje; he entrevistado a vecinos del barrio, y he disfrutado enormemente de amigos y de mi familia. Tanto, acaso demasiado para diez días. Me impresiona cómo ésta es una sociedad del "cara a cara", en las calles suceden todas las relaciones, los encuentros son en los cafés la palabra y las ideas fluyen en las mesas (por eso el que no está no existe). Me he dejado llevar por la intuición y he llegado a conocer más sobre las dinámicas culturales de este barrio. Queda una larga agenda, pero empiezan a aclararse las pistas de mi investigación.

EXCURSO 2

Imágenes paceñas en el 2016

Ensayo visual

> Qué difícil puede llegar a ser encontrar palabras para lo que se tiene ante la vista.
>
> Walter Benjamin (2013: 67)

Wonderland Bolivia

Con justa razón se decía que en La Paz se vivía en una cueva, que era difícil entrar y difícil salir. Normalmente, los pasajes aéreos para llegar a la ciudad desde Europa eran los más caros; los vuelos a Buenos Aires, Santiago, Lima o San Pablo ofrecían tarifas mucho más accesibles. A la inversa sucedía lo mismo, todo viaje tenía un costo elevado. Hoy, en una esquina turística un cartel pone el mundo al alcance, el pasaje más caro es a China, sólo por 1300 $us.

Las Cholitas

La chola, ícono de la mujer paceña ahora vive un proceso ampliación y diversificación de sus significados (Díaz, 2017). Esta paleta de postales la reinventa. Está la tradicional chola al lado de una tierna llama, pero también se ve a la *rockera*, la elegante de paraguas de colores, la luchadora social con la inscripción "Nunca de rodillas" y el puño derecho en alto. En el otro extremo de la ciudad, en una la vitrina de una tienda de San Miguel, se expone una playera sexy, sin brazos, con tres de ellas caminando por un paso de cebra. Sólo se ven sus polleras –verde, azul y morado-, sus mantas y sus zapatos. El título: "The Cholitas"

El Hotel Plaza

El Hotel Plaza, ubicado en pleno Prado paceño, fue diseñado por el afamado arquitecto Juan Carlos Calderón en 1979 y rápidamente se convirtió en el lugar de hospedaje más costoso y lujoso de la ciudad. Ahí se realizaron múltiples eventos, se alojaron presidentes y visitas importantes, su comedor en el último piso fue un lugar privilegiado para la vista y el paladar. En el año 2013 fue embargado por Impuestos Nacionales. En julio del 2016 se convirtió en un espacio de venta, ideal para múltiples ferias populares.

Sumaq Kay

Llama la atención la cantidad de nuevos y sofisticados gimnasios en toda la ciudad y la emergencia de múltiples ofertas para el cuidado del cuerpo. Abundan mensajes como “Lúcete, lucir es sentirse bien” o evocaciones al “Glamour”. Sin duda se ha instalado una renovada manera de relacionarse con lo físico y se han diversificado las posibilidades para su atención. Pero claro, el culto a lo estético funciona en tiempos donde lo autóctono es la referencia cultural dominante. Así, el centro de belleza Sumaq Kay ofrece mejorar el cutis, arreglar las uñas (de pies y de manos), realizar bronceado o lo que se requiera para una elegante boda. Se reciben tarjetas VISA y MASTERCARD. El nombre y el símbolo de un sol tiawanakota va muy acorde con los tiempos actuales y las imágenes legítimas. Una pequeña muestra de las nuevas articulaciones de imaginarios indígenas con la sofisticación de nuevas necesidades estéticas.

Feminidad

Uno de los efectos del cambio paceño se puede ver en la transformación de la feminidad. Hoy, las tiendas de lencería exhiben todo tipo de prendas en las vitrinas sin ningún inconveniente. En el sur, en una estantería una rubia guapa enseña su ropa interior, sólo la cubre una camisa abierta, el local se llama *Women secret*. Es muy común cruzarse con mujeres -como la de la foto, tomada en El Prado-, con mallas ajustadas, botas, cartera y chamarra, pintándose en cualquier esquina. Una nueva sensualidad se posiciona en la ciudad.

ROBASTE
+GINGER?
Red Label
JOHNNIE WALKER

Coca Gourmet

El 2011 a un pequeño comercio se le ocurrió llamarse Coca Gourmet. Estaba en el corazón de Sopocachi en lo que bien podría ser un garaje poco elegante, sobre todo funcional. Ofrecían hamburguesas, sándwiches, *hot dogs* y quesadillas. Pero los buenos tiempos llegaron. En el 2016 el local se remodeló completamente con vitrales del techo al piso, lámparas finas color crema y un letrero con el mismo nombre pero con grandes letras plateadas sobre una madera clara. Ahora se ofrecen tapas (quesillo serrano, gambas al ajillo, tortilla española), platillo de chorizo, lomillo mediterráneo, calamares a la plancha, queso fundido y sushi. Claro, cuentan con Wifi gratuito.

Rostros para el turismo

En la calle Sagárnaga, reservada para extranjeros, se aprecia esta toma. Son los rostros rurales del altiplano en su versión niños o viejos. Es la imagen “for export” del país, tomas estáticas, ancladas en el imaginario de dos décadas atrás, casi en sentido contrario de las transformaciones que está viviendo la ciudad. Una imagen petrificada de la Bolivia caracterizada por su penúltimo lugar en la pobreza de América Latina. Una reminiscencia del pasado que todavía ostenta un grado de eficacia en el mercado.

China

La presencia del gigante asiático se ha intensificado notablemente. El Supermercado China –con varias sucursales- promete que tiene más de 25000 productos. En efecto, en uno de los comercios de ChinBol S.R.L. uno se puede encontrar con todo lo imaginable. Un letrero en el sur promueve una empresa especialista en negocios con este país, y el Banco Mercantil pone un anuncio en su sucursal de la Av. Camacho que dice: “Compra en la China como si quedara en la esquina. Sin esfuerzo, como este verso”.

COMPRA EN LA CHINA
COMO SI QUEDARA EN LA ESQUINA.
SIN ESFUERZO, COMO ESTE VERSO.
BANX, LA BANCA QUE TE COMPRENDE
BANX
Mercantil Santa Cruz
1448

CHINBOL SRL.
CALACOTO calle 23 - Edificio Villa del Sol Telf:2799137

EXCURSO 3

Línea blanca. El nuevo teleférico en La Paz

(julio 2016)

Un pequeño cartel casero hecho con cartulina y pintado con marcador negro dice: “Este arbolito no se toca!”. Lo firman “Los vecinos”. Está sostenido con un alambre rojo al tronco del último árbol de la Avenida Busch, antes de llegar a lo que alguna vez fue la Plaza San Martín, hoy punto de arranque de la línea blanca del teleférico. Es julio del 2016, en meses más se terminará de construir la terminal de la Plaza e inevitablemente el árbol será derribado pues cubre la entrada de las cabinas. Sus días están contados. Sin duda la inauguración contará con presencia de autoridades y se proclamará como un paso más en la modernización de la ciudad, será la cuarta línea de transporte aéreo impulsado por el gobierno de Evo Morales desde el año 2014.

El lugar se conocía también como “El parque triangular” por su forma compuesta por tres avenidas. Hay que recordar que el barrio de Miraflores fue diseñado a finales de la década de 1920 por Emilio Villanueva inspirado en la idea de “ciudad jardín”. La destrucción sistemática del proyecto de Villanueva en nombre del desarrollo urbano tuvo varios momentos. Primero, en 1977, el dictador Hugo Bánzer prácticamente demolió el Estadio Hernando Siles -que había sido inaugurado en

1930 y cuyo frontis dialogaba con el templete subterráneo de en frente, todo abonando al estilo neo-tiahuanacota de la propuesta general- y construyó un nuevo Estadio Olímpico donde se llevaron a cabo los Juegos Bolivarianos el mismo año. Ya en los noventa, el mercado inmobiliario se apoderó de la Avenida Busch y decenas de casas que guardaban el tamaño adecuado con la generosa avenida, los jardines y las aceras, fueron convertidas en enormes edificios que quebraban todo el paisaje visual y la intención residencial del barrio. Finalmente, el Presidente Evo Morales dio carta blanca a la empresa Mi Teleférico para que, más allá de cualquier consideración de las autoridades municipales o de los vecinos, edificara a su antojo y capricho lo que viera como más conveniente.

Y así fue. En el 2016 se empezaron las obras de la nueva línea que iría exactamente encima del diseño de Villanueva, entre la Plaza Villarroel y la Plaza San Martín, por la Avenida Busch. Para tal tarea, en esta última se quitó la estatua dedicada al prócer independentista y en su lugar se edificó una enorme estación terminal. En el otro extremo, se utilizó la amplia explanada donde se realizaban actos cívicos y militares al frente del Museo de la Revolución, y se construyó la terminal semisubterránea.

Aunque sé que la experiencia será dolorosa, decido recorrer toda la avenida caminando. Parto de abajo, de la Plaza San Martín y voy subiendo poco a poco. Todavía está en construcción, así que puedo ver las calaminas que cubren a los albañiles y las enormes maquinarias. Todo está forrado de pancartas oficiales con mensajes que refuerzan los beneficios del proyecto: "Mi Teleférico establece redes de cobertura que reducen tiempos de viaje", "Mi teleférico piensa en tus sueños...¡Ven a volar!", "Mi Teleférico prioriza al peatón", "Mi teleférico establecerá parques de bolsillo para jóvenes y niños" –perdón, ignoro qué significa "parques de bolsillo"-. Acompaña el escudo nacional y de la foto de Evo Morales.

Sigo mi ruta por el camellón central. Me encuentro, entre otros, con los bustos de guerrilleros de la independencia como Juana Azurduy de Padilla, José Miguel Lanza, Esteban Arce, Andrés de Santa Cruz, colocados como homenaje por parte de la alcaldía municipal en 1995. A la mitad de mi recorrido, llego al Monumento a Busch que fue erigido en 1968 y en cuya base abundan grafitis. Atrás, la segunda estación que ocupa todo el camellón que alguna vez fue parque. Curioso, en cada esquina me encuentro con malabaristas, trapecistas o payasos que montan un rápido show para pedir propina mientras el semáforo está en rojo. Son de origen extranjero. Otro rostro de la nueva apropiación del emblemático barrio. Otro síntoma del cambio.

Antes de llegar al punto final de mi recorrido, me detengo en la esquina de la calle Puerto Rico, la casa número 686. Aquél fue el predio de mis abuelos, donde pasé buena parte de mi infancia. Desde ahí vi lluvias y atardeceres. En la ventana que hoy sólo puedo mirar desde la calle, observé en la dictadura tanques subiendo por la avenida; de la terraza disfruté de desfiles y jugué con agua en carnaval. Ahí se veló a mi padre luego de que fuera asesinado en 1981; adentro, en el living, vi por última vez su cuerpo magullado. Dos décadas más tarde, en el mismo lugar fue el velorio de mi abuelo. Hoy la casa está tan grafiteada como los monumentos por los que acabo de pasar, hay una tienda construida en el lugar que otrora fuera jardín. El predio me es ajeno, pero me alborota los recuerdos.

Llego a la explanada de la Plaza Villarroel. La última imagen que se me viene a la mente es en el entierro del líder sindical Juan Lechín Oquendo, en agosto del 2001. Los mineros, los sindicatos, los ciudadanos, los intelectuales, acudieron a aquella

triste partida de uno de los últimos sobrevivientes de la Revolución de 1952. Nos congregamos todos en el enorme atrio para ver pasar el féretro de Don Juan rumbo al Museo de la Revolución, hoy cubierto por grúas, camiones y tractores del Ministerio de Obras Públicas.

Subo a la parte más alta de la gradería y miro el trazo de la Avenida diseñada por Villanueva que ahora es una línea del teleférico de próxima inauguración. A mis espaldas el maltrecho Museo de la Revolución del 52; al frente, grúas, volquetas y más publicidad oficial de la Revolución de Evo: “Cultura Teleférico cuida el medio ambiente”, “Mi teleférico se construye fomentando la integración con el entorno urbano”, “Mi Teleférico mejora los espacios donde jugarán sus hijos”, “Mi Teleférico promueve áreas para disfrutar. Más parques y plazas para jóvenes y niños”.

Es tarde. Sale la luna por la ladera oriente. Pienso en Marshall Berman, en su aguda crítica a Robert Moses, el gran reformador de Nueva York y promotor del “mundo de la autopista”. A La Paz le llegó el eco de la modernización urbana en tiempos de retórica revolucionaria.

Cultura Teleférico cuida
el medio ambiente

EXCURSO 4

Los murales de Mamani-Mamani (julio 2016)

No tengo suficiente información sobre cómo llegar al Condominio Wiphala -en la Urbanización El Mercedario cerca de Villa Adela, en la ciudad de El Alto-, cuyas paredes fueron diseñadas por Mamani-Mamani. Busco datos en internet, me cuesta, pero con esfuerzos logro dar con la dirección. Subo en auto particular desde San Miguel, está a unos 30 kilómetros y más de una hora de recorrido. Organizo una visita familiar, el coche está lleno. Una parte del camino es conocido; hasta el sector de "Las antenas" y luego la desviación a Viacha todo está bien, pero cuando ahí llego, el asunto se complica. Decido acudir a la aplicación *Waze* que me socorre cualquier aguda circunstancia en la Ciudad de México; funciona a la perfección, pongo las coordenadas básicas y comienzan las indicaciones, voy como niño tomado de la mano del padre. Finalmente, aparecen los edificios. El sol quema, el cielo es azul, al fondo pasan aviones prestos a aterrizar en el Aeropuerto Internacional El Alto.

La construcción del multifamiliar, primera en su género en El Alto, fue iniciativa oficial, por lo que cada edificio tiene una placa de la Agencia Estatal de Vivienda con el nombre del presidente Evo Morales, el Ministro de obras públicas, el viceministro de vivienda y urbanismo, y varios funcionarios más hasta llegar al "fiscal de obras". Son siete bloques de 12 pisos en un manzano cercado, cada uno tiene cuatro departamentos de 82 metros cuadrados; un total de 336 viviendas con tres dormitorios –con espacio para ropero-, sala, comedor, cocina, baño, terraza de lavado. Cada edificación cuenta con dos ascensores, inter comunicador, dispositivo para abrir las puertas desde el departamento, cámaras de seguridad.

Pasando la reja de entrada, a la derecha está la elegante "Piedra Fundamental" de dimensiones menores con el símbolo de la agencia estatal de vivienda y el lema oficial: "Vivir Bien!". En el centro se ubica una escultura del propio Mamani-Mamani. Se trata de una hoja de coca de metal compuesta por varias placas con símbolos indígenas. En los bajos de algunos edificios hay cajones de estacionamiento

–por supuesto no proporcional a los 336 departamentos, ignoro cuál será la política de distribución-; también se instalaron dos espacios de juegos infantiles, y en los jardines laterales, cuatro parrilleros.

Dos de las cuatro paredes de cada bloque tienen un enorme mural que ocupa la totalidad de la construcción visible a varios kilómetros de distancia y apreciado desde las ventanillas de aviones que aterrizan y despegan en frente, de hecho en varios vuelos el propio piloto dirige la atención de los pasajeros hacia los murales. Las otras dos paredes están pintadas por un solo color que también tiene una explicación. Los catorce murales reflejan el pensamiento de Mamani-Mamani y su

búsqueda por reivindicar íconos indígenas. En la entrada de cada edificio, un pequeño anuncio plastificado –con el escudo nacional y los íconos de las instituciones auspiciantes en la cima- explica el nombre y el contenido de la obra y el significado del color:

- Violeta – Saxuña. "La política y la ideología andina, es la expresión del poder comunitario y armónico de los Andes; el instrumento del estado como una instancia superior, las organizaciones sociales, económicas y culturales, la administración del pueblo y el país"
- Rojo – Wila. "Energía telúrica (aka-pacha), es la expresión del hombre andino, en el desarrollo intelectual, es la filosofía cósmica en el pensamiento y el conocimiento".
- Azul – Larama. "Espacio cósmico, el infinito (alax Pacha) es la expresión de los sistemas estelares y los fenómenos naturales".
- Verde – Ch'uxña. "Representa la economía y la producción andina, amazónica, riquezas naturales de la superficie y el subsuelo, la flora y fauna".
- Blanco – Jhanqu. "El tiempo y la dialéctica, es la expresión del desarrollo y la transformación permanente del Qullana Marka sobre los Andes, el desarrollo de la ciencia y la tecnología, el arte, el trabajo intelectual y manual que genera la reciprocidad y armonía dentro de la estructura comunitaria".
- Naranja – Arumi. "Representa la sociedad y la cultura, la preservación y procreación de la especie humana; es la salud y la medicina, la formación y la educación, la práctica cultural de la juventud dinámica".
- Amarillo – Q'illu. "Es la energía y fuerza (cha'ama pacha), expresión de los principios morales, es la doctrina del Pachakama y Pachamama: la dualidad (chacha warmi), las leyes y normas, la práctica colectivista de hermandad y solidaridad humana".
- Ñusta. "Doncella de gran formación intelectual, saben de medicina y astrología, consientes (sic) de la gran responsabilidad ante su cultura. Vírgenes ellas, son la tierra que todavía no fue fecundada".

- Taika. “Con el sentimiento de maternidad personal que concibió y la alegría de un nuevo ser, que está bajo su cuidado será receptor de un legado de amor y respeto dentro de una cultura milenaria”
- Llokalla. “Fuerza que emana de la juventud, un camino que recorrer atesorando las tradiciones, enseñanzas y sabiduría de los amautas y yatiris, en su inquebrantable fortaleza”.
- Kollasuyo. “Fortalece y hace respetar el pensamiento filosófico de los ayllus, defiende territorios y resguarda sitios sagrados como illas, wak’as y uywiris”.
- Pachamama. “Es la madre tierra que brinda el espacio, favores y generosidad para nuestra existencia, es de ahí la importancia que tiene para el desarrollo de las sociedades. La gratitud y cuidados que le debemos es infinita”
- Jamp’Atu. “Es la Prosperidad de la tierra, la fertilidad de la comunidad para la procreación, es el símbolo de la suerte y el buen augurio de las comunidades”.
- Mallku. “Es una deidad aymara que representa la cumbre, no sólo geográfica, sino también jerárquica, la cual encuentra su representación en el cóndor, animal majestuoso; por ello también se denomina Mallku a un tipo de autoridad política”.
- Chakana. “Puente o escalera que permite al hombre andino mantener latente su unión al cosmos, es la denominación de la constelación de la Cruz del Sur, y constituye la síntesis de la cosmovisión andina”.
- Amauta: “Es el encargado de conservar la sabiduría ancestral y de impartir la educación a las jóvenes mentes, de gran sabiduría y por su prestigio social forman parte de los altos Consejos en la cultura aymara”.
- Awicha: “Persona de gran experiencia y sapiencia en la vida “Abuela” gran madre protectora conocedora del mundo material y espiritual, consiente (sic) de las diferentes realidades”.
- Niño Cóndor: “Linaje de quién conducirá la tierra por practicar los principios de la cosmovisión andina, son nuestros hijos y nietos, fuerza y sabiduría combinados para un futuro equilibrio”.
- Wiracocha: “Anciano hombre de los cielos o Señor maestro del Universo, emergió en el tiempo de la oscuridad. Y sembró el sol, la luna y las estrellas”.

IRSO CONDOR

No queda duda que la densidad cultural retratando la cosmovisión andina que buscó Mamami-Mamani en su obra va en sentido contrario, por un lado, de la propuesta arquitectónica que responde más bien a los grandes condominios para clase media que se construyeron en muchas ciudades del mundo entero homogeneizando formas de vida, y por otro lado, de la lógica de apropiación de los ciudadanos que usan los espacios reinventando y redefiniendo su practicidad de acuerdo a sus necesidades de la vida cotidiana.

En el momento de mi visita, en julio del 2016, sólo dos edificios estaban habitados y todavía faltaban algunos acabados. El proceso de apropiación del espacio por parte de sus pobladores había comenzado tímidamente: en una de las ventanas del sexto piso del mural Taika, se colocó un colgador verde de ropa interior para que seque al sol, complementando la obra de Mamani-Mamani con un fino detalle. En una de las entradas se pegaron anuncios caseros impresos en papel bond tamaño carta con los siguientes mensajes: “Mantenga la puerta cerrada”, “para abrir girar la llave de la siguiente manera”, “sonría está ciendo (sic) filmado”.

Me pregunto cuál será el destino del lugar. Qué sucederá cuando -en un cálculo rápido y conservador- cada departamento sea ocupado por cuatro personas formando una población de más de 1300 vecinos. Cómo se administrará el uso de los espacios infantiles y los parrilleros, cómo se pondrán de acuerdo los habitantes cuando empiecen a fallar los ascensores, quién pagará el mantenimiento altamente exigente de murales que, en unos pocos años con el sol quemante alteño, empiecen a decolorarse. En suma, cuándo ese enclave aterrizará en su entorno.

Precisamente la maravilla colorida contrasta con todo lo que lo rodea. En la puerta hay una tiendita típicamente de barrio donde se puede encontrar desde pan, refrescos o helados, hasta tarjetas de recargas para celulares. Las calles son de tierra y cada que pasa un auto, micro o camión, levanta polvo hasta los últimos pisos nublando la agradable vista. La basura y los perros rodean el manzano, las paredes que cubren los lotes –muchos vacíos- son de ladrillo y adobe, pero infaltablemente tienen publicidad política: “Evo Sí”, “Gracias Evo”, “Más estabilidad con Evo”. Más tímidamente, un pequeño afiche pasa desapercibido con el slogan del municipio dirigido por la alcaldesa Soledad Chapetón, contrincante electoral del MAS: “El Alto con vuelo propio”. Claro, la inauguración de la obra todavía incompleta fue en el

2016 en el marco del Referéndum Constitucional que frenó la intención del presidente de estar un período más en la conducción de la nación. Era un momento en el que había que entregar obras sin importa su estado de terminación.

También me pregunto cómo se fomentará una cultura habitacional de propiedades horizontales y qué impacto tendrá en El Alto, urbe caracterizada por el tránsito de la vida rural rápidamente devenida en aglomeración urbana, y cuya expresión se ve con mayor claridad en lo que se llamó "arquitectura andina", con características propias en términos de uso del espacio, el comercio, la fiesta y el prestigio. Dicho de otro modo, habrá que ver en qué se convierte la isla clasemediera construida desde una iniciativa estatal en un lugar fuertemente marcado por sus propias dinámicas culturales.

Acabando mi visita, decido almorzar en el "patio de comidas" del centro comercial inaugurado unos años atrás de en El Alto que contiene cines, tiendas y un supermercado. Ahí el estilo de consumo se acerca a lo ampliamente conocido en lugares similares: estacionamiento, ascensores, carritos de compras, cajeros

automáticos, etc. Pero en esta ocasión todo está en un edificio de siete pisos, siguiendo el patrón de la “arquitectura andina emergente”.

SEGUNDA PARTE

SAN MIGUEL

CAPITULO 4

SAN MIGUEL

De residencia a comercio.

Mi abuela era implacable con la manera de servirse el café: tenía que ser muy tinto y que el agua viniera de la caldera hirviente a la taza. No aceptaba concesión alguna. Lo tomaba en el desayuno, en el almuerzo -después del último plato, con queso y pan-, y en la noche "para dormir bien". Yo miré siempre con asombro y atracción el procedimiento cafetero. Teníamos en un estante de la cocina una especie de caldera pequeñita de aluminio de dos cuerpos -cada uno con su asa propia-, el de arriba, un cilindro con diminutos hoyos en la base, servía de colador. Se depositaba el café, negro, inevitablemente de la tradicional marca Royal o Copacabana, y se lo apretaba con una pequeña palita que entraba cabal por el cilindro -lo que a mí me evocaba la pipa de mi padre, sus atractivos instrumentos y su cuidadoso preparado-. Sólo entonces se vertía el agua caliente y se esperaba "que pase" la tintura en el recipiente receptor. Una vez frío, se lo vaciaba en un envase de vidrio de 250 mililitros que era una pequeña botella reutilizada que originalmente trajo cátchup. La botella, tapada con un corcho en desuso, estaba semanas en la alacena y se servía un chorro de no más de dos centímetros en la tasa de mi abuela previamente a verter, como lo decía, el agua hirviendo.

El café en La Paz era de consumo expandido y sólo había una forma de tomarlo. Además del uso doméstico, hubo restoranes en los que se lo vendía que se convirtieron en tradicionales espacios de intercambio, no por el producto en sí, sino por lo que provocaba alrededor, incluso se acuñó la idea de Café-complot (Tellería, 2008). Así, el Café del Club de La Paz, en la Av. Camacho, fue el lugar por excelencia de reunión de políticos que planearon y discutieron el país tomando decisiones y planes de acción. Proyectos, partidos, movimientos, alianzas, traiciones, etc. se tejieron con tazas al frente. Hubo otros lugares también emblemáticos -el Berlín en la Plaza Murillo-. Si esos cafés hablaran, conoceríamos la historia oculta del país.

En los ochenta el Café Brulot introdujo otro tipo de consumo. Era un lugar elegante, cuidado en la presentación, en la forma, en el olor y en la estética, ubicado en el segundo piso de una casona de la Plaza del Estudiante. En un ambiente privado y agradable, los paceños conocieron el expreso, el cortado, la espuma de leche y las otras innovaciones que traía la tecnología. Ahora tomarse un café no era sólo para hablar de política, sino también para enamorar, charlar o pasar el rato.

Cuando llegué de Brasil, en 1993, la revolución del café en la ciudad también se sintió en casa. Llevé una típica "cafetera italiana", incomprensible e inconcebible para mi abuela. Busqué el grano adecuado y no encontré más que el que se vendía para la forma más tradicional del preparado. Pero no servía, era tostado con azúcar -por eso el color negro y no achocolatado, que es el natural-, y cuando quise prepararme un expreso me salió una esencia imposible de ser consumida directamente.

En San Miguel, el cambio fue sintiéndose paulatinamente a partir de los noventa. Uno de los primeros lugares que recuerdo fue la ahora desaparecida Terraza, en el bloque B 7 que luego se trasladó a la Avenida Montenegro N. 1246, que fuera el último lugar antes de que el Café Juan Valdez comprara el local. Su particularidad era por un lado, que se empezaba a generar otra cultura del famoso grano; sin ser confitería, ahora el recipiente de no más de setenta mililitros con un expreso sabía rico, no sabor a poco, y venía acompañado de un vasito con agua gaseosa. Su logo era una pequeña taza de café humeando con el slogan “deliciosos momentos”. Un detalle: las mesas eran de madera y vidrio debajo del cual habían granos decorativos, además de un platillo en el centro que los ofrecía bañados de chocolate para degustarlos gratuitamente. Pero por otro lado, la Terraza era prácticamente una vitrina, un lugar de exhibición donde la élite paceña se hacía ver para presumir cuerpos, vestidos y posiciones sociales. La arquitectura estaba diseñada en esa dirección, se trataba de una auténtica terraza donde la privacidad no imperaba, por el contrario quien pasara por ahí podía saber lo que ocurría dentro.

Paralelamente, en 1996 surgió el Alexander Coffee que con tres empleados y tres mesas se instaló también en una de las casas de la circunvalación de San Miguel. Fue una persona de origen norteamericano que primero se hizo conocido por sus deliciosas galletas -típicamente estadounidenses- vendidas informalmente en

oficinas y que luego dio el paso a abrir un local comercial. En la ciudad de montañas y nevados, el logo de la empresa fue un atardecer en una discreta loma que evocaba más bien las puestas del sol en el norte. Su éxito fue notable, con el lema "hay momentos para compartir, hay momentos para tomarse el mejor café, hay momentos para conversar", el negocio se expandió y en pocos años llegó a tener trece sucursales en La Paz, El Alto y Santa Cruz. Compró la casa N. 1 del bloque B (Av. Montenegro, N. 1336) de San Miguel y en ella construyó el sueño de lo que la clase alta quería en ese momento: distinción y visibilidad. En la esquina que daba a dos de las calles principales del barrio, levantó paredes íntegras de vidrio grueso, precedidas por un balcón cuya barandilla también era transparente. Nuevamente, desde la acera del frente se podía ver todo lo que acontecía al interior.

Tanto la Terraza como Alexander abrieron brecha y consolidaron en San Miguel -y en realidad en toda la ciudad- otra forma de consumo que inicialmente giraba alrededor del café. Con la llegada del nuevo siglo, la proliferación de locales fue gradual y sostenida. Aparecieron todas las variedades y sofisticaciones. Hoy hay más de quince locales de especializados –entre otros-: Espresso, que sólo vende el nuevo estilo de la empresa Nestle con el sello "Nespresso"; La Boutique del café, que presume una variedad que incluye a Colombia, Costa Rica, Perú y Bolivia y cuyo lema es "Todo puede suceder alrededor de una taza de café"; el Juan Valdez que reproduce el estilo colombiano e impone el formato americano de la compra sin mozos, más bien apoyado en el autoservicio; el Vainilla Coffee Company, que se posesiona como un lugar de elegancia y clase; el Cowork que combina salas de reunión de trabajo, escritorios con conexión a internet, computadoras e impresoras (curiosa contradicción: en su vitrina una mesa está apartada, tiene un saco viejo de varón, un gorro tradicional que usan los adultos mayores y una máquina de escribir antiquísima); el Typica que manteniendo la disposición de las casas originales de San Miguel, imprime un sello hípster a su servicio. Pero quizás quien más empeño le pone a construir una cultura del café es el Roaster Boutique que en sus instalaciones tiene la máquina de tostado que expande el olor hasta el último rincón. Se presenta como el lugar para descubrir "la sensación del café", pero además ofrece cursos de degustación y preparado.

La historia del café en el barrio es una muestra de la transformación del gusto, y la sofisticación y la búsqueda de nuevas sensaciones. Es un empeño por socializar otras maneras de percibir sabores, gustos, estéticas y, en suma, estilos de vida. En la mayoría de los casos, se trata de sacar provecho –simbólica y materialmente- de los productos –y productores- nacionales combinando con los sabores "nuevos"; así, constantemente se informa al cliente que el café viene de tal o cual comunidad rural, sugiriendo que el trato es económicamente justo y culturalmente respetuoso.

Lo que queda claro es que el consumo y oferta de café se inscriben en una revolución estética mayor que toca múltiples dimensiones, en un nuevo estilo de vida. Por ejemplo, en lo que la cocina se refiere, en el barrio se pueden encontrar varios restaurantes italianos, uno peruano, otro coreano, un alemán, alguno japonés, abundantes posibilidades de comida tradicional y confiterías, pizzas, hamburguesas, "tex-mex" y mucho más –sin contar que cada uno tiene posibilidades para vegetarianos-. Incluso el 2015 se inauguró un patio de comida vegana. En San Miguel se encarna una revolución del paladar y del patrón alimenticio (Véase Excurso Una nueva cultura gastronómica).

Con los chocolates sucede algo similar: existen tres comercios cuyos productos artesanales innovan en sabores y presentaciones. Las tiendas de ropa van desde la firma italiana Benetton, hasta réplicas de El Corte Inglés o modistas locales de "diseño y alta costura" con vitrinas sobrias, espaciosas y elegantes. En medio, bares, supermercados, tiendas de computación, librerías, galerías de arte, peluquerías, bancos, supuestas sucursales de la tienda sueca IKEA, centros de salud, etc.

En lo que inicialmente fue un barrio de casas habitacionales y un pequeño centro comercial que constaba de unas diez tiendas a las cuales los vecinos podían acudir para abastecerse, poco a poco fue creciendo hasta que el mercado se comió buena parte de los domicilios. Al lado de los primeros locales aparecieron otros, luego se construyó un galpón con decenas de posibilidades –llamado "Centro de Moda"-, llegaron los comerciantes informales y se instalaron en pequeñas tiendas de metal en la calle 21 y la Pancara, y finalmente todos asaltaron el barrio con una innumerable variedad de productos.

Como se observa en el cuadro 1[8], el crecimiento de la actividad comercial fue paulatino y sostenido, y se aceleró notoriamente a partir de los 90; en el área externa del anillo, ese año se reportaba que 42% de los predios tenían actividad comercial (OMPD-DOT, 2011: 9). De acuerdo a una proyección del Gobierno Municipal realizada en el 2011, "los porcentajes todavía muestran que la ocupación de la vivienda es preponderante, sin embargo el crecimiento comercial en la última década del 33% con presencia de actividad económica, en relación al 3% del total de predios con alguna actividad económica en la década del 90, nos muestran que es evidente la tendencia de generalizar la presencia de actividad económica en más del 60% de los predios en los próximos 10 años" (OMPD-DOT, 2011: 45). San Miguel se está convirtiendo en un centro comercial con algunos habitantes, no al revés.

Por supuesto que este proceso fue de la mano tanto de la inercia del mercado, como del impulso de las autoridades. En los inicios, en 1955, el reglamento municipal de Usos de Suelo y Patrones de Asentamiento (UPSA) no permitía la actividad comercial ni la construcción de segundos pisos. De hecho, quienes insistían en edificar una planta superior, tenían que cavar y construir habitaciones incrustadas en la tierra para que la cima del techo no rebasara la altura establecida. A partir del UPSA 1993 se introducen nuevos patrones de asentamiento habitacional "que abren la posibilidad de implementar edificaciones en altura en las vías primarias, en vías paralelas y de conexión". El UPSA 2007 incorpora la posibilidad de ocupar superficies de construcción con fines comerciales, y con el UPSA 2009-2010 se permiten construcciones de altura llegando hasta 8 plantas (con locales comerciales en la planta baja) de acuerdo al tamaño del terreno. La sinergia entre la iniciativa municipal de convertir el barrio en un polo de dinamismo comercial y la lógica mercado que aprovecha cualquier oportunidad para su expansión, convirtieron el pasivo y barrio de los setenta en la vorágine de coches, personas y compras que es hoy, convertido en uno de los ejes de actividad comercial de la zona Sur (OMPD-DOT, 2011: 41-42 Cuadros 2 y 3 actividad comercial y uso de suelo)

[8] Todos los cuadros e imágenes para este capítulo fueron tomados del documento Plan especial San Miguel (OMPD-DOT: 2011).

Entre la amplia oferta de consumo, quiero detenerme en algunas imágenes que capturan mi atención y que muestran de múltiples maneras las transformaciones. Acorde con los "tiempos de cambio", en los últimos años han aparecido negocios que venden ropa de alta calidad pero que retoman evocaciones, imágenes y materiales provenientes del mundo indígena. Así, una casa tiene un letrero que dice "La Cordillera" y vende "cosas de los andes"; la "Moda en Alpaca" se ofrece en "Andean Mystique s.r.l"; Q'apha Ampara vende prendas de vestir. Pero quizás quien mejor encarna esa idea es la Casa de la Llama, cuyos productos, que bien pueden ser de cuero –carteras, billeteras, cinturones, etc.- o de lana –chales, chompas, mantas, chalinas, abrigos-, son del camélido altiplánico. En su interior, la decoración es sobria con algunos estantes de madera con base de fierro donde se luce la calidad de lo que venden. En la vitrina sólo hay una antigua máquina de coser con pedal, con un florero con lirios naranja. De sus paredes cuelgan fotos de Robert Gerstmann -ampliadas a más de un metro- con imágenes de llamas e indígenas; además, entre otras, está la memorable toma de Inge Morath donde una llama saca el largo cuello por la ventana de un auto en Nueva York en 1957.

La llama también sirve para otros juegos mercantiles. En otra calle, un pequeño establecimiento de regalos variados -"Artiman memories, Almacén de ideas"- vende pequeñas llamitas artesanalmente elaboradas, casi turísticas, envueltas en aguayos o con lluchus. Una de ellas, la que se exhibe en la estantería principal, está sentada en un triciclo de madera colgando una bandera de la competencia del Dakar que se lleva a cabo en enero en Bolivia desde el 2014. La bandera nacional es el telón de fondo, y los anuncios hechos a mano y pegados en el vidrio que da a la calle dicen: "Fuerza Bolivia", "Rumbo al Salar", "Te queremos Waltico, te queremos" –en referencia al corredor paceño Walter Nosiglia, que en enero del 2015 quedó en tercer lugar en aquella carrera-. Una forma más ligera, coyuntural y popular de utilizar los símbolos culturales y patrios.

Como contrapunto, están las empresas que venden imágenes, objetos o lugares que nada tienen que ver con la ciudad de La Paz, sus usos, sus costumbres, su gente y su clima. Y no me refiero a las propagandas de Benetton con modelos tomados de catálogo internacional –rubios, altos, blancos-, sino a cadenas locales como "She's",

que muestra tres maniquíes altas, guapas, con ropa muy ligera, y en posición de sensualidad tropical. Dos años después, la misma vitrina pertenecía a Ricky Sarkany, y se podía ver en ella una foto grande con una mujer rubia echada en el suelo vestida con una minifalda generosa, las piernas hacia arriba colgadas de un columpio, el pelo suelto y la mirada hacia la cámara. Tampoco falta la constructora Playa Turquesa que utiliza una enorme foto de alguna playa caribeña –en todo el frente de una casa- para promover una urbanización que presume tener su laguna artificial, en la calurosa ciudad de Santa Cruz. Pero quizás lo más paradójico lo encontramos en Solmanía, tienda que vende bikinis, artículos para jugar con agua, bucear, vestidos transparentes y ligeros para playa, además de bronceado, depilación y pintado corporal. Todo en una urbe donde el clima sólo permite ocasionalmente ir a una piscina –mejor si es techada- y que está a siete horas por tierra de la playa más cercana en Arica (Chile).

Las publicidades en gigantografías en San Miguel son metáforas contrastantes que muestran tanto las necesidades de distinción de una élite que añora lugares y consumos alejados de su realidad, como la reapropiación de los símbolos ahora culturalmente legítimos que son utilizados más bien como una manera de consolidar la diferencia sin perder pertinencia política.

Pero eso no es lo único que ha cambiado en el barrio, la inseguridad es tema aparte. Si bien los robos en las casas eran recurrentes desde los inicios de la urbanización, en la década del noventa empezaron a intensificarse. En términos globales, la seguridad ciudadana se convirtió en un problema público desde el nuevo siglo. En la ciudad, 22% de la población decía, en el 2011, que había sufrido algún tipo de agresión; el más importante tipo de delito fue el robo, que creció de 74% a 85% entre el 2008 y el 2011. Particularmente, la zona Sur fue la que presentó los índices más elevados; casi el 90% reportaba haber sido asaltado. Casi la mitad de la población paceña consideraba insegura la zona donde habitaba. En la zona Sur, en el 2011 20% de ciudadanos utilizaban servicios privados de seguridad, siendo de lejos el porcentaje más elevado de toda la ciudad (GAMLP, 2013ª: 92-97).

En San Miguel el *modus operanti* de los robos era altamente conocido: un auto blanco se paraba al lado de un coche y en cosa de quince minutos le quitaban el

cerebro electrónico que luego vendían en el mercado negro –a menudo a su propio dueño-. En el mismo enigmático auto blanco asaltaban a transeúntes, normalmente señoras de más de cincuenta años: el coche se detenía a unos metros de la víctima, bajaba un hombre que le quitaba con fuerza la bolsa –aunque no con violencia desbordada y sin uso de armas blancas- y corría al automóvil que lo estaba esperando para partir. Los robos en domicilios también fueron parte del día a día. La reacción de los vecinos fue en múltiples direcciones. Las personas mayores dejaron de salir a la calle con billeteras, documentos y dinero, sólo cargaban lo indispensable. Quienes tenían recursos construyeron altos muros, privando de vista indiscreta a los de afuera y sintiéndose protegidos los de adentro. Se fracturó la fluidez entre el mundo de la calle y el de la casa. Antes la relación interior-exterior era dinámica, la barrera poco importante, pero poco a poco, a través del incremento de la inseguridad, de la valorización del suelo, de la introducción del comercio, se rompió el vínculo y se construyeron murallas que dividieran ambos mundos material y simbólicamente. Aparecieron empresas como Detekta -que se presenta como "líderes en soluciones de seguridad"- fundada en el 2002 y que tiene un éxito mayor -incluso logra tres sedes, en San Miguel, en Santa Cruz y en Lima-. Detekta es un indicador de la transformación de la seguridad. El principio rector es reforzar el sentimiento de protección a través de la vigilancia permanente (24 horas al día, 356 días al año, es decir, siempre), "contra la intromisión indeseable de personas extrañas" y con "lo último en tecnología". No deja de ser interesante la manera de entender la protección y las "personas extrañas". El pequeño puesto policial que atendía en el Centro Comercial fue completamente rebasado, la Junta Directiva de Vecinos en el 2014 tuvo entre sus objetivos la instalación de cámaras de seguridad en las principales calles.

Lo que no cabe duda es que ya no existe aquel barrio que se ideó a mediados de los sesenta para una clase media –y baja- que pueda endeudarse y pagar por veinte años seguidos una cuota para tener un hogar propio. En ese tiempo, una casa podía costar entre cinco y diez mil dólares y estaba dirigida a un sector profesional administrativo de ingreso fijo y sostenido.

En efecto, si a principios de siglo se empezó a proyectar una nueva parte de la ciudad en Calacoto (como se vio en el capítulo precedente), fue en 1955 cuando se construyó el Puente de Calacoto que habilitaría el tránsito hacia la zona. Es en 1964 cuando se estructura el trazo vial de San Miguel en lo que era el antiguo hipódromo, se trata del primer plan de vivienda social en el sur. Los socios del Jockey Club S.A., como propietarios iniciales, transfirieron a la empresa Hogares Bolivianos S.A., la superficie de 217.225.38 m2 de una superficie total de 302.217 m2, y a la vez se transfirió 77.105.50m2 al Gobierno Municipal de La Paz para áreas de equipamiento y vías (OMPD-DOT, 2011: 8) (Imagen 1 Foto aérea San Miguel 1953, Imagen 2 Planos originales, Imagen 3 San Miguel en 1969). Los lotes de las llamadas "viviendas de interés social" podían tener 200 o 300 m2 y de 75 a 85 m2 de construcción en un solo piso; eran de tres cuartos, un baño, un pequeño jardín y estacionamiento. En parte del bloque O y el bloque P, las casas eran mucho más grandes y de dos pisos, lo que permitió con los años otra dinámica económica y comercial. Contando solamente las casas repartidas en los 17 bloques, había más de 400; pero si se toma en cuenta los manzanos aledaños, el número sube a 500 edificaciones.

Los materiales de construcción fueron de muy baja calidad, por lo que a menudo los propietarios tuvieron que lidiar con inundaciones, rupturas de cañerías, derrumbe de muros, rajaduras en las paredes o cortos circuitos por la deficiente instalación eléctrica, etc.

El diseño general del barrio era equilibrado y atinado. La vialidad estaba garantizada por calles amplias y aceras espaciosas en la circunvalación y las principales vías interiores. Había muchas áreas verdes pertenecientes a la urbanización –incluso un bosquecillo de eucaliptos con una pequeña laguna-, pero además, al no estar entubado el río, los habitantes utilizaban el playón y la montaña como parte de su espacio de recreación; ahí los niños jugaban y las familias salían a pasear. Para la educación, se asignó un predio amplio inicialmente al Colegio Franco Boliviano; curioso, pues en los setenta esta escuela era la más barata de la zona, por lo que una buena parte de la clase media instalada en San Miguel inscribió ahí a sus hijos. Con los años, a finales de esa década esta opción educativa fue convirtiéndose en una de las opciones más caras de la ciudad, se trasladó a nuevas y elegantes instalaciones en

Achumani, construcción diseñada por el reconocido arquitecto Gustavo Medeiros. Muchos de los habitantes de San Miguel fueron dejando paulatinamente la escuela para insertarse a otros institutos más económicos. Para el ejercicio se contaba con un amplio espacio con tres canchas de futsal y grandes graderías. El pequeño centro comercial tenía pocos locales y se ubicaba muy cerca había un módulo policial, al lado de las oficinas de la Asociación de Vecinos.

Mención aparte merece la Parroquia de San Miguel, que fue administrada por sacerdotes de la Congregación de la Resurrección desde 1959 en colaboración con las Madres de Nuestra Señora. Dicha orden religiosa perteneciente a la Iglesia Católica -fundada por Bogdan Janski, de origen polaco, en París en la cuarta década del siglo XIX-, nutrió de sacerdotes e imprimió su sello al proyecto parroquial; de hecho continuó con la atención de la iglesia hasta nuestros días. En aquellos años la zona era preponderantemente rural. Los servicios parroquiales se concentraron en cuatro rubros: atención religiosa y sacramental, lo educativo, la salud y lo económico. Se impulsó una Cooperativa de Ahorro San Miguel y logró contar con cientos de ahorristas; en el predio donde funcionaba la casa parroquial (calle 22) se organizó un Centro Sanitario para personas de escasos recursos, que cuando la Congregación tuvo otra sede, el Centro devino en la Clínica San Miguel con capacidad de atención profesional a pacientes de distintos padecimientos.

La preocupación educativa estuvo en el corazón de los Resurreccionistas. Por un lado, colaboraron con colegios privados de la zona, pero por otro lado, la iniciativa más importante fue construcción de la Unidad Educativa Julio C. Patiño para estudios primarios, inaugurada en 1964. En el transcurso de la década del 60 la relación con las autoridades fue muy estrecha. El presidente Víctor Paz estuvo presente en distintos momentos, así como el Ministro de Educación, de hecho se firmó un convenio en el cual se "donaba" la escuela a la orden para su administración y la dirección estuvo a cargo de una religiosa por más de una década. Lo curioso fue que cuando se tuvo que fundar el ciclo de educación secundaria en 1968 – inicialmente dirigido por un sacerdote de la congregación-, el nombre del establecimiento debía que ser Colegio San Miguel, pero por la presencia del entonces presidente René Barrientos Ortuño y por la propuesta y presión de vecinos y

dirigentes en el momento inaugural, la escuela quedó con el nombre de Barrientos (VV.AA, 2009: 36-37) Con los años, el colegio pasó a ser público y se convirtió en una de las entidades educativas más requeridas y dinámicas de la zona sur atendiendo preponderantemente a los sectores rurales y urbano-populares.

La otra iniciativa fundamental fue la construcción de un templo con capacidad para 800 personas, cuya "primera piedra" se la puso en 1960, acto en el cual participaron las esposas de Víctor Paz y Hernán Siles Zuazo, el alcalde de la ciudad y el prefecto del departamento; años más tarde, a la inauguración del templo asistió el propio Presidente Víctor Paz. La tarea fue asignada al Ingeniero Mario Galindo, con diseño del Arquitecto Hugo López. El diseño fue especialmente novedoso utilizando pioneras técnicas de construcción.

Desde 1959 a la fecha la Iglesia de San Miguel ha sido la empresa religiosa más importante de la zona y se ha convertido en un ícono de la ciudad. Entre 1959 y 2009 en el templo se bautizaron 19.291 personas, se llevaron a cabo 5.150 matrimonios, 2.963 eventos de primera comunión y 6.208 confirmaciones (VV.AA., 2009: 95). Aunque los primeros nombres que aparecen en los registros iniciales son de origen popular (Chuquimia, Quispe, Condori, Ticona), hoy el templo más bien congrega a la clase media y alta.

En suma, San Miguel nació como un barrio con cuidadoso diseño que cubría vivienda, recreación, salud, seguridad, comercio y hasta vida religiosa, diseño que, claramente, se fue desdibujando con el paso de los años.

La presencia del Estado en San Miguel tuvo varios altibajos. Inicialmente la manera ubicar los domicilios sucedía a través de bloques designados con letras (del bloque A al Q) y números de las casas que conformaban el manzano. Luego llegaron los nombres de las calles, una fue José María Zalles, otra Gabriel René Moreno, o Jaime Mendoza, todos nombres de celebridades nacionales, y se asignó un número en ascenso para toda la calle. Así, para no marear a carteros o visitantes, los habitantes usaron los dos códigos a la vez: "Bloque M n. 9, calle Jaime Mendoza N. 928", "Bloque E-30, calle Claudio Aliaga 1183", etc. La forma oficial de clasificación era la de nombres, por lo que la autoridad municipal puso en cada casa una pequeñísima

placa cuadrada de metal que decía el número muy grande, y el nombre de la calle en letras pequeñas. Pero todo vecino se dio modos para continuar con la identificación a través de los bloques. De niños, todos tenían que aprenderse las dos direcciones que se referían a un solo domicilio. Formalmente se generaban problemas cuando había que designar administrativamente alguna vivienda, hasta que por disposición oficial venció la nomenclatura de los hombres célebres -por cierto, ni una mujer-.

La falta de atención hacia el barrio hizo que a principios de los ochenta los vecinos tomaran la iniciativa de poner losetas en las calles, para lo cual se pidió una fuerte cuota extraordinaria que no todos estuvieron en posibilidades de cubrirla. El trabajo demoró meses, entre que unos pagaban y otros no y que las obras continuaban su rumbo. Finalmente, no quedó ni una calle con la piedra de antaño. En similar dirección, el Club de Leones de La Paz tuvo la iniciativa de pegar anuncios en láminas de metal en las esquinas donde se informaba qué bloque era y cuántas casas habían en la cuadra.

Luego de que San Miguel se convirtiera en el segundo centro de la ciudad, el 2012 llegó la autoridad municipal anunciando que "desde hoy, cambian el sentido de cuatro calles" (*Página Siete,* 7/10/2012). A partir de ese día las indicaciones viales se transformaron radicalmente. Los viejos postes de madera ya podrida y desgastada por los años que sostenían oxidadas numeraciones de las calles y los bloques, compartieron el espacio con nuevas y sencillas flechas amarillas que indicaban la dirección autorizada para los automóviles. El piso de losetas fue pintado de amarillo para establecer los lugares permitidos para estacionamiento y con flechas blancas para subrayar la dirección. Se colocaron letreros de no girar a la izquierda, seguir hacia la derecha, permitido en línea recta. Todos los habitantes tuvieron que construir nuevas rutas para desplazarse sin cometer una infracción.

Se trataba de la primera intervención en serio del municipio en la regulación del tráfico que, ciertamente, se había convertido en un problema mayor para habitantes y visitantes. Pero claro, la salida fue organizar la circulación y dar mayor comodidad a los vehículos. Se implementó un parqueo de 45 grados, lo que permitía recibir ya no sólo 265 sino 700 coches, el automóvil volvía a ganar terreno en un lugar que en algún momento fue el paraíso de bicicletas, niños y peatones. En cierto sentido era

una derrota más del espacio a escala humana, y una victoria del proyecto urbano modernizador concentrado en facilitar la movilización gracias al automóvil.

Las plazas son espacios públicos donde se plasman las disputas de distintos agentes sociales por nombrar y dejar su sello. Es en esa dirección que hay que leer las tres plazas del barrio que, dicho de paso, ninguna está en el centro ni son un eje articulador de la vida colectiva. Desde la década del setenta, el primer parque se ubicaba entre el Centro Comercial, la caseta de policías, las oficinas de la Junta de Vecinos y la circunvalación. Se trataba de un pequeño lugar que contaba con columpios, resbalín, "sube y baja". Todo de fierro, piso de tierra y tres árboles grandes. Años más tarde, se trasladaron los juegos unos metros tomando parte de lo que era un parqueo, y en el centro se puso una escultura, que estuvo ahí hasta que el 2012 el cuerpo de baile de los caporales de Empresa Nacional de Ferrocarriles (ENAF) -que todos los domingos ensayan en las canchas del barrio- y la Junta de Vecinos la quitaron y pusieron en su lugar una imagen grande de la Virgen de la Candelaria, de quien los primeros se dicen ser devotos.

La segunda plaza está pegada a la calle 18 que fue originalmente el principal acceso a la urbanización. Era un bosquecillo natural en el cual se construyeron tiendas que, con el crecimiento comercial general, terminaron en el centro del intercambio mercantil; ahora hay empresas muy dinámicas y concurridas, como el restaurante de comida alemana *Reineke Fuchs*. Siendo la plaza uno de los lugares más importantes, fue tomado por la orden religiosa Opus Dei -de gran influencia en la zona- que logró poner en el centro la figura de su fundador Josemaría Escrivá de Balaguer -única en la ciudad- y darle su nombre. El monumento tiene una combinación de mensajes religiosos e imágenes sociales propias del país. En el frente está el rostro de Balaguer, arriba su nombre y abajo los años 1902-2002, es decir que se conmemora la fecha de su nacimiento a principios de siglo. En los pies, una cita suya flanqueada por dos imágenes, una de un ángel con un burro y la otra sólo el animal. En la parte trasera superior, se encuentra una cruz y escrito en latín. En los pies otro pasaje del propio Escrivá, y a ambos lados, imágenes de distintos sectores sociales vestidos con atuendos locales, o con instrumentos de trabajo: un profesional de terno y corbata, una cholita con pollera y su bebé colgado en la espalda, dos niños

indígenas con lluchu y abarcas, un minero con casco y picota, un trabajador rural del oriente. Todos en posición contemplativa dirigiendo la mirada al religioso español.

A unos metros siguiendo por la circunvalación, hay un carrusel, columpios y juegos para niños, además de servicios higiénicos públicos con una pequeña tienda de dulces. El uso es notoriamente más popular, de hecho los juegos separan la segunda con la tercera plaza, que es un paseo con asientos y un mirador que se lo conoce como Carrusel.

Las tres plazas muestran una discreta disputa entre los símbolos religiosos de la elite (con Escrivá de Balaguer), la clase media joven que encuentra en los caporales su visibilidad y presencia (materializada en la Virgen de la Candelaria, la cual es en realidad poco venerada por ese ámbito juvenil), y los sectores populares que sin un ícono de referencia utilizan el espacio de los juegos infantiles para su recreación.

En los años setenta, la entrada a San Miguel por la calle 18 había un cartel con el mapa del barrio señalando cada bloque. Por supuesto que a estas alturas el mapa ya no existe, y lo único que evoca algo del pasado es otro cartel, también con un mapa, que lo promueve la perfumería Zonia donde todavía se aprecian los lotes originales con su respectiva numeración.

La arquitectura, que como se ha dicho muchas veces, es el registro de la memoria urbana y muestra las facetas de este proceso de cambio. En San Miguel existen todavía unas cien casas que han resistido a capa y espada, quedando casi como hace cuarenta años o con modificaciones menores. Se trata de familias que no tuvieron mayores recursos para hacer arreglos, sólo pudieron mantener el patrimonio evitando el deterioro natural. Incluso en algunas de ellas se pueden mirar desde la calle hasta el living sin impedimentos. Otros vecinos construyeron un segundo piso, muros altos y espacios más confortables. Ellos –que representan un poco más de 25%- fueron quienes, sin dejar el barrio, invirtieron su capital en el mejoramiento de su casa; hasta la fecha ahí viven, ya los hijos crecieron, los padres son de la tercera edad y no quieren abandonar su hogar que, luego de tantas décadas, está lleno de recuerdos. También están quienes en los bajos de la casa, matando los jardines, hicieron amplias tiendas cuyas rentas permiten mayor holgura económica. Así el

terreno no es sólo para vivir, sino además una fuente de ingreso. Algunos domicilios –más de noventa- fueron vendidos y convertidos íntegramente en tiendas de lo más variadas, desde venta de autos hasta restaurantes. Pero sin duda el cambio más impactante es la construcción de más de ochenta edificios. Los hay de distintos estilos, unos de cuatro pisos otros de siete; algunos con grandes tiendas abajo, otros con estacionamientos; unos con vidrio reflejantes, otros con vidrios *ray-ban*; unos de departamentos, otros de oficinas.

Caminando por una de las calles internas del barrio con un amigo que vive años ahí, llegamos a una esquina que concentra las distintas opciones, y empieza su explicación:

> "En la casa amarilla de dos pisos, vive una señora con toda su familia que tuvo un ingreso fruto de su salario y pudo construir un segundo piso. Al frente había una mujer de clase media que levantó dos pisos y tiendas con un crédito bancario, pero el peso fue muy grande y tuvo que vender. Se la compró un joven de origen popular comerciante de telas de la Uyustus que, además, adquirió la siguiente propiedad que está intacta, tal cual hace décadas. Pagó todo en efectivo y alquiló todo lo que pudo salvo el segundo domicilio, donde vive con su esposa y niños. Al lado hay una casa que no fue modificada y pertenece a un tradicional vecino que durante años participó en la Junta de la Urbanización. Ya no radica aquí, sólo sus hijos, a quienes visita regularmente; ellos pusieron una pequeñísima tienda de barrio, de esas que ya sólo hay tres en toda la urbanización, donde se encuentra desde helados hasta chicles. Años después, cuando la economía nacional era más favorable en los tiempos de Evo, la misma persona que hizo su casa de dos pisos y que la tuvo que vender, invirtió su dinero en un edificio de cinco pisos, con ascensor y vidrios elegantes, acomodó todos los departamentos y logró un buen negocio. El último es un nuevo avecinado originalmente de San Pedro que se casó con una chica del barrio, juntos compraron el inmueble a la madre en un precio muy conveniente, construyeron dos tiendas y actualmente lo habitan con sus dos hijos".

Hoy en el barrio conviven distintos tipos de vecinos y la vida es completamente diferente. El perfil de este nuevo habitante es otro, más bien joven, oficinista, profesional. San Miguel es el barrio que quizás con mayor contundencia muestra las lógicas -ambiguas, contradictorias- del proceso de cambio y la movilidad social. Es el corazón de la zona sur, donde se concentran el mayor número de cafés y restaurantes refinados y caros, donde se ha transformado el patrón social de comportamiento convirtiéndose en el lugar por excelencia de las nuevas clases altas y medias. Aunque hay una convivencia de varios tipos de habitantes, uno de los nuevos modelos emergentes y que empieza a ganar preponderancia es la familia joven, profesional, con pocos hijos, buen ingreso, con natural manejo de códigos y dispositivos informáticos, más cosmopolita y de consumo refinado y diverso. Pero a la vez, habida cuenta del ambiente sociopolítico, se trata de un sector que perfectamente puede ser de origen popular, rasgos étnicos indígenas, o trayectoria de ascenso social reciente.

En términos económicos, el boom de la construcción ha significado un brutal aumento en el precio del metro cuadrado. Si en los años setenta se pagaba alrededor de diez mil dólares por el terreno y la construcción. Hoy una pequeña casa puede costar 470 mil dólares básicamente por el valor del metro cuadrado que sería utilizado para la construcción de un edificio de departamentos u oficinas. Un departamento de 150 metros cuadrados puede costar alrededor de 145 mil dólares. San Miguel se ha convertido en una de las zonas más caras de la ciudad (Rivera, 2013: 25-32). La nueva realidad inmobiliaria ha creado una recomposición social del habitante, que es lo que se verá en detalle en los próximos capítulos.

Y entre tantas novedades en el paisaje urbano, todavía se encuentran paredes grafiteadas o un cartel impreso en hoja papel bond colado en un poste que dice: "Gatito extraviado. Este gatito salió de su casa en San Miguel el pasado lunes 2 de noviembre por la tarde y aún no regresa. Su familia está muy triste. Si conoce su paradero por favor llamar al 772191577. Gracias"

Estas distintas imágenes muestran cómo San Miguel ha sido un barrio marcado por la poca atención oficial, alto dinamismo de los habitantes -donde conviven diferentes posiciones ideológicas, culturales y ahora socioeconómicas- y una preponderancia

del mercado como actor central de la reconfiguración urbana. En los últimos años, luego de las tendencias estructurales en la economía y en la sociedad desde el ascenso de Evo Morales a la presidencia en el 2006, el dinamismo ha adquirido nuevas formas y tensiones, y se ha convertido en un polo donde se observan con claridad las diferentes dimensiones de complejo proceso.

EXCURSO 5

Una nueva cultura gastronómica: *Revista culinaria*

En la última década se ha vivido una profunda transformación en la cultura culinaria que ha quedado ampliamente retratada en diferentes capítulos de este libro. Si volcamos la mirada en dirección complementaria, nos encontramos con la revista Culinaria. Recetas y secretos, creada en agosto del 2014. Se trata de una elegante publicación semestral, *full color* y papel *couche*, de distribución gratuita. La edita un equipo de jóvenes profesionales de distintos rubros, desde chefs hasta fotógrafos y escritores. Su dirección: José María Zalles, 851, San Miguel.

Los auspicios a la revista son de lo más variados, lo que muestra el capital social de sus miembros. Van desde productos Textilón (ropa interior para toda la familia) o un Centro integral de reproducción y especialidades Médicas "Embriovit", hasta la Agencia Nacional de Hidrocarburos, instancia dependiente del Ministerio de Hidrocarburos y Energía que, con una foto del Presidente Evo Morales Ayma, recuerdan su slogan: "Revolución tecnológica para Vivir Bien". Por supuesto que en los interiores uno se encuentra con anuncios de restaurantes, cafés y tiendas de alimentos.

En la sección "quienes somos" de su página web –por cierto su plataforma de difusión en redes es muy dinámica, manteniendo cuentas en Facebook, Twitter, Instagram, Pintrest, Google, etc.-, la revista afirma que tiene "el objetivo de constituirse en la voz de la cultura gastronómica de Bolivia". Pretende llegar a "un público amplio en mente", para lo cual moviliza su capital social y simbólico invitando a escritores y periodistas nacionales extranjeros a publicar en sus páginas. Se legitima a partir de su calidad internacional y "un equipo multidisciplinario en el que contamos con profesionales formados en Argentina, México y Bolivia", lo que les permite estar "a la par de revista gastronómicas internacionales".

El primer número apareció en agosto, el mes patrio, por lo que el editorial precisamente hacía referencia a su intención de convertirse en "la primera

publicación gratuita sobre todo lo que se come y bebe en Bolivia". El diagnóstico y la agenda quedaban claramente establecidos:

> "La mecha del boom de la cocina boliviana está prendida. Deseamos, humilde pero fervientemente, que nuestra revista mensual contribuya a encender la imaginación y los fuegos de todas las bolivianas y bolivianos que disfrutan e interpretan la vida uniéndose todos los días a la fiesta incomparable de la gastronomía".

El lenguaje paralelo a la idea oficial del "buen vivir" promovida desde las instancias oficiales, ahora adquiría un rostro culinario altamente sofisticado, con vinculación internacional y equilibrando la tradición con la innovación desde la cocina: "Siguiendo las huellas de las tradiciones que nunca pierden relevancia. En pos de nuevas tendencias que crean las manos en nuestro país, como también de los sabores que florecen del resto del mundo".

Tal como se anunció desde el inicio, los distintos números de la revista tendieron un puente entre recetas de antaño, cultura nacional e innovaciones internacionales. Así, por ejemplo en algún número se publica una receta para hacer galletas navideñas con *papanoeles* y muñecos de nieve al lado de una picana chuquisaqueña para la cena de Noche Buena. Por supuesto que no faltan experimentos de quinua mezclada con hongos salteados y *tomates cherry*, o un banquete patrio con escabeche de trucha del lago Titicaca. El número dedicado al Carnaval (que circuló en enero-febrero del 2015) tiene en la portada una máscara del tradicional diablo que inunda las calles de Oruro, pero en esta ocasión está elaborado con puras verduras de colores.

De distintas maneras, la revista muestra uno de los rostros del cambio en Bolivia –que adquiere forma desde San Miguel- en su versión de élite inevitablemente insertada en una tendencia cultural de lo "pluri-multi" impulsada por el gobierno.

Fuente: www.revistaculinaria.com (20/05/2016)

EXCURSO 6

Café Alexander (julio 2016)

Está ubicado en la esquina más vistosa de San Miguel, donde se cruzan la Av. Montenegro y la calle Ferrecio. Son tres espacios diferenciados. La terraza, con ventanales grandes que dan a la calle, desde donde se ve y te ven con igual facilidad. Tiene doce mesas para tres o cuatro personas, una estufa a gas en el centro para combatir el frío cuando es necesario y cortinas modernas que descienden por los vidrios para cubrir del sol en las tardes. En un pequeño mueble esperan los periódicos del día ser leídos por quien así lo desee.

La nave central está separada de la terraza por vidrios transparentes del techo al piso. Sólo hay seis mesas, una para seis personas y las otras para dos o tres. Un mostrador exhibe la pastelería. Al fondo, la máquina de café y algunos productos derivados, además de la caja, que cubre la entrada a la cocina. Una pantalla donde normalmente se producen vídeos musicales –salvo en tiempo de fútbol cuando los partidos la ocupan- cuelga de una de las paredes, al lado de dos cuadros sobre un fondo café oscuro.

La tercera parte se encuentra bajando las gradas, es el lugar más privado, poco iluminado. Hay ocho mesas y un sillón. Las paredes, pintadas de gris con una franja oscura del mismo tono de la otra sala, tienen elegantes cuadros coloridos con paisajes abstractos. Las mesas pegadas al muro del fondo son más elevadas y con taburetes en vez de sillas.

Los tres espacios son para usos diferentes. En el primero se privilegia la vista, en el segundo sucede un intercambio especial con mozos que atienden y que establecen su propio juego, conversan entre ellos, silban, bailan, se hacen bromas, se enojan, se tratan con familiaridad. Es un ámbito más personalizado pero no tanto como el tercer ambiente donde importa más con quién se está que quién pasa por la calle.

Los meseros (varones y mujeres, tres que sirven en las mesas y dos que está detrás de la barra) conocen con detalle a los clientes. Cuando uno llega alguno conocido, lo que sucede muy a menudo, lo saludan por su nombre y a menudo con un beso. Un

mozo detrás de estante le dice a Gabriela, la mesera más risueña: “anda afuera, llegó otro abuelo”. Ella sale y ayuda a un anciano, elegantemente vestido, con un saco café de cuero tratado. Lo toma del brazo y entran juntos a paso lento. Como si cada quien tuviera su lugar predeterminado, le informan si su mesa está disponible, o por quién está ocupada y en cuánto tiempo quedará libre: “¿ahorita se va a ir Don Lucho y te cambio, sí?”. También el intercambio entre el mundo de los clientes y el de los meseros tiene puentes lúdicos, cuando llega un caballero muy formal, bromeando una mesera le dice: “Señor Bustillos, péguemelo a este chico por favor, me está haciendo renegar”. El trato entre meseros que sucede alrededor de la barra se diluye y transforma cuando llevan a la mesa el pedido del cliente, ahí asumen con mayor claridad su rol y reaccionan con la formalidad que corresponde a su oficio y a este lugar.

Entre las 10 y 12 de la mañana una mesa de la nave central está invariablemente ocupada por un grupo de varones de la tercera edad. Es una cita diaria a la que acuden cada uno con su propio estilo en la tenida. Uno de ellos con saco y corbata, el otro con un elegante bastón, uno más con boina y chalina. Llegan uno por uno, no muestran prisa ni rigidez con el tiempo, la puntualidad no parece ser la premisa para su encuentro. Empiezan a retirarse pasado el mediodía, de a poco, tal como llegaron. Hablan de política, de las noticias del día –todos están bien informados-, de tecnología –alguno presume tener cuenta de Face y Twiter-, de enfermedades, de cotidianidades, de vida y de muerte. Alguno dice “Quien está enfermo no aprecia la vida”, el otro responde que incluso a un Tarzán le puede dar un infarto y morir repentinamente, concluyen “mejor no pensar en eso”.

Otra mesa, en el ala externa, ocurre un encuentro de negocios. Él es paceño –se nota en su manera de vestir y de hablar-, tiene un saco azul, camisa abierta blanca con rayas, sin corbata. Ella es de origen asiático, piel blanca, ojos rasgados, viste pantalón ajustado claro y blusa elegante, entra en lo que se conoce como *executive look*. Hablan de negocios, de dinero, de autoridades y proyectos. Él, subrayando que esta reunión es secreta –en un café público-, le explica la idiosincrasia de los negocios en Bolivia. Le dice que el sistema aquí es anárquico, no como en otros países, “yo sé cómo piensa la gente aquí, yo trabajo aquí, yo sé cómo pasan las cosas”, argumenta.

Le explica que hay que entender que la dinámica boliviana es otra: “estás pensando las cosas como un tema lógico, pero las autoridades operan de manera ilógica”. Al final de la conversación, insiste en que ella es “una persona muy seria, muy técnica y muy simpática”, pero debe entender este país. “Gracias”, responde la mujer en un castellano fluido aunque dificultoso.

Son las cuatro de la tarde, el sol pega en el ventanal. El suave aroma de café matinal ha sido desplazado por el olor a cocina, pollo frito, papas y cebolla. Pero lentamente el local empieza a dejar atrás la hora de la comida y llega el momento de los encuentros. En una mesa pegada a la calle, una de las más vistosas, se sienta una pareja joven. Ambos son de rasgos populares y vestimenta de clase media. El es musculoso, luce sus brazos sin arrogancia, con cierta discreción. Ella, guapa pero no sensual, su ropa no enseña su cuerpo. Se piden dos cervezas, una Paceña y una Corona que le traen con un trozo de limón en el pico de la botella, al estilo mexicano. Cuando la bebida llega a la mitad, él sale por un momento. Vuelve unos minutos después con un ramo de rosas rojas. Se las entrega, ella las recibe sin exuberancia, corresponde un rápido y sobrio beso en los labios. Continúan la tarde hasta terminar la cerveza retirándose tomados de la mano.

El Alexander es una ventana para observar las nuevas dinámicas y el reacomodo que está viviendo la sociedad boliviana en los últimos años.

CUADROS E IMÁGENES DE SAN MIGUEL[9]

i. Cuadro 1. Crecimiento actividad económica

Crecimiento de la Actividad Económica

Crecimiento en los 60's

Crecimiento en los 70's

Crecimiento en los 80's

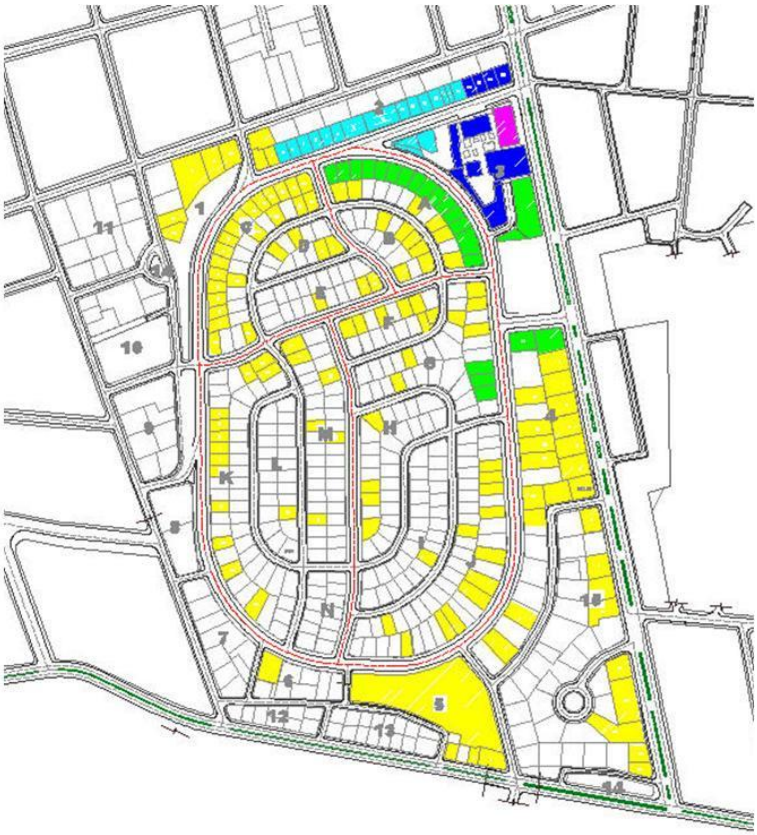
Crecimiento en los 90's

Crecimiento en la primera década del siglo XXI

Área interna al anillo
382 predios (100%)
•115 predios con actividad comercial (31%)
•267 predios sin actividad comercial (69%)

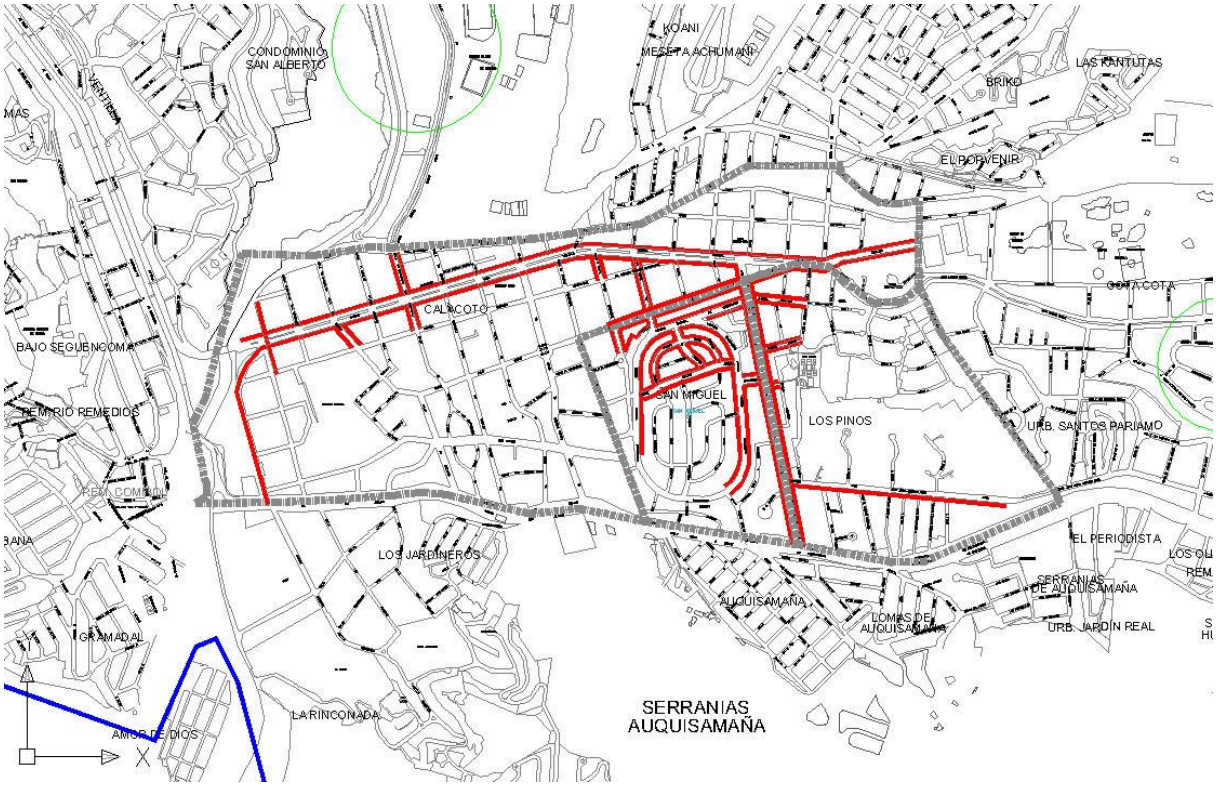
Área externa al anillo
201 predios (100%)
•83 predios con actividad comercial (42%)
•118 predios sin actividad comercial (58%)

Total 583 predios (100%)
•198 predios con actividad económica (34%)
•385 predios sin actividad económica (66%)

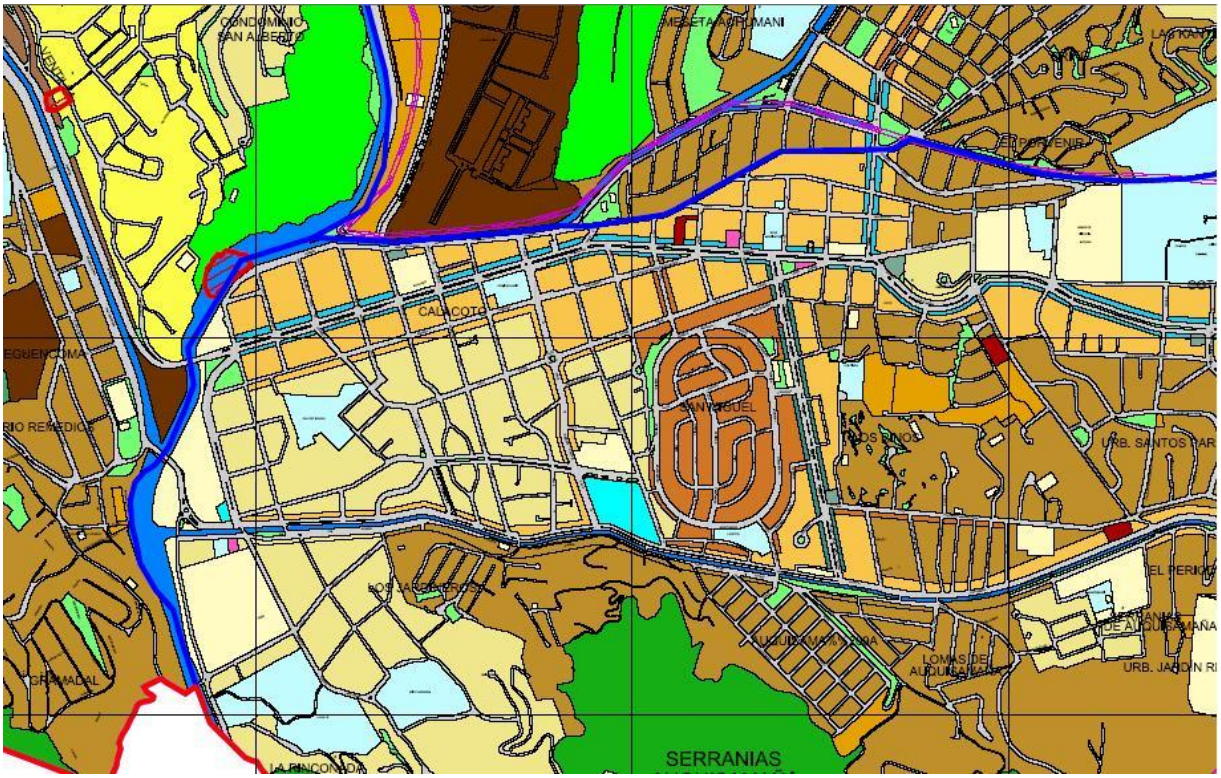


[9] Todos los cuadros e imágenes de esta sección fueron tomados del documento de la Oficialía Mayor de Planificación para el Desarrollo, *Plan especial San Miguel* (2011).

ii. Cuadro 2. Actividad comercial en la zona



iii. Cuadro 3. Estructura del uso de suelo



iv. Imagen 1. foto aérea 1953

v. Imagen 2. Planos originales

vi. Imagen 3. San Miguel original 1969.

- Plan Habitacional San Miguel 1969
- Vivienda de interés social
- 500 viviendas 75 y 85 m2 y lotes de 200 y 300 m2
- 18 manzanos

1 Área Comercial
16 Área Habitacional
5 Áreas Verde
1 Área Recreativa

- Promotor CONAVI

CAPITULO 5

LOS HABITANTES

Gabriela. La familia asalariada, el funcionario profesional[10]

Para entrar a la sala de Gabriela, hay que pasar por un oscuro pasillo, que a la vez es el garaje, hasta llegar al fondo de la casa y doblar a la izquierda. Luego se suben unas gradas que dan al segundo piso desde donde se logra apreciar un poco el paisaje y las montañas del sur paceño. Lo que hoy es el living principal que se ubica en el patio trasero, un par de décadas antes fue la extensión que construyeron para que vivan sus hijos con algo de independencia. Gabriela y Juan, su esposo, se recluyeron ahí luego de que todos partieron del hogar. Ahora son abuelos y viven solos.

La pareja llegó a San Miguel recién casada, a principios de los años setenta, adquirieron la propiedad con un préstamo bancario a 20 años plazo. No tenían hijos. Ambos eran del interior y se conocieron en Sucre cuando Jaime estudiaba matemáticas y actuaría, disciplina que continuó y logró incluso conseguir un doctorado en el extranjero, lo que le dio una buena carrera profesional y trabajó por años en una empresa estatal de donde se jubiló hace diez años. Su vida familiar y matrimonial estuvo inseparablemente ligada al barrio, ahí nacieron y crecieron sus tres hijos hasta que agarraron propio vuelo y dejaron el hogar. Hoy son abuelos de tres niños que los visitan con regularidad, particularmente los domingos, que es el día reservado para el encuentro entre todos.

Cuando llegaron, el barrio, la casa y ellos mismos, eran otros. Fue casual, pero varias parejas amigas suyas fueron a vivir a San Miguel, desde algunos conocidos de infancia con quienes tenían una relación cuando vivían en Santa Cruz, hasta nuevos vecinos con los que tejieron estrechos lazos de amistad y camaradería. Todas eran parejas jóvenes, los niños jugaban en calles y casas, entraban y salían con total

[10] Ningún nombre de este apartado es verdadero, fueron modificados para mantener la privacidad de los entrevistados.

confianza, se quedaban a almorzar y hasta a dormir en cualquier lado sólo informando a los padres para que no se preocuparan. Además de sus amigos de antaño, Gabriela recuerda con nombre y apellidos todos sus vecinos de entonces, es más sabe en detalle sin dificultad alguna la historia de cada uno: "al lado vivían los Dueri que se fueron a Cochabamba; dos casas más allá Cami Hernández que enviudó y tenía dos hijos; al frente Sandra Márquez que vendieron y se trasladaron a Achumani".

Entonces, el barrio no tenía servicios, ni plomería, el basurero pasaba muy esporádicamente, no había transporte, tampoco bardas que separaran las casas. La gente cruzaba por el jardín para no dar la vuelta al manzano. Cuando hubo la necesidad de construir una baranda, con el vecino decidieron que fuera muy pequeña, no más de un metro que separe los dos terrenos; era una muestra de confianza y cuidado mutuo, pues si uno viajaba, el otro podría ver qué sucedía al lado.

Como había múltiples necesidades en la zona, Jaime participó en la directiva de la urbanización. Prácticamente se tuvo que empezar de cero, desde el levantamiento de planos de las propiedades, hasta proteger las áreas verdes pues, al haber poca regulación, aparecían nuevas construcciones en lo que originalmente eran parques. Nacía una forma de conciencia de que tenían que cuidar los espacios comunes, de lo contrario serían ocupados por estafadores. Así por ejemplo, Gabriela recuerda que en lo que hoy es el Parque Balaguer, los vecinos tuvieron que evitar la arbitraria construcción de un edificio y llegaron a un acuerdo con las autoridades municipales para ellos pusieran los obreros y los habitantes les dieron alimentación mientras trabajaban; "nosotros hicimos el parque para que no se adueñen de ese lugar, nosotros lo hemos hecho", subraya con orgullo. Es en la misma dirección que su participación fue activa en distintas organizaciones civiles, por ejemplo, el Club de Leones, con quienes pusieron los nombres de los bloques y numeración a las calles; también estuvo presente en la puesta de losetas cuyo costo recayó en los pobladores. A pesar de los esfuerzos por la defensa del barrio, se perdieron muchos metros cuadrados. En el lugar donde los viernes se asentaba un mercado -y que previamente había un gran tobogán para niños- ahora sólo se ven casas de dos pisos. "Casi todo

eran áreas verdes que ahora ya no hay", recuerda con nostalgia. El caso es que Gabriela siente San Miguel como suyo, como obra suya, como resultado de su involucramiento sostenido por más de cuatro décadas.

En su casa se resienten otro tipo de cambios fundamentales de su trayectoria económica y social. Está lejos de ser aquel pequeño domicilio al que llegaron en los años setenta con tres cuartos, un baño, un poco de jardín, sin muros y servicios deficientes. En una primera etapa, cuando eran jóvenes y Jaime empezaba su vida profesional, invirtieron en el funcionamiento correcto y cotidiano del predio, pero poco después, cuando se estabilizaron económicamente y los hijos llegaron y demandaron espacios, comenzaron con las ampliaciones, primero en la planta baja, hasta que, años más tarde, levantaron un segundo piso, construyeron un departamento anexo -que hoy lo habitan ellos-, un altillo y ampliaron el garaje para que cupieran los varios autos que poseían. En ese momento, el domicilio tenía cuatro cuartos cómodos, tres baños, una amplia sala-comedor, una cocina espaciosa con "comedor de diario", un entretecho generoso y soleado, cuarto para empleada doméstica con baño propio y el pequeño departamento de dos cuartos y dependencias. Pero el tiempo pasó, los colegiales devinieron en universitarios, luego profesionales -uno de ellos arquitecto-, se casaron y partieron. El joven arquitecto preguntó entonces a su la madre: "¿qué hacen con semejante casa?", y comenzó un nuevo y último ajuste. Toda la planta baja, incluyendo lo que antes fuera su jardín, se lo convirtió en un solo ambiente para ser rentado como tiendas u oficinas, la planta alta se la fusionó con el antiguo departamento anexo para ser el lugar principal de vida. La baranda de un metro que dividía el terreno del vecino se convirtió en un gran muro que dé privacidad a ambos. La renta del local comercial permitió nuevos ingresos, primero fue una instancia gubernamental donde se gestionaban las cédulas de identidad, lo que imprimió a la calle una dinámica oficina pública, luego se transformó en restaurante.

Gabriela nunca quiso dejar el barrio, ante la pregunta sobre si vendería su casa responde "ni soñando", y recuerda que cuando tuvieron la ocasión de cambiarse de residencia, los hijos le dijeron "hemos nacido aquí y no queremos irnos de aquí". Ahora la casa es más chica, "más funcional, como un departamento, pequeña,

cómoda, para nosotros dos". Todo indica que ya no habrán más modificaciones: "ni soñando, ya no me interesa hacer absolutamente nada", dice, pero también prevé un incierto futuro: "algún día demolerán también esta casa como lo están haciendo con todas, y construirán un edificio".

"¿Cómo cambia todo, no?" afirma Gabriela cuando cuenta que la mayoría de sus antiguos vecinos y amigos han vendido sus propiedades y se han mudado. A los nuevos habitantes ya ni conoce -o sólo sabe su nombre-, y no pasan del saludo. De los que vivían "*siempre*, toda la vida" -así lo subraya- ya casi no queda nadie, es pura "gente extraña".

Pero las transformaciones también han tenido algunas cosas positivas. Inicialmente, cualquier trámite había que realizarlo en el centro de la ciudad, lo que implicaba una movilización de al menos media hora o cuarenta y cinco minutos para llegar a alguna oficina. Ahora con sólo salir a caminar por el barrio se encuentran oficinas públicas, bancos, comercios. "Aquí tienes todo", dice Gabriela. El paulatino proceso a través del cual San Miguel se convirtió en uno de los centros urbanos ha hecho que no se requiera "subir a la ciudad" -como si antes la Urbanización no hubiera sido parte de "la ciudad"- para sentirse integrado a la urbe. Hoy "todo está aquí abajo". El barrio se convirtió en ciudad, la periferia en el centro.

Estamos sentados en su sala a la cual se accede luego de atravesar por toda la casa y subir gradas -prácticamente sin ventanas aunque luminoso- rodeados de cuadros sencillos, algún afiche de David Rivera (traído seguramente por uno de sus hijos que estudió en México), pequeños adornos como una colección de elefantes de distintos orígenes. Hay un enorme antiguo aparato de música, de esos que fueron la mArteagar innovación tecnológica en los noventa; una mecedora al lado de la chimenea que tiene dos planchas hierro, y un par de baúles antiguos de madera. En una delicada "mesa vestida" sobre un mantel blanco de croché, reposan las fotos de sus familiares en marcos de plata, están los hijos y los padres en algunos momentos importantes. En el ambiente propio de una clase media asalariada que, fruto del trabajo y del éxito profesional del marido, logró invertir en su patrimonio y crecer en los ambientes que se fueron modificando conforme se incrementaron sus ingresos,

Gabriela afirma estar satisfecha con su vida y su barrio: "A pesar de que hay gente que uno no conoce, de todas maneras, siempre me ha gustado *mi* San Miguel".

En la historia de Gabriela se observa la triada articulada de lo que se pude llamar "vecino multidimensional", es decir que la relación con los otros habitantes del barrio, va de la mano de la relación familiar y la escolar. Los vecinos son amigos, a veces parientes, incluso pueden llegar a ser colegas de trabajo. Los hijos van al mismo colegio, por lo que las relaciones fluyen entre escuela, barrio y casa con particular naturalidad. Hay una evolución de la pareja que pasa de ser dos personas que viven en una casa con muchas necesidades, a una familia de cinco miembros y luego con varios nietos. Los cambios se los puede ver en la construcción que va acompañando el proceso, y también en el barrio que paulatinamente se integra a la lógica urbana. Cambia la calidad de la relación con el vecino, el uso de la construcción que habitan y la naturaleza del núcleo familiar.

Lourdes. Empresa, negocio, vivienda.

Lourdes me recibe en una pequeña oficina de unos cuatro metros cuadrados con un incómodo pilar atravesado en el centro. Parece una torre de control subterránea: tiene ventanas hasta media pared a los cuatro lados. En el escritorio hay una computadora y a su lado un archivador de metal con un calendario encima. El estante continuo tiene algunos libros, material de trabajo (perforadora, engrapadora, tijeras, cuadernos). En una mesa pequeña se encuentra la variedad de tés y una caldera eléctrica de plástico; encima, en el vidrio está pegado el certificado sanitario y la licencia de funcionamiento otorgado por la alcaldía y abajo fichas amarillas de once trabajadores con fotos en primer plano con fondo rojo, de frente, vestidos con mandil y gorro blanco chico pegado a la cabeza. En la columna detrás de la silla cuelga, inclinado, el certificado de fumigación. Desde este contrapunto de lo que sería una "torre de control" aeroportuaria, Lourdes observa el desempeño de los 20 empleados de su pequeña empresa familiar repostería Pigalle. Al frente están las mesas, balanzas, moldes, planchas, hornos bolsas de harina y demás insumos para

el funcionamiento del negocio; en ambos lados hay tortas o varios productos ya preparados esperando su salida hacia el salón de té.

Este centro de operaciones está precisamente en el centro territorial de su casa, en el sótano, en el corazón de su empresa y de su vida. La casa es de tres pisos, en ella viven su esposo, dos hijos y su madre. La adquirió en el 2006, y ya que mantenía la estructura original, tuvo que tumbarla y edificar una nueva construcción acorde a sus necesidades. En el sótano funcionan los hornos, la administración y depósito de la repostería, en el primero y segundo piso vive la familia, y piensa construir un tercer piso para tener dos departamentos, uno para cada una de sus hijas. Así, la dupla empresa y familia ocupan cada metro del lugar. Por fuera, el inmueble luce elegante, con amplias ventanas y vitrales con delicados dibujos, pero la fachada es un local comercial rentado a una agencia inmobiliaria que vende propiedades en Santa Cruz y se promueve mostrando enormes fotografías de agua cristalina con mujeres hermosas, parece el caribe.

Lourdes vive en San Miguel desde el 2004, rentaba un domicilio durante dos años hasta que pudo adquirir la casa donde actualmente ocupa. Pero su relación con el barrio fue muy intensa y tiene larga data, pues su tía, a quien visitaba regularmente, vivía ahí, y su residencia estaba en la calle 10 de Calacoto, sólo a unas cuadras. Toda su niñez la pasó en las pacíficas calles -tal como ella las recuerda- donde jugaba fútbol, "pesca-pesca", bicicleta. Su visita al barrio era regular, porque en el centro comercial, su madre –la señora Vero- atendía la pequeña repostería que fundó para sostener la economía familiar.

Fue así. En 1970 Vero vio que sus ingresos, propios de la clase media de la época, se venían abajo luego de las dificultades laborales de su esposo. Desempolvó las recetas familiares y comenzó a hacer pasteles y empanadas. Todo era precario y artesanal, no tenían capital de arranque ni un lugar donde vender sus productos. Fue un pariente quien les prestó dinero para empezar, comprar un pequeño local en el Centro Comercial San Miguel y empezar contratando algunos panaderos. Quince años más tarde, Pigalle era la repostería y salón de té más conocida de la zona sur; fue la era del crecimiento, adquirieron tres locales y rentaron otros dos para la preparación de las masas. Hoy, luego de casi cincuenta años, es una pequeña

empresa estable, seria y próspera, y una referencia obligada para la cultura culinaria de la ciudad.

El nombre curiosamente se refiere a la zona rosa parisina que nada tiene que ver con la sobriedad y tradición que caracteriza al salón de té propio de la clase alta paceña. La ocurrencia fue eso, una ocurrencia: cuando el esposo de Vero estaba arreglando los papeles legales de la empresa, frente al funcionario burocrático tuvo que elegir un nombre. Había pensado y planeado todo, menos eso. Él nunca había pisado París ni tenía la menor relación con Montmartre o los espectáculos eróticos de fama internacional, pero un hermano suyo le había contado sus exquisiteces y, al tener que decidir el bautizo del nuevo emprendimiento, se le vino a la mente el afamado barrio símbolo del erotismo y la bohemia de la ciudad luz.

Pigalle no es un lugar barato. Asisten los sectores acomodados del sur, de clase media para arriba. Su decoración es delicada. Afuera hay una pequeña terraza con cuatro mesitas. La pared de la entrada es toda de vidrio grueso, lo que permite observar desde afuera los pasteles de distintos tipos que están en un mostrador refrigerado. En la barra se exhiben las demás delicias del negocio hasta llegar al fondo, donde están las mesas. El ambiente es de un café parisino *criollisado*: lámparas con vitrales de colores, reproducción de obras clásicas de pintores franceses, mamparas de madera que dividen los espacios, paredes forradas hasta la mitad con madera. En tiempo navideño, se cuelgan bombitas y algunos papanoeles de plástico.

Se presenta como la "repostería más antigua y tradicional de la zona sur de la ciudad de La Paz" ofreciendo "más de 300 variedades de fina repostería nacional e internacional, fuera de las especialidades de la sección de cafetería". Subrayan la frescura y calidad de sus productos "hechos a mano y en el día" y sin "conservantes químicos ni mejoradores de masa" por lo que son "frescos y saludables" (www.boliviaentusmanos.com consultado en abril de 2015). Cierto, en el generoso menú uno se encuentra con desbordante variedad: tortas, crepes, alfajores, donuts, pies, galletas, queques, sándwiches, pizza casera, *milk shakes*, jugos, etc. Pero además están los pedidos especiales tanto para fiestas o tés sociales en la zona. Los pasteles pueden responder a los diseños más variados de acuerdo a lo que el cliente necesite. Acorde a la filosofía de presentación y organización que pregona las

ciencias administrativas de la actualidad, Pigalle explicita sus valores: "Calidad permanente, innovación constante y servicio a medida del cliente"; su misión: "Desarrollar el arte de la pastelería para la distinción y satisfacción de nuestros clientes. Ser los más eficientes en todo lo que hacemos; mantener la rentabilidad que financie nuestro crecimiento; incentivar el trabajo en equipo respetando la dignidad y las capacidades individuales"; visión: "llegar a ser una pastelería líder tanto a nivel local como nacional en la provisión de productos de pastelería y en servicios integrales relacionados al rubro". Los dos pilares sobre los que se sostiene su propuesta son el empresarial, respaldado en el famoso filósofo de la administración Peter Drucker, de quien se reproduce la frase "El liderazgo de toda organización está en la capacidad de innovación"; y el estético, tomando para ello una frase de Louis Nizer: “Un hombre que trabaja con sus manos es un obrero. Un hombre que trabaja con sus manos y su cerebro es un artesano. Un hombre que trabaja con sus manos, su cerebro y su corazón es un artista”.

La empresa ha tenido distintos momentos, altas y bajas. Su mayor expansión sucedió en la década de 1990, pero luego las cosas se pusieron un poco más difíciles. Actualmente, cuenta Lourdes, "no tengo perspectiva de crecimiento, la situación económica para las empresas medianas y chicas está muy difícil, no hay liquidez y el pago del segundo aguinaldo afecta bastante, nos desequilibra. Ya no hay la utilidad que había antes, lo único que quiero es mantener el negocio porque es mi fuente de ingresos y porque tengo una responsabilidad con las familias que trabajan conmigo". Se queja de la competencia de los informales, pues mientras que ella tiene que pagar impuestos, gestionar certificados de fumigación, sanitarios y licencias, lo que implica tiempo y plata, los otros sólo salen a vender sus productos en un quiosco o incluso por internet:

> "ellas hacen tortas y pasteles y los venden por Facebook sin tener que cumplir ningún requisito. Trabajan en su casa mientras que nosotros tenemos un establecimiento público y empleados asalariados. Pero nosotros nos mantenemos porque no hemos bajado en calidad, no hemos claudicado nunca, seguimos por la tradición, por el buen sabor y el buen gusto".

Lourdes, que estudió derecho en la UMSA, no tenía especial interés en el negocio familiar hasta que su madre se lastimó el tobillo y tuvo que hablarle a alguien más para que administre el negocio; lo hizo durante dos años, pero luego se dieron cuenta de que ella estaba en su propia agenda, copiando recetas y saberes pensando en su futura empresa. Fue cuando ella se involucró primero los fines de semana, luego feriados, paros, huelgas y marchas de los intensos años ochenta. Aprendió por un lado las artes de las masas, primero el pie de limón y poco a poco, trabajando al lado de la madre, las distintas variedades y posibilidades de la repostería. Pero por otro lado, fue tomando el timón administrativo del negocio, y por supuesto lo legal, pero su título de abogada lo dejó colgado en casa. Años más tarde, su madre sufrió un infarto cerebral por lo que quedó completamente fuera de actividad, y en el 2015 falleció. Lourdes es la heredera principal y responsable de la empresa. Pero ya va involucrando a las hijas, una de 24 y la otra de 19 años; una estudia ingeniería comercial en Buenos Aires y la otra entró a la escuela de negocios de la Universidad Católica Boliviana.

El involucramiento de Lourdes en la empresa ha significado una serie de cambios y "modernización". Su innovación tuvo varios niveles, uno de ellos fue el uso de internet (particularmente por Facebook y su propia página web) para promover sus productos, difundir sus datos y canalizar encargos. El otro fue la introducción de nuevos ingredientes que respondan a las nuevas exigencias degustativas, "elaboramos productos personalizados de acuerdo a la dieta de cada cliente" (www.boliviaentusmanos.com). Se introdujo sustitutos al azúcar para diabéticos, productos sin gluten, bajos en calorías, harina integral. También los diseños han cambiado, ahora están en posibilidades de hacer pasteles inclinados, que emulen un paquete de regalo o una cartera, que parezca una hamburguesa o un auto, que sean para Halloween, navidad, cumpleaños, con trajes de novia, para bebés, niños, con muñecos de moda como los de Angry Bird, y en suma todo lo que el público pueda exigir. También han sabido responder a las exigencias que se ponen de moda, como los *cupcakes* que ahora se venden por todo lado, y claro, también en Pigalle. Actualmente el menú de la confitería no excluye a quienes seducidos por la idea de lo orgánico quieren "antojitos gourmet" o los que necesitan "repostería light".

Pero quizás una de las características más interesantes de la confitería es su compleja relación con la política nacional. La intensa semana de octubre del 2003, cuando el entonces presidente Goni salió huyendo del país en helicóptero, se la vivió de otra manera desde los hornos de Pigalle. Todo empezó el sábado y domingo con los bloqueos y falta de gasolina; la empresa todavía funcionaba con el poco combustible que el marido tenía guardado en el coche, pero no iba a dar para mucho más. Todos los productos de la tienda se agotaron el martes, se cerró el local, pero los vecinos encontraron su dirección particular y fueron a pedirle pan. El personal trabajó horas extra y, en vez de pasteles, se concentraron en hacer pan -"¡como tres mil panes!", hasta que se fue acabando la materia prima. Ella estaba enyesada del brazo por un accidente de unos días antes, pero igual fue a buscar levadura, harina, huevos; "la levadura que vale ocho pesos, ¡me la vendieron en 50!". La gente le llevaba lo que podía, "¿cómo va a dejar de hacer pan? yo le voy a pasar mi garrafa" le dijo un vecino. "Ya no teníamos nada, era jueves, y por suerte se resolvió todo el viernes y volvió la normalidad", concluye Lourdes.

Los tiempos de cambio también han tocado a Pigalle. El entonces alcalde de La Paz, Juan del Granado, le pidió que elabore el "pastel del bicentenario". La idea era incorporar harina de cañagua, quinoa y amaranto, es decir cereales andinos propios de la región. A la presentación vino la autoridad y repercutió en la prensa nacional. Pero la máxima innovación fue el incorporar harina de coca a distintos productos, incluso hizo *cheesecake* y mousse de coca. En varias ocasiones la vicepresidencia, entonces ocupada por Álvaro García Linera, solicitó sus servicios. Le pidieron galletas y tortas con quinoa, amaranto o *cupcakes* de coca (propuesta que fue revirada por un mouse de coca, pues "hay que ubicarse, el *cupcake* es bien gringo y la coca un poco picante". Lo más curioso de trabajar con las máximas autoridades nacionales es que solicitan que la entrega sea a las cinco de la mañana, lo que implica trabajar toda la noche e ir al Palacio de Gobierno personalmente al alba para entregar el pedido.

Lourdes y su empresa representan la conjunción de la lógica del vecino que, apoyado en la red familiar y en el saber doméstico levanta una empresa exitosa que opera en el barrio, entre el local comercial y la vivienda. Su propuesta no termina de levantar

para convertirse en una empresa nacional, y no se desprende del territorio y circuito que le ofrece San Miguel. Es una combinación de vecino y empresario local que vive los cambios económicos, urbanos y políticos y se adecúa a ellos logrando sobrevivir.

Lourdes, como vecina, ha participado en varios momentos en la Junta de Vecinos, de la cual incluso llegó a ser vicepresidenta. Le molesta que los habitantes no participen de la vida colectiva y que no se involucren en las actividades que se organizan por el bien de la zona. Como todo el barrio, ha vivido la transformación del sur en el centro, gozando aquello de no tener que "subir al centro" para cualquier trámite. Le molesta la construcción de edificios y el asedio por parte de grandes empresarios que quieren comprar casas para hacerlas edificios, además de la bulla, la gente y la suciedad. "Antes, asegura, la vida era más tranquila, ahora no conoces a los vecinos, no sabemos quiénes son". Se queja de los robos y asaltos, "incluso un vecino -asegura con asombro- fue el responsable del robo de una computadora y la policía no hizo nada. El puesto policiaco sólo lo usan para dormir"

Arturo. Nueva clase media alta profesional: La vivienda como inversión y forma de vida.

Luego de vivir seis años en Ginebra estudiando licenciatura y maestría en econometría becado por la Fundación Patiño, Arturo volvió a Bolivia y se instaló en Sopocachi, lejos de su natal Oruro. Su carrera fue impresionante: hijo de una familia tradicional orureña de maestros de escuela, obtuvo el mejor promedio en el bachillerato en el Colegio La Salle, lo que le abrió las puertas para obtener la beca más prestigiosa y competida del país y continuar sus estudios de licenciatura y posgrado en Suiza. Claro, a su regreso, no le costó encontrar trabajo, primero en el ámbito gubernamental y luego en Naciones Unidas. Actualmente, a sus 45 años, vive de consultorías nacionales e internacionales, es soltero y no tiene hijos.

Por más de una década Arturo vivió en Sopocachi, disfrutando de su practicidad y ubicación, pero hace dos años decidió mudarse a San Miguel. Compró un departamento nuevo de 130 metros cuadrados, con tres dormitorios y una cocina grande, en un pequeño edificio de cinco pisos. Pagó, en efectivo, 130.000 $us. Dos

fueron las razones que lo motivaron a tal decisión. Estaba buscando invertir su capital en un inmueble que se valorice -lo que sin duda pasó: ahora cuesta 150.000$us-, de manera que a la vuelta de los años su capital hubiera crecido, y no hay en la ciudad otro barrio donde el valor del metro cuadrado crezca con tanta rapidez como San Miguel. Las expectativas del economista que cuida su patrimonio no serían defraudadas con la compra. Pero hay más. Sus años suizos le dejaron un "sentido urbano europeo, no gringo, no Miami, sino, digamos París" que no estaba dispuesto a abandonar. Arturo no sabe manejar, y no necesita coche, le gusta caminar. Seguro que con el mismo dinero hubiera conseguido un inmueble más espacioso y cómodo en otro lugar del sur, pero sólo San Miguel le ofrecía la comodidad de llegar a todo lado a pie, al centro en veinte minutos, estar rodeado de cafés y restoranes, supermercados, tiendas y bancos.

Y su vida responde a las características de su entorno. Su departamento tiene una decoración más bien moderna, con colores puros, minimalista, sobrio. No pasa mucho tiempo en él, pues sus viajes de trabajo lo llevan al exterior y regularmente come en locales de la zona a los que llega en menos de cinco minutos caminando: "mi vida cotidiana es afuera, tengo reuniones con amigos o comidas afuera, soy gran cliente de los restaurantes cercanos".

El edificio en el que compró su vivienda fue construido por el antiguo dueño de la casa sanmigueleña que fue destruida para dar paso al nuevo y eficiente negocio. Vendió los cinco departamentos a personas con similar perfil que Arturo: parejas jóvenes, sin hijos, profesionales, o gente mayor que optó cambiar su casa con jardín por un amplio espacio con vista y, sobre todo, seguridad. Un cálculo rápido indica que el dueño invirtió unos 300.000 $us en la construcción -no en el terreno-, vendió cada piso en 150.000 $us, más el *penthouse* y los locales comerciales, lo que le habría dado un ingreso de aproximadamente un millón de dólares.

Entre los habitantes del inmueble hay relativo dinamismo. Como son sólo cinco familias, la gestión cotidiana es necesaria y fluida, a diferencia del anterior edificio de 50 departamentos donde Arturo rentaba antes de trasladarse al sur. El vecino primario es cercano, se sabe un poco de su composición familiar y profesional y se mantiene un contacto cotidiano, aunque eso no impide que "cada uno esté en su

vaina". Más allá del inmueble la calidad de la relación con el vecino se diluye, no se conoce a nadie y los amigos de Arturo viven en barrios cercanos del sur pero ninguno en San Miguel.

A pesar de sentirse muy a gusto, al nuevo vecino todavía le quedan algunas nostalgias de Sopocachi, donde hay diversidad clasista y en tipo bares y comidas, "variedad de consumo en todo nivel. Allá uno se puede encontrar con gente de todo estilo, más vanguardista, lo que lo hace más entretenido". San Miguel es "más *light*, más *jailón*, la gente a la media noche duerme y a las seis de la mañana escuchas pajaritos, eso sería imposible en Sopocachi". Este barrio no se arriesga mucho, "promueve un tipo de consumo para la clase media alta, más caro, más homogéneo, más aburrido".

Arturo mira críticamente el brutal crecimiento de San Miguel que reposa en las brutales tasas de ganancia, la libertad e imposición de la lógica del mercado inmobiliario y la dejadez de las autoridades: "estamos en el inicio, es un ritmo maldito, hay gente que está ganando como los dioses. ¿Alguien ha pensado en lo que esto implica? ¿alguien piensa en la capacidad de atención, en los servicios, las vías de acceso, los estacionamientos? A mí me da un poco de pena lo que está pasando aquí, lo que podría ser un barrio peatonal, se ha vuelto un gran estacionamiento. San Miguel es terreno conquistado por los edificios, aquí ya ganaron la batalla".

Toda esta conversación sucede en el Café Vainilla, ícono de la clase alta sanmigueleña, a la cual ahora Arturo también pertenece.

David. El negocio inmobiliario.

René Arteaga, y mi padre eran muy buenos amigos. Ambos habían comprado una casa en San Miguel en los años setenta, vivían ahí con sus respectivas esposas e hijos. Se conocieron trabajando en el ámbito público y compartieron muchas gratas experiencias. Con el paso de los años, tras su jubilación, René puso un restaurante en su casa, pero cuando murió, su hijo vendió el terreno muy caro, pues se encontraba en la circunvalación. Le pagaron 450.000 $us, cuando su expectativa de venta era sólo 410.000 $us. Ahora bien, si hubiera construido él mismo, su ganancia habría llegado a los 650.000; sin duda no tuvo especial ojo comercial. El que le entró

al negocio de la construcción sin miramientos fue su primo David, que, a pesar de nunca haber vivido en San Miguel, encontró en el barrio una oportunidad laboral y la forma de hacer crecer su patrimonio.

Con David nos encontramos en distintos ámbitos intelectuales y profesionales por varios años. Refinado analista, articulista y académico con grado de doctor conseguido en una universidad extranjera, ocupó importantes puestos directivos en la administración del estado desde los años noventa además de cátedras universitarias. Cuando estaba avanzando en mi investigación, me comentaron que, a sus 43 años (con dos hijos adolescentes y uno recién nacido), había hecho una inflexión en su vida profesional: ahora el investigador incursionaba en el negocio de la construcción en San Miguel. Lo contacté sin dudar.

Su transformación fue fruto del azar y la oportunidad, "un poco casual, un poco por necesidad". Con la era de Evo Morales en el Estado, inicialmente él -que había colaborado de cerca con los anteriores gobiernos- continuó ofreciendo su pericia manteniendo lazos con las autoridades; mantuvo un programa de discusión política en la televisión pública e incluso tuvo la opción de ser viceministro. Pero salió la posibilidad de un posdoctorado en Canadá, por lo que se ausentó del país por una corta temporada. Poco a poco las puertas se le fueron cerrando en el ámbito estatal quedando al final completamente excluido de algún ingreso proveniente del gobierno y debiendo sobrevivir a través de consultorías. Paralelamente, una amiga le ofrece invertir en construcción. No tenía suficiente dinero, pero su madre vendió un departamento en Cochabamba y a la vez puso en venta su domicilio de Achumani; con suerte inusitada, en pocos días logró contar con alrededor de 400.000 $us en efectivo. El mercado le vuelve a sonreír y encuentra una oferta en San Miguel, una casa hipotecada con mucha deuda, pero a muy buen precio. La compró y comenzó con la compleja faena de aprender las reglas del nuevo oficio.

Los primeros pasos fueron un suplicio: tuvo que lidiar por meses con el laberinto de la papelería oficial (derechos reales, impuestos municipales, permisos, etc.), con los protocolos de los créditos bancarios, y finalmente, con la construcción, tres ámbitos completamente desconocidos para el científico social: "empecé a perder plata, estaba enloquecido de nervios, mi madre y hermanos que me habían confiado el dinero

familiar me preguntaban y no sabía qué responderles, fue tormentoso, cada vez me repetían: 'a qué te mentes sino sabes nada de eso, tú dedícate a tus libros'"

Con el tiempo fue construyendo alianzas estratégicas y conociendo el camino. Formó sociedad con algunos amigos, nuevos capitales y con un arquitecto con experiencia y empezó la construcción de un edificio de siete pisos, no de departamentos pues el mercado está saturado y es cada vez más difícil vender, sino de oficinas que son mucho más rentables (de hecho, si se compra con préstamo bancario una oficina, se paga 400 $us de cuota mensual y se la alquila al doble). Cada piso tiene tres oficinas, de 33, 38 y 88 metros; las más chicas "las vendí en dos horas, todas, ¡así!", asegura David tronando los dedos, y continúa "las de 38 metros van a salir rápido, ya vendí cuatro de las seis, las de 88 van a tardar un poco más pero en seis meses estarán afuera. ¡Y todo en 'preventa'! recién en unos meses entrego las llaves...".

Con el tiempo, David aprendió "truquitos para vender mejor". Supo cómo esquivar las trabas administrativas municipales, presentar planos como estudio para luego tumbar paredes y tener oficinas más valiosas, o jugar con los vacíos normativos. Supo que lo no legal no es lo mismo que lo ilegal, y que la sutil diferencia jurídica puede dar jugosos resultados económicos. Conoció el camino para que el banco apruebe créditos rápidos y favorables, o cómo ampliarlos o renegociarlos en mejores condiciones (por ejemplo por una oficina el crédito bancario es sólo de diez años, en cambio por un estudio es de treinta años). Montó un equipo de trabajadores eficientes y descubrió la manera cómo se consiguen o cotizan materiales tanto en La Paz como en China. Aprendió a controlar los impulsos de su pasado preocupado por las condiciones económicas de sus obreros:

> "uno que es consciente tiene cierto aire de sueños ridículos progresistas, piensa en sus albañiles. Primero dije 'pobrecitos, tenemos que darles un seguro', pero haciendo cuentas ¡iba a perder casi setenta mil dólares! Imposible, por eso hemos quedado en darles una bonificación en diciembre que me representa seis mil dólares. No estoy obligado, pero quiero hacerlo".

El tipo de empresa que David quiere consolidar tiene por un lado una perspectiva económicamente estratégica: ofrece su edificio "ecológico con sistemas

autosostenibles" que utilice distintos medios energéticos y que tenga incluso jardines verticales, "cuesta un poquito más, pero hay que meterse, es un matiz de novedad en la construcción". Por otro lado, busca que las relaciones con sus socios reposen en la confianza y la amistad. Si la tasa de rendimiento aumenta, él incrementa automáticamente la ganancia a todos los miembros, así, "todos felices". Le ofrecieron un negocio en Santa Cruz con una inversión de más de un millón de dólares y ganancias tremendas, pero corría el riesgo de perder el control y ser engañado, "me van a comer, es un juego más sucio. Prefiero tener socios cercanos y amigos".

David está convencido de que San Miguel es un lugar estratégico, "es el fetiche urbano actual". Es cómodo, práctico, glamouroso; por eso, seguramente por mi propia nostalgia del barrio -y fruto de mi insensibilidad hacia el negocio-, le pregunto si a él no le gustaría vivir ahí ahora que tiene todo un edificio. La respuesta es obvia, práctica y de remarcable racionalidad económica:

> "es un desperdicio. Por ejemplo, si el metro cuadrado aquí está en 1200 $us, un departamento de 100 metros (que es muy chico) te sale 120.000 $us. En Los Nuevos Pinos el metro cuadrado está en 500 $us, un departamento enorme de 150 metros te cuesta 75.000 $us. No tiene sentido, es perder plata, es una pendejez, al menos que tengas muchos vienes que quieras lujo y te compras *penthouse*. San Miguel es laboral, no para vivienda. Esto se va a incrementar, te aseguro que en los próximos años van a haber por lo menos cien edificios más".

El investigador no dejó atrás sus inquietudes intelectuales y políticas, sigue interviniendo en prensa y realizando consultorías cuando estas aparecen, pero su estabilidad económica familiar está en otro lado. El próximo proyecto es un nuevo edificio -de preferencia en San Miguel- no sólo para ganar patrimonio sino para tener un salario sostenido, con él garantizará un ingreso de 50.000 $us al año por tres años. "Tengo mi espalda cubiertísima, valió la pena el aprendizaje".

Julia. La construcción de un patrimonio familiar en San Miguel

Sentada en un sillón azul de origen brasileño tan económico como aparatoso -comprado en Pando hace más de treinta años-, Julia repasa los episodios de su infancia en Uyuni. "En casa no teníamos plata. Al colegio -fiscal- íbamos vestidas con mandil blanco que había que cuidar y nos compraban un par de zapatos para todo el período escolar que, al llegar a casa, teníamos que sacárnoslo y ponernos el calzado viejito del año pasado; para cuidar la economía, mi mamá les cortaba la punta, así duraban más tiempo cuando crecían los dedos. Claro, el fin de semana, podíamos usar el 'zapato de domingo'. Cuando llegaba navidad, el único regalo que recibíamos era una muñeca, sólo una. Aunque tuviéramos una posición relativamente holgada, ella insistía que había que vivir sin derrochar".

Su abuelo paterno fue un migrante suizo que llegó a Bolivia luego de la Primera Guerra Mundial para trabajar en una cervecería, luego se instaló en Uyuni y trabajó en el sector minero. Su padre se dedicó también a las minas, pudo hacer algo de dinero pero como *la mina te da y te quita* -"hemos ganado igual que lo que hemos gastado"-, su madre era la que sostenía el ingreso de un hogar con tres niñas. Su posición media se mantuvo por el trabajo sostenido y estable de la mamá, de quién aprendió, entre tantas cosas, a administrar la economía familiar:

> "no me gusta la ropa ni las joyas. Jamás he hecho gastos banales, no me gusta comprar más fino, más elegante, lo que tengo lo uso hasta que se acabe. Tengo una vajilla finita que es para mis invitados y una normal, compraré otra cuando se termine de romper. Igual con las ollas, sólo las tiro si ya están muy viejas. Eso nos ha ayudado a ahorrar y tener el patrimonio que ahora tenemos".

Julia es morena, con rasgos étnicos de origen popular. Tiene cabello corto, negro, con unas cuantas canas y sin peinado de peluquería. Su vestimenta responde a la clase media urbana paceña, blusa rosada, chompa de lana tejida a mano y pantalón de tela; sin joyas, ni siquiera aretes. En la sala de su casa, un gobelino belga comparte el espacio con una colección de elefantes pequeños; en el comedor hay un televisor y una reproductora de video, encima de un estante con muñecas y diferentes miniaturas compradas en varios viajes, en la pared cuelgan adornos egipcios y una "última cena" de cobre. Cuando Julia se refiere a su patrimonio -desde su sala

típicamente *clasemediera* con pocas pretensiones elitistas-, está hablando del edificio en el que nos encontramos y que por supuesto le pertenece hasta el último metro: seis pisos con oficinas para alquilar (de más de 150 metros) y siete tiendas, ubicado en la avenida Montenegro, donde el metro cuadrado es el más caro de San Miguel.

En el departamento sólo viven su marido, ella y su hija menor, de 18 años. Tuvo cinco hijos, el primero murió de bebé cuando su situación económica era muy precaria. El mayor -de 31 años- acaba de terminar una maestría y va por el doctorado en Lyon, el que le sigue -de 30 años- hizo una maestría allá y ahora trabaja en París, ambos son ingenieros en sistemas. La hija de 25 años estudió psicología, luego se fue a Canadá a especializarse y está por casarse con un cubano. La familia íntegra se reunirá pronto en La Habana. Todos se graduaron inicialmente en la Universidad Católica Boliviana; la formación básica la recibieron en dos colegios católicos de clase media: el Rosa Gattorno y el Domingo Sabio.

Julia y su esposo provienen de origen humilde. La numerosa familia del marido era originaria de Suipacha, pueblo cercano a Tupiza, se dedicaban al campo y tenían unas pocas tierras. A los 15 años -a mediados de los setenta-, ella se fue a La Paz a continuar con el colegio, y luego la Universidad. Similar tránsito tuvo su marido. Se conocieron cursando sus estudios en la UMSA, eran muy jóvenes, se casaron y empezaron a tener hijos antes de terminar su profesión. Julia tuvo al primero a los 21 años. Él terminó la carrera de ingeniería electrónica, ella química industrial. Para sostener sus estudios tenían que trabajar, la joven pareja vivía en una cocina con una mesita y una cama. No tenían ni ducha. Cuando murió su hijo le espantó la idea de que lo hubiera tenido que criar en ese ambiente, y empezaron una carrera económica ascendente hasta llegar a ser dueños de un edificio que aproximadamente debe costar un millón de dólares y generar más de 10.000 $us por mes.

Julia es consciente de su trayectoria, sabe que "salimos de la nada" por lo que les repite a sus hijos "esto ha costado mucho, tenemos que cuidar y proteger, esto es nuestro patrimonio". Me pregunto cómo una pareja provinciana de origen popular que no llega a los 60 años, con cuatro hijos, que no son comerciantes ni que fueron beneficiados por jugosas herencias, logra una fortuna de tal magnitud. Su patrón de

generación de riqueza está en la articulación de varios factores. En su primera vivienda pagaban un alquiler que era el principal gasto del magro ingreso "ay, qué dolor, cada mes veía irse el sueldo de mi marido". Por ello unos familiares les prestaron un pequeño capital para contratar un *garzonier* en anticrético[11] cerca de la Plaza Villarroel. Las condiciones eran mejores pero todavía precarias, no tenían ni teléfono y, en el parto de su primer hijo, tuvo que caminar y salir a buscar ayuda ya con los dolores encima. Luego, con otro anticrético, se mudaron a Miraflores. Eran el tiempo del gobierno de la Unidad Democrática y Popular (UDP), a principios de los ochenta; se hicieron un pequeño préstamo de 2000 $us -con garantía de un tío-, y supieron hacerlo crecer en el extranjero aprovechando la hiperinflación de la época, "mi préstamo se hizo agua y creo que fui a pagar 10 o 20 pesos". Paralelamente, en ese momento, su esposo ya había acabado la carrera, empezó a dar clases y fue contratado como ingeniero en la Compañía Boliviana de Energía Eléctrica (Cobee). A partir de ahí, dice Julia, "empezamos a subir, a subir, a subir de a poco". Por razones de trabajo, durante cuatro años se trasladaron a la planta eléctrica de Zongo, donde además del generoso salario, la empresa les pagaba vivienda, ropa, bono de alimentación, bus, materiales escolares, y vivían en casas tipo chalet europeo -"es una empresa modelo para mí", asegura Julia-. El sueldo iba íntegramente al ahorro. Los siguientes cuatro años los pasaron en Oruro en similares condiciones laborales, hasta que llegaron a San Miguel, a una pequeña casa también en anticrético. Ahí empezó otra historia.

Explica Julia:

> "Ni bien llegué aquí me encantó el barrio, quería comprar algo. Le dije a una amiga y me mostró esta casa, entré y me enamoré del lugar, aunque pensé 'no puedo comprar esto, es mucho dinero'. Le dije a mi esposo, pero él prefería Achumani, visitaba un terreno y yo pensaba 'que no lo compre, que no lo compre'. Cuando vine a visitar la casa, dejé una marca, una cortina abierta, entonces yo pasaba cada vez y la veía: si la cortina seguía abierta, significaba

[11] Anticrético es una figura comercial a través de la cual el inquilino le da un monto al dueño del inmueble, mismo que será devuelto íntegramente al final del contrato.

> que no la habían tomado. Tuve que esperar porque el anterior dueño ya había adelantado el trato con otro comprador, pero al final me la vendió".

La pagó en efectivo, siguiendo el principio de evitar un préstamo bancario; tuvo que reunir todas sus libretas de ahorro de todas sus cuentas y gastó hasta el último centavo. En aquellos años, a principios de la década del 90, pagó como 200 mil dólares por una casa de unos 500 metros cuadrados en la Av. Montenegro.

Durante unos diez años disfrutaron de la casa, el jardín, los juegos para los niños. Pero uno a uno los pequeños crecieron y se fueron al extranjero, se quedó solo la pareja con la hija más chica. Empezaron a tener la idea de vivir en un departamento, pues la casa era muy grande para ellos, más insegura e innecesariamente espaciosa. Varias personas le insistían en que estaba durmiendo en una cama de oro, que podría hacer mucho dinero si construía y rentaba. Aquellos argumentos coincidieron con la jubilación de su marido -entonces como gerente, luego de 20 años de trabajo- y el ingreso extraordinario por su indemnización. Todo apuntó a un nuevo emprendimiento: un edificio de oficinas, tiendas y un cómodo ático donde ellos vivan. Inicialmente tenía la idea de que cada piso sea un departamento para sus hijos, pero la experiencia y visión le hizo optar por oficinas que son más rentables y que requieren menor cuidado e inversión. Nuevamente acudieron al dinero propio o familiar, a la ayuda de un amigo arquitecto, un ingeniero y un contratista, y la maquinita volvió a funcionar exitosamente.

La fortuna que hoy ostenta la familia, es el resultado de la buena remuneración profesional a su marido, la acumulación de capital evitando tanto la renta como el préstamo bancario, un sentido del ahorro y de la economía familiar heredera de la clase popular de origen, relaciones familiares para solventar gastos u obtener recursos en condiciones de confianza y un capital semilla fruto de la coyuntura económica nacional. La correcta combinación permitió, "de la nada" -como ella lo dice- construir un sólido patrimonio.

Desde el principio a Julia le gustó la zona. "Cuando llegué, una amiga alemana me dijo: 'tienes que vivir en un lugar donde tengas cerca un banco, un supermercado, un parque, un hospital donde puedas ir a caminar tranquila'. Todo eso tengo en San

Miguel, así que yo aquí me quedo, no me muevo más. Me gusta vivir bien". Llegó antes del boom inmobiliario y de las transformaciones socioeconómicas del nuevo siglo. Tuvo varios amigos -muchos extranjeros- pero se fueron marchando paulatinamente, "me han abandonado". Ella no se quiso mover, a pesar de que tenía todas las posibilidades para hacerlo. Identifica con claridad la llegada de nuevos vecinos adinerados después del ascenso de Evo Morales a la presidencia lo que ha significado varios cambios; la casa de al lado fue comprada con un comerciante de la Uyustus, el supermercado Andys también, además de haber adquirido cinco casas más que los usa como depósitos; hay varios comercios alrededor, etc.

Julia, que combina un estilo de vida modesto y una estética popular con un fuerte patrimonio, valora el esfuerzo del trabajo, el cumplimiento de las reglas y un sentido del buen vivir influido por la forma de vida urbana europea. Cuando algunas voces la señalan por "ser millonaria", ella se desmarca radicalmente criticando más bien a

> "los millonarios que viven en la Uyustus y en la Eloy Salmón y que no les gusta vivir bien. Yo vivo en el sur del salario de mi esposo, que me ha alcanzado para pagar mi casa porque quiero que mis hijos vivan bien. Yo pago mis impuestos, he hecho estudiar a mis niños y les doy educación y seguridad. Los de la Uyustus son contrabandistas, comen en las calles, sus hijos están en colegios fiscales, no pagan la educación, no pagan impuestos. Yo vivo en la zona sur porque quiero vivir bien. A mí me da pena ir a El Alto, la gente es desordenada, es malcriada, ensucia la calle. Lo mío no es racismo, el problema es que ellos no saben cumplir las normas, si ellos hubieran tenido un poquito de educación, si sabrían que tienen que cumplir las normas, que el baño hay que cuidar, no hay que ensuciar no robarse el papel higiénico".

Julia es el tipo de vecina que llegó a San Miguel unos años antes de la explosión de la economía popular. Su ascenso social no responde a las bondades de los tiempos de la “revolución democrática” sino más bien al éxito profesional de su esposo y su administración de la economía doméstica. Todavía vive un desfase con la nueva posición de clase que ostenta: no es ni una nueva rica que hizo dinero con el comercio (como “los de la Uyustus” a quienes se refiere despectivamente), ni una mujer de la élite tradicional sureña. No es una vecina antigua que nació y creció con el barrio,

optó por él cuando éste ya estaba consolidado y cuando sus ingresos le permitieron un desplazamiento social y espacial que se materializó primero en su traslado y luego en la construcción de su propio edificio que actualmente es su mayor fuente de ingresos. Al no ser una familia empresaria –ni popular ni de élite-, en su predio se concentra su patrimonio que lo cuida con pasión.

CAPITULO 6

LA FAMILIA SUAREZ

Cada centímetro de la casa de los Suárez, en el bloque "O 22" o Calle José María Zalles 991, está cargado de contenido e historia. Los cómodos sillones del living tienen un elegante tapiz crema con flores de colores. Un vistoso rincón es la bitácora de la memoria familiar. Sobre la pequeña "mesa vestida" cubierto por un mantel guindo y con un tapete blanco tejido a croché por Beatriz, reposa una colección de objetos con historia densa: El retrato de su papá, José María, que murió cuando ella era niña; es una foto de estudio, en blanco y negro, de aquellas que se tomaban en las primeras décadas del siglo pasado. José María está guapo, elegante, con terno y corbata: inigualable prestancia. El marco es de plata que Beatriz se encarga de tallar semanalmente para que quede reluciente. Al lado, un marco -igual de plata pero de menores dimensiones- con capacidad de albergar cinco fotos, tiene imágenes a color de sus cinco nietos; están sonriendo, jugando, cruzando los brazos. Detrás, una lámpara de aceite, de mármol -de esas que se usaban antes de la era de la electricidad- con una particular historia: perteneció a su padre, estaba en la sala de la hacienda donde Beatriz vivió su infancia, en Santa Rosa (Tupiza), y su época de gloria. La recuperaron treinta años después de cuando vendieron la finca, en un viaje turístico a la zona. Al visitar los escombros de lo que fue su época dorada, la encontraron tirada, sólo hubo que tomarla y remozarla para lucirla como decoración. Cuatro pequeños libros antiguos, con tapas de cuero, hojas amarillentas e ilustraciones, acompañan la sobria decoración. Además, un discreto joyero de plata que tiene inscritas sus iniciales, un reloj de bolsillo antiquísimo y en desuso y una *minicartera-reloj*. En los cuadros vigilantes del rincón aparecen dos mujeres pintadas por J. Kahrer, importante artista europeo; son piezas originales bien valuados en el mercado mundial del arte. Merecen mención aparte. Pertenecieron a la decoración de la casona de José María cuando vivían en La Paz que estaba ubicada en la calle Colón y Mercado, frente a la Alcaldía Municipal, era una de las casas más importantes e imponentes de la cuadra; luego de los vaivenes de su vida, quedaron

en la bodega de una tía sufriendo las inclemencias del tiempo, hasta que uno de sus hijos los rescató y volvieron a la casa, ahora modesta, de su heredera. Este espacio condensa la trayectoria y la proyección de Beatriz, parte de su pasado y parte de su futuro.

En la contra esquina hay una pequeña chimenea de ladrillo barnizado que fue construida hace quince años con un ingreso extra que llegó al hogar. En sus repisas se luce una colección de miniaturas resultado de sus múltiples viajes, cositas de India, Estambul o Grecia. Al lado, una cómoda de madera fina -también de los años de Santa Rosa- y jaladores y chapas de plata, encima un florero de cristal de roca con astromelias rojas. Los cuadros de la sala y el comedor son originales de prestigiosos artistas bolivianos que evocan el mundo rural: Darío Antezana, Mendieta, Callisaya, Napur, Eusebio Choque, Solón Romero, Zurita. Fueron adquiridos las últimas tres décadas en exposiciones en las galerías de arte que abundan en San Miguel. Muestran parte el paisaje que acompañó la infancia de su dueña. El pasillo que conduce al cuarto principal intercala pequeñas reproducciones de cuadros clásicos cuyos originales están en El Louvre (desde Van Gogh hasta Lautrec) y afiches enmarcados. Uno de ellos es un homenaje a Pablo Neruda y el otro una imagen de un paisaje francés que se lo ve a través de una ventaja de madera vieja. El texto del pie muestra lo que sintió Beatriz cuando se fue por tres meses a Francia en 1983 con una beca luego del asesinato de su marido: "La vraie liberté c'est le vagabondage". En su cuarto, chico, con ventanas sin vista y una cama matrimonial, tres grandes fotos cuelgan de sus pocas paredes: la de su marido y las de sus dos hijos. Además de una televisión de pantalla de plasma y sobre el tocador pequeños retratos de sus familiares cercanos.

El espacio que mejor representa a Beatriz es su escritorio. El sillón es de roble, reclinable con un mecanismo antiguo -se debe cambiar de posición un fierro transversal que detiene el respaldar-, lo acompañan almohadones hechos de gobelino belga; era uno de los muebles que estaban en la finca de su padre. Sus tres pasiones ahí se concentran: las dos paredes tienen estantes atiborrados de libros -desde niña fue una lectora empedernida, incluso criticada por su madre que creía que perdía el tiempo cuando dedicaba tardes enteras a las letras-. Al frente un

mueble que va desde el piso al techo, alberga un aparato electrónico Technics que fue lo último de la tecnología a finales de los noventa, está rodeado por su colección de más de quinientos discos compactos, discos de vinilo y casetes. En los cajones de abajo, Beatriz guarda con particular recelo la colección de diapositivas y cintas de grabadora de sus años en Madrid -entre 1967 y 1970-, de tiempo en tiempo la familia entera se reúne a repasar imagen tras imagen cada uno de los viajes y momentos vividos en Europa, por supuesto que ella es entonces la principal narradora que revive con asombrosa fidelidad cada episodio. En el piso hay varias macetas con sus plantas consentidas, incluso una enredadera que se expande por la pared peleándole el lugar a los libros. En el poco espacio que no tiene libros, discos o plantas, están fotos especialmente importantes: tres retratos en gran formato con marco dorado: ella de bebé, luego a los 18 años cuando fue declarada Reina de su colegio - porta un vestido blanco largo, capa roja y corona plateada-, una imagen de su madre. También caben algunos objetos significativos: el diploma que la Universidad Mayor de San Andrés otorgó, de manera póstuma, a su marido por considerarlo "Defensor de la autonomía", una foto tomada por su hijo cuando estudiaba en México, un mensaje que el Premio Nobel de La Paz, Adolfo Pérez Ezquivel, le entregó solidarizándose por su lucha en tiempos de la dictadura, un afiche con la imagen del Che del Encuentro Mundial recordando el 30 aniversario de su muerte. En el lugar más amplio, un dibujo en blanco y negro de tamaño natural de Lucho, su marido asesinado en la dictadura de 1981; lo hizo un amigo tomando como base una pequeña foto suya poco antes de su desaparición, la misma que fue reproducida y publicada en varias instancias.

En el sillón del escritorio, que recibe generosamente la luz que entra por una de las ventanas más grandes del domicilio, se sienta Beatriz para contar sus años de vida.

* * *

Beatriz

Mi marido, mi hija de tres años y yo vivíamos en España, él estudiaba y trabajaba allá. En 1970 nació mi hijo y volvimos a Bolivia. En aquel tiempo la institución

llamada Hogares Bolivianos emprendió el primer intento de vivienda social en Bolivia, era un experimento urbano. Empezaron a visitar oficinas -apuntando a la clase media- para vender los inmuebles que costaban alrededor de 10.000 $us. Habría de tres tamaños y modelos, mi suegro reservó esta propiedad porque estaba en esquina y dio 2.500 $us como adelanto -y regalo de matrimonio-, lo demás iba a ser pagado en 20 años en cuotas mensuales, y si moría el propietario, se condonaba la deuda. Yo tenía bastante dinero por mi herencia y la venta de mi finca y mis tierras en Tupiza, decidí dar otros 2.500 $us -no recuerdo si fue esa cantidad o el doble-, pero en vez de pagar la cuota, él decidió invertir en los primeros cambios de la casa. Como la construcción era muy precaria, mandó a hacer un cuarto y baño de empleada, un escritorio -pensando en su hijo que era intelectual- y un robusto muro de piedra.

Cuando llegamos de España, mi marido tenía un tremendo título profesional pero aquí no tenían ni idea qué hacía un sociólogo, así que era difícil conseguir trabajo. Tomé parte de la plata de mi herencia e hice otro pago fuerte a la deuda porque me desesperaba eso de que cada mes teníamos que cancelar mucho dinero y todo se iba a los intereses y casi nada al capital prestado. Durante diez años pagamos mes tras mes, hasta que mataron a mi esposo en la dictadura de 1981 y me condonaron lo poco que quedaba de deuda. Puse la propiedad a nombre mía y de mis hijos para evitar que ellos tengan que pagar impuestos sucesorios en el futuro.

Estas casas estuvieron muy mal hechas, con materiales muy baratos, el diseño mal pensado, instalaciones no terminadas, etc. Cuando llegamos, tuvimos que hacer múltiples cambios, modificar absolutamente toda la instalación sanitaria, pues cuando el plomero abrió las cañerías, vio que había tubos rotos y conexiones equivocadas. Varias casas de San Miguel comenzaron a tener problemas, incluso una decena de viviendas se desmoronaron. Luego supimos que, como este era un terreno irregular, rellenaron los huecos y edificaron encima los cimientos, por lo que los muros presentaron rajaduras muy rápidamente. En nuestro caso, primero tuvimos una serie de grietas en el jardín que iban subiendo por las paredes, incluso llegaron al techo. Tuvieron que venir arquitectos a cavar muy hondo y hacer tremendas zapatas de cemento para que resistan. Algo mejoró, pero seguíamos con problemas.

Luego hicimos revisar el techo y encontramos termitas y partes que no tenían las vigas que correspondían, sólo dos palos amarrados con alambres. Fue otro lío tener que arreglar el entretecho. Además, en aquella ocasión nos dijeron que el sistema eléctrico estaba muy mal, que los cables se cruzaban arriba y que cualquier momento podía haber un corto circuito y un incendio. Toda aquella temporada tuvimos que hacer arreglos regularmente para que la casa funcione con normalidad.

Años más tarde, cuando mi marido todavía vivía, decidimos construir una ampliación. Él era político, y sabía que o lo podían matar o podía quedar sin trabajo cualquier momento, por eso quisimos un departamentito pequeño en la parte de atrás con la idea de, en caso de ser necesario, alquilar la casa para tener un ingreso extra y nosotros vivir adentro. Nos prestamos 50.000 bolivianos -en realidad nos costó más que la casa pues ya las cosas habían subido y la zona no era tan alejada- que pudimos pagarlo más o menos rápido con nuestros salarios antes de la muerte de Lucho. Primero hicimos el living más grande, tumbamos una pared, abrimos ventanas para que entre el sol -yo tengo obsesión con las ventanas amplias-, e hicimos este escritorio donde ahora tengo mis libros y discos. En el fondo del terreno, lo que era el antiguo escritorio se convirtió en la cocina del nuevo departamentito de dos pisos, dos cuartos, una sala-comedor muy pequeña y un baño. En ese momento no estaba permitido elevar las construcciones, hubo que cavar metro y medio para que el segundo piso no rebase los lineamientos municipales. Las cosas de la vida: ese lugar fue donde vivió mi madre, mi hermano, mis dos hijos de jóvenes y luego de sus respectivos divorcios, ahí alojé a decenas de visitas, se hicieron reuniones políticas, culturales. A pesar de las varias décadas pasadas, nunca el departamentito cumplió el objetivo con el cual fue concebido.

Más adelante en dos ocasiones he querido hacer nuevas ampliaciones. Cuando trabajaba en Naciones Unidas y tenía un buen ingreso, hice cotizar un segundo piso y me dijeron que me saldría como 15.000 $us. Quería tener un cuarto más grande y soleado para mí, un mejor escritorio, baño, cuarto de visitas. Estaba en buena posición y podía prestarme del banco -pues nunca tuve ese monto entero en mis ahorros- pero un amigo me dijo '¿para qué vas a hacerlo si al final de cuentas tus hijos ya se han ido -uno vivía en México y la otra en Nueva York-, tu mami está viejita

-no había fallecido- y se van a quedar ustedes solitas?'. Lamentablemente me convenció, me hice un préstamo pero gasté el dinero en un viaje a Europa. Hace unos cinco años volví a querer ampliar pues mi hija se vino a vivir conmigo luego de su divorcio -con mis dos nietas- y quería tener más espacio para recibir a mi hijo y su familia cuando llega de visita porque vive en el extranjero. Volví a cotizar un bello proyecto, prácticamente igual al anterior, pero ahora costaba 80.000 $us. Yo ya era jubilada, mis ingresos bajaron notoriamente y no tenía ahorros, así que me quedé con las ganas. Si pudiera tener una varita mágica, ¡pum! haría dos pisos con cuatro dormitorios más, pero ya es tarde.

En varias ocasiones me han ofrecido comprar la casa. En los noventa empezamos a ver cómo el precio de los terrenos iba subiendo hasta llegar a los 100.000$us. Fue en el 2014 cuando alguien tocó mi puerta y me preguntó si quería vender el predio. Por curiosidad le pregunté cuánto pagaría, y me dijo que 400.000 $us, le dije no gracias. Luego vino otra persona con la misma historia, lo hice pasar y se vio muy formal. Cómo tenía ya una oferta, le pregunté cuánto daría y me dijo que haría un planteamiento escrito. A los días llegó con un plan, quería pagar 450.000 $us, señalaba distintas opciones para el pago que iban desde hacer el desembolso de contado, en plazos, darme el *penthouse* y un garaje, unas tiendas, etc. Había muchas posibilidades. La verdad me tentó mucho y tuve que discutirlo con mis hijos. Sin duda todo el dinero que podíamos acumular entre ellos y yo en nuestra vida profesional no llegaba a esa suma, pero luego pensé en los recuerdos, en la historia que hemos vivido en estos muros, y decidí no vender. Vivo feliz, tranquila, me gusta tener perro, gato, jardín, ser independiente, tener libertad. Me gusta mi casita, prefiero vivir en mi casita.

Cuando llegué aquí todo era muy tranquilo, vivías en paz, los niños jugaban en la calle, no habían muros -estilo suburbio americano-, se buscaba que todos tuvieran bardas pequeñas que permitieran la vista y el contacto entre vecinos y transeúntes, pero rápidamente empezaron los robos, por eso mi suegro hizo levantar una tremenda pared de piedra y sembró pinos. La zona se volvió peligrosa, se robaron juguetes de mis hijos, mangueras y ropa del jardín -justo ropa nueva que habíamos comprado en un viaje a Estados Unidos, ¡se la llevaron toda!-, aunque por suerte

nunca se entraron a la casa. Cuando todos se fueron y yo vivía solita con mi mami, me dio miedo, así que hice subir el muro más y le puse alambre de púas arriba, ahora que la cosa está peor me arrepiento de no haberlo subido medio metro más. Yo odiaba las rejas en las ventanas, me parecían horribles y juraba que jamás pondría algo así, pero me asusté mucho con el incremento de la inseguridad e hice ponerles barrotes a todas, incluso a las más chicas de los baños. También cambié las llaves, aumenté chapas en todas las puertas y puse luz en el jardín. Para entrar hay que pasar por la reja del jardín -que ahora tiene trancas internas de metal que las cierro antes de dormir- y la puerta principal se cierra con tres llaves. Incluso le pago a un vigilante que da vueltas al manzano toda la noche tocando su pito para anunciar que está cuidando. Desde ahí no se han vuelto a entrar nunca más.

La cosa está cada vez más grave, a mí me han asaltado cuatro o cinco veces, y todo en San Miguel, aquí cerquita de mi casa. Estaba caminando tranquilamente con la cartera colgada, pasó un auto con tres personas y me miraron fijamente, me llamó la atención pero seguí mi ruta. Dio la vuelta y se puso al frente de mí, bajó un señor bien vestido -no cualquier andrajoso- con una gorra que le cubría la cabeza y lentes oscuros, me pareció raro y dije 'ahora sí, este me asalta'. Dicho y hecho, se acercó y jaló fuerte mi cartera, corrió a meterse al auto y se escapó. La segunda vez fue las once de la mañana a metros de mi casa, igual traía la cartera colgada, sentí que alguien me jalaba y pensé que era mi hermano que me estaba haciendo una broma, pero me di la vuelta y, según yo, era el mismo tipo con blue jean y chamarra nuevos, me quitó la bolsa y se subió nuevamente a un auto, creo que blanco. En la tercera ocasión yo estaba con mi nieta de seis años caminando en la tarde, ella se cambió de mano y yo le pregunté por qué. Sucede que el ladrón le tomó la manita, la llevó al otro lado para dejar libre mi cartera me la jaló y se la llevó. Mi nieta se puso a llorar. Fue la única vez que reaccioné, lo empecé a insultar e intenté calmar a la niña. Estábamos a punto de llegar a mi casa. Al principio me asusté mucho, no quería salir. Ahora cuando tengo que ir a la calle sólo cargo unos pesos porque sé que me pueden asaltar.

En esta casa hemos vivido importantes episodios de la política nacional, especialmente de la dictadura y la democracia. De hecho el día del Golpe de Estado,

el 17 de julio de 1980, yo estaba trabajando en el Colegio Franco Boliviano y, al enterarme de los acontecimientos, llevé a todos los niños hijos de los izquierdistas a mi casa -como años antes varios habían estado exiliados en Bélgica o Francia, confluían en esa escuela-. Los padres habían empezado a ocultarse para salvar el pellejo, así que desde ahí los familiares pudieron ir a recogerlos con más tranquilidad.

A finales de los setenta, mi marido fue nombrado parte de la Dirección Nacional Clandestina del Movimiento de Izquierda Revolucionaria -el de antes, no el que después se alió con la derecha en 1989 para llegar al poder-. Ellos se encontraban en el departamentito -de hecho la primera histórica reunión fue aquí-, pues se consideraba que, al estar el domicilio en esquina, habrían más posibilidades de escapar en caso de que fueran descubiertos. En los años de la *narcodictadura* de García Meza (1980-1981) varios de los compañeros que no estaban exiliados, trabajaban dentro del país y su cabeza tenía precio. Hay que recordar que el entonces ministro del Interior, Luis Arce Gómez, había sentenciado que los que estén en contra del gobierno tenían que andar "con el testamento bajo el brazo", amenaza que se extendía a quienes protegieran, ocultaran o dieran cobijo a la gente de izquierda. Todos teníamos miedo, no había lugares donde reunirse ni donde ocultar a amigos, por eso este lugar se usaba para encuentros. También aquí se ocultaron varios dirigentes. Era complicado y peligroso, primero teníamos que explicarles a los niños que no tenían que decir en la escuela que había un extraño en casa, alguien que iba y venía. En cierta ocasión uno de los alojados enfermó de tifoidea, era muy difícil conseguir un médico de confianza, así que mi hermano le tenía que poner inyecciones y atenderlo; cuando sanó, celebramos su cumpleaños en el jardín, vino su esposa e hija para un minifestejo, fue la última vez que me vio con ellos, a los meses lo mataron junto con mi marido.

La cosa se puso muy dura. Un compañero fue tomado preso y nos dijeron que, calculando el tiempo que resistiría la tortura, en un par de horas llegaría la policía a mi casa. Hicimos maletas improvisadas y salimos rápidamente donde mi suegro en Miraflores, pues al ser militar nos sentíamos más seguros. Estuvimos una temporada ahí, pero teníamos que dar la apariencia de que todo era normal. Mis hijos iban al

colegio y yo al trabajo. Venía sola a la casita a recoger ropa y cosas prácticas. A veces me echaba en el pasto del jardín y pedía a Dios que me permitiera volver a vivir en mi casa en paz y tranquilidad, porque para mí, mi casa siempre ha sido el lugar más seguro del mundo, donde me siento mejor, y se convirtió en el lugar más peligroso. Cada que la veía por fuera sin rastro de que la hubieran allanado los paramilitares, sentía un enorme alivio.

La *Batu*, una amiga española, rentó el sótano de una casa del frente que había sido acondicionado como un mini departamento. Ella llegó al altiplano boliviano a principios de los setenta como monja misionera, pero se dio cuenta de la cuestión política y se convirtió en comprometida militante del MIR, llegando a ser secretaria general. Siempre se vestía informal, pero el día del Golpe ni la reconocí, estaba en la esquina con tacones, pintada, falda, peinado de peluquería y lentes. Con ella nos veíamos regularmente, trabajaba políticamente de cerca con mi marido. En los primeros días del golpe el MIR decidió que los principales dirigentes del partido tenían que escapar. Los disfrazaron -a Hernán Siles Zuazo de monja y a Antonio Araníbar de hippie aprovechando su altura- y salieron por el lago rumbo a Perú. La consigna era que si en un par de horas no se reportaban, era muy probable que los hubieran encontrado y había que escapar. Pasó el tiempo establecido, yo estaba tranquila en mi living, vino la *Batu* y me dijo 'los compañeros estaban con un amigo que sabe mi nombre, como no han vuelto, seguro que cayeron, que los torturarán y que en poco tiempo vendrán a mi casa'. Me dio dos paquetes grandotes con la plata del partido y un maletín con casetes que eran las grabaciones de las reuniones. 'Tienes que guardar esto', me dijo. Yo estaba asustadísima, llegó mi marido y pensamos que el mejor lugar para ocultar era en casa de mi suegro. Era tarde, había 'toque de queda'. Lucho salió volando con los paquetes y me dijo que llamara a su madre para que lo esperen con la puerta del garaje abierta. Envolvimos el montón de billetes en un periódico y se fue. Mis suegros no sabían de nuestras actividades políticas, le dije 'Lucho está subiendo, llega en unos minutos, por favor espérenlo'. 'Ay qué raros están ustedes en esta época' respondió, pero cumplió al pie de la letra el pedido. Mi suegro, cauto y discreto, cuando vio a su hijo con tanta plata, no preguntó nada, sólo entró a su escritorio, abrió el cajón mejor custodiado y guardó

el encargo. A los minutos, volvió Batu y me dijo que fue una falsa alarma, que se les había pinchado la llanta y a eso se debió el atraso y pidió de retorno el encargo. Llamé donde mi suegro y tuve que hablar en clave a mi marido: 'Trae de vuelta los zapatos que te he dado para que lleves donde tu mamá porque ya todo está bien, la señora que me los ha dejado ya está aquí y los quiere recoger'. Evidentemente entendió el mensaje, pidió el dinero y casetes a su padre y volvió rapidísimo a San Miguel, llegó minutos antes de que empezara el 'toque de queda'.

El día en que lo mataron a Lucho fue uno de los más tristes de mi vida. Era jueves 15 de enero de 1981. Yo había tenido una pesadilla horrible. El vino a casa a almorzar, tenía una reunión con la Dirección Nacional del MIR en la tarde. Estaba resfriado. Al salir, en la puerta de la casa le dije 'cuídate, anoche soñé feo', 'mi mujercita valiente no puede ser supersticiosa', respondió. Le pedí que se llevara el revólver de su papá que guardábamos en el ropero, pero me dijo 'para qué, si no somos asesinos; de hecho no tenemos que dar ningún pretexto, ellos quieren encontrarnos armados', yo le respondí categóricamente: '¡no para que te enfrentes a nadie, sino para que te pegues un tiro tú en caso de ser necesario!'. No sirvió de nada mi alegato. Esa noche no llegó, los niños durmieron conmigo en la cama matrimonial sabiendo que algo pasaba. Al día siguiente salí a buscarlo, sólo encontré su cadáver por la tarde luego de una penosa travesía por hospitales, cuarteles e iglesias. Lo velamos donde mis suegros porque aquí no era seguro.

Cuando volvió la democracia, fue una fiesta enorme y un gran alivio. Unos meses antes, cuando todavía había una junta militar pero ya menos sanguinaria, decidimos organizar una fiesta con los *miristas* en la casa 'de toque a toque' es decir desde las once de la noche hasta las seis de la mañana. Estuvieron aquí Jaime Paz -que después fuera presidente ¡aliado con Banzer!, Oscar Eid, Antonio Araníbar y otros miembros del Comité Ejecutivo. Guitarreamos lindo hasta el día siguiente, al amanecer nos fuimos a comer fricasé a la Plaza Alexander.

Los años siguientes he recibido como alojadas a muchas personas, desde las Madres de la Plaza de Mayo, hasta distintos dirigentes de luchas sociales latinoamericanas. La última visita fue la del Vice Presidente Álvaro García Linera en navidad del 2014.

Yo lo conocía cuando estaba preso, era amigo de mi hijo. Vino a saludarnos y traerme un regalito navideño. Fue muy agradable.

Ahora vivo aquí tranquila con mi hija y mis dos nietas -mi madre murió hace años- y mi hermano. Mi hijo y su familia me visitan todas las vacaciones. Soy feliz.

Fernando

Fernando, hermano de Beatriz, tiene 58 años. Vivió en San Miguel un poco más de un lustro a finales de los 70. Ocupó junto con su madre el departamento del fondo de la casa, él dormía el dormitorio semi-subterráneo. Dejó la casa cuando se casó en 1982, pero hoy volvió provisionalmente por unos meses tras la última separación de su ahora ex-esposa. Duerme en un cuarto de paso donde hay una cama para visitas, un ropero, maletas, muchos libros y archivos. Es un pasillo que comunica las dos construcciones, al lado de la sala de planchar. Está de paso, pero recuerda intensamente lo ahí vivido.

* * *

Yo tuve aquí una bella época. Era jovencito, me llevaba muy bien con mi cuñado, Lucho, me prestaba su auto y charlábamos ampliamente. San Miguel era un barrio muy tranquilo, las calles eran empedradas -no enlosetadas como ahora- y nos conocíamos todos los vecinos. Tenía un grupo de amigos con quienes hacíamos fiestas y reuniones. Recuerdo los grandes encuentros en carnaval en el sótano de la parroquia donde bailábamos con música en vivo. También hacíamos fogatas de San Juan en las calles.

Con mi madre Elena atendíamos la librería de Lucho y Beatriz que estaba ubicada en el Centro Comercial de San Miguel. Le dieron a ella esa ocupación para que se sienta útil, y lo hacía con mucho empeño. Le ayudaba a comprar cosas, a vender en las fiestas navideñas y cosas así. Todo era en familia muy lindo.

En aquellos años de la dictadura, yo empecé a militar en el MIR. Teníamos una célula de formación, nos juntábamos en el comedor y Lucho nos capacitaba, hablábamos de marxismo, de la situación política, leíamos libros y cosas así. También yo era del

equipo de seguridad del partido. Cuando había reuniones de la Dirección Nacional del MIR en el departamentito, yo me encargaba de llevar y traer a personas. Primero les vendábamos los ojos para que no reconocieran nada, luego entrábamos en una vagoneta azul hasta el garaje y recién salían los compañeros a la salita de reuniones. A menudo me quedaba en la puerta para avisar si veía algo raro, nunca participaba de los encuentros. El día que lo mataron a Lucho fue muy triste. Yo tenía que llevar a varios compañeros a la reunión en Sopocachi, pero me llegó una contraorden, así que vino otra persona. Cuando escuché la noticia, estaba con unos amigos por El Prado, dijeron que hubo una balacera y que todo estaba tomado por la policía y el ejército. Después supe de la masacre, me quedé muy impactado.

San Miguel hoy ha cambiado mucho, perturba, hay exceso de tiendas, parqueos y comercios. Pero todavía tiene mucho encanto, me gusta salir a caminar, a tomar café con los amigos, a pesar de todo es un lugar muy agradable.

Patricia

La hija mayor de Beatriz, vivió en San Miguel toda la infancia -desde sus cuatro años- hasta que se casó a los 23 y partió al extranjero con su cónyuge diplomático. Volvió en varias ocasiones, una temporada ocupó el cuarto principal del departamento con su marido, mientras que su hermano dormía en la parte inferior. Luego viajó en varias ocasiones a Europa y Estados Unidos, pero tras su divorcio en el 2006, se instaló nuevamente en la casa, ahora con sus dos hijas Lucía y Chiara.

* * *

Cuando era niña jugaba mucho con los vecinos en las calles, también íbamos al cerro, a las cuevas, al río. Íbamos, salíamos y volvíamos sin pedir permiso. Había bosquecillo con una laguna, nosotros la llamábamos "Villa Cariño" porque iban los enamorados y los espiábamos. Con mi prima teníamos un árbol al que nos trepábamos y hacíamos como una casita, también jugábamos a asustar con las ramas a los micros que pasaban esporádicamente por ahí. El río no estaba entubado, lo que me daba miedo pues alguna vez se llevó parte del Colegio Franco Boliviano, donde yo estudiaba. Yo me preguntaba si el río podría llegar hasta mi domicilio y destruirlo.

De hecho varias casas se habían caído por estar mal construidas -yo iba a verlas con curiosidad, me llamaban la atención las enormes rajaduras-, así que todo podía suceder. Pasaba mucho tiempo en la librería y sus alrededores. En el parque cercano, una vez me caí del resbalín, mis lentes volaron y yo los aplasté con mi cuerpo, estaba llorando hasta que una pareja vino a rescatarme, me consoló y me llevó a la librería. En esa zona había un puesto policial y un cuarto que decían que lo usaban como cárcel, pasábamos por ahí con un poco de miedo y precaución. Aprendí a manejar bicicleta en la circunvalación, ahí veíamos pasar muchas personas, desde heladeros hasta afiladores y llameros trasladando su rebaño hacia las comunidades campesinas de la Muela del Diablo. Pasaba clases de piano en el barrio y me recogía la empleada. Una vez, mientras íbamos de regreso a casa, vino un tipo y le dijo a la sirvienta: 'la señora me ha dicho que me la lleve, me la tengo que llevar'. Yo era chiquita, tenía unos diez años. Ella me agarró fuerte de la mano, cambiamos de acera y me fui al frente, fue una sensación horrible el sentir que te puedan robar. Luego todo fue cambiando.

En el tiempo de la dictadura empecé a escribir un diario. Ahí ponía todo lo que observaba, mis papás tenían un poco de miedo pero a la vez era una oportunidad de plasmar la vida diaria contada desde los ojos de una niña, ellos evocaban la famosa experiencia de *El Diario de Ana Frank*. Conté muchas cosas, como mi confusión respecto del verdadero nombre de la *Batu*: mis padres primero se dirigían a ella de una manera, luego de otra. Tuvieron que explicarme qué significaba la clandestinidad y por qué las personas se ponían otros nombres. También ahí conté cómo fue cuando tuvimos que dejar la casita y nos trasladamos donde mis abuelos, cómo en la noche, ocultos tras las ventanas, veíamos pasar los caimanes militares con reflectores que alumbraban hacia los dormitorios. Un día tuvimos que huir de la casa porque dijeron que estaban viniendo los paramilitares. Dejé mi diario. Le pedí a mi mamá que me lo recogiera, lo hizo, pero tuvo que pasar por algunas oficinas antes de verme, y se le olvidó en una de ellas. Fue terrible, lloré mucho. Años más tarde, un amigo me dijo: 'Tú eres Patricia Suárez', le dije que sí, y me comentó que había encontrado mi diario. Le pedí que me lo devolviera, lo buscó pero ya no lo encontró.

Durante esos años, vivía un doble mundo, el de la escuela y el de la familia. El uno no se encontraba con el otro, no podía hablar de las mismas cosas y siempre tenía que tener cuidado. Incluso cuando mataron a mi papá, fui al colegio y nadie se había enterado de lo sucedido.

Han pasado muchos años. Ahora vivo aquí con mis hijas y mi mamá. Disfruto de la casa y de San Miguel, me encanta, no me cambiaría por nada a otro lugar.

Lucía y Chiara

Lucía tiene 16 años, Chiara 11, son hijas de Patricia. Viven en San Miguel desde finales del 2006 -menos de diez años-, cuando volvieron de Londres luego del divorcio de sus padres. Estudian en el colegio Franco Boliviano, aquel al que fuera su madre cuando era niña, esa escuela era la más barata de la zona accesible para la clase media emergente del barrio y que hoy es una de las más caras de La Paz. Tienen una perra -llamada Toulouse- y un gato que responde a Dalú.

* * *

Lucía: Me gusta esta casa porque es súper céntrica, no estoy en plena avenida, no hay ruido ni incomodidades, y a unos pasos está todo lo que necesito. Si me antojo ir a comer algo, lo encuentro a una cuadra de mi casa, es muy práctico. No tengo amigas en el barrio, todas viven afuera, pero siempre nos vemos en los cafés de San Miguel, en el Vainilla o el Juan Valdez por ejemplo, pues son lugares cómodos y ricos. Los domingos voy con mi papá a la Gelatería que me encanta. Me gusta mucho estar en mi cuarto, lo tengo decorado como a mí me gusta, disfruto de invitar a mis amigas. En general, salgo a la calle con mucha seguridad, aunque una vez me hicieron asustar. Resulta que era medio tarde, empezó a oscurecer, estaba caminando hacia la casa y bajó un tipo de un auto y se cruzó hacia la acera por la que yo iba. Crucé al frente y él hizo lo mismo. Me di la vuelta y empezó a perseguirme, me fui corriendo hasta la primera tienda abierta que encontré y la llamé a mi mamá llorando.

Chiara: A mí me encanta vivir en esta casa por muchas cosas. Primero, estamos cerca de todo. Segundo, me gusta el jardín. Tercero, me gusta el parquecito. Cuarto tengo una amiga que viene a jugar los jueves. Ella no vive aquí, es la hija de mis vecinos y va en mi colegio, pero una vez por semana visita a su abuelita y pasamos la tarde juntas. Me gusta mucho jugar en el jardín con mi perrita, a veces cuando estoy triste, salgo al jardín y respiro y se siente bien rico, me gusta más el jardín que mi cuarto. Una vez organicé un té con mis peluches en el jardín, los puse a todos en una mesita y les servía pastelitos, estuvo bonito. También disfruto que vengan mis amigas a hacer *pijamadas*, siempre el día de mi cumpleaños organizamos una fiesta y se quedan a dormir. Si tuviera platita construiría una casa de dos pisos para tener cuartos más cómodos, pero jamás un edificio. No me gustan los edificios. Jamás un edificio y peor en mi casita, no me gustaría ver cómo demuelen mis recuerdos. Los edificios no son mi tipo.

* * *

En la casa O # 22 viven tres generaciones de mujeres marcadas por socializaciones distintas que abarcan setenta años. Beatriz fue hija de un hacendado poderoso y próspero que murió cuando ella era una niña. Con una parte de la fortuna acumulada por el padre, se pagó una fuerte cuota de la vivienda de San Miguel y se compró un local comercial que fue la principal fuente de ingresos durante algunos años. Los pedazos de la fortuna paterna empezaban a dispersarse en nuevos inmuebles de menor valor. La otra parte de la cuota inicial vino de su suegro, militar próspero –que fue Ministro de Estado y alcalde de la ciudad-. Dos inercias familiares confluyeron: el eco de las fortunas acumuladas en el campo previo a la Revolución de 1952 que luego entrara en decadencia, y el ascenso de sectores medios vinculados a la burocracia estatal post 52 –en este caso militar- con posibilidades económicas para dar un capital semilla para el patrimonio de su hijo a la hora de empezar una nueva vida marital. Los dineros de dos orígenes distintos, pre y post revolucionarios –por supuesto que cada centavo lícitamente ganado-, recayeron en una joven pareja

con todas las características de la clase media emergente de los 60: profesionales en consolidación, pocos hijos, capital social y familiar expandido, capital cultural elevado para su época, claro futuro de desarrollo estable en el ámbito laboral. Era la familia típica que ponía en su casa –"mi casita", le dice Beatriz- muchas cosas: seguridad, paz, comodidad, patrimonio.

Pero a diferencia de las familias estándar de características sociales similares que ocuparon San Miguel en sus inicios, a los Suárez les acompañó la vida política del país, y los golpeó con particular dureza la dictadura. La casa fue testigo de la represión. Beatriz subraya su emoción al ver que su domicilio no había sido allanado por paramilitares. Ahí se llevaron a cabo reuniones clandestinas, se refugió gente perseguida, se elaboraron planes de resistencia. Desde la O # 22 Beatriz despidió a su marido por última vez cuando partía a una reunión de la cual no volvería jamás; fue un 15 de enero de 1981, fecha que ahora se recuerda como el día que mataron a los Mártires por la Democracia. Pero también es en el living de ese lugar donde se festejó el fin de la era dictatorial, ahí cantaron y bailaron personajes que luego dirigirían el país. Ahí se tejieron sueños y esperanzas.

Patricia, que nació en 1966, es el reflejo de una clase media urbana. Estudió en el Colegio Franco Boliviano y luego en la Universidad Católica. Viajó por varios lugares del mundo y logró acumular un capital que le da cierta holgura. Vivió una infancia de barrio jugando con los vecinos y saliendo sola en bicicleta por las calles. Su casa fue el lugar de estabilidad, sufrió la dictadura desde los ojos de una niña, vio pasar a personas que tenían distintos nombres, supo guardar secretos y manejar discursos diferenciados en la escuela y en el hogar para no ventilar las andanzas políticas del padre. Disfrutó de su domicilio de distintas maneras, hizo fiestas y reuniones con amigos. Cuando se casó partió al extranjero, pero cuando fue necesario, volvió a ocupar los cuartos sea con el marido o, luego de su divorcio, sola con sus dos hijas. Luego de un tránsito o por distintas instancias laborales, finalmente se insertó como funcionaria municipal hace dos años. La era del gobierno de Evo Morales le afectó al no favorecer un ascenso en su condición de clase.

Lucía y Chiara nacieron en el giro del siglo. Por la posición de sus padres, y con gran sacrificio, logran continuar sus estudios primarios en uno de los colegios más caros

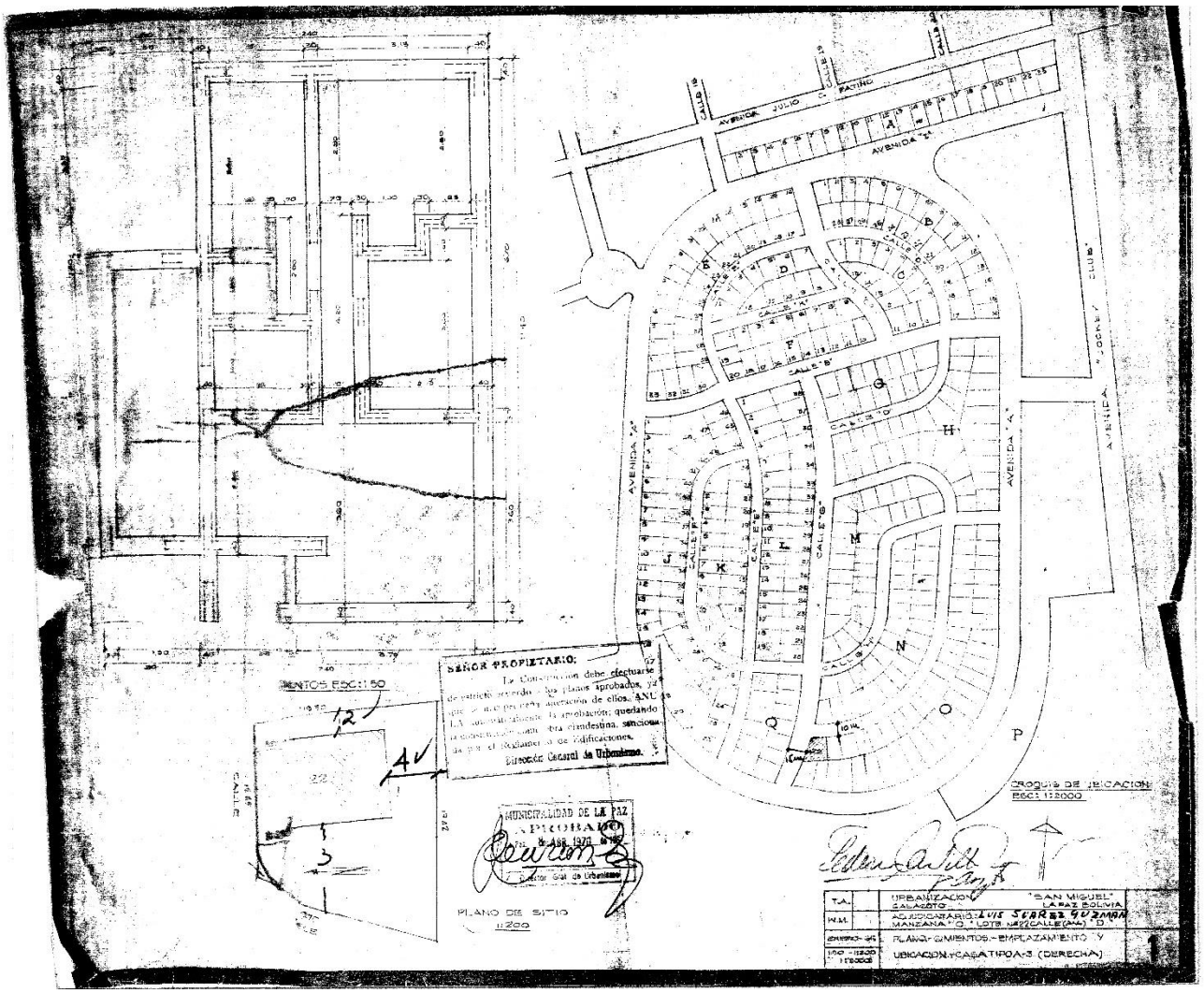
de la ciudad. Ahí construyen un capital social y cultural que habrá que ver a dónde las conduce en los próximos años. Su relación con el domicilio y el barrio es diferente a la de su madre y de su abuela. Su vida de calle es limitada por razones de seguridad y de los nuevos tiempos. Disfrutan del espacio interior, pero la casa representa algo muy distinto.

En el domicilio de los Suárez se entretejen tres dimensiones distintas. Por un lado es un patrimonio familiar, el único con el que cuentan. Por otro lado, es el lugar de vida cómoda que va con el estilo al cual se han acostumbrado; les gusta salir a caminar, cuidar el jardín, criar perro y gato. Finalmente, las paredes resguardan la memoria de la historia densa de la familia; el padre, la abuela, la política, los episodios dolorosos y gozosos sucedieron ahí. Son más de cuarenta años sin mudarse, y sin mutación territorial y ni emocional.

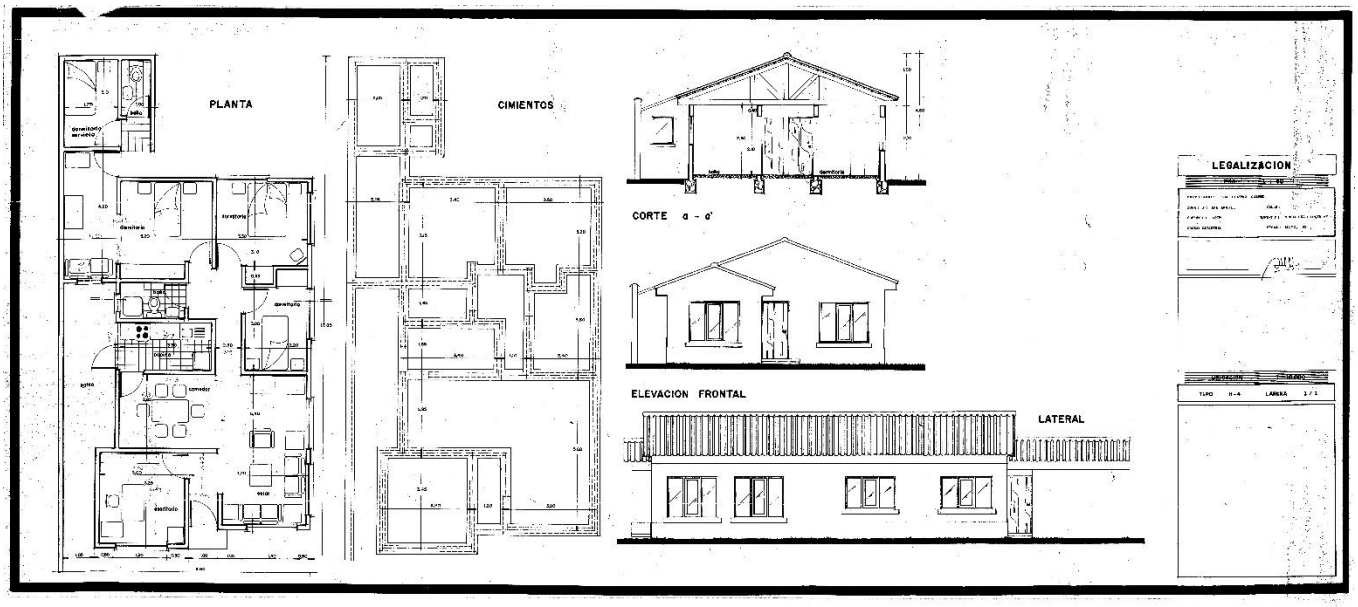
Este es el tipo de familia que, siendo heredera de una fortuna, la vida no le permitió un crecimiento mayor. Mientras que los vecinos levantaron segundos pisos, cambiaron de barrio o construyeron edificios, ellos no pudieron hacer las mínimas reformas soñadas. Los únicos cambios se llevaron a cabo cuando el marido todavía vivía; luego de su fallecimiento, la madre sostuvo con su trabajo a la familia entera, logrando que sus hijos tuvieran formación profesional, pero sin poder implementar su sueño de una casa más amplia. A diferencia de Gabriela (analizada en el capítulo anterior) cuyas características sociales eran muy similares pero cuyo marido sí pudo trabajar y jubilarse exitosamente, los Suárez tuvieron que sortear dificultades económicas severas luego de la desaparición del principal sostén económico, y las décadas de trabajo de Beatriz sólo alcanzaron para acumular años de educación para sus hijos. Su historia tampoco se parece a la de Liliana que levantó una microempresa familiar. Un dato curioso es que cuando Beatriz vivía en la hacienda de su padre en los cuarenta, miembros de la familia del esposo de Julia (evocada previamente) eran sus empleados. Las décadas y las trayectorias de vida hicieron que la nueva generación comparta el barrio pero con capitales económicos completamente diferentes.

PLANOS Y DOCUMENTOS DE LA VIVIENDA

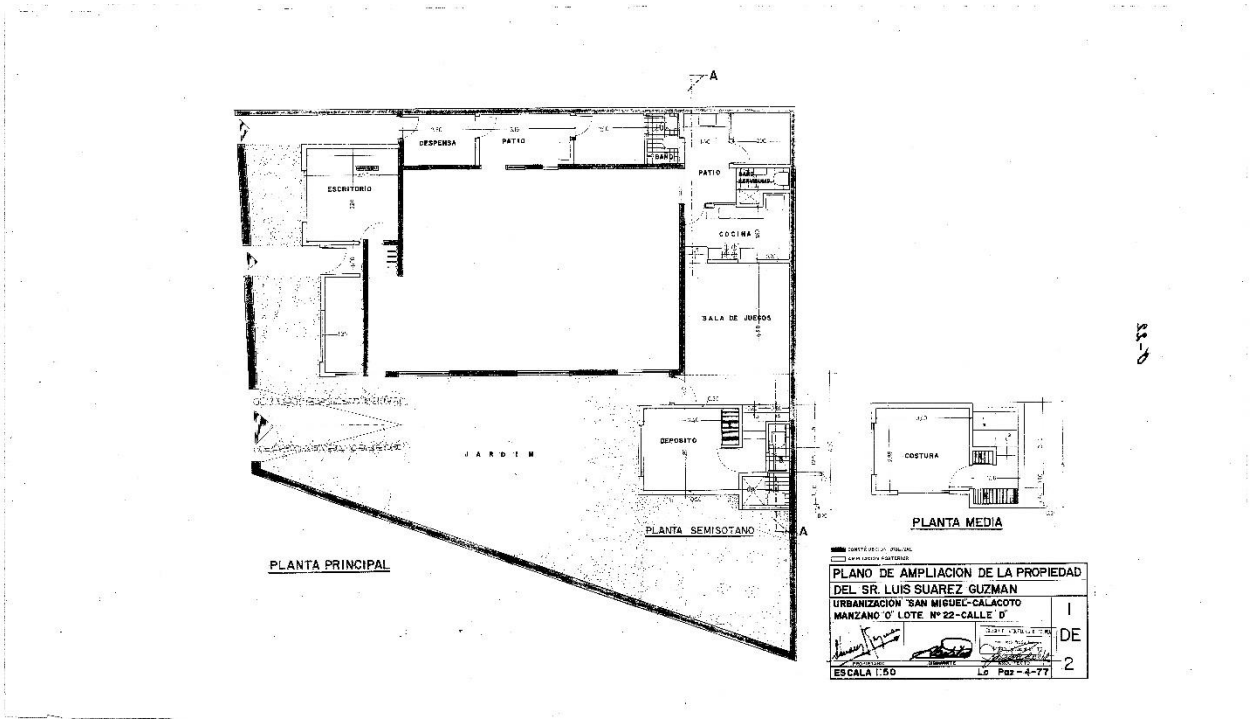
i. Plano original de la vivienda Luis Suárez. 1970



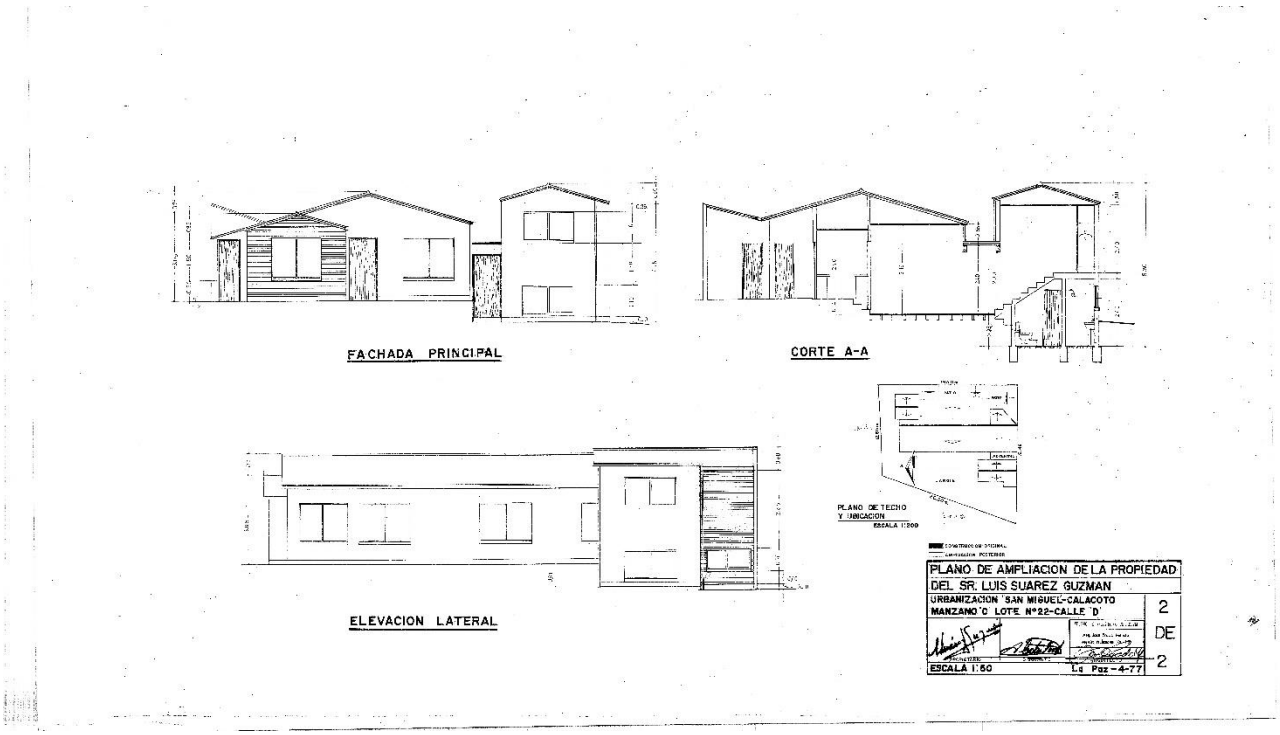
ii. Primera ampliación.



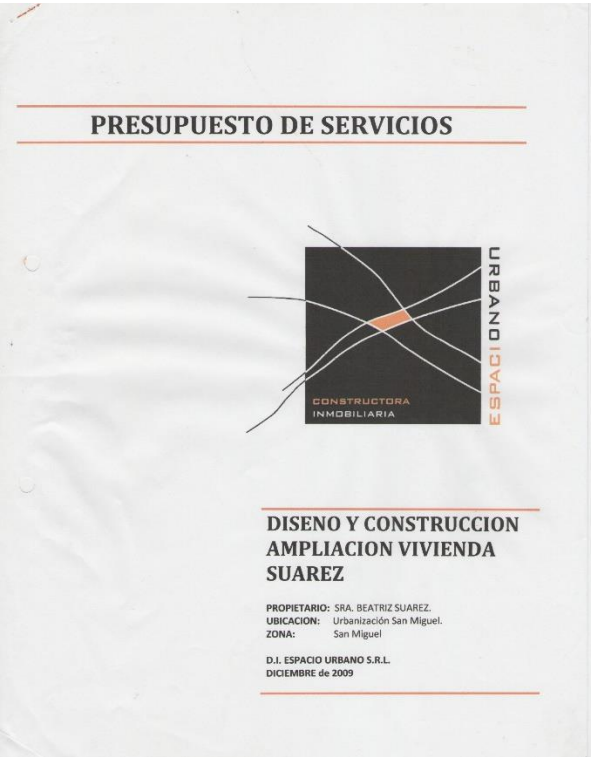
iii. Segunda ampliación. 1977. Planta principal



iv. Segunda ampliación. 1977. Fachada, elevación y corte.



v. Presupuesto para tercera remodelación nunca llevada a cabo. 2009.



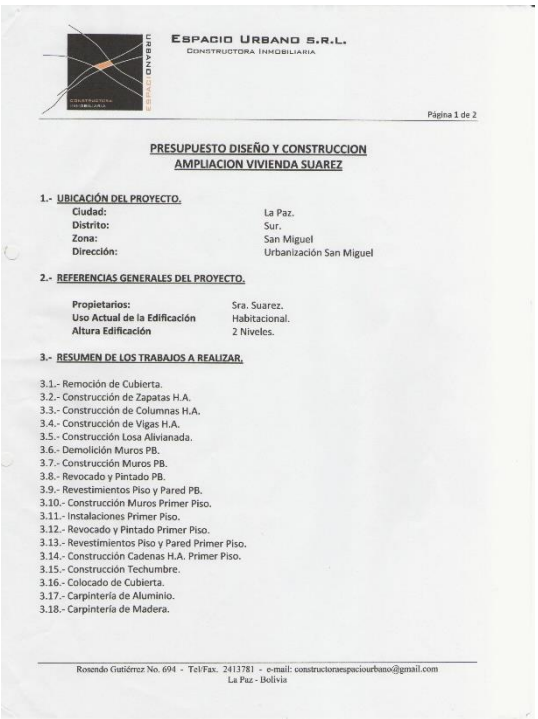
PRESUPUESTO DE SERVICIOS

ESPACIO URBANO
CONSTRUCTORA INMOBILIARIA

DISENO Y CONSTRUCCION AMPLIACION VIVIENDA SUAREZ

PROPIETARIO: SRA. BEATRIZ SUAREZ.
UBICACION: Urbanización San Miguel.
ZONA: San Miguel

D.I. ESPACIO URBANO S.R.L.
DICIEMBRE de 2009



ESPACIO URBANO S.R.L.
CONSTRUCTORA INMOBILIARIA

Página 1 de 2

PRESUPUESTO DISEÑO Y CONSTRUCCION AMPLIACION VIVIENDA SUAREZ

1.- UBICACIÓN DEL PROYECTO.

Ciudad:	La Paz.
Distrito:	Sur.
Zona:	San Miguel
Dirección:	Urbanización San Miguel

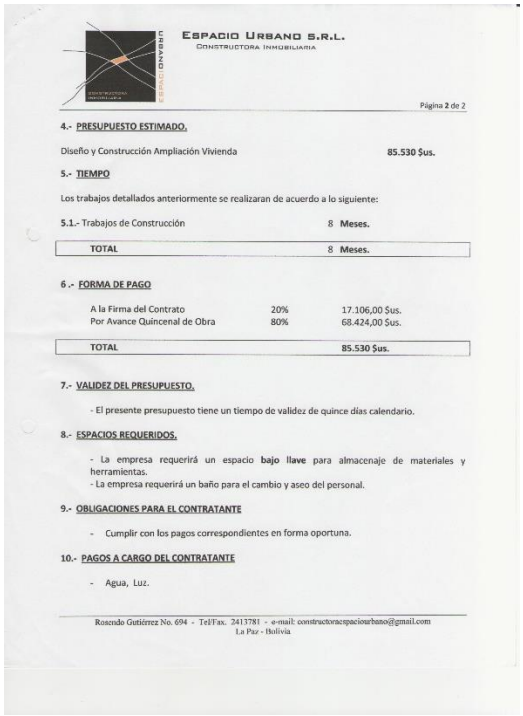
2.- REFERENCIAS GENERALES DEL PROYECTO.

Propietarios:	Sra. Suarez.
Uso Actual de la Edificación	Habitacional.
Altura Edificación	2 Niveles.

3.- RESUMEN DE LOS TRABAJOS A REALIZAR.

3.1.- Remoción de Cubierta.
3.2.- Construcción de Zapatas H.A.
3.3.- Construcción de Columnas H.A.
3.4.- Construcción de Vigas H.A.
3.5.- Construcción Losa Alivianada.
3.6.- Demolición Muros PB.
3.7.- Construcción Muros PB.
3.8.- Revocado y Pintado PB.
3.9.- Revestimientos Piso y Pared PB.
3.10.- Construcción Muros Primer Piso.
3.11.- Instalaciones Primer Piso.
3.12.- Revocado y Pintado Primer Piso.
3.13.- Revestimientos Piso y Pared Primer Piso.
3.14.- Construcción Cadenas H.A. Primer Piso.
3.15.- Construcción Techumbre.
3.16.- Colocado de Cubierta.
3.17.- Carpintería de Aluminio.
3.18.- Carpintería de Madera.

Rosendo Gutiérrez No. 694 - Tel/Fax. 2413781 - e-mail: constructoraespaciourbano@gmail.com
La Paz - Bolivia



ESPACIO URBANO S.R.L.
CONSTRUCTORA INMOBILIARIA

Página 2 de 2

4.- PRESUPUESTO ESTIMADO.

Diseño y Construcción Ampliación Vivienda **85.530 $us.**

5.- TIEMPO

Los trabajos detallados anteriormente se realizaran de acuerdo a lo siguiente:

5.1.- Trabajos de Construcción	8 **Meses.**
TOTAL	8 **Meses.**

6.- FORMA DE PAGO

A la Firma del Contrato	20%	17.106,00 $us.
Por Avance Quincenal de Obra	80%	68.424,00 $us.
TOTAL		**85.530 $us.**

7.- VALIDEZ DEL PRESUPUESTO.

- El presente presupuesto tiene un tiempo de validez de quince días calendario.

8.- ESPACIOS REQUERIDOS.

- La empresa requerirá un espacio **bajo llave** para almacenaje de materiales y herramientas.
- La empresa requerirá un baño para el cambio y aseo del personal.

9.- OBLIGACIONES PARA EL CONTRATANTE

- Cumplir con los pagos correspondientes en forma oportuna.

10.- PAGOS A CARGO DEL CONTRATANTE

- Agua, Luz.

Rosendo Gutiérrez No. 694 - Tel/Fax. 2413781 - e-mail: constructoraespaciourbano@gmail.com
La Paz - Bolivia

CAPITULO 7

RAYUELA DE LOS RECUERDOS

> "Tomado por separado, cada uno de mis 'casos' es una anécdota; todos juntos, son un análisis de la amplitud –y por tanto en profundidad- de las reacciones del científico a sus datos y su 'hacer ciencia'"
>
> (Devereux, 2012: 23)

> "¿Cómo, si no, puede ser que partiendo de experiencias momentáneas y eventos presenciados a medias uno acabe, como suele ocurrir, con hechos formados, escritos, pormenorizados? Parece que esto ocurre principalmente por medio de una especie de ensamblaje de figuras sintéticas que vamos haciendo a lo largo del camino: imágenes construidas que nos dicen cómo se conectan las cosas"
>
> (Geertz,1996: 27)

I. ESCARBANDO EN LA MEMORIA

Insectos y animales

El sapo

Ya era tarde, mis padres estaban acostados en la cama cuando de pronto sintieron un movimiento en el suelo. Era un enorme sapo. Rápidamente la discusión fue quién lo iba a sacar, mi papá argumentaba que mi mamá había vivido mucho tiempo en el campo y que tenía experiencia en ese tipo de bichos, pero su respuesta fue muy contundente: "A mí no me dan miedo los sapos", se dio la vuelta y continuó su sueño. Mi padre, siempre inquieto por ese tipo de animales. Sacó una escoba y con el cuidado y distancia respectivos fue empujando al sapo hacia la puerta trasera. Finalmente, luego del evidente stress, pudieron dormir tranquilos.

Las lagartijas

En la casa nunca vi una lagartija, pero en el cerro del frente era fácil encontrarse con una de ellas. Entre los amigos se comentaba que eran muy rápidas, y que si se las atrapaba de la cola, como mecanismo de defensa la dejaban caer para poder escapar y luego les crecía una nueva. Nunca pude corroborar, pero incluso no faltaban quienes afirmaban haber visto alguna lagartija con piel de distintos colores, lo que implicaba que había sido atrapada pero había logrado huir. También se decía que se escondían en los matorrales, así que para verlas había que tirar tierra y salían corriendo. A pesar de mi esfuerzo, nunca pude tener al escurridizo animal cerca, pero me sigue pareciendo atractivo hasta hoy.

Moscas

En San Miguel había muchísimas moscas. No sé si era por el río o por el mercado, pero su presencia cansaba. Las empleadas decían que en la mañana salían de la casa y en la tarde entraban, por lo que las ventanas estaban abiertas en las primeras horas del día y cerradas en las últimas. Dejar un cuarto con la ventana abierta en la tarde era una invitación a que se llenara de moscas, y en las noches no había cómo sacarlas. Desarrollamos varios métodos, desde ahuyentarlas con un trapo hasta matarlas con un "mata-moscas". No sé cómo, cuándo ni por qué, pero las moscas fueron desapareciendo paulatinamente.

La serpiente

Cerca del Centro Comercial había un gran tanque de agua en las alturas que seguramente en algún momento sirvió para abastecer a los domicilios de la zona. Estaba abandonado, pero tenía unas tentadoras escaleras por las cuales nunca subí. Se decía que arriba había una enorme serpiente. Alguna vez, cuando estaba con otros niños jugando, volteamos hacia arriba y efectivamente vimos algo sobresalir, nuestra fantasía infantil corroboraba fácilmente la hipótesis de la serpiente que asomaba la cabeza. Claro, el relato de los niños más audaces -o mentirosos...- decía que alguna vez habían subido hasta la cima del tanque y habían visto la serpiente directamente. Como eran los niños más grandes, todos creíamos la fantástica historia.

Ladrones

Era cosa diaria el tema de los robos, pero no se trataba de asaltos organizados como los que ahora suceden, sino de entrar a los domicilios en las noches como si se tratara de una película. En mi casa nos robaron muchas cosas: un triciclo, ropa, mangueras, etc. etc., todo del jardín. Pero el robo que más me impresionó fue el de los pinos de navidad. Resulta que como teníamos unos enormes pinos en la reja, año tras año dejábamos crecer una puntita que con el paso de los meses se convertía en un precioso pinito navideño. Sólo debíamos cortar la parte que habíamos dejado crecer en el año, y como teníamos varios, nutríamos a toda la familia. Una noche, el perro ladró más de la cuenta, pero nadie salió a ver qué sucedía. Resulta que los ladrones no tuvieron necesidad de entrarse al jardín, se pararon en el amplio muro y desde ahí cortaron con un serrucho la parte del árbol que les iba a servir. Ese año tuvimos que comprar un arbolito de navidad.

Árboles

De niños teníamos una intensa relación con los árboles. Los conocíamos en detalle, sabíamos cuáles eran buenos para trepar, cuáles eran débiles o peligrosos. También teníamos claro que algunos tenían la distancia necesaria como para servir de arco y jugar con la pelota, o incluso alguno servía para amarrar una liga para saltar. Con mi prima, uno de nuestros pasatiempos era treparnos a los árboles -ella tenía mucha habilidad física-, e incluso en alguno de ellos construimos algo que podría semejarse a una casita de madera. La gran travesura era treparnos a un árbol estratégicamente ubicado en una calle por donde pasaba el micro, y cuando éste venía, empujar una rama para detenerlo asustando al chofer.

Pero los árboles también tenían su lado oscuro. Con tantas historias que escuchamos en la dictadura, se decía que los paramilitares podían esconderse en ellos y tomarnos presos en cualquier momento. Incluso cuando crecimos, nos quedamos con el hábito de no pasar por debajo de un árbol cuando es de noche.

Disparar al cerro

Como mi padre era hijo de militar, en casa teníamos algunas armas sencillas, una pistola o alguna escopeta. Un día decidimos ir a jugar puntería al cerro. Con el cuidado respectivo, mi padre llevó la pistola y las balas y emprendimos el paseo. Por

supuesto que nosotros, los hijos (mi hermana de 12 y yo de ocho) no tocamos el arma, pero recuerdo que él y mi mamá lo hicieron apuntando a unas latas viejas.

A la vuelta a casa mientras caminábamos, mi hermana y yo, que veíamos a mi padre como un anciano -en ese momento tenía como 35 años- lo desafiamos a una carrera. Estábamos seguros de que íbamos a ganar al decrépito señor. Nos dijo: "bueno, empiecen a correr, el que llegue al poste de la esquina gana". Ni bien partimos sentíamos la gloria del triunfo seguro pero de pronto, en cuestión de pasos, nos adelantó y por supuesto ganó. Nunca más volvimos a desafiarlo.

El miedo al río

El río no estaba entubado. Era una amplia playa con un pequeño chorrito que fácilmente se lo podía pasar de un salto. Pero cuando se enojaba, el río mostraba su fuerza. En varias ocasiones me tocó ver cómo el agua "se comía" la tierra, pues el cause estaba unos tres metros hacia abajo. Cuando llegaba la lluvia, poco a poco el agua se metía por debajo de la tierra hasta desprender pedazos enteros. Como iba al colegio que estaba a la orilla del río, en algún recreo me tocó ver la paulatina victoria del agua sobre la tierra; así fue como el colegio -hoy Loreto- perdió unos buenos metros de su territorio. Como referencia quedó un poste lejano al medio del río al cual todos mirábamos sabiendo que hasta ahí llegaba la valla escolar antes de la última riada.

El espectáculo tenía su lado tenebroso, pues la pregunta obligada era hasta dónde podía llegar el río. Regularmente poníamos la interrogante a mis padres, incluso por años yo no podía consolidar el sueño cuando empezaba la lluvia por el temor de que en algún momento el río pudiera llegar a mi casa. Fue sólo cuando el río se entubó que pude dormir tranquilo.

Oficios de la calle

El heladero

Mientras comíamos, escuchábamos inconfundible grito: "helados Frigo". Salíamos corriendo y ahí estaba el heladero, vestido íntegramente de blanco, con una caja de madera azul colgada al hombro sostenida por un cinturón de cuero y un gorro inscrito con el nombre de su producto. Ni bien abría la caja, salía vapor que indicaba

la temperatura interna que albergaba los helados. Mi preferido era uno de vainilla rodeado de galletas y bañado en chocolate, envuelto en papel estañado.

El afilador

Para nosotros pasaba sin importancia, pero escuchábamos el silbido tradicional del afilador y la empleada salía corriendo con los cuchillos. Gritaba: "afilador" y éste daba con la puerta de la casa. A mí me encantaba verlo hacer su trabajo. El aparato era de fierro con una rueda enorme que se conectaba mediante un cuero la pequeña rueda en la cual se pasaban los cuchillos. Todo se movía con la potencia de un pedal que con maestría y precisión impulsaba el afilador mientras el cuchillo sacaba chispas. Me entretenía mucho verlo trabajar, incluso alguna vez intenté ayudar sin ningún éxito. Había que tener fuerza y práctica. Había que conocer el oficio.

El llamero

Como toda la zona no estaba tan urbanizada, las calles de San Miguel seguían siendo lugar de paso y transporte de animales. Para los niños era un espectáculo ver pasar a los llameros, cuando lo hacían, salíamos a buscarlos. Eran decenas de llamas que pasaban por nuestra puerta. Con los tradicionales miedos urbanos, no faltaba la advertencia: "tengan cuidado, no se acerquen mucho, pueden escupir".

¿Vives en esa ratonera?

Cuando llegamos a vivir a San Miguel, a principios de los setenta, la gente pertenecía a una clase media con capacidad mínima de ahorro y crédito que se endeudó por décadas con la perspectiva de tener una casa. Por practicidad, muchos entraron al colegio Franco Boliviano que era el más barato de la zona y estaba en el barrio.

Las cosas fueron cambiando, las casas empezaron a valorizarse y el público o hacía reformas importantes en su terreno o simplemente se cambiaba de barrio. El Colegio Franco Boliviano dejó de ser una escuela de clase media y se convirtió en una opción educativa de élite, trasladándose al barrio de Achumani. Muchas cosas habían cambiado, pero el paulatino ascenso social fue desigual. Mi familia se quedó anclada en la clase media -y con la muerte de mi padre casi descendió en la escala social-. Llegó un momento en que las compañeras de curso de mi hermana le criticaban el que vaya a una fiesta con el mismo vestido por segunda vez consecutiva. Pero lo más

hiriente fue cuando alguna vez una de ellas dijo: "no sé cómo pueden vivir en esas ratoneras".

Y claro, las casas de San Miguel eran chicas respecto de la nueva élite que se había trasladado a La Florida o La Rinconada. El Colegio Franco todavía arrastraba un desajuste, tenía gente que ya había alzado vuelo y otra que estaría condenada a quedarse. Territorio, escuela y clase no estaban sincronizados.

Micro A.

En aquellos años, el único micro que llegaba a la Iglesia de San Miguel desde el centro era la línea A. Pero la particularidad era que, de acuerdo a la demanda y voluntad, entraba el barrio o se seguía de largo por la Avenida Ballivián. Si sí lo hacía, giraba a la derecha por la calle 18, rodeaba media circunvalación, tomaba la calle Julio Aliaga y volvía a salir. La decisión de entrar o no dependía de la tensa y espontánea "negociación" que se establecía rápidamente entre los pasajeros y el chofer. Cuando el micro estaba por la calle 17 de la Avenida, algún pasajero ponía una pregunta imponente: "¿va a entrar a San Miguel no?"; aunque en ocasiones, si el conductor era sensible, de él partía la pregunta: "¿Alguien va a San Miguel?".

La pelea era constante, pues normalmente el chofer no quería alargar su camino y los pasajeros queríamos quedar un poco más cerca de casa. Incluso alguna vez mi madre se agarró a gritos con el conductor que no quiso acercarla y pretendió obligarla a bajarse en la Avenida. Ella se sentó y dijo: "de aquí no me muevo". El chofer siguió su ruta, dejó a todos y llegó a su terminal. Mi mamá no se movía. Le advirtió que ahí se quedaría hasta que la lleve donde tenía que dejarla. Luego de palabrerías, el conductor no tuvo otra que llevarla hasta la puerta de nuestra casa.

Pero no siempre era así. Alguna vez, recuerdo que éramos pocos en el micro, y al llegar al lugar decisivo, dos pasajeros gritaron como cinco veces emulando distintas voces "San Miguel, San Miguel, San Miguel, San Miguel, San Miguel". Mi madre y hermana nos plegamos a la demanda, así que parecíamos un gran grupo. La presión fue mayor y ganamos la batalla.

La llegada de Ricardo.

Mis papás nos habían anunciado que esa noche vendría un amigo a quedarse unos días a casa. Mi hermana y yo sabíamos cómo estaba el asunto, aunque no los detalles. Era claro que no había que hablar de política en la escuela, teníamos clarísimo quienes eran los buenos y quienes los malos, vivíamos el miedo –que quizás sea el sentimiento más transparente- en los momentos adecuados. Así que esa noche, era claro que Ricardo no era una visita usual.

Lo primero que supimos fue su nombre de batalla: Alfonso. Alfonso era Ricardo Navarro, que unos meses más tarde sería asesinado junto a mi padre. Pero esa noche todo era novedad. Nos dieron la instrucción de que Patricia y yo dormiríamos junto para hacer campo a Alfonso. La curiosidad nos picaba. Quedamos en el cuarto cerrados jugando mientras los papás charlaban en la sala. Llegó la hora de dormir y todos empezaron a retirarse. Todavía no lo habíamos visto, así que en una traviesa aventura nos subimos encima de la cama y estiramos nuestros cuellos tanto como se podía para ver por la pequeña ventana de la parte de arriba de la puerta, que era una característica de las construcciones de San Miguel. En un despiste, pasó Alfonso y nos descubrió observándolo, y como era alto, nos saludó casi cara a cara. Sentimos una extraña sensación de haber sido descubiertos. El enigmático invitado, ahora tenía un rostro.

Cuando Ricardo estaba clandestino en casa, se enfermó creo que de salmonelosis o algo así. No había posibilidades de traer un doctor conocido por el riesgo que implicaba. Se tuvo que buscar a alguien lejano y contarle la historia de que era un familiar recién llegado. La visita y el diagnóstico fue adecuado, pero todavía quedaba el problema del tratamiento posterior: había que inyectarle –ignoro qué- vía intravenosa. Recuerdo a Ricardo en la cama con el brazo descubierto y mi tío –estudiante de economía que no tenía idea de enfermería- insertándole la aguja. Ricardo daba las instrucciones mientras la inyección le levantaba la piel y mis ojos quedaban asombrados: “no hermano, no estas encontrando la vena, tienes que meterla un poco más profundo”.

La venganza del Maestro Gutiérrez

Era el albañil de la casa. Mis padres requerían a sus servicios regularmente para todo tipo de arreglos en un momento en el que las condiciones de vida en San Miguel eran muy accidentadas. Su calidad profesional y humana estaban fuera de duda, además era muy honesto y cumplido, es decir tenía todos los atributos para una buena relación laboral. Algún día el Maestro Gutiérrez fue contratado por un vecino -le decíamos "El coronel"-; mi mamá le aconsejó que no trabajara ahí porque tenía fama de ser abusivo con los empleados, pero no le hizo caso, así que terminó haciéndole el muro exterior de su casa. A la hora de cobrar comenzaron los problemas, el empleador quiso pagarle mucho menos de lo acordado, y claro, el trabajo ya estaba hecho no había marcha atrás. Fueron semanas de idas y venidas, de palabreos y desavenencias sin llegar a una resolución, hasta que cierta mañana, una parte del muro amaneció completamente destruido. El Coronel estalló en furia, y tiempo después el Maestro Gutiérrez nos contó que esa noche, él y su familia emprendieron la meticulosa y silenciosa tarea de demoler su trabajo que no había sido correctamente pagado.

Perros

Del primero casi sólo recuerdo su nombre: Atila. Era un bello pastor alemán, hijo de los perros de mi abuelo, con un pedigrí impresionante. Luego me enteré que era un descendiente del "sargento Atos", un can traído de Estados Unidos para combatir a la guerrilla del Che que se habría ganado el grado militar por su participación en combate -al menos eso me contaba un tío-. Paradojas de la política y la historia, el nieto del "sargento Atos" fue a dar a casa de un militante de izquierda. Cuando murió mi mascota, nos llegó un hermano suyo que sólo atinamos a nombrarlo Atila 2. No guardo muchos episodios con él; un día desapareció y salimos en la noche a buscarlo caminando las calles del barrio gritando su nombre. En una casa, un animal respondía a nuestro llamado con ladridos desesperados, tuvimos la certeza que era él. Tocamos el timbre y no nos abrieron. Volvimos desilusionados, pero a los pocos minutos, llegó Atila 2 batiendo la cola. Nunca tuvimos una explicación muy clara a lo acontecido, sólo la sospecha de que fue robado y que lo soltaron luego de nuestros llamativos gritos.

Años más tarde, llegó Otelo. Su nombre tenía más prestancia que su cuerpo. Era una *cocker* degradado, más grande de lo normal y con orejas demasiado cortas, un poco flaco. Completamente negro. Pero la forma de *cocker*, la tenía. Primero fue la mascota de una tía que no tenía hijos, así que lo trató como tal. Estaba acostumbrado a comer *Nesquik* de frutilla con leche –producto caro y muy poco común en aquellos años- y dormir en la cama con ella. Cuando llegó a casa tuvo que adecuarse a su nueva realidad: comer lagua hecha por la empleada y ocupar la casita de perros que teníamos en el jardín. El cambio de ambiente parece que le provocó desajuste emocional, concluimos que era medio neurasténico. De pronto cambiaba de humor sin razón. En una ocasión, mientras mi prima -que tendría unos 8 años- lo estaba acariciando, reaccionó violentamente con ladridos y le mordió en el rostro. Un drama que involucró a toda la familia. Pero un día Otelo se fue, simplemente salió y nunca más volvió.

Luego vino Vodka, vaya nombre. A mi madre se lo regaló un amigo suyo estudiante de psicología, le contó que era la mascota de un paciente con severos problemas psíquicos que pegaba al perro y que lo iba a matar. El buen corazón de mi mamá hizo que le abriéramos las puertas. Lo bautizamos con ese nombre que cargaba algo de conflicto. Era muy difícil educarlo, cuando uno lo quería reñir porque se había hecho pipí en la casa, primero ponía la cola entre las piernas, se hacía más pipí, y luego nos gruñía. Así las cosas, nos costó meses organizar su itinerario biológico y que aprendiera las formas de vida en una casa relativamente normal. Al final, aprendió y era muy amable, pero en algún lugar guardaba mucha rabia que la manifestaba intentando morder a quien pasaba por la reja sacando medio cuerpo por encima de ella y, a menudo, alcanzando el brazo del paseante. Nos generó enormes problemas y varios vecinos que quisieron matar a nuestro animal con justa razón. Pero la muerte le llegó después. Mi madre lo llevó al veterinario porque estaba enfermo y lo tuvo que dejar una noche. Con lo miedoso que era, al día siguiente vino el médico a informarnos que Vodka había muerto, nos trajo su cuerpo. Seguramente no soportó la sensación de desamparo y soledad en la oscura celda del consultorio. Recibí la noticia cuando estaba en México, fue triste.

Finalmente Lulú. El nombre era tan cursi como ella misma: era una *poodle* con pedigrí recortada como perrita de caricatura. Se la regaló a mi madre un novio muy ad hoc con el regalo. Llegó cachorrita, y ciertamente era una monería. Fue creciendo y se la trababa a la altura de su pedigrí: dormía con mi mamá, acudía regularmente a la peluquería y salía a pasear con correa. Llegó justo cuando mi hermana y yo dejamos el país, mi madre bromeaba diciendo que ella era nuestra hermanita chiquita. Envejeció y tuvimos que "dormirla", fue enterrada en el jardín.

Pero quizás el perro que más me impresionó fue uno callejero. Siempre estaba afuera y "pertenecía" a los chicos del barrio. Era blanco con café, relativamente imponente, parecía el galán de *La Dama y el Vagabundo*. Un día, a unos metros de mi puerta, el animal, sin nombre, empezó a temblar con las patas estiradas. Rápidamente todos los niños nos juntamos a su alrededor. Algunos decían que le habían dado carne con vidrio molido, otros que lo habían envenenado. Las dos posibilidades eran reales, pues la gente solía matar a los animales que estorbaban el paso en las calles o que eran agresivos. Eran como las once de la mañana, faltaba poco para ir a comer. El perro agonizaba frente a los perturbados ojos de los niños. Las conjeturas de la razón de su sufrimiento iban de la mano de las soluciones improvisadas. Unos sugerían que había que llamar a un veterinario, otros que había que darle agua, alguno más proponía traer una pistola y matarlo para que no sufra. El perro se fue apagando entre los temblores y las elucubraciones de quienes lo mirábamos hasta quedar tieso. Ya era medio día, me llamaron a comer.

II. CASAS E HISTORIAS

H – 2

Luego de las clases de inglés a las que iba a regañadientes, fuimos a la casa de un amigo mío. Habrán sido las cuatro de la tarde. Cuando llegamos, tenía en un cuarto pequeño un Atari con toda la conexión para el juego: la televisión, las sillas, los controles. Sólo faltábamos nosotros para sentarnos y darle buen uso. Así lo hicimos. Las horas pasaron y cuando me di cuenta ya eran como las ocho de la noche, tenía que volver a casa rápidamente. Descubrí entonces que el tiempo es un duende

juguetón. El reloj no es más que un detalle, su aliado o enemigo, pero que le obedece sólo en ocasiones especiales. Cuando llegué a casa no recibí un regaño –ese nunca fue el estilo de mi madre-, pero tuve mayor conciencia de lo que implicaba "dejarse llevar", entrar en situaciones donde perdemos el control del tiempo y de la razón. Ese incidente de cierta manera marcó mi relación con la tecnología, o más bien con los juegos y descubrí la facilidad con la que podía caer en sus brazos. Pero también, en su rostro generoso, fue la primera vez que supe que los minutos iban más de prisa en circunstancias especiales. Y de ellas, por supuesto, las largas tardes amorosas donde, como dice Silvio, entre el beso inicial y el de adiós se construye el infinito.

K – 11

Alguna vez, ahí por mis quince años, me invitaron a formar parte de un grupo de jóvenes del barrio. Había hecho intentos anteriores, formamos uno con un par de chicos de mi curso –nos llamábamos los *Saints*- pero a las primeras de cambio fimos amedrentados y no progresó la iniciativa. En esta ocasión el asunto era distinto, era ya un grupo consolidado: los *Jakcals* (la reescritura del nombre inventando palabras formaba parte del asunto). Era una forma de encontrar una pertenencia territorial y etaria que me hacía una falta enorme. Estar entre ellos me dio seguridad y cierta autoestima, además de conocer un mundo de chicas vinculadas a la bandita. Pero a la vez la pertenencia tenía exigencias duras: las peleas. Dos eran las principales actividades en las tardes, ir a tomar té donde alguna adolescente, o ir a pelearse con otros grupos. Yo, siempre miedoso a los enfrentamientos corporales –con otros varones, claro-, prefería ser convocado a las primeras y evitar las segundas, aunque no siempre lo lograba.

Las tensiones eran radicales porque, siendo un barrio de clase media y blanca, el racismo era espantoso, lo que chocaba con mi posición ideológica. Alguna vez, en la casa K-11 donde vivían unos hermanos –de origen chileno, ya olvidé sus nombres- nos reunimos a tomar té. La conversación tornó deleznable pues se pusieron a contar como en las noches parte del entretenimiento era "ir a patear maricones al Prado y pegar *t'aras* en Cota Cota". Las anécdotas –que claro, entretenían a todos y alimentaban el encuentro- eran un horror. Cuando dejamos la casa pasó una cholita que iba caminando por la calle. En el juego racista, le quitaron su sombrero y se lo

tiraron unos metros más allá. Ella, con rabia e impotencia, agarró una piedra y amagó una respuesta; los jovencitos huyeron. Fue suficiente para entender la dinámica de clase de una sociedad colonial como la boliviana, las reacciones, las formas y comportamientos. Por supuesto no duré mucho tiempo en el grupo.

N-21

De niño adoraba salir en bicicleta. Me pasaba horas en ella y tenía amigos con quienes disfrutábamos de paseos y juegos. Alguna vez iba en mi bici por la acera y un perro empezó a ladrarme dentro de una casa. Seguí tranquilo porque había un muro entre los dos. Pero al llegar a la puerta del garaje, las patas del animal la abrieron y pudo salir y atacarme. Incrusto sus caninos en mi pierna, hasta que salieron los dueños y lo detuvieron. Me dijeron que no me preocupara, que estaba vacunado. Seguí mi ruta, llorando, hasta mi casa. Cuando llegué, al contar la historia mi papá estaba enfurecido. Quería salir a matar al perro y golpear a sus dueños. Afortunadamente no lo hizo, pero su rabia, mi cicatriz en la pierna y la sensación de desconfianza los animales dentro de los domicilios, no se me han borrado.

H – 4

Estaba en mi cama viendo la televisión cuando Carlos Mesa –entonces periodista que diariamente aparecía en las pantallas- informó una noticia que no hubiera querido escuchar: murió "la Ñaca" Orozco, hermana de su compañera de trabajo Gabriela. Su muerte fue sorpresiva, entro a una cirugía sencilla y no volvió. No tenía más de veinte años. Habíamos jugado con ella de niños porque era pariente de mi vecino. Salimos con mi mamá al velorio inmediatamente, y nos encontramos con toda la familia y varios personajes del ámbito público. Recuerdo la impresión de haber entrado a la sala de su casa donde alguna vez habíamos compartido otras cosas. Ahora todo el espacio del comedor lo ocupaba su ataúd. Fue una triste noche.

L – 20

Yo no tenía más de 9 años. En la esquina de la casa blanca con rejas bajas, la L – 20, vivía una chica que me gustaba. Recuerdo toda una tarde estar en la reja, no sé si charlando con ella o qué haciendo, pero con el tiempo que pasaba rápido. Al llegar a la casa, escribí el primer acróstico de mi vida. Se llamaba –o más bien le decían-

Tutti. Ignoro donde habrán parado esas mis primeras frases de amor, pero agradezco la enseñanza de que la palabra va de la mano con la pasión. Lo aprendí cuando prácticamente no sabía escribir; fue la mejor manera de meterse en el mundo de las letras.

N – 25

Mi abuela tenía una amiga cuyo hijo era de mi edad –o un año menor-. En una ocasión, se arruinó un interruptor de la casa y se me pidió que intente solucionar el problema. Yo era el responsable de esas tareas eléctricas y lo hacía relativamente bien. Al tardar en mi misión, se le ocurrió a mi abuela acudir al hijo de su amiga: "por qué no llamamos a Mauricio que dice que todo arregla en su casa?". Me sentí desplazado, inmediatamente me metí a las herramientas. No iba a permitir que me arrebaten mi lugar.

O – 24

El comportamiento de los vecinos era de lo más extraño. Todas las tardes salían al frente de su casa a eso de las 3 de la tarde, entraban a su auto viejo y comían mandarinas. Era casi un ritual. Cuando pasaron los años, comprendí parte del asunto. La posición de su domicilio daba la espalda al sol, por lo que el interior imagino que era muy frío. El calor se concentraba en el vehículo que estaba parqueado al frente para recibir los rayos desde temprano. Así, luego de la comida, el mejor lugar del postre era el coche. Razonamiento certero y práctico.

O – 23

Le decían "El Coronel". Nunca supe si poseía algún grado militar, pero el titulo le quedaba bien. Se lo veía en la tarde, siempre de terno oscuro y lentes. Tenía fama de intentar seducir a las cholitas, se dice que a los niños de las empleadas les regalaba dulces y les decía que informen a sus mamás para entrar en contacto con ellas. No sé si habrá tenido éxito o no, pero entre los chicos del barrio ocupaba el lugar de "viejo verde". Le perdí la pista rápidamente.

E – 31

Creo que estaba haciendo una encuesta para la parroquia, en mis años cuando mi participación en ella era bastante activa. Toqué la puerta de una casa y comencé con el cuestionario habitual, me abrió una chica joven –imagino que de unos veintitantos años-. Cuando llegue a la pregunta "Quién es el jefe de hogar?" me devolvió una contundente respuesta: en esta casa no tenemos jefes. Eran la época previa al discurso de género, pero ya se podían vislumbrar algunas luces refrescantes.

O - 2

No sé bien en qué momento, pero la casa por la que pasaba habitualmente (O -2,) se convirtió en un lugar religioso. Cuando era chico ahí vivían algunas personas, nada extraordinario. Pero de pronto empezó a venir otro tipo de público. Luego me entere que decían que ahí se había aparecido una Virgen. Dicen que primero fue una imagen, y luego se fue convirtiendo en un espacio auténticamente sagrado. En la actualidad, ya no es un domicilio, sino una capilla. Ignoro quién puede haber renunciado a una casa en San Miguel, con lo que cuesta en estos tiempos, y dejar que devenga en un lugar público de misas y rezos. La cosa es que ahora la sala y el comedor son un gran espacio con sillas para eucaristías. Curioso tránsito de casa a templo.

G - 14

Era plena la dictadura de García Meza, en 1980. La "Señora Doris", colega de trabajo de mi mama, conocida por ser de derecha, vivía a unas cuadras. La Central Obrera Boliviana había declarado huelga general en un clima de alta represión. La estrategia más segura de comunicar el mensaje de la COB era llamando por teléfono y repitiendo la siguiente frase: "La huelga de la COB continúa, llame a tres personas más", y colgar. Claro, era el tiempo de los aparatos antiguos, sin registro de número emisor. Decidimos llamar a la "Señora Doris" con el mismo mensaje. Al día siguiente, conto espeluznada: "anoche me llamaron de la COB. Sólo atine a colgar, poner la pistola en mi mesa de noche y dormir...".

M - 9

"El Paredes" vivía en la M - 9. Era un chico chaparro moreno con fama de buen peleador. No sé por qué, pero un día me advirtió que me quería pegar. La verdad

tuve miedo, tanto que cada que salía evitaba pasar por su puerta aunque tuviera que dar una vuelta más grande. Cuando no había otra, aceleraba el paso y me fijaba desde la esquina que no esté cerca. Una vez sorpresivamente me lo encontré al dar la vuelta una esquina, pero en vez de recibir golpes, me dio un caluroso saludo: "hola hermano". Nunca entendí qué paso. Me lo volví a encontrar años más tarde. Era camarógrafo de televisión. El tiempo había pasado.

J - 46

En esa casita vivía Rainer, el amigo alemán de mi papá. Era una persona muy solidaria y amable, le ayudaba en múltiples cosas políticas arriesgando el propio pellejo. Aquella noche hizo una guitarreada. Estuvimos nosotros cuatro (mi papá, mi mamá, mi hermana y yo) y ellos. Cantaron y contaron chistes. Fue una noche inolvidable. A los pocos días, asesinaron a mi padre el 15 de enero del 81, así que esa fue la última reunión de la que yo tengo memoria. Rainer tuvo el tino de grabar una parte de la noche. Tengo ese disco conmigo con uno de los recuerdos más vividos de aquel periodo.

D - 1

Esa tarde fue inesperada. Mi esposa -entonces éramos enamorados- me llamó informándome que su tío político había fallecido. Fuimos a su pequeña casa en el bloque “D”. Dos semanas antes él estaba muy saludable, pero se sintió mal, fue al médico y le detectaron un cáncer fulminante. Cuando llegamos a la casa el cuerpo estaba en la cama de una habitación, sólo estaban sus hijas que lo peinaban y besaban, y su esposa. Como yo era el único varón presente, aunque prácticamente no conocía a la familia, tuve que ayudar a alzar al cuerpo, llevarlo al comedor, hasta esperar que lleguen los servicios funerarios. La esposa tenía muchos problemas económicos, les faltaban recursos para organizar la despedida, por lo que todo se llevó a cabo en pleno living minimizando gastos, un rato de esos ella dijo: "en la vida hay que tener dinero para nacer y para morir". Fue la primera vez que me tocó tener que lidiar con un cadáver de manera tan directa.

M-30

Todas las mañanas salía a las ocho menos cuarto con la esperanza de cruzarme con Susana. Ella iba al Colegio Franco Boliviano. Cuando éramos niños estábamos en el mismo curso. La anécdota familiar fue que yo vivía enamorado de ella y traía su nombre constantemente a casa; la sorpresa fue cuando mi mamá habló con la suya quien le dijo que ella hacía lo mismo en la suya. Pero crecimos, estábamos en la promoción bordeando los 18 años, ella era guapa, *glamourosa* y elegante, y yo flaco, alto y tímido. Yo me había cambiado al colegio San Ignacio, ella seguía en el Franco. Cuando me acercaba a su casa, a menudo la veía salir con sus hermanos, me esforzaba porque mi paso, apresurado o lento, coincida con los pocos minutos en los cuales se metía a su auto. Por supuesto que no me saludaba, es más, ni me miraba. Sus gustos de infancia habían cambiado, los míos sólo se habían ajustado. Cuando paso por esa casa que ahora es una pizzería, recuerdo esos episodios matinales donde la fantasía importaba más que la realidad.

N - 9

Eran madre e hija, pero a ambas yo las veía como ancianas y de hecho así las conocíamos en el barrio: “las viejitas”. En el garaje de su casa pusieron una modesta tienda, que en su época era la única. No era muy surtida pero estaba cerca. El carácter de las viejitas era cosa aparte, si no tenían voluntad, podían decir abiertamente que el producto que uno estaba buscando no les había llegado, siendo que estaba a vista de todos. En las tardes, ponían una reja de madera en la entrada de la tienda y se metían al cuarto trasero, de manera que cuando uno llegaba tenía que gritar "véndame" para que salieran interrumpiendo su telenovela a atender al cliente.

Como era de esperarse, la madre falleció, y quedaron sólo dos hermanos, pero el varón tuvo una enfermedad severa que lo dejó en cama. La hermana, también muy mayor, era la encargada de atenderlo hasta en el menor detalle, pues se convirtió en un minusválido. Un día ella se cayó por accidente y falleció dentro del hogar. El hermano que no tenía condiciones para pedir ayuda y ni siquiera para sobrevivir sin su atención, también murió de hambre sin poder hacer nada.

Pasaron los días hasta que el olor a putrefacción fue invadiendo la acera. Fue cuando los vecinos solicitaron la intervención policial y se supo cómo había sido el desenlace trágico de las viejitas y su tienda.

N - 14

Se llamaba Teresa, en el barrio la conocíamos como la Señora Teresita. Cuando era niño, ella tenía mala-cara con las travesuras infantiles. Por ejemplo, si una pelota caía en su jardín, era un desafío ir a recuperarla, y lo más probable era que nos la devolviera pinchada. Su vestimenta era siempre enigmática, oscura. Sólo llevaba tenida negra y lentes verdes oscuros, cabello cortó teñido de castaño.

Años más tarde, me enteré que Teresita era maestra jubilada, sus hijos vivían fuera, uno en Pando y el otro en Estados Unidos. Su economía sólo se alimentaba de su magra jubilación, así que la casa y ella misma mostraban el deterioro económico sostenido. Su construcción seguía siendo la misma de hace años, no había sufrido ninguna reforma como todos sus vecinos.

Teresita resolvió su soledad criando animales. Tenía varios gatos y perros que, entre olores y sonidos, le daban un toque particular al domicilio. El 2012 los animales se mostraron especialmente alborotados, parecía que no tenían comida. Una vecina tocó a la puerta y, ante el silencio, llamó a la policía. Teresita había muerto unos días antes, y los animales lo hicieron saber.

El 2013 se inauguró en casa de Teresita un moderno restaurante. Tuvieron el cuidado de mantener la estructura de la casa antigua de San Miguel pero modificarla con elegantes ventanas y decoración, se llama Café Italia.

O- 21

A principios del 2010 mi vecina de la O 21 cambió su living por una tienda. Inició una reforma contundente que implicó sacrificar su jardín y toda la planta baja de su casa -donde yo jugaba con sus hijos cuando era niño- y construir un sólo espacio amplio con fines comerciales. La pregunta del millón era saber quién alquilaría el local. La decisión no pudo ser más desastrosa: la rentó el Servicio General de Identificación Personal (SEGIP).

Hay que recordar que unos años antes el gobierno de Evo Morales creó una nueva oficina de identificación quitándole la responsabilidad a la Policía Nacional, tradicionalmente encargada de la misma. De un día al otro, la casa perdida de la vecina apareció en todos los periódicos indicando que era la nueva residencia del SEGIP. Se pusieron letreros en todo el barrio para que la gente pudiera llegar sin perderse. La calle que era de las pocas que todavía tenían algo de paz, fue el epicentro de la identificación nacional.

Hubo guardia oficial, funcionarios, autos, gente por montones, una cholita vendiendo refrescos que luego aumentó su oferta a comida y dulces. Aparecieron tiendas, fotocopiadoras, heladeros. De pronto, para entrar a mi casa había que abrirse paso entre la gente, jurando que uno no pretendía colarse en la fila sino más bien atravesarla. Por supuesto, como no había baños ni basureros, los niños orinaban en el jardín, la gente comía en la banqueta dejando la basura, y cosas por el estilo. A fin de año, cuando todos los paceños vamos a sacar nuestra identificación -ignoro el porqué de tal fecha fatal-, la esquina era un infierno. En varias ocasiones mi hermana no pudo sacar su auto del garaje porque alguien se había estacionado en él. Pero claro, como toda oficina pública, al final de la actividad, volvía la calma y sólo quedábamos los vecinos y la basura.

Por suerte en el 2013 se venció el contrato y el SEGIP encontró un lugar más adecuado para sus funciones en Calacoto. No digo que la paz haya vuelto, pero al menos el movimiento bajó de intensidad.

TERCERA PARTE

CAJÓN DE SASTRE

CAPITULO 8

Un oficio, muchos caminos[12]

Cuatro tensiones

son las que descubrí cuando empecé mi doctorado en sociología en la Universidad Católica de Lovaina; se me atravesaron varios dilemas no fáciles de administrar. Quizás la primera era un contrapunto entre mi deseo de hacer un trabajo normativo que recupere la experiencia de la teología de la liberación en Bolivia y les devuelva un lugar preponderante a los actores que en los setenta fueron claves para esta corriente político-religiosa, versus concentrarme en explicar y comprender el proceso que se había vivido en esos años. En el fondo lo que estaba en juego era un tema nada nuevo en mi disciplina: la subjetividad del investigador.

En mis primeras clases, mi tutor, un especialista en metodología, me enseñó a analizar textos con obsesiva rigurosidad. Él había creado el método de análisis estructural de contenido -que luego yo lo utilicé por varios años-, por lo que sabía bien de qué hablaba. El problema era que para mí no era fácil pasar por el microscopio mis materiales, pues se trataba de oraciones o escritos que yo utilizaba para mi propia vida espiritual. Pero mi profesor fue contundente: "esos textos deben ser analizados como si fueran una publicidad más". Y tenía toda la razón, seguramente sólo por seguir su consejo fue que logré titularme como doctor en sociología con una tesis que no se convirtió en un manifiesto sino en un trabajo científico. Es cierto que yo venía de una trayectoria muy militante que, de muchas maneras me impedía una necesaria distancia con el proceso analítico. Las más de trescientas páginas escritas entonces están redactadas desde la trinchera del análisis estructural, refugiado en ese instrumento para cuidarme de mí mismo, de mis propias "prenociones" y de mi tentación de dar un trato político-espiritual a mis materiales. Fue un amplio esfuerzo por camuflar al Hugo José; sólo en las

[12] Escribo estas notas evocando la extraordinaria prosa de Luis González y González (particularmente en *El oficio de historiar* (1995), como un homenaje al historiador michoacano. Este capítulo ha sido publicado en el libro *Una sociología etnográfica*, coordinado por Víctor Paya (2017).

conclusiones pude soltar un párrafo que empezaba diciendo: "por último, si se me permite..." y manifestaba mi admiración por los personajes estudiados. Volveré al tema en el capítulo siguiente.

Sin embargo, la pregunta sobre qué hacer con mi subjetividad como investigador seguía ahí. Acudir al uso sistemático y riguroso de un método me ayudaba pero no eliminaba la tensión.

En una investigación posterior que también me tomó varios años, el entusiasmo militante no era una preocupación. Me puse a observar las orientaciones religiosas en una colonia popular en la Ciudad de México, y tuve que entrevistar a cuanto creyente podía. Pasaron por mi grabadora desde cristianos progresistas hasta devotos de la Santa Muerte o católicos conservadores. A todos los veía con prudente distancia, no me sentía ni atraído ni especialmente distante con ninguno, dicho en términos de Weber, no tenía oídos para la religión -pero sí para la sociología de la religión-. Era el observador perfecto. La estrategia metodológica fue diversa, desde fotografías hasta una encuesta. Ahora era el sociólogo que administraba sin dificultad sus pasiones y posiciones, y claro, el producto fue bien recibido y científicamente correcto; me permitió construir mi carrera institucional y cosechar reconocimiento académico. Y sin embargo, la pregunta sobre mi propia subjetividad seguía presente.

Una segunda tensión que también se develó desde mis primeros años doctorales fue la escritura. En Lovaina, a diferencia de otros contextos universitarios, las tesis en sociología eran muy técnicas, extensas, redactadas pensando en el comité de tesis que te iba a examinar. Pocos eran los trabajos que de ahí pasaban a ser un libro de mayor difusión, normalmente los colegas utilizaban su manuscrito como una fuente para reelaborar años más tarde un texto con otras características, pero el esfuerzo de la tesis misma era para convencer e impresionar a los siete miembros del Jurado –con mayúscula-. La idea era que el documento tenía que estar técnicamente impecable, armado y presentado con la rigurosidad que amerita la argumentación sociológica. Nunca se ponía la pregunta de quién sería el lector; el público ya estaba predeterminado: el jurado, los colegas, los profesores, los estudiantes.

Yo venía de una práctica de escritura periodística con pretensiones narrativas, así que me fue difícil ajustar mi pluma a un lenguaje técnico al que le interese poco la elegancia y mucho la precisión. Y logré hacerlo con relativo éxito. Aprendí a escribir no sólo una tesis que convenció a mi tribunal tanto en su argumento como en su forma; escribí artículos científicos -siempre en tercera persona- en revistas prestigiosas de distintos lados y libros que pasaron por todas las dictaminaciones académicas que aseguraban -o pretendía hacerlo- su valor científico. Pero me quedaba el escozor por escribir de otra manera sin hacer literatura, o de hacer sociología por un camino distinto.

La tercera cuestión no era menor: lo político. Vengo de una tradición donde el intelectual un día es analista y estratega político, luego redacta un artículo de periódico, y después da clases. Mi padre, sociólogo asesinado en la dictadura en 1981, precisamente encarnaba esa posición. Su preocupación por lo público lo llevaba a dar clases, a tener encuentros con estudiantes que investigaban algún tema sociológicamente, a participar en una reunión de un partido político de izquierda, a gritar en una marcha reclamando democracia, o a escribir en el periódico con regularidad. Y como él una colectividad de intelectuales en el sentido amplio del término que transitaban entre la política y la sociología con naturalidad.

Nuevamente, en mi trabajo de tesis, pero también en mis escritos posteriores, se entretejía mi necesidad de intervención política -cargada con mi propia historia- en mi reflexión científica. Tenía claro que no quería convertirme en un "profeta social" del grupo que estudio -como advierte Bourdieu-, pero tampoco sabía qué hacer.

Por último, para complicar un poco más el asunto, estaba mi atracción por la fotografía. Alguna vez incluso pensé en dejar la vida universitaria y dedicarme sólo a lo visual. Desde la licenciatura hasta hoy no he dejado la cámara, ha sido una amante constante pero -como toda amante- de distintas intensidades de acuerdo a las circunstancias.

Estas cuatro tensiones me llevaron a construir cuatro carriles casi desconectados en mi producción: lo científico (en revistas especializadas y libros universitarios), lo narrativo (en artículos periodísticos y suplementos culturales), lo político

(documentos, manifiestos, artículos periodísticos), lo visual (exposiciones, publicaciones). En algunas ocasiones logré construir puentes: publiqué un libro sobre sociología visual, alguno sobre la cuestión política en Bolivia utilizando datos y análisis sociológicos, eventualmente algún ensayo fotográfico resultado de una investigación académica. Pero los desfases no estaban resueltos, o más bien eran una fuente de reflexión fecunda sobre mi quehacer intelectual, hasta que tuve la ocasión de realizar

tres ejercicios disruptivos

que, de alguna manera, fueron acercando mis caminos paralelos o, al menos, obligándome a resolver algunos temas sobre la marcha. Coordiné un libro de sociólogos en el cual invitaba a los colegas a escribir sobre su propia trayectoria académica (Suárez, 2014). Cuando escribía mi capítulo, tuve que dar cuenta de las varias dimensiones de mi vida que fueron influyendo en mis decisiones e incluso preguntas científicas. Ser estudiante no es lo mismo que ser padre, ser extranjero latinoamericano en Europa no es ser boliviano en México, ser profesor de una materia no es tener "definitividad" y ser "investigador titular de carrera y de tiempo completo" en una institución de prestigio. En suma, tuve que repasar mi trayectoria humana e irla vinculando con mis maneras de observar, mi forma de investigar, la naturaleza de mis inquietudes científicas. Todo me llevó a descubrir que, tras el político, el sociólogo, el fotógrafo, estaba una persona. El texto lo escribí, claro, en primera persona.

Luego me llegó una generosa invitación que me abrió nuevas rutas metodológicas. Resulta que estaba en una estancia sabática en Nueva York y una amiga me convocó a colaborar, en un libro colectivo, con un capítulo sobre la fiesta en la colonia El Ajusco, donde acababa de hacer mi investigación. Durante seis años estuve observando ese lugar, tomé miles de fotos, realicé decenas de entrevistas, participé en múltiples eventos y escribí varios libros y artículos. Pero resulta que no había trabajado con cuidado y detenimiento sobre la fiesta. Mis instrumentos metodológicos, útiles y pertinentes para muchas cosas, habían dejado de lado algo tan fundamental. El desafío era complejo pues no vivía en México, sin embargo, lo acepté a pesar de sus dificultades.

Lo primero que tuve que hacer fue volver a recorrer todos mis escritos, pero no los publicados sino mis notas de campo, las entrevistas, las fotografías, los cuadros, es decir todo lo que se quedó en la gaveta de extras no utilizados. Y descubrí que tenía un inmenso material que no había entrado en ninguna encuesta, en ningún análisis de contenido. Me acerqué a la etnografía como compañera analítica y empecé a reordenar los datos en lugares significativos. Me percaté de algunos vacíos que los llené con nuevas observaciones hechas en la distancia, y pude ver que tenía suficiente información para entender el rol de la fiesta y describir sus mínimos detalles. Escribí libre de formatos acartonados, me sumergí en las fiestas y organicé mis observaciones en una narración atractiva que permita dar cuenta de este evento. Casi sin darme cuenta, estaba haciendo etnografía, o algo que se le parezca (Suárez, 2016).

Por último, llegando a Nueva York por un año en agosto del 2013, me puse como tarea escribir un libro. Así, difuso, general, borroso, sin una agenda formal, una pregunta y mucho menos un “proyecto”. No tenía nada claro, salvo que iba a tratarse de una especie de "cuaderno de notas" donde quepa todo lo que se me ocurra. Y así fue. Durante todo el año salí a la calle a caminar y mirar, tomar notas y fotos. Dejé que la sorpresa me conduzca, que el azar se convierta en un lugar epistemológico, que la intuición guíe mi mirada, y que el placer guíe la pluma. Escribí sobre todo lo que llamaba mi atención, desde la gran conferencia escuchada en la Universidad de Columbia, hasta la charla con padres de familia en la escuela de mis hijas. Muchos episodios quedaron registrados: el día de compras en la tienda IKEA, la visita al Memorial de las Dos Torres, los candados del Puente de Brookling, tomar un café al frente del extinto Café Figaro en el Greenwich Village, pasear en el metro, comer en la Grand Central, etc. Dejé fluir la experiencia y la escritura (Suárez, 2015).

Y mientras tanto, leía compulsivamente sociólogos que me llamaban la atención, antropólogos interesantes, estudios etnográficos. Charlaba con quien podía sobre esos temas, tomaba notas y no dejaba de pensar en lo que estaba experimentando.

El texto resultante fue tal vez uno de los más transparentes de toda mi producción. No puse ninguna barrera a mi reflexión sociológica, mi experiencia como padre en un parque de niños, mi manera de caminar en la ciudad sin saber inglés, mi posición

política sobre la sociedad norteamericana. Todo acompañado de imágenes. Las fronteras se diluían.

Y entre lecturas y observaciones cotidianas, descubrí autores -algunos nuevos otros redescubiertos- que me enseñaron otra ruta más para hacer otra sociología. Me sumergí en las maneras de ver y pensar de Michael Taussig (2011), de analizar la otredad de Joao Biehl (2005), de escribir de sobre lo urbano de Sudhir Venkatesh (2013), de reflexionar sobre la "serendipia" Sylvie Catellin (2014), o la deliciosa sociología de Richard Sennett (1994) . Le volví a dar un nuevo valor a la memoria, a la sorpresa, a la cotidianidad, a detener la mirada. Y empecé a transitar por un nuevo camino, que se materializó en un acercamiento a la etnografía y a un nuevo proyecto de investigación, especialmente atrevido para mí: estudiar mi barrio de infancia, San Miguel, en La Paz. Por supuesto que eso implicaba tomarme en serio mis recuerdos, mi rabia por las transformaciones y su sistemática destrucción, y equilibrarlas con mi capacidad de mantener cierta distancia comprensiva. Y empecé a escribir una nueva historia descubriendo

Chicago desde Nueva York,

leyendo las enseñanzas de Willian Foote Whyte en su libro *La sociedad de las esquinas*. Llegué a él por la recomendación de una amiga y colega que me lo sugirió luego de preguntarle referencias para hacer un estudio socio-etnográfico sobre la cuestión urbana. Originalmente el libro fue editado en 1943 por la Universidad de Chicago, y luego tuvo numerosas reimpresiones. En castellano salió en la Editorial Diana de México en 1971. Que yo sepa, lamentablemente no fue reimpreso. Me detengo en dos apartados que me parecen especialmente reveladores: la introducción y el último titulado "Sobre la evolución de la 'Sociedad de las esquinas'".

El libro es una investigación sobre las pandillas y la violencia en un barrio popular de italianos en Estados Unidos, en un momento de particular estigmatización de su población por su origen y el clima de tensión política internacional. Los medios de prensa daban noticias que construían la imagen de un lugar acorde a sus intereses, pero en verdad decían muy poco de lo que realmente pasaba. Whyte sugiere que para comprender realmente lo que sucede hay que sumergirse en la vida cotidiana,

"sólo se puede responder a preguntas particulares cuando se ha entendido la estructura de una sociedad y sus patrones de acción" (Whyte, 1961: xvi). Se trata entonces no de sacar conclusiones rápidas, sino más bien profundizar en el estudio de las lógicas locales.

La recomendación de Whyte es sumergirse en la dinámica de los grupos que se quiere estudiar, fijar la mirada en "gente particular y observar las cosas que hacen" (Whyte, 1961: xix), los comportamientos generales son importantes pero sólo se los puede explicar a través del examen de las acciones individuales. Con esa idea en mente, el autor se va a vivir al barrio por años y busca insertarse en las dinámicas internas.

Por supuesto que esta opción tiene sus propios riesgos y exigencias, sobre las cuales el sociólogo reflexiona en la última parte de su libro. Una de ellas es preguntarse respecto el límite de la inserción. Whyte describe un episodio en el cual él mismo se encontraba hablando con acento y con términos del barrio popular al cual, finalmente, no pertenecía, y cómo esto lo llevaba no a mimetizarse sino más bien, paradójicamente, a marcar la distancia. El justo equilibrio entre observación y participación es complejo, y en todo caso un tema de autoanálisis.

En otro episodio, el autor reflexiona con una sinceridad que no abunda entre los sociólogos, en torno a su poca claridad sobre su objeto de estudio. Narra cómo muchas de sus observaciones no tenían sentido, o más bien no estaban articuladas, y cómo la maduración de una idea toma tiempo: "No pensamos por lo general los problemas siguiendo una línea recta. Tenemos a menudo la experiencia de estar sumergidos en una masa de datos confusos" (Whyte, 1961: 279). Construir un problema sociológico, más allá de la primera observación periodística, puede llevar años, por supuesto muchos más del tiempo de la beca asignada para el estudio. Por eso, "el estudio de una comunidad o una organización no tiene punto final lógico" (Whyte, 1961: 324); o como decía un profesor: una tesis no se termina, se defiende.

El contacto regular con la población implica largos intercambios con personas clave del lugar. Whyte describe su relación con Doc, pero además de presentarlo como una de las personas clave, cuenta el proceso analítico que el propio Doc vive, lo que

lo conduce a mirar las cosas de otro modo. Incluso confiesa que en algunos lugares de su texto, es difícil diferenciar las ideas suyas de las de Doc.

Insertarse en una comunidad popular y en sus redes de violencia implica ponerse la pregunta –que acompaña desde siempre a la sociología- sobre la política y el rol del investigador. Whyte dice con claridad que su vocación era comprender y "construir una sociología basada en la observación de acontecimientos interpersonales" (Whyte, 1961: 358) es una apuesta teórica y metodológica, pero a la vez una posición política: escribir y explicar –sugiere este autor-, es una manera de intervenir.

El trabajo de Whyte refuerza una manera de trabajar en sociología, tomándose las cosas con calma, dejando que el tiempo esté de nuestro lado, sumergiéndose en la complejidad de los hechos sociales y mirando desde el comportamiento de los individuos.

Luego transito por el estudio de Anderson, *On hobos and homlessness* (1998). Me llama mucho la atención la manera cómo inaugura un método de conocimiento basado en la participación, la observación y la descripción del mundo vivido "sin mediación" (Reauty, 1998:4). Participar y observar para Anderson forman parte del proceso de entender, por lo que la propia trayectoria se convierte en una fuente analítica de riqueza mayor.

Cuando Anderson repasa los aportes de la época sobre el obrero temporal, afirma que "nadie lo ha conocido como yo lo conocí" (Anderson, 1998:25), porque, habiendo él mismo pasado por esa condición laboral, puede dar cuenta de aspectos ocultos destruyendo los estereotipos. Por su acercamiento metodológico puede percibir "su condición, reproducir sus historias, reconocer sus emociones y ética" (Rauty, 1998:5). Por ello tiene pasajes extensos donde describe el espacio de vida de los *hobo* de manera detallada, su relación con el mundo laboral, su idea del tiempo. Observar desde dentro al *hobo* le permite afirmar que se trata de una situación frente al trabajo propia de la sociedad americana, tan fundamental como la ampliamente difundida imagen del *cowboy*; descubre que no es un disfuncionamiento sino un producto y la base de la sociedad industrial estadounidense de inicios de siglo XX.

La inquietud intelectual de Anderson va más lejos: "nuestra tarea es el estudio y comprensión de la comunidad moderna y su forma de vida" (Anderson, 1998: 268), lo que lo lleva a una caracterización sobre el hombre urbanizado como alguien que vive un constante ajuste a lo nuevo y a los cambios (Anderson, 1998: 269). Así, la reflexión del autor termina siendo uno de los aportes a la sociología urbana del siglo pasado.

La lectura de estos dos autores me hizo comprender la importancia de la Escuela de Chicago no sólo por su interés en lo urbano sino, sobre todo, por su relación con el trabajo cualitativo de campo y, por tanto, con la antropología. En un repaso por la obra de Everett Hughes que realiza Jean Michel Capouline, apunta cómo en las primeras intenciones de estudiar la sociedad con métodos empíricos, lo que primó fue el uso de datos estadísticos, pero "no se contemplaba la recolección de evidencias a través de observación directa" (Chapoulie, 2001: 177). Los datos empíricos eran considerados demasiado susceptibles de intensa carga subjetiva, por tanto excluidos para ser tomados en cuenta con fines científicos. Se dejaba a otros profesionales -como periodistas, funcionarios públicos, trabajadores sociales, etc.- que los recolecten para sus propios intereses. La discusión en el mundo académico de entonces giraba alrededor de la naturaleza del dato y las estrategias de su recolección con fines científicos. Parte del mérito del departamento de sociología de la Universidad de Chicago es ser "el primer grupo académico que desarrolla investigaciones empíricas utilizando la observación *in situ*" (Chapoulie, 2001: 177).

Hay que recordar que el pilar de esa academia fue el trabajo de etnografía urbana particularmente impulsado por el trabajo de Robert E. Park y Ernest W. Burgess, quienes entre 1917 y 1942 dirigieron –y prologaron- más de una veintena de tesis de doctorado a menudo publicadas por la propia Universidad de Chicago. La base de los estudios era realizar etnografías enfocándose en las “interacciones ‘cara-a-cara’ que suceden diariamente en localidades específicas”, particularmente urbanas (Deegan, 2001:11).

Como bien explica Ulf Hannerz, uno de los más influyentes pensadores fue William Isaac Thomas, quien “insistía en una investigación empírica sistemática” poniendo atención en “la necesidad de entender el punto de vista del participante”, para lo cual

era muy útil observar múltiples materiales, entre ellos, documentos personales como diarios, cartas, autobiografías, etc. Él mismo cuenta cómo en su propio trabajo, encontrarse accidentalmente con una narración autobiográfica en una carta personal le permitió entender lo que por otro camino hubiera sido más difícil (Hannerz, 1986: 32). En dirección complementaria, es clave la insistencia de Park –a quien Thomas introdujo en Chicago- en sentido de que en las investigaciones se debe poner atención en las diferentes formas, posiciones y funciones de la cotidianidad:

> "la dependienta, el policía, el vendedor ambulante, el taxista, el guardia nocturno, el clarividente, el artista de revista o variedades, el curandero, el barman, el jefe de pabellón, el esquirol, el agitador sindicalista, el maestro de escuela, el reportero, el agente de bolsa, el prestamista: todos ellos son productos característicos de las condiciones de la vida urbana" (Park, 1952: 24-25, citado en Hannerz, 1986: 35).

Con los trabajos de la Escuela de Chicago se abre el tema de la observación directa en sociología. Inicialmente el concepto es ambiguo e impreciso, se trata más bien del resultado directo del proceso de investigación, no se cuenta con una definición rigurosa (Platt, 2001), pero sí se advierte las posibilidades de que esa es una ruta para producir conocimiento. En un texto publicado inicialmente recién en 1979, Whyte habla de "observación participante" y la define como el "investigador que participa en las actividades sociales de los sujetos que estudia por un período extenso de tiempo" (Whyte, 2001: 162). No queda claro qué se entiende por "período extenso", pero sí se marca una distancia con la encuesta o la entrevista puntual. La "observación participante" es un método que puede incluir múltiples herramientas, entre ellas las entrevistas con personas clave cuidando que sea "una conversación que fluya naturalmente" (Whyte, 2001: 163).

Chapoulie define: "hablo de 'observación in situ' u 'observación directa' para designar actividades de investigadores que observan personalmente y por una temporada alguna situación o comportamiento que les interesa y que no está reducido a la comprensión de la situación o del comportamiento sólo a través de las categorías usadas por los participantes" (2001: 178). De ahí se desprenden tres ideas claves: como ya se dijo, se trata de una temporada ("extended time"); se concentra

en una "situación y comportamiento"; ir más allá de las "categorías utilizadas por los participantes" (tema que volveré más adelante). Lo clave es que este acercamiento privilegia no el estudio no en el dato cuantitativo, de biblioteca o de provocación artificial de situaciones (como la “Intervención Sociológica” de Touraine), sino más bien busca focalizarse en la "acción colectiva y el proceso social que puede ser comprendido, en parte, a través de la interacción directa" (Chapoulie, 2001: 179). Se trata de una forma de sociología de la acción que se ocupa de la acción misma, en el momento en que sucede.

Esta discusión condujo a la Escuela de Chicago a un diálogo fecundo, ya en los años veinte, con la antropología. De hecho el acercamiento entre ambas disciplinas era intenso y en varias dimensiones. Su separación administrativa en la Universidad de Chicago fue recién en 1928, lo que no impidió un fecundo intercambio. El propio Park valoraba desde sus primeros textos de 1915 el método antropológico:

> “La antropología, la ciencia del hombre, se ha preocupado sobre todo, hasta ahora, por el estudio de los pueblos primitivos. Pero el hombre civilizado es un objeto muy interesante de investigación, y, al mismo tiempo, su vida está más abierta a la observación y el estudio. La vida y la cultura urbanas son más variadas, matizadas y complicadas; pero los motivos fundamentales en ambos casos son los mismos. Los mismos pacientes métodos de observación que antropólogos como Boas y Lowie han empleado en el estudio de la vida y maneras de los indios norteamericanos podrían ser empleados, incluso más fructíferamente en la investigación de las costumbres, creencias, prácticas sociales y concepciones generales de la vida que prevalecen en la Pequeña Italia, sita en el lado norte inferior de Chicago, o en el registro de las complejas formas folklóricas de los habitantes de la Greenwich Village y alrededores de la Plaza Washington, en Nueva York” (Park, 1952, 15: citado en Hannerz, 1986:42)

Tampoco es un dato menor el que, en la misma época, como lo señala Wacquant, en Francia la escuela durkheimniana (pensando particularmente en Mauss) se encargara de sostener estimulantes debates interdisciplinarios (Wacquant, 2003).

Posteriormente los puentes entre la sociología y la antropología fueron poco fomentados salvando contadas iniciativas y autores, notablemente, por ejemplo, el trabajo de Pierre Bourdieu, para quien la división entre ambas es simplemente burocrática y quien, según Wacquant, sería el "primer académico que realmente reúne sociología y antropología en su práctica desde la generación de los clásicos" (Wacquant, 2003: 8). Pero de acuerdo a los países y contextos, cada disciplina adquiriría sus propias rutas. Incluso existe un interesante pasaje donde Evans-Pritchard cuenta que a menudo le preguntan los estudiantes la diferencia entre sociología y antropología, y particularmente por qué en su trabajo etnográfico no usaba las técnicas de los sociólogos como cuestionarios, entrevistas, encuestas, estadísticas. Su respuesta es muy operativa pensando en su trabajo de campo: siendo que él estudia ámbitos rurales y "pueblos primitivos", sería imposible y torpe introducir otros elementos más que su propia observación y memoria; incluso tiene la "regla de nunca llevar consigo una liberta de anotaciones en público" (Evans-Pritchard, 2001: 74). Lo curioso es que su respuesta no es epistemológica sino funcional, prisionera de su objeto de estudio y de la forma típica cómo se hacía antropología en la época. Años más tarde una amplia bibliografía mostró que el trabajo etnográfico puede tener otras características, y la respuesta de Evans-Pritchard a la misma pregunta sería, seguramente, distinta.

A estas alturas, la antropología ha podido sacudirse de las improntas de su propio nacimiento y mirar más allá de lo que inicialmente fue su foco de atención, así, "ya no está obligada al estudio de las sociedades en vías de desaparición; su objetivo intelectual es, en un modo a la vez más preciso y más amplio, el estudio de las relaciones simbolizadas e instituidas entre individuos, configuradas de manera que puedan tomar forma dentro de contextos más o menos complejos" (Augé, 2007: 32)

Precisamente en esa dirección, a finales del siglo XX y principios del XXI, varios autores empiezan a reconstruir los lazos presentando investigaciones que tocan las fronteras e invitan a repensarlas, por ejemplo Bourgois (2010), Venkatesh (2013, 2008), Wacquant (2006), Khan (2011), etc. En los estudios, se replantean las formas tradicionales de la etnografía desde la sociología y viceversa. La amplia literatura parece indicar que se empiezan a construir nuevos vínculos. No deja de ser un

indicador que varios departamentos de sociología en universidades norteamericanas tengan cursos, talleres y seminarios sobre etnografía. Y más, uno de los grupos de investigación de la Universidad de Columbia sobre etnografía se presenta así: “Etnografía –o trabajo de campo- es un método sociológico que explora como la gente vive y crea sentido en sus vidas en lugares específicos…” (www.sociology.columbia.edu).

Particularmente, el coloquio organizado por Loic Wacquant en el 2002 en la Universidad de California, Berkeley, propone reflexionar sobre *La etnografía en el Nuevo Siglo*. Los tres ejes del encuentro son la discusión sobre las tradiciones nacionales y la ignorancia e imperialismo simbólico que fomentan, la separación de las disciplinas y la diversidad de los *estilos* del trabajo etnográfico.

Los organizadores se esfuerzan por proponer una reflexión rigurosa y fecunda sobre antropología y sociología teniendo como foco de atención la práctica de campo, sus dilemas y dificultades, no colocando cada disciplina "frente a la otra sino al lado de la otra". Se trata de superar el persistente "desprecio, la desconfianza y la duda", quitarse las vendas impuestas por cada una y volver al rutinario y cotidiano intercambio que se tenía entre ambas perspectivas gemelas desde los tiempos de Durkheim (Wacquant, 2003:6). Wacquant sugiere volver al trabajo de campo como un lugar de reflexión que vaya más allá de la artificial y administrativa división que encasilla al antropólogo en lo local y al sociólogo en lo global (2003:6). La impronta del coloquio es impulsar el "vigoroso y riguroso diálogo entre sociología y antropología y pluralismo en géneros y teorías (…). Estimular y difundir el trabajo innovador, sellado por la sensibilidad teórica, el compromiso empírico y la relevancia cívica" (Wacquant, 2003: 6-7).

Este diálogo con múltiples entradas y horizontes, me lleva a detenerme en algunos puntos propios de la tradición antropológica y elaborar

apuntes para una sociología etnográfica.

Como bien señala Wacquant (2003), en la actualidad los *estilos* etnográficos son diversos y se dirigen en múltiples direcciones -precisamente ahí radica su riqueza-. La constatación ya la hacía Bryman en la introducción a un voluminoso libro sobre

etnografía que trataba de recoger el debate (Bryman, 2001: x). Sin embargo, a pesar de la diversidad, existen algunos puntos de encuentro básicos, para lo cual parece pertinente acudir a una cita clásica de Boas en 1920:

> "...el método que tratamos de desarrollar se basa en el estudio del dinamismo de los cambios en la sociedad que puede ser observado en el tiempo presente. Nos abstenemos de tratar de resolver el problema fundamental o general del desarrollo de una civilización hasta desenmarañar el proceso que atraviesa por nuestros ojos" (Boas, 1920: 316)

Lo clave de este principio inicial de la etnografía está en remarcar el interés por el dinamismo, los cambios, las transformaciones en una sociedad específica, observable directamente -"frente a nuestros ojos"- y en la cual podemos encontrar las tensiones globales de la sociedad en su conjunto. Marc Auge abundará años más tarde sobre la importancia del "tête-à-tête": "El oficio del antropólogo es un oficio del frente a frente y del presente. No hay antropólogo, en el sentido amplio del término, que no lleve consigo la actualidad de sus interlocutores" (Augé, 2007:20).

A la vez, el problema de la micro observación y la macro conclusión -sugerida por Boas en el párrafo citado-, es retomado en las distintas tradiciones posteriores de diferentes maneras. Para Geertz el antropólogo llega a análisis abstractos "partiendo de los conocimientos extraordinariamente abundantes que tiene de cuestiones extremadamente pequeñas" (Geertz, 2006: 33). Auge abunda:

> "nuestros interlocutores son individuos. Nosotros somos individuos. Pero nos interesamos por sistemas, culturas (...) y sin embargo nunca perdemos de vista la ambición de la antropología física y de la antropología filosófica que, cada una en su ámbito, tienen como objetivo el estudio del hombre en general, del hombre genérico" (Augé, 2007: 2007).

En términos mucho más concretos, resultado de su propia investigación sociológica observando un barrio marginal en Chicago -al que me referiré adelante-, Venkatesh manifiesta la tensión entre lo local y lo global:

> "la cuestión clave es cómo se puede construir un marco para la comprensión de los patrones en un nivel local, que en sí mismos pueden estar formado por

> fuerzas que emanan de la sociedad en general (...). Sabemos que el comportamiento local está conformado por fuerzas abstractas, tales como los cambios en el 'mercado' y la reestructuración del 'capitalismo global', pero estudiar esta interacción de manera práctica no es en absoluto una tarea sencilla, sobre todo a través de una etnografía cuyo campo de observación puede ser circunscrito, por ejemplo, a un grupo o a la esquina de una calle" (Venkatesh, 2002: 282).

Otro elemento capital y uno de los ejes de la antropología es la escritura, por las distintas implicaciones que conlleva. Bien se pregunta Geertz: "¿qué hace el etnógrafo?: el etnógrafo escribe" (2006: 31). Pero no lo hace como el cronista, el periodista o el literato. ¿En qué se diferencia? ¿Cuál es la frontera? ¿Cuál la distancia entre una obra antropológica y una literaria? ¿Entre Monsiváis y García Canclini?

Aunque la respuesta no es fácil, Geertz acota la intención de la antropología -y por tanto de su escritura-: "el análisis de la cultura ha de ser por tanto, no una ciencia experimental en busca de leyes, sino una ciencia interpretativa en busca de significaciones" (Geertz, 2006: 20). Todo el trabajo de campo, la observación sistemática, las genealogías, el diario, etc. son insumos para encontrar las significaciones, la "jerarquía estratificada de estructuras significativas atendiendo a cuales se producen, se perciben y se interpretan" (Geertz, 2006: 22).

El trabajo analítico no consiste en la reproducción de una realidad o la de su amplificación para que sea conocida por otro público. Tampoco en la fabulación. El analista no es un *sociógrafo*, no es responsable de elaborar monografías, de "fotografiar" -en el sentido más limitado del término- lo que observa. Sino en interpretar las interpretaciones "de otras personas sobre lo que ellas y sus compatriotas piensan y sienten" (Geertz, 2006: 23). Así, "los escritos antropológicos son ellos mismos interpretaciones y por añadidura interpretaciones de segundo y tercer orden" (Geertz, 2006: 28), "el análisis -concluye Geertz- consiste pues en desentrañar las estructuras de significación (...) y determinar su campo social y su alcance" (2006:24), lo que llama "descripción densa".

Muy bien sostiene Auge que la escritura en antropología es fundamental porque en ella se construye una narración nueva, resultado de una observación sistemática en el seno de una pregunta de investigación, que reelabora una narración cuyo responsable es el propio escritor y su observación:

> "la cuestión de la escritura no es ni accesoria ni periférica. Radica en el corazón de la disciplina antropológica. Al escribir, el antropólogo presenta ante otros la realidad que describe; la transforma en un objeto antropológico que expone para una discusión y que propone para la comparación. Se ve de esa forma obligado a sistematizar datos que, en la vida diaria, se presentan de manera dispersa y discontinua, a solicitar que sus interlocutores establezcan relaciones que no hubiesen establecido anteriormente por sí mismos o a inferirlas él mismo. Así, los datos que se encuentran en ciertos textos antropológicos muchas veces no existen en las sociedades reales más que de forma virtual. En definitiva, el antropólogo suele construir una coherencia de la que está seguro que es subyacente a los hechos, pero que conserva sin embargo el carácter de una hipótesis inductiva; literalmente, no hay nada que traducir. El antropólogo no traduce, traspone. Y en mi opinión tiene razón al hacerlo" (Augé, 2007:51-52)

Un tema importante en el desafío de la escritura antropológica es el tiempo. Geertz muestra que en el trabajo de investigación, las cosas están "superpuestas o entrelazadas entre sí", todo sucede a la vez mientras el etnógrafo está ahí y "debe ingeniarse de alguna manera, para captarlas primero y para explicarlas después" (Geertz, 2006: 24). Aunque no se trate de una ley de hierro, el programa tiene dos momentos, que, aunque en ocasiones se entrecrucen, conviene separarlos.

Evans-Pritchard sostiene un argumento radical respecto de esta separación entre la observación y la posterior escritura; sólo así, y salvando las dificultades que ello implica -dirá este autor- se puede aportar sustantivamente:

> “La importancia de una base sólida en teoría general comienza a revelarse cuando el investigador retorna a su casa para escribir un libro sobre la gente que ha estudiado (...). La batalla decisiva no se la encuentra en el terreno sino

> en el estudio posterior. Cualquiera que no es completamente idiota puede hacer trabajo de campo (...). Cualquiera puede producir un nuevo hecho; la cosa es producir una nueva idea" (Evans-Pritchard, 2001: 71).

Y claro, una "idea nueva" sólo podrá ser el resultado de "un riguroso entrenamiento en teoría general antes de la investigación de campo, para poder saber cómo y qué observar, qué es significativo a la luz de la teoría (...). Se debe saber con precisión qué se busca, lo que sólo se puede adquirir a través de un entrenamiento académico sistemático en antropología social" (Evans-Pritchard, 2001: 69).

Y luego de este recorrido, en ¿qué quedamos con la práctica etnográfica? De los múltiples acentos, me quedo con la definición sintética e ilustrativa de Venkatesh:

> "Etnografía general se refiere a la colección de información sobre el comportamiento de los actores en contextos concretos, por un período prolongado de tiempo. El etnógrafo es el que sabe 'pasar el rato' con la gente. La etnografía es el arte de sacar a relucir la riqueza de la vida de las personas y el análisis de su complejidad de una manera integral" (Venkatesh, 2002: 281).

Y retomo

el sendero sugerente de Sudhir Venkatesh

por ser un sociólogo creativo y elegante. Hijo de una familia india que emigró a Estados Unidos, estudió primero matemáticas en la perspectiva de encontrar trabajo más fácilmente, pues como familia foránea no tenía conexiones que pudieran asegurarle bienestar. Pero la sociología lo sedujo y quedó atrapado en sus redes corriendo el riesgo de que la vida le pase la factura años más tarde cuando no encontrara un empleador. Continuó con un posgrado en la Universidad de Chicago, donde se doctoró conducido por William Julius Wilson, profesor especialista en pobreza urbana.

Venkatesh asume la tarea de escribir bien. Sus libros son una invitación a pensar y una presentación de datos tejidos en una narrativa seductora que atrapa al lector. No da la impresión de estar leyendo a un sociólogo que comparte su investigación científica, sino a un contador de historias. De hecho el formato de presentación es

distinto: tanto Líder de una pandilla por un día (*Gang Leader for a Day*, 2008), como Ciudad flotante (*Floating City*, 2013) contienen ocho capítulos de 20 a 30 páginas, sin introducción ni conclusiones. Cada capítulo tiene solamente el título principal, no hay subtítulos ni otras divisiones internas. Las páginas no están atiborradas de referencias a sociólogos, salvo puntuales menciones a sus profesores consentidos; en la *Ciudad flotante* evoca una vez a Pierre Bourdieu y una a Clifford Geertz. La casa editorial no es ninguna reconocida universidad –que son las encargadas de arbitrar y legitimar lo que se considera ciencia social en Estados Unidos- sino una prestigiosa editora comercial. No presenta formalmente un problema ni desarrolla una hipótesis explícitamente; cuenta experiencias, y en ellas entreteje el problema, la hipótesis, la pregunta. No hay ni un solo cuadro o gráfico estadístico, ni un pie de página, ni una nota, un anexo metodológico. Vaya, ni siquiera bibliografía. ¿Puede ese considerarse un producto científico o se trata de un académico haciendo maromas en el pantanoso terreno de la literatura?

Sin duda esa será una de las polémicas que este autor sugiere. En la segunda obra, Venkatesh advierte que "la mayor parte de este libro no es apropiado para las publicaciones académicas de ciencias sociales" (Venkatesh, 2013: 278), y deriva a sus lectores a encontrar los resultados de la "investigación formal" en otras publicaciones (por ejemplo en el texto *American Project*, del 2002 donde se deja ver a un estudiante de doctorado tratando de convencer a su comisión y respetando todas las formalidades universitarias). Pero cualquier lector sensible entiende bien el juego. No se trata de escribir una novela, está haciendo sociología de otra manera.

El esfuerzo por escribir bien, Venkatesh no oculta debilidad en sus datos o análisis. Asume la etnografía como su estrategia metodológica y todo lo que presenta es el resultado de una profunda y prolongada inserción en el terreno. Su trabajo de campo es minucioso, extensivo y sistemático. Lo interesante es que, como buen etnógrafo, se esfuerza en reconstruir una narración posterior a su observación donde ingrese su historia personal, sus experiencias, sus hallazgos, sus dilemas, sus dudas. Habla en primera persona, pone su nombre "Sudhir" en múltiples ocasiones. Al leerlo, uno puede tanto comprender más y mejor el tema específico que está tratando, como ver

al investigador en su propia búsqueda con errores, aciertos y decisiones que tomar en pleno camino.

El autor reconoce su vocación como “etnógrafo”, “que es una palabra elegante para un sociólogo que pasa gran parte de su tiempo mirando a la gente en su vida cotidiana, pasando el rato, para ser precisos, en oposición al uso de una encuesta o poniendo preguntas como periodista” (Venkatesh, 2013: 1). Por ello advierte que lo que presenta es una “memoria de sus experiencias” (Venkatesh, 2013: 278) basadas en notas de campo, diario personal, periódicos o simplemente en la memoria. Reconstruye todo, cambia nombres y lugares –para proteger a los protagonistas-, pero todo, “personas, lugares e instituciones son reales; no son composiciones, no son ficción” (Venkatesh, 2008:285). Retoma el principio testimonial de la etnografía: él estuvo ahí, vio y vivió –desde su experiencia subjetiva pero con intención analítica- lo que está escribiendo. Y con eso devuelve el debate -lamentablemente abandonado en algunos contextos académicos- entre literatura y antropología, entre crónica y sociología, entre memoria e historia.

Y de fondo queda la pregunta, ¿para quién escribimos? ¿Cuál es el público que debe leer a los académicos? ¿Las comisiones evaluadoras y los tribunales de distribución de prestigio y posiciones profesionales? ¿Las editoras comerciales? ¿El “gran público” (o lo que ello signifique)? Verkatech retoma el dilema clásico: "si mucha gente puede leer tu trabajo, no debe ser muy bueno", lo que puesto en términos de carrera, significa que si no se convence a una comisión, por más de tener centenas de lectores, no se obtendrá un puesto. Su salida es seguir su propia ruta consciente de que "sólo a través de una observación sistemática y cuidadosa se puede aprender lo que sucede en el mundo" (Venkatesh, 2013: 28). A la vez, aprende de su profesor William Wilson que la rigurosidad científica no está peleada con la estrategia de comunicación al público más amplio: "tienes que escribir bien, tienes que contar una historia" (Venkatesh, 2013:29). Su intención entonces es que su libro llegue tanto al operador del metro como a un funcionario de gobierno.

En términos de contenido, Venkatesh está interesado en las comunidades urbanas marginales, las pandillas, la pobreza, la drogadicción, la prostitución, el narcomenudeo. Toca las fronteras más crudas de la sociedad norteamericana actual

y las coloca en la agenda de discusión pública, pero no lo hace desde la estadística o desde las proyecciones macroeconómicas, sino más bien concentrándose en los individuos inmersos en el proceso: cómo viven diariamente su vida, cómo pertenecen o dejan de pertenecer a una banda que vende droga, cómo y cuánto ganan, en qué invierten. Cuál es su mundo y su sentido de existencia.

El primer acercamiento con su tema de estudio en un barrio popular en Chicago es particularmente revelador de su opción metodológica. Tenía que aplicar un cuestionario que buscaba entender la autopercepción, y la pregunta era "¿Cómo se siente ser negro y pobre?" Las respuestas estaban dadas: "Muy mal, algo mal, ni bien ni mal, algo bien, muy bien". Cuando luego de atravesar peligrosos pasillos en un edificio de departamentos encuentra a alguien a quien aplicar la encuesta, al escuchar la interrogante la reacción es: "Fuck you!", "¿es una jodida broma?" (Venkatesh, 2008: 14). En esa ocasión salvar la encuesta no fue tan importante como salvar el pellejo. La pandilla entera lo amenazó y estuvo a punto de terminar no sólo con su carrera sino con su vida. Era claro que la investigación iba a requerir un serio ajuste. Es así que construye una red de amistad directa con el grupo y las personas del barrio, tanto que, en algún momento, deviene el líder de la pandilla por un día, lo que da el título a un capítulo y al libro del 2008. Sólo este acercamiento le permitiría dar cuenta de lo que otros no percibieron del negocio de las bandas, seguir siendo un outsider pero que "mira la vida del grupo desde el interior" (Venkatesh, 2008: xiv).

Su estudio en Chicago lo lleva a cabo especialmente estableciendo una profunda amistad con J.T., el líder de una pandilla con quien comparte desde lazos familiares hasta la cotidianidad del negocio ilegal. La cercanía le permite explicar el rol que juega la pandilla en el barrio, estas microempresas que administran dinero, prestigio, ilusiones, necesidades y poder, y que asumen uno de los rostros que el capitalismo actual oculta, aunque sean su producto y, en cierto sentido, su base. Cierto, como lo subraya su profesor Wilson, el análisis de Venkatesh, a pesar de centrarse en un barrio de Chicago y en él en una persona (el líder de la pandilla), no queda atrapado en sus especificidades, sino que "inextricablemente se vincula con

las transformaciones económicas y sociales de la sociedad en su conjunto" (Wilson, 2002: xi).

El libro sobre la *Ciudad flotante* tiene otras características. Venkatesh se traslada a Nueva York porque es contratado en el departamento de sociología de la Universidad de Columbia, lo que es un ascenso en su trayectoria profesional. Pero el desafío ahora es consolidar su posición académica –que en México le decimos "definitividad"-. En buena medida, el texto es el resultado de esa investigación, y muestra, con la transparencia que lo caracteriza, las tensiones y exigencias institucionales en las que está inserto. Pero nuevamente no se deja atrapar por ellas, sino que más bien saca casi lúdico provecho.

Como siempre, empieza su primer capítulo contando la impactante e intensa vida de una traficante de "crack" en Harlem. Rápidamente una de sus primeras revelaciones es que, si quiere estudiar el mundo de la economía subterránea neoyorquina, debe abandonar el esquema analítico de Chicago que se concentraba en la observación del barrio y las segregaciones de raza y clase que operan en él. El desafío sociológico es doble: se requiere otro esquema conceptual que piense el problema más allá del barrio, y un nuevo método de inmersión no anclado territorialmente (Venkatesh, 2013: 24). La gente en Nueva York, reflexiona el autor, "está en movimiento, eso los define, su verdadera comunidad es la suma de todas las relaciones que han ido forjando, los muchos lazos sociales que cruzan el territorio de la ciudad", lo que lleva, claro está, a dejar de lado las áreas geográficas como "unidades urbanas primordiales de la socialización" (Venkatesh, 2013: 24).

Salir de la sociología del barrio como unidad analítica lo lleva a pensar en las "redes de significación", citando –por única vez, como lo dije- el concepto de Geertz. Confiesa el autor que esta idea, todavía abstracta, que era un poco más que una intuición, lo llevó a pensar mejor en la pregunta que lo iría acompañando en el futuro. Su estudio entonces termina mostrando la manera como la economía subterránea –en su forma de prostitución, drogas, migración, comercio ilegal, etc.- es administrada y llevada a cabo por una serie individuos que, con base en sus relaciones transterritoriales -incluso más allá de la clase social y de la raza-, circulan en una ciudad y economía flotante que toca fronteras, reconstruye conceptos y

límites. Eso lo lleva a proponer una nueva sociología del movimiento, de las redes y nuevas formas de la economía y el trabajo en una ciudad como Nueva York.

Como decía, Sudhir es un sociólogo elegante en su presentación y creativo en su análisis, y su ruta de lo que podríamos denominar una sociología etnográfica.

Para cerrar,

debo volver a traer la intención inicial de este texto que comenzó con una narrativa autoreferida cuyo objetivo ha sido compartir una búsqueda intelectual, exponiendo los dilemas y tensiones propias del quehacer investigativo y cómo el acercamiento a la etnografía me permite pensar las cosas desde otro lado. El objetivo ha sido sacar provecho de las reflexiones y lecturas encaminadas a un nuevo desafío analítico, que es indagar las transformaciones culturales en el ámbito urbano paceño en los últimos años. Este recorrido me lleva a subrayar algunos aspectos como puntos de referencia que ayudan a enmarcar una agenda metodológica.

Un primer elemento es la constante tensión entre el análisis concreto, la interacción con el proceso global y el desafío de teorizar a partir de la observación empírica. Ya Bourdieu señalaba con mucha claridad que es en la minuciosidad del estudio empírico donde se deben jugar los conceptos y las explicaciones teóricas (Bourdieu, 2002: 266). Ese legado bourdieuneano implica una obsesiva, sistemática y rigurosa inmersión en "la realidad" -científicamente construida- desde donde podemos pensar mejor.

Un segundo punto es encarar el tema de la subjetividad del investigador no confiado en la eficacia de los procedimientos metodológicos (cuantitativos o cualitativos) sino más bien haciendo explícitas las dudas y posiciones, discutiéndolas tanto en el texto como en el terreno y con colegas que permitan administrarlas mejor.

Pero a la vez -es un tercer punto- la observación debe saber capitalizar todo lo que está a su alcance con fines analíticos, desde datos estadísticos hasta comentarios de café. Así, la memoria, el encuentro azaroso, la publicación, el archivo, la conversación, la fotografía, y un largo etcétera, pueden ser insumos que colaboren a explicar el problema que nos hemos planteado. Retomando la sugerencia de Park cuando decía que el sociólogo debe entrar a palacios y chozas, y la de Berger que

afirmaba que debemos leer las cartas ajenas y mirar por el ojo de la cerradura (Berger, 1977), todo lo que pase por nuestro cuerpo (manos, cerebro, sensaciones, sentimientos) puede ayudarnos a responder a nuestra pregunta inicial. Particularmente, darle un valor fundamental a la observación de las prácticas de los actores, involucrarse en ellas para encontrarles un sentido.

Y por supuesto que finalmente, como gran enseñanza etnográfica, la escritura, la necesidad de armar una narrativa nueva poniendo atención en las significaciones o en los temas sociológicamente pertinentes, es el desafío con el que concluye este largo proceso. Escribir, crear un conocimiento nuevo, armar un nuevo relato sacando provecho analítico de todo lo observado, es nuestra manera de aportar.

CAPÍTULO 9

COMPAÑEROS DE RUTA:

LA AGENDA DE UNA EXPLORACIÓN[13]

Luego de mi *encantamiento* –y utilizo a propósito este término- con la etnografía en Nueva York que me llevó a escribir el capítulo VIII *Un oficio, muchos caminos*, volví a México y comencé un ávido recorrido por autores hasta entonces desconocidos para mí. La lectura tenía la intención de conocer esa manera de trabajo pero pensando desde mi inquietud por entender lo que estaba sucediendo en Bolivia, y permitirme descubrir y describir de otra manera.

Propuse un curso en la licenciatura en Sociología de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM donde básicamente leamos múltiples textos que hayan utilizado una perspectiva etnográfica o que practiquen una sociología diferente. Con los estudiantes -de los que aprendí más de lo que ellos se imaginan y seguro que más de lo que yo les transmití- vimos películas, invitamos a personas a que nos hablen de sus investigaciones, hicimos un viaje de trabajo de campo a Matatlán –la capital del mezcal en Oaxaca- del que elaboramos un documento colectivo, y compartimos las observaciones de cada quien.

Lo que reproduzco a continuación son las notas sobre los textos leídos y discutidos en clase. La intención es presentar a los *compañeros de ruta* que desde sus libros se convirtieron en una guía en nuestro camino y permitieron que, en lugar jugar a los "autitos chocadores" de las ferias que van en cualquier dirección tropezando constantemente, seamos como los cochecitos con un riel por debajo que les ayuda a no perderse y a llegar a buen puerto.

La selección de los autores tuvo básicamente dos criterios, por un lado, que los textos fueran el resultado de investigaciones centradas en temas relativamente actuales y preferentemente urbanos, y por otro lado, que la manera de comunicar o bien atraviese por una escritura renovada, o que acudan a otros soportes no tradicionales

[13] Algunos de los pasajes de este capítulo han sido publicados en periódicos y revistas culturales.

(incluso el cine, como es el caso con Edgar Morin). Por eso este capítulo carece de "conclusiones"; no quiero concluir. Se trata de ejemplos que buscan ser más inspiradores que normativos, se trata de compartir lo leído conduciendo la atención a los pasajes más relevantes en la espera de que eso sirva a alguien más y que deje transparente nuestra propia trayectoria. No busco resaltar las principales características de los autores, sintetizarlos y proponer algo nuevo; son rutas, opciones, de maneras de caminar que muestran la riqueza de posibilidades y las múltiples maneras de hacer sociologías.

La observación fenomenográfica. Edgar Morin

Tengo más de 20 años de sociólogo y recién vi una película que debí haberla estudiado desde los primeros meses de haber empezado la carrera: *Crónica de un verano*, de Jean Rouch y Edgar Morin. El film que se presentó en 1961 tuvo un éxito notable, ganó el premio del Festival de Cannes al año siguiente, reconocimiento que anteriormente le habían otorgado a películas como *Miracolo a Milano* de Vittorio de Sica, *Hiroshima mon amour* de Alain Resnais, *La dolce vita* de Federico Fellini, hoy clásicos del cine mundial.

La producción fue el resultado de un creativo encuentro entre Jean Rouch, antropólogo que ya tenía una trayectoria como videasta cuyo lugar de trabajo había sido básicamente el África, con el sociólogo Edgar Morin que para ese momento era un académico todavía no tan conocido. Morin había escrito libros de cine (*El cine o el hombre imaginario* y *Las estrellas: mito y seducción del cine*), y Rouch había elaborado una docena de documentales sobre la vida en Nigeria. Se dice que la idea de hacer una película surgió de una crítica cruzada: mientras que uno solamente escribía sobre el cine, el otro sólo hacía documentales etnográficos de sociedades alejadas y nunca de su propio entorno. Y así nació *Crónica de un verano*, que obligó al sociólogo a dejar los libros y agarrar una cámara, y al etnólogo a filmar París y a los suyos.

Vista desde lo cinematográfico, la película causó un impacto importante en su época y removió los cimientos de la manera cómo se hacían documentales (los directores aparecen en escena, se pide a los actores que salgan a la calle a entrevistar a la gente,

se reproducen conversaciones grupales, se reconstruyen episodios que se presentan como naturales, etc.). Abrió la brecha del *cinéma vérité* y se convirtió en un manifiesto fílmico. Pero desde lo sociológico también su aporte fue fundamental porque, por un lado, obligaba a los cientistas sociales a pensar cómo la tecnología visual podía ser un instrumento para realizar su trabajo, y por otro lado desarrollaba en la propia obra una problemática fundamentalmente sociológica.

En efecto, la principal característica de la película es que parte de un problema de ciencias sociales que se deja ver en la primera pregunta que Rouch y Morin le hacen una de las protagonistas: "¿cómo vives? ¿Cómo te desenvuelves en la vida?" Con una interrogante tan compleja como banal empiezan el recorrido por las tensiones de su sociedad que van dibujando a través de las respuestas de cada personaje y las nuevas preguntas que se generan.

Se develan así los problemas fundamentales de la era industrial europea de mediados del siglo pasado: el desencanto con el mundo del trabajo, el desencuentro entre realización de la vida y exigencias laborales, el desfase entre la gran fábrica que es motor de la economía nacional y el empleado al que poco le importa lo que hace, las tensiones de la vida urbana, las del ámbito familiar. La pregunta desconcertante con la que parten a la calle con cámaras y micrófonos es: "¿es usted feliz?" Y la respuesta dibuja las angustias de la vida humana y la dificultad de ser feliz en un ambiente donde la economía y el trabajo no son un problema material sino social. Como buen sociólogo, Morin no oculta las dificultades de la sociedad que observa, sino que las presenta como los grandes temas que la caracterizan.

En una investigación posterior a mediados de los sesenta, concentrado en el estudio de la transformación Plozévet –una región occidental en Francia-, Morin desarrolla más la idea de la *observación fenomenográfica* como un instrumento para investigar. Esta debe ser panorámica (en el sentido cinematográfico del término) y analítica (concentrándose en los elementos particulares), debe combinar la descripción enciclopédica y monográfica con el "detalle significativo", lo que implica "aprender a percibir rostros, gestos, vestimentas, objetos, paisajes, casas, caminos…" (Morin, 1967: 279). La pregunta que lo guía en esta ocasión tiene nuevamente una doble naturaleza: ¿qué es Plozévet? y a la vez ¿qué es el mundo moderno? (p. 287).

Releer a Morin cinco décadas más tarde –y sin emborracharse con sus conocidas tesis de la complejidad- nos desafía en tres direcciones: ¿cuánto y cómo hay que aprovechar las tecnologías –nuevas y antiguas- para el desarrollo de las investigaciones sociológicas? ¿Cómo construir los puentes entre la observación cotidiana de los individuos y las macro orientaciones estructurales? ¿Cuánto la pregunta sobre una persona, un territorio, un grupo, un acontecimiento, no puede conducirnos a reflexionar sobre el período de la modernidad contemporánea?

La revisión de las varias propuestas de Morin parece que pueden ser en la actualidad una gran fuente de inspiración y creatividad sociológica.

C.W. Mills. Inagotable

Tengo libros que transitan de mi biblioteca a mi mesa de noche una y otra vez. Uno de ellos es *La imaginación sociológica*, de C.W. Mills. Su gracia está precisamente en que cada re-lectura es diferente; el espíritu del momento en que tomo el libro, hace que descubra nuevos episodios a los cuales no les había puesto atención. Con este texto, además, me permito recorrer sus páginas irresponsablemente, es decir, saltándome capítulos o explorando rutas autónomas y azarosas que no siguen otro patrón más que la intuición y la curiosidad.

Mills tiene una pertinencia que trasciende, pues invita a pensar libremente pero desde la ciencia social; convoca a dejar volar la imaginación pero potenciarla con la sociología. Y desde ahí, todo adquiere otro sentido, cualquier observación puede ser sociológica, toda idea tiene germen de explicar algo fundamental de la vida colectiva. Es elegante la manera de nombrar su quehacer, se trata de una *artesanía intelectual*. En su libro, lo que busca es compartir algunas "codificaciones de procedimiento" en su propia trayectoria, busca compartir con el estudiante novel "su manera real de trabajar", su idea de método y de teoría (Mills, 2012: 206). Y una de sus primeras advertencias es que los sociólogos "no separan su trabajo de sus vidas. Parecen tomar ambas cosas demasiado en serio para permitirse tal disociación y desean emplear cada una de ellas para enriquecer la otra" (Mills, 2012: 206). Esto significa se debe aprender a "usar la experiencia de vida en el trabajo intelectual, examinándola e interpretándola sin cesar" (Mills, 2012: 207), siendo esa es una de

las más estimulantes características del ejercicio sociológico. A diferencia de cierta orientación de la antropología que invitaba a retirarse de la comunidad de origen para observar al "otro", o de la filosofía que convoca al debate de unas u otras ideas de uno u otro filósofo, la sociología nos devuelve a la vida cotidiana y mirarla de otra manera descubriendo cosas nuevas: "la experiencia es sumamente importante como fuente de trabajo intelectual original", advierte Mills (2012: 207).

Para ello, sugiere llevar sistemáticamente un diario:

> "En ese archivo (...) procuren reunir lo que están haciendo intelectualmente y lo que están experimentando como personas. No teman emplear su experiencia y relacionarla directamente con el trabajo en marcha (...). Asimismo, les estimula a captar 'ideas marginales': ideas diversas que pueden ser subproductos de la vida diaria, fragmentos de conversaciones oídas casualmente en la calle, o hasta sueños. Una vez anotadas, estas cosas pueden llevar a un pensamiento sistemático así como prestar valor intelectual a la experiencia más directa" (Mills, 2012: 207).

El diario parecería que conduce a generar el hábito de la observación atenta de lo que nos sucede y empezar a darle otra interpretación. Esto lleva a una característica del oficio: escribir regularmente, "no puedes tener 'la mano diestra' si no escribes algo por lo menos cada semana. Desarrollando el archivo, puedes tener experiencia de escritores y cultivar, como suele decirse, sus medios de expresión" (Mills, 2012: 208). El sociólogo entonces debe andar con una libreta en la mano, tomar notas de lo que lee, de lo que observa, de lo que le llama la atención ¡y hasta de lo que sueña! Escribir y volver a escribir para luego darle un sentido sociológico a todo lo observado anárquicamente en su vida diaria.

Entonces, ¿qué nos diferencia del escritor profesional? ¿dónde está la distancia con el cronista social? Mills responde con los dos pilares del oficio sociológico: la teoría y el método:

> "El 'método' tiene que ver, sobre todo, con el modo de formular y resolver cuestiones con cierta seguridad de que las soluciones son más o menos duraderas. La 'teoría' tiene que ver, sobre todo, con la estrecha atención que

> se preste a las palabras que usamos, especialmente a su grado de generalidad y a sus relaciones lógicas. El objetivo primordial de ambas cosas es la claridad de concepción y la economía de procedimiento, y de manera mucho más importante precisamente ahora, la ampliación más bien que la restricción de la imaginación sociológica" (Mills, 2012: 135)

Pero Mills no se emborracha ni con una ni con otra, sabe que "un pensador consciente de sí mismo" es el que "conoce los presupuestos y las complicaciones de lo que está haciendo". El que ha sido dominado por la teoría o por el método está "impedido de trabajar (...) [y] averiguar lo que está sucediendo en el mundo" (Mills, 2012: 135). Además, el investigador no se ciega por ninguna oferta específica, está consciente de que "los métodos son métodos para cierto tipo de problemas; las teorías son teorías para cierto tipo de fenómenos" (Mills, 2012: 135); por ello, y dado que cada quien investiga algo diferente, "todo investigador social activo debe ser su propio metodólogo y su propio teórico", es decir, cada sociólogo debe ser un *artesano intelectual* (Mills, 2012: 136). Sólo así teoría y método dejan de ser materias desconectadas, camisas de fuerza o preciosismos inútiles y se convierten en aliados indispensables que transforman nuestra mirada cotidiana en hipótesis científicas, en explicaciones profundas sobre el mundo que nos rodea.

Para Mills el investigador debe escapar de la observación que no lleva a explicaciones más abstractas y de las abstracciones que no emergen de la observación concreta, pues ambas conducen conclusiones pobres: "no hay serias diferencia entre quienes observan sin pensar y quienes piensan sin observar" (Mills, 2012: 52); dicho de otro modo: se debe huir del periodismo de televisión y de la filosofía de simposio.

Finalmente, Mills propone un puente entre la biografía individual y el mundo; rompe así con la separación entre psicología e historia y sugiere una ruta para vincularlas: "ni la vida de un individuo ni la historia de una sociedad pueden entenderse sin entender ambas cosas" (Mills, 2012: 23). Lo que ocurre en el mundo, dirá el autor, no es ajeno de lo que ocurre en el individuo; precisamente "la imaginación sociológica nos permite captar la historia y la biografía y la relación entre ambas dentro de la sociedad" (Mills, 2012: 25-26).

Como decía, Mills es uno de los autores que me acompañan en distintas circunstancias. Repasarlo es siempre estimulante, y cada lectura devela un nuevo secreto. Por eso, no estoy seguro cuándo *La imaginación sociológica* pasará de mi mesa de noche a mi biblioteca, y cuando se vaya, seguro que pronto volverá.

El microscopio etnográfico de Philippe Bourgois

En 1995 Philippe Bourgois publicó el libro *In Search of Respect* por la Universidad de Cambridge. El libro muy bien recibido, ganando el premio Wright Mills y Margaret Mead. Fue traducido al francés y publicado en la colección dirigida por Pierre Bourdieu en 2001, y en el 2010 se editó en castellano, primero en Puerto Rico (2010) y luego por Siglo XXI en Buenos Aires.

Desde su primer texto hasta nuestros días, el autor ha mostrado imaginación y agudeza analítica ocupándose particularmente del consumo de drogas analizando la experiencia desde el punto de vista de los consumidores. En 2009 pública un nuevo documento, junto con Jeff Schonberg, en el que se muestra el drama de heroinómanos con quienes trabajó durante más de diez años; ese texto tiene la particularidad de utilizar fotografías como parte del insumo analítico (Bourgois y Schonberg, 2009).

En busca de respeto es el resultado de la investigación que llevó a cabo a partir de 1985 en El Barrio, ubicado en East Harlem de Nueva York. Su intención inicial fue comprender "la experiencia de la pobreza y la marginación étnica en el corazón de una de las ciudades más costosas del mundo" (Bourgois, 2010: 28), pero rápidamente su observación lo condujo a tener que dedicarse a explicar la experiencia del crack, que en esos años, se había convertido en la droga de moda -de lejos la más devastadora- y que representaba un negocio multimillonario.

Al seguir sus estudios doctorales, su opción metodológica natural fue la etnografía, porque además al poco tiempo de empaparse con el tema, le quedó claro que la abundante información estadística obtenida a través de los censos o las encuestas de muestreo, ocultaban los procesos más profundos en el mundo de la venta y consumo de drogas. Cierto, más allá del profesionalismo o buena voluntad de los encuestadores oficiales, nadie compartía datos sobre el consumo o la economía de

las drogas en el barrio: "¿Cómo esperar que una persona experta en asaltar ancianos suministre información correcta sobre sus estrategias de generación de ingresos?" (Bourgois, 2010: 41)

Buscó la ruta alterna, escabrosa, arriesgada y prolongada para su investigación y se fue a vivir a El Barrio durante cinco años con su esposa y su hijo:

> "Las técnicas etnográficas de observación participante, desarrolladas sobre todo por la antropología social desde los años veinte, han demostrado ser más adecuadas que las metodologías cuantitativas para documentar la vida de los individuos marginados por una sociedad hostil. Solamente tras establecer lazos de confianza, proceso que requiere mucho tiempo, es posible hacer preguntas incisivas respecto a temas personales y esperar respuestas serias y bien pensadas. Por lo general, los etnógrafos viven en comunidades que estudian y cultivan vínculos orgánicos de larga duración con las personas que describen. Para coleccionar 'datos precisos', los etnólogos violan los cánones de la investigación positivista. Nos involucramos de manera íntima con las personas que estudiamos" (Bourgois, 2010: 41).

Es por ello que su penetración al tema fue total, lo que lo llevó presenciar las distintas dimensiones de la vida del crack, desde el consumo cotidiano en una conversación, hasta la venta, las peleas o la intervención policial. En varias ocasiones pasó la noche en la calle observando, y tuvo que acostumbrarse a ser auscultado regularmente por policías. Sus instrumentos de recolección de datos fueron una grabadora con la que documentó sus conversaciones, múltiples de visitas a familias en fiestas y reuniones, entrevistas a todos los actores que giran alrededor del negocio de la droga, incluidos políticos locales.

Las condiciones de investigación ponían en el centro, por un lado, la tensión del involucramiento emocional con los hechos altamente intensos y la "natural" intervención del investigador en situaciones extremas, y por otro lado la dificultad para comunicar sin exhibir a los actores y manteniendo relativa fidelidad con los hechos. En términos analíticos, la tensión de su obra "gira en torno al modo en que los individuos se enfrentan a las fuerzas que los oprimen" (Bourgois, 2010: 81).

La exposición en el texto pretende precisamente saldar con ese desafío. Acude a fuentes estadísticas, fotografías, investigaciones periodísticas y literatura académica. Pero en corazón de su texto lo ocupan los relatos de sus actores y sus respectivas situaciones. Busca retratar la crudeza de las conversaciones, pone especial atención al lenguaje corporal y a cómo su presencia está modificando la realidad. Veamos por ejemplo este pasaje:

> César: Déjame que te cuente sobre Ray. Es el más gordo y el más vago hijo de la gran puta en todo el puñetero East Harlem. Porque es un gordinflón degenerado que bebe Budweiser [hace una pausa para vomitar en el canasto de basura al lado de la entrada] Es uno de esos imbéciles que cuando se siente bien todos los demás tienen que cuidarse (...)
>
> [me mira de frente] ¿Estás grabando esto, Felipe? ¡Vete a la gran puta!
>
> [se vira hacia Primo] Tú también estás lambiendo mucho ojo, Primo, porque le tienes miedo al negro bembón ése (...)
>
> [se voltea a mí otra vez] Yo sólo tengo miedo si estoy sobrio. No diría esas pendejadas ... [señala la grabadora] pero como estoy jendido yo mataría a ese gordo hijo de puta.
>
> Yo te digo una cosa: [grita directamente a la grabadora] ¡Voy a matar a ese cabrón! (Bourgois, 2010: 55).

La presencia del investigador modifica la narrativa de César, y la grabadora se convierte en un canal de comunicación que lo altera buscando amplificar su voz. Pero en vez de ocultarlo, Bourgois lo resalta formando parte del relato analítico y mostrando la particularidad de lo sucedido.

En otro extracto Primo dice: "Lástima que no te conocía, Felipe. La hubiéramos pasado bien contigo, [me toca el hombro, empujado por la descarga de afecto que el *rush* de cocaína puede producir en la montaña rusa de un *speedball*]" (Bourgois, 2010: 115). Este tipo de episodios, donde se interrumpe la transcripción literal con corchetas que dibujan el ambiente de la entrevista, son recurrentes en el libro. De hecho transmite, por ejemplo, la cotidianidad del uso de la droga en una conversación, la violencia que cualquier momento puede desatarse por un incidente

sin importancia o las formas del cuerpo y del lenguaje, los objetos que acompañan a la práctica del consumo de drogas (por ejemplo una caja de fósforos donde se guarda la cocaína, o un billete doblado que sirva de popote), etc.

En suma, el autor opta por un relato transparente que muestre la particularidad de la crudeza del mundo estudiado, y confirma que "bajo el microscopio etnográfico todos tenemos verrugas y podemos parecer monstruos" (Bourgois, 2010: 47).

Claudio E. Benzecry. Un método para los matices del apego

Benzecry empieza su texto contando un viaje realizado en el 2002 a La Plata para asistir a una presentación de *La bohème* con un grupo de amantes de ópera. En las pláticas cotidianas salía una pasión desmedida, lo que lo llevó a preguntarse sobre el "tipo de emociones [que] puede producir el arte. ¿Qué hace exactamente la música en la gente?" (Benzecry, 2012: 15). Le quedó claro que a pesar de que tenía una serie de herramientas sociológicas en el bolsillo, éstas no eran suficientes para "desentrañar lo que estaba escuchando. Podía aprender varias cosas sobre la clase, el estatus y la política, pero había muchas otras que de ninguna manera parecían sociológicas" (Benzecry, 2012: 16). Nació así un objetivo que mostraba los límites de las ciencias sociales y dibujaba su propia agenda intelectual que consistía en "comprender cómo las personas se aficionan a la ópera –un producto cultural en extremo complejo, históricamente considerado un significante de la clase, la nación y el status- y la convierten en su propia canción privada" lo que implica una dimensión "emocional, biográfica, cognitiva y musical" (Benzecry, 2012: 18).

El autor parte de las siguientes preguntas:

> "¿Cómo percibe y experimenta la ópera un auditorio moderno cuando esa forma de arte ha perdido tanto su característica popular como sus rasgos de distinción? ¿Cómo y por qué los miembros del público se sienten incitados a participar en este juego social? ¿Qué explica esa entrega intensiva y extensiva cuando el status, la ideología y la popularidad no son suficientes?" (Benzecry, 2012: 25).

La propuesta de Benzecry es desarrollar una "sociología del apego a las formas culturales centrada en el carácter afectivo y personalizado de esa afición y analizar,

en la búsqueda de claves, la cuestión de la autoafirmación y la autotrascencencia". Se trata entonces -tomando distancia con los esquemas analíticos del arte a partir de la distinción o dominación cultural (claramente la teoría de Bourdieu)- de enfocarse "en los regímenes afectivos de evaluación o, más explícitamente, en el amor". En suma, pretende entender "el carácter afectivo del apego a la ópera" y la manera cómo los amantes de la misma inventan con ella "un sentido dentro de su propia vida" (Benzecry, 2012: 25).

En las primeras páginas, el autor explica su ruptura con la sociología que abordó "la cuestión del consumo de la música" –desde Weber hasta Adorno o Bourdieu- y concluye que "en la mayoría de los casos, no nos han proporcionado herramientas para comprender el compromiso eterno y apasionado del amante de la ópera" (Benzecry, 2012: 29). Pero las distintas entradas, a pesar de sus aciertos, han "puesto el acento en las condiciones contextuales de la producción de la cultura objetiva. Los procesos mediante los cuales esas formas se incorporan en la cultura subjetiva, los diversos estilos del cultivo de uno mismo, han quedado relegados a un segundo plano" (Benzecry, 2012: 31). Su aporte estaría entonces en llenar ese vacío concentrándose en la idea del apego o el amor, que "más que la acción impulsora, produce una organización particular de la acción y la individualidad" (Benzecry, 2012: 34).

La naturaleza de su problema condujo al autor directamente hacia la etnografía, toda vez que el análisis de las prácticas de consumo apoyado en información preponderantemente cuantitativa, dejaba en el vacío el corazón de su búsqueda: identificar "lo que la gente hace realmente con la ópera y lo que la ópera le hace a la gente" (Benzecry, 2012: 35); es la perspectiva etnográfica la que le permitiría penetrar en el consumo cultural concentrándose en "la forma del apego a la práctica" (Benzecry, 2012: 35). La etnografía "Nos permite entender los matices y la diferenciación interna así como una comprensión de los patrones de regularidades" (Benzecry, 2012: 35-36).

Su opción metodológica tuvo sus noblezas y dificultades. Claramente el punto más delicado fue administrar su cercanía con el tema, pues el autor es hijo de un director de orquesta y hermano de reconocido compositor. Así, su infancia transcurrió entre

pasillos de teatros, conciertos e instrumentos musicales, y cuando llegó la hora de hacer una tesis varias décadas después, en algunos casos los entrevistados no dejaban de ver al chiquillo inquieto detrás de las preguntas en lugar de al investigador profesional. "Mi familiaridad me abrió tantas puertas como las que me cerró", confiesa el sociólogo (Benzecry, 2012: 37). Su propia historia le ponía desafíos a la manera cómo enfrentar el estudio:

> "Para poder apartarme de mi punto de vista y mi posición estructural en el mundo de la música, reuní la mayor cantidad posible de información: tuve charlas informales –como ya lo había hecho toda mi vida- y entrevistas con miembros del público y con figuras centrales del mundo de la ópera, reuní estadísticas y coleccioné nóminas, listas y programas de distintas temporadas, críticas de periódicos y entrevistas. Lejos de ser una autoetnografía, este libro es un ejercicio reflexivo de un ir y venir entre la producción de datos en el campo y la teoría social y, de ese modo, la presencia del etnógrafo solo se siente cuando es necesaria" (Benzecry, 2012: 37).

La investigación se llevó a cabo entre el 2002 y el 2005, 18 meses de prácticas etnográficas y entrevistas de una a tres horas y media a cuarenta y cinco miembros del público, críticos musicales, productores y organizadores clave.

Para la escritura del texto, el autor echa mano de los múltiples materiales que tuvo al alcance. Reproduce extractos de su diario de campo, fotografías, afiches, testimonios, descripciones, datos estadísticos, cuadros de construcción propia, etc.

En lo que ocupa a estas páginas, el aporte de Benzecry está en el uso de la etnografía para estudiar un tema profundamente sociológico debatiendo las implicaciones tanto del objeto estudiado como del camino recorrido luego de la opción metodológica.

Etnografía experimental de Loic Wacquant

Supe de él hace muchos años cuando leí el libro que publicó conjuntamente con Pierre Bourdieu titulado *Respuestas. Por una antropología reflexiva* (1996). Su participación en ese texto tenía dos intenciones, por un lado presentar la obra del sociólogo francés, y por otro, realizar un largo interrogatorio. Al leerlo, comprendí

mejor en qué consiste una “entrevista sociológica”, o más bien, qué sucede cuando dos sociólogos tienen una grabadora en frente. Más que preguntas y respuestas, lo que sucede es una auténtica tertulia, un intercambio de ideas con vaivenes que enriquecen la conversación.

Cuenta Wacquant que mientras estudiaba economía industrial en una gran escuela para formar empresarios, asistió a una conferencia de Bourdieu; si bien sólo entendió "las tres cuartas partes" del contenido, le quedó claro que ahí se tejía un análisis fino de la sociedad actual. Tuvo la ocasión de discutir con él durante horas en la cafetería de estudiantes y se llevó una certeza: "Si esto es la sociología, es esto lo que quiero hacer" (Wacquant, 2009: 115).

Años más tarde, me encontré con otro delicioso texto de diferente naturaleza: *Entre las cuerdas, cuadernos de un aprendiz de boxeador*. En esta ocasión era Wacquant solo, contando su propia manera de convertirse en un profesional del box. Básicamente fue una pregunta la que lo conducía: "¿cómo se fabrica y despliega el *habitus pugilístico*?" (Wacquant, 2009: 120). Su obra me llamó la atención por múltiples razones. En primer lugar, el aporte teórico es notable. Bourdieu desarrolló una serie de conceptos como campo, *habitus*, capitales, estrategia, etc., que le sirvieron para múltiples investigaciones en las más variadas experiencias sociales, desde las lógicas de distinción francesas, hasta el uso de la fotografía o el rol de la religión. Con insistencia acuñó la idea de que el *habitus* se hace cuerpo, es decir que el esquema cognitivo que permite que fluya la percepción y la acción, nos habita de tal manera que se inscribe en nuestra materia. La anotación venía de Bourdieu pero ninguno de sus libros daba cuenta con tanta claridad cómo sucedía ese proceso. Es Wacquant quien retomando la idea de que “aprendemos con el cuerpo”, experimenta la “conversión moral y sensual”: se inscribe a un gimnasio de box en un barrio negro en Chicago y se somete a un sistemático entrenamiento durante más de tres años hasta convertirse un pugilista semi-profesional y estar a punto de dejar la sociología. Su proyecto intelectual buscaba, por un lado "una microsociología carnal del aprendizaje del boxeo como oficio del cuerpo" y una "macrosociología histórica y teórica del gueto como instrumento racial y de dominación social" (Wacquant, 2009: 120).

Explica Wacquant que su obra "ofrece *una radicalización empírica y metodológica del* habitus de Bourdieu. Por un lado, abro la 'caja negra' del *habitus* pugilístico desmenuzado la producción y la combinación de las categorías cognitivas, de habilidades corporales y de deseos que, combinados, definen la competencia y la apetencia propias del boxeador. Por otro, yo despliego el *habitus* como dispositivo metodológico, es decir que me meto en situación de adquirir por la práctica, en tiempo real, las disposiciones del boxeador, con el fin de elucidar el magnetismo propio del cosmos pugilístico. Así, el método pone a prueba la teoría de la acción que anima el análisis según un dispositivo de investigación recursivo y reflexivo" (Wacquant, 2009: 132). Empezaba a llenar un vacío teórico.

Un segundo aspecto que no es menor, es la estrategia metodológica. Insertarse en el mundo del box implicaba tanto un acercamiento paulatino y sistemático a la cultura pugilística, como la educación rigurosa del propio cuerpo. La mejor opción fue la etnografía que la entiende como "darse una aprehensión práctica, táctil, sensorial de la realidad prosaica que estudia con el fin de elucidar las categorías y las relaciones que organizan el comportamiento y los sentimientos ordinarios de sus sujetos" (Wacquant, 2009: 134). Durante toda su investigación, escribió rigurosamente un diario de campo (más de 2300 páginas), hizo entrevistas, tomó fotografías y participó en todo lo que pudo. Vivió intensamente el gimnasio en cada uno de sus componentes, registró en su propio cuerpo los aprendizajes –desde el fortalecimiento de un músculo, el afinamiento de los reflejos para esquivar o dar un golpe, la estrategia para soportar el dolor, etc.-, mientras iba anotando todo lo observado y buscando explicaciones.

Pero innovación que propone es una *etnografía experimental* que intenta invertir la "observación participante" hacia la "participación observante". La reflexión surge de la discusión clásica en antropología que advierte a los investigadores que no deben convertirse en nativos del mundo que estudian. Wacquant va en sentido opuesto, alienta a devenir su parte de su objeto sin dejar de hacer ciencia social:

> "Yo digo lo contrario, *'go native'*, pero *'go native armed'*; es decir, equipado con todas sus herramientas teóricas y metodológicas, con todas las problemáticas heredadas de su disciplina, con su capacidad de reflexividad y

> de análisis, y guiado por un esfuerzo constante para, después de haber pasado por la prueba iniciática, objetivar esa experiencia y construir el objeto -en vez de dejarse abarcar y construir inocentemente por él. Vaya ahí, hágase indígena, pero vuelva hecho sociólogo" (Wacquant, 2009: 132)

En el libro, Wacquant analiza diversas dimensiones del tema. Explica la función de un espacio deportivo en un barrio donde los índices de violencia son alarmantes, y muestra cómo la tensión calle vs. ring es fundamental; el gimnasio es un “escudo protector contra las tentaciones y los peligros de la calle” (Wacquant, 2006: 49) donde la violencia tiene reglas estrictas, permite a sus participantes no sólo sobrevivir a la incertidumbre propia del vecindario, sino que además les ofrece una ruta profesional que puede generar ingresos. Cuenta las jerarquías, la función del entrenador, el rol de los íconos deportivos, las fantasías y aspiraciones, la decoración interior del gimnasio, los códigos de honor.

También el autor narra su propia experiencia de convertirse en un boxeador, todos los detalles del entrenamiento, la tensión previa a subirse al ring para un combate, la intensidad de los segundos antes de que suene la campana anunciando el fin de un round. Explica cuáles son las exigencias para participar en un torneo, el *sacrificio* en sus tres dimensiones: estricta regulación alimentaria, abandono de toda vida social que distraiga, rigurosa abstinencia sexual. La factura a menudo es cara, pero es el costo de quien quiere ser un verdadero profesional.

La narrativa de Wacquant es especialmente cautivadora, tanto que en algunos momentos uno se olvida que está leyendo un estudio científico, lo que nos lleva a la pregunta sobre "cómo pasar de las tripas al intelecto, de la comprensión de la carne al saber del texto (...) he aquí un verdadero problema de epistemología concreta sobre el cual no se ha reflexionado suficientemente, y que me ha parecido irresoluble durante mucho tiempo" (Wacquant, 2009: 135) y nos devuelve el desafío a los sociólogos sobre cómo vincular teoría y procedimiento científico con observación sostenida, profunda y participante, y una presentación elegante y seductora. Concluye el autor que su obra fue escrita "contra el subjetivismo, contra el narcisismo y el irracionalismo que sostiene cierta teoría literaria llamada 'posmoderna', pero eso no quiere decir que se debe privar de las técnicas literarias y

de los instrumentos de exposición dramática que nos da esta tradición. Por eso el libro mezcla tres formas de escritura que entrecruzándose a lo largo de las páginas, se reparten la prioridad en las tres partes, de manera tal que el lector se desliza insensiblemente del concepto al precepto, del análisis a la experiencia" (Wacquant, 2009: 135). Wacquant nos enseña un interesante camino para nuevas sociologías.

La farsa del "dejarse llevar" en el tango. María Julia Carozzi

El trabajo de Carozzi se detiene en una de las prácticas más urbanas y modernas de la sociedad argentina: el tango. Empieza su reflexión contando cómo se convirtió en profesora de este baile: en su primera clase, el profesor le preguntó si ya tenía algún conocimiento previo. La respuesta fue negativa, no había seguido ninguna enseñanza formal pero desde chica vio a sus padres y tíos bailar en casa, por lo que el maestro reaccionó: "¡Ah, bueno! Entonces vas a aprender rápido (...) el tango se lleva en los genes y en algún momento sale" (Carozzi, 2015: 9).

Esta primera entrada da la pauta de lo que está en juego en el trabajo de Carozzi, que es la idea de lo "natural", lo "normal" que es tener incorporado ese saber hacer incluso sin darse cuenta, con los roles de género que conlleva. Cuenta la autora en otro episodio que en un festival de tanto en Buenos Aires un afamado bailarín que estaba empezando su clase, invitó a una mujer del público –micrófono en mano y desde una tarima- a bailar aún sin saber si ella iba a poder hacerlo. Inició la música seguido de los pasos de la pareja hasta que el profesor indicara que había concluido el baile. Al finalizar, dijo: "Esto fue para que los varones vean que, si aprenden a bailar bien, van a poder hacer bailar a cualquier mujer. Eso es bailar bien el tango: ir a una milonga, sacar a cualquier chica y hacerla bailar" (Carozzi, 2015: 176).

Lo que la autora devela con este y otros ejemplos, es la idea de preponderancia del varón para este baile, subrayando el mando masculino e invisibilizando cualquier saber o iniciativa femenina. Algunas frases son especialmente contundentes en esa dirección: "Para bailar bien el tango las mujeres tienen que dejar la cabeza en la mesita de luz", el tango es "una criatura con cuatro piernas y sólo una cabeza" (Carozzi, 2015: 178). La clave del baile es que el varón "la baila" o "la hace bailar" a la mujer, mientras que ella "es bailada", siendo su mejor atributo la docilidad y el

“dejarse llevar”. La mayor iniciativa femenina está en los “adornos” o “arreglos” –que son movimientos de la mujer llevados a cabo “entre los pasos de su pareja” sin alterarlo (Carozzi, 2015: 194)- siempre y cuando no interfieran “con el ritmo que él –varón- imprima a su danza” (Carozzi, 2015: 185).

La participación femenina debe ser “liviana”, “dejarse llevar” y sólo acudir a los “adornos” cuando sea necesario, pues si sus iniciativas transgreden o cuestionan la dirección masculina, será catalogada de bailar “como un camionero”, es decir se “ ‘perdía la femineidad’ y ya no podían desempeñar correctamente la parte de la mujer” (Carozzi, 2015: 192).

Lo interesante de la reflexión de Carozzi es que la pregunta que está en el fondo tiene dos dimensiones. Por un lado, cómo es posible que dos personas que no se conozcan puedan bailar un tango sin clases previas ni entrenamiento alguno, particularmente, por qué una mujer que nunca tuvo clases, puede hacerlo –“dejarse llevar”- sin ninguna dificultad. El tema es similar a la reflexión que hacía Howard Becker cuando se preguntaba por qué dos músicos jazzistas podían pararse en un escenario habiéndose conocido cinco minutos antes y tocar llegando a sofisticados niveles de improvisación propios de este género musical (Becker, 1999:19-21). Por otro lado, se devela una naturalización de los saberes que llevan a concebir que el varón es el que posee todo el conocimiento y que la mujer simplemente tiene que “dejarse llevar” como si fuera un maniquí.

La respuesta estaría en que para que suceda un baile, así se presente casual o azaroso y no al interior de una milonga, que es donde todos tienen un conocimiento fino, se requieren de disposiciones previamente adquiridas de manera formal o informal que permitan a cada quien jugar un rol. Así, detrás del “dejarse llevar” femenino se esconde un profundo conocimiento por parte de la mujer para reaccionar a “los estímulos motrices masculinos sin tener que pensar en ello” (Carozzi, 2015: 188). La experiencia narrada donde el profesor puede sacar a bailar cualquier joven del público, no sucedería de igual manera en un contexto diferente al porteño.

En uno de los relatos, una bailarina cuenta lo sutil de su saber que se pone en juego discretamente en la pista de baile:

> "Lo que la mujer tiene que hacer es simplemente aflojar el cuerpo y hacer como una entrega, aflojarse por completo. Pero para poder hacer eso, antes hay que aprender a caminar el tango, a pasar el peso del cuerpo de una pierna a la otra, aprender a bailar en la punta de un pie y no agarrarse del hombre, porque en realidad una está sólo apoyada en la punta del pie, el otro pie está haciendo giros y cosas extrañas en el aire. Digamos. Que el equilibrio es muy ligero. Por eso es importante estar bien parada, en el pie que se está apoyando; estar bien parada y hacer una buena estructura con el compañero de baile" (Carozzi, 2015: 183)

El aprendizaje del equilibrio, del giro, de la decoficación del estímulo motriz masculino, etc., sucede más allá de los canales escolarizados y tiene un valor menor en la jerarquía de las habilidades dancísticas. Además, es el resultado de la interiorización de disposiciones de reacción aprehendidos cotidianamente durante mucho tiempo que se activan cuando el contexto lo requiere. Se trata, en suma, de competencias hechas cuerpo listas para ser utilizadas en cualquier momento. Tras la idea de "ignorancia" de la mujer, se esconde una estructura de poder y una idea de la masculinidad y la feminidad en la sociedad argentina.

Ser albañil en la ciudad de México. La etnografía reflexiva de Antonio Zirión

Zirión se pone como objetivo hacer una investigación antropológica, en el marco de una tesis doctoral dirigida por García Canclini que le deja el sello analítico además del prólogo al libro, donde reflexione "acerca de la construcción de nuevas viviendas, intentando echar luz sobre algunos problemas sociales de las grandes urbes contemporáneas. Este proyecto busca contribuir conceptual y etnográficamente a la elaboración de una antropología de la construcción en y de la ciudad (...). Me dispongo a mirar de manera antropológica la transformación de la ciudad, pero a la vez intento explorar el mundo de los trabajadores de la construcción" (Zirión, 2013: 21).

Más allá de lo puntual de su estudio, lo interesante es que parte de una pregunta de alcance mayor: ¿Cómo tiene que reinventarse la antropología para abordar este tipo de realidades? ¿Cómo debe cambiar la práctica etnográfica para adaptarse a los proyectos móviles, efímeros e inestables?" (Zirión, 2013: 23). Esta interrogante es desafiante porque pretende contribuir a una nueva antropología en un contexto urbano. En esa dirección, varios son los aportes.

Zirión retoma la idea, que viene de Saussure traída a la sociología por Bourdieu de que "el punto de vista crea el objeto":

> "Es necesario considerar críticamente nuestro punto de vista en términos culturales, sociales y en sentido amplio, ya que la realidad cambia según el punto de vista desde el que se mira. No hay que ignorar esos condicionantes, es mejor utilizarlos como una herramienta para hacer una mejor etnografía. Si no somos reflexivos, estos condicionantes son vistos como un estorbo, pero si somos reflexivos, las condiciones de la investigación se tornan en datos interesantes que hay que tomar en cuenta y analizar. Un método rigurosamente reflexivo es aquel que explícita y hace transparentes sus propios procedimientos" (Zirión, 2013: 27-28).

Esta premisa como posición epistemológica lleva al autor a hablar de una "etnografía reflexiva" tomando distancia con otras tradiciones:

> "La reflexividad implica un cuestionamiento de lo empírico del dato etnográfico; si no hay verdad, ni neutralidad ni objetividad, hay que pasar del supuesto de la observación objetiva a la noción de experiencia y conocimiento intersubjetivo; hay que abandonar la pretensión de ofrecer explicaciones de la realidad y asumir la tarea de interpretación intercultural" (Zirión, 2013: 40)

Por eso mismo, Zirión asume que en su investigación, su mirada está filtrada "por mi propia mirada y vivencia del vínculo con ellos [los albañiles]. Mi experiencia personal será el vehículo inevitable para aproximarnos e intentar comprender y representar el mundo de la obra y los trabajadores de la construcción" (Zirión, 2013: 40).Esto implica dar "cuenta de las condiciones en las que se lleva a cabo la

investigación, sobre qué fundamentos se plantea, bajo qué presupuestos ópera, en qué términos se realiza, revelando tanto aciertos como las fallas" (Zirión, 2013: 40).

Una de las características de su acercamiento es convertirse en un observador compulsivo:

> "Todo lo que acontece alrededor de una investigación puede ser información relevante, por insignificante que pueda parecer; toda información constituye material útil, aunque sea para el análisis de los métodos, procedimientos, estrategias y técnicas de investigación de campo. El relato etnográfico reflexivo permite dar cuenta de cómo se insertó el antropólogo en el campo, brinda transparencia y honestidad al proceso de construcción de conocimiento" (Zirión, 2013: 40).

Parte de la preocupación del autor es fortalecer el vaivén entre crónica etnográfica y literatura. Por ello afirma que sus apuntes son escritos en primera persona, cuentan historias y relatan "los pormenores de mi encuentro con los albañiles", y busca "que formen un registro ameno de mi inmersión en su mundo y su cultura" (Zirión, 2013: 41). Aclara que no busca "un inventario de hechos observados, sino relatos con una intención narrativa, que permitan reconstruir y representar la experiencia etnográfica vivida y que conforme una buena fuente material de análisis" (Zirión, 2013: 41)

En la búsqueda de construcción del diálogo entre ciencia social y narrativa, Zirión retoma la lectura de un maestro suyo, Renato Rosaldo, y apunta:

> "La narrativa etnográfica puede entenderse como una descripción densa pero con prosa sencilla, en la que se relata la experiencia del trabajo de campo, la vivencia del contacto intercultural, siendo muchas veces el antropólogo uno de los protagonistas de la historia. Pero lo más importante es que esta narrativa etnográfica busque transmitir el ambiente social y la vida cotidiana del universo cultural al que el investigador se aproxima, hasta en sus detalles y matices más sutiles" (Zirión, 2013: 43).

Considerando que "muchas veces una novela nos acerca más a la realidad social" que un estudio científico, el autor sugiere que "la narrativa debe ser valorada como un

medio de conocimiento para la antropología" pero "debe estar al servicio de un proyecto analítico, y no al revés; es decir, como investigadores sociales, no se trata de partir de un interés artístico y derivar luego en la teoría social, sino más bien al contrario; nuestro fin primordial debe ser el conocimiento intercultural, y sólo entonces la narrativa puede resultar una herramienta valiosa" (Zirión, 2013: 44-45).

Más allá de las luces y los límites de su estudio, lo que vale la pena subrayar es el sugerente intercambio entre formas de conocer la realidad que el autor pone sobre la mesa como insumos para la discusión.

CAPÍTULO 10

UNA SOCIOLOGÍA DESENFADADA

Volver sobre mis pasos: Recuerdos y errores

En 1998 hice un viaje a Barcelona para realizar entrevistas en profundidad a actores que fueron fundamentales en el proceso del cristianismo de liberación en Bolivia en los años 60. Estaba empezando el doctorado y necesitaba encontrar a algunos de los últimos sacerdotes jesuitas catalanes vivos que partieron hacia Bolivia y que estuvieron muy involucrados en la política nacional impulsando un diálogo y acercamiento entre las opciones guerrilleras y la espiritualidad –lo que fue ampliamente narrado en mi libro *¿Ser cristiano es ser de izquierda?* (Suárez, 2003ª)-.

Tuve la suerte de encontrarme con dos de ellos, ambos ya habían pasado los setenta años, décadas atrás habían dejado Bolivia, colgaron sus hábitos, conformaron una familia y construyeron una profesión. El primero se encontraba lúcido, era profesor universitario jubilado pero activo, tenía un grupo de creyentes con quienes realizaban actividades diversas para alimentar su fe. Platicamos largamente, me regaló algunos de sus libros e incluso me invitó a un evento de su grupo religioso en las afueras de la ciudad. Pero quiero referirme con mayor detenimiento al segundo que tuvo una importante influencia en la juventud católica boliviana.

Me recibió a regañadientes en un departamento. Su lucidez estaba lamentablemente afectada, y se veía atrapado en sus demonios y recuerdos. No me dejó grabar nada, durante nuestra corta entrevista estuvo presente su esposa que fungía de mediadora –y guardiana- cuando el intercambio se dificultaba. En varias ocasiones me repitió que no fuera a publicar en prensa lo que él estaba afirmando –por supuesto que no era mi intención-. Fue sistemáticamente cuidadoso, esquivo, estaba incómodo con mis preguntas que, lejos de ser agresivas o inquisidoras, sólo buscaban entender qué había sucedido. Tomé unas cuantas notas en un cuaderno y dejé el departamento con sabor a fracaso. Luego comprendí que mi presencia removió el avispero e imagino que para él fue muy dolorosa. Me comentaron que, después de haber sido uno de los impulsores de la vía armada en los años 70, le fue muy duro digerir la

horrenda derrota y el asesinato, en manos del ejército boliviano, de una cincuentena de jóvenes guerrilleros. Estar vivo cuesta; ser sobreviviente es más complejo de lo que se cree, la culpa acompaña como un fantasma incontrolable. Y ahí estaba yo, abriendo catacumbas.

Traigo esta historia porque en ese momento consideré mi entrevista como un naufragio. Un esfuerzo vano. Mi estrategia metodológica era realizar entrevistas en profundidad, transcribirlas íntegramente y luego aplicar el análisis estructural de contenido (Hiernaux, 1977, 1995) para extraer de ellas las estructuras de sentido. La base del método era el texto escrito; unas notas tomadas rápidamente -mientras el personaje que hablaba- no servían para nada. Tuvieron que pasar más de cuatro lustros para darme cuenta que, en aquella ocasión, por estar encerrado en lo escrito, dejé pasar de lado la cantidad de cosas que tenía a mi alrededor. Estaba entonces cegado por el método que sólo consideraba la palabra transcrita como una fuente de análisis en desmedro de la experiencia, de lo que ocurría en el momento generar el dato, como si fueran cosas paralelas, incluso antagónicas; como si el acontecimiento vivido en el lugar no generara en sí mismo una cantidad de reflexiones altamente útiles, como si observar y sentir no tuvieran ningún valor en la ciencia social. Era una manera de negar la sociología sensorial que permita decodificar gestos, olores, llantos, lapsus, silencios, temblores de la mano, y tantas expresiones que, cuidadosamente descritas, pueden convertirse en el corazón explicativo de una situación. En mi entrevista, ese era el caso con toda claridad, los datos sociológicos estaban ahí y no los supe ver, lo que no cupo en mi herramienta analítica fue desechado. De haber tenido una sensibilidad distinta y complementaria, seguro que hubiera redactado un capítulo de mi tesis analizando el intercambio con el encuestado y sus amargos laberintos.

Años más tarde, mandé a una revista un artículo donde analizaba la fotografía de un archivo que fue muy activo en las primeras décadas del siglo XX en La Paz. Aunque el texto fue publicado (Suárez, 2005), recuerdo que uno de los dictaminadores me dijo algo como “parece que tiene demasiada confianza en el método”. Claro, mi opción seguía siendo el análisis estructural pero ahora concentrándome en las imágenes. El comentario era muy útil porque, efectivamente, en ese tiempo el

método, con toda la utilidad que me brindaba, representaba además una trinchera desde donde se iluminaba y también se oscurecía la comprensión del problema. Remplacé la metodología por la imaginación y aboné en contra de la comprensión y de la complejidad.

Hoy veo que en cierto sentido estuve atrapado en la fetichización del método, lo que fue muy útil en una etapa de mi formación, pero ahora puedo digerir con más detenimiento, matizando, incorporando, dialogando con múltiples estrategias para comprender las razones de la gente. El caso es que me siento sumergido en una manera diferente de investigar. La pregunta entonces que buscaré responder en los siguientes apartados es ¿qué tipo de sociología estoy haciendo y quiero hacer? Todo indica que mi estado de ánimo –racional y espiritual- me conduce a por la ruta de una sociología desenfadada.

"Aquellas pequeñas cosas": estructuras, signos, rastros

Debo decir que, a pesar de mis desplazamientos en la manera de ejercer mi oficio y la revisión crítica de mi trayectoria expresada en párrafos anteriores, el aparato teórico sobre el cual me sostengo sigue siendo el mismo de años atrás. Como lo expliqué en el libro *El sentido y el método* (Suárez, Coord., 2008), me inscribo en una sociología de la cultura que se ocupa de "analizar los modelos que sostienen las prácticas y que están en el origen del sentido de donde deriva una exaltación individual y colectiva" (Remy, Voyé, Servais, 1991, T1:10). Se trata de comprender y explicar el funcionamiento de las estructuras de sentido que son una de las dimensiones de la acción, lo que lleva a considerar al ser humano como un "ser de sentidos y símbolos que funcionan según otra racionalidad que le es otorgada por la economía de las percepciones o de las relaciones de sentido" (Hiernaux y Remy, 1978:102).

Así, el objeto teórico de conocimiento es la estructura de sentido o estructura cognitiva que Hiernaux las definiría como la "institución cultural": conjunto de sistemas de percepción (material y simbólica) y acción que dotan al actor de un aparato simbólico que le permite una visión de mundo con cierto grado de consistencia, tanto consigo mismo como con los demás - que están detrás de la

acción (Hiernaux, 1977). El lector atento habrá notado en esta perspectiva conceptual un aire de familia con la teoría del *habitus* y los campos de Bourdieu, discusión analizada y enriquecida en otros escritos (Suárez, 2013b; De Laire, 2008).

Si bien el concepto de base fue sólidamente construido por la escuela de Lovaina en los años setenta, la pregunta que en aquellos años quedaba en el aire era cómo observar las estructuras generadoras de sentido toda vez que no son transparentes. Ese fue el origen del método de análisis estructural impulsado por Hiernaux como un procedimiento de decodificación que permita sistematizar y construir modelos analizando materiales escritos. La idea que estaba en el fondo, y que vale la pena traer a colación, era que los sistemas cognitivos dejan rastros a su paso que sí son susceptibles de ser sistematizados, estudiados y explicados. Son varios los autores que han utilizado una metáfora similar. Kaufmann, al estudiar la vida en pareja, se concentra en la ropa sucia como "indicador", como una "pista" para "descubrir un paisaje conyugal insólito" marcado por la recomposición de las relaciones en común (Kaufmann, 2006, 194-195). Desde la microhistoria, Ginzburg habla de las "huellas" y la necesidad de seguir el "hilo del relato" para escribir la historia; dialogando y evocando a Bloch –y tejiendo un puente con nuestra problemática-, el historiador italiano recuerda que su intención es entender las mentalidades, para lo cual no tiene otro camino más que detenerse en las huellas dejadas de distintas maneras en la historia (Ginzburg, 2014: 13).

Lo importante a subrayar en esta reflexión es que la posición teórica conlleva una necesidad metodológica que consiste en observar todo tipo de *rastro* que deja la acción humana. Cada acción, gesto, olor, posición, entonación, grito, silencio o cada objeto –como sugiere Eco, (1985)- debe ser considerando como un vehículo que lleva algo de la estructura cognitiva, por tanto todo tiene una importancia capital en cualquier investigación. Claro está que una perspectiva de esta naturaleza tiende lazos con la etnografía que desde hace mucho entendió que su esencia era la "observación directa" (Chapouline, 2001: 177), el "documentar las prácticas" (Venkatesh, 2000: 97), el afinar las "capacidades actuales de sentir, de escuchar, de oler, de palpar, constituidas en recursos e instrumentos básicos para la construcción del conocimiento cotidiano" (Almegeiras, 2007: 118). Asimismo, esta perspectiva

impulsa a concentrarse en la observación de los momentos en los que ocurren intercambios, lo que ampliamente Goffman desarrolló como el interaccionalismo simbólico que se fija en el "análisis del entorno de una forma sistemática" y de las relaciones cara a cara que ahí suceden; en suma, que pretende estudiar las "situaciones sociales" definidas "como un contexto de mutuas posibilidades receptivas, es decir, cualquier lugar en el que un individuo se encuentra accesible a los desnudos sentidos de los otros que están 'presentes' e igualmente los encuentra accesibles para él" (Goffman, 1986:198).

Finalmente, se trata de, partiendo del concepto de estructura de sentido, buscar la multiplicidad de sus formas y rastros en situaciones concretas observables de manera directa.

El investigador bajo la alfombra.

En mi tesis de doctorado que abordaba el proceso socioreligioso en Bolivia en los años setenta, luego de casi cuatrocientas páginas redactadas, llenas de gráficos, cuadros y datos técnicamente analizados, escribía en el último párrafo separado del cuerpo de la tesis por tres asteriscos:

> "Por último, si se me permite, sabemos que toda investigación está centrada sobre las inquietudes del investigador. Sólo se escribe sobre uno mismo. Este trabajo no escapa a esta realidad. Las temáticas iniciales de la investigación responden a mis cuestionamientos personales y existenciales sobre ser cristiano y ser de izquierda. La frialdad del tratamiento de los datos, con cierto grado de indiferencia, tiene la intención de tomar distancia del objeto de estudio, tratando de dejar de lado mis propias referencias subjetivas. Esto no quiere negar mi profunda admiración por aquellos que son estudiados en esta investigación, a quienes les debo tanto. Aquellos que de dedicaron su vida a construir una alternativa cristiana en Bolivia" (Suárez, 2001).

Retomo esa reflexión autocríticamente porque en ella se deja ver una posición epistemológica que ahora pongo en tela de juicio. La tesis en cuestión la llevé adelante tratando constantemente de controlar al militante que tenía dentro, lo que sin ser negativo en sí mismo, conduce a la intención de ocultar al investigador

"debajo de la alfombra", como bien afirma Weston La Barre en el prólogo al libro *De la ansiedad al método en las ciencias del comportamiento* de George Devereux (La Barre, 2012: 13). En efecto, el fabuloso estudio de Devereux pone sobre la mesa "la angustia causada por los datos de la ciencia del comportamiento" que conduce a que los investigadores interpongamos "filtros y más filtros" frente a la realidad, entre "nosotros y nuestros sujetos", para controlar nuestra subjetividad y presentar resultados con la ilusión de objetividad: "Incluso podría parecer que el mejor 'observador' es una máquina, y que el observador humano debería aspirar a una suerte de invisibilidad que –si se logra- eliminaría al observador de la situación observacional" (Devereux, 2012: 20). El autor señala con claridad que si bien los filtros pueden corregir "algunas distorsiones debidas a la subjetividad", a la vez producen "otras deformaciones específicas propias, por lo general inadvertidas". La solución, prosigue en su argumento, no es la extinción de los filtros, sino "la eliminación de la ilusión de que suprimen toda subjetividad y neutralizan por completo la angustia" (Devereux, 2012: 21).

Entre otras cosas, el señalamiento de Devereux invita, por un lado, a tomar en serio al propio investigador, sus pasiones, sus intenciones, sus miedos; y por otro lado, no "ignorar la acción recíproca de sujeto y objeto" (Devereux, 2012: 21), es decir las consecuencias de la intervención de quien investiga tanto en él mismo, como en la población estudiada y, sin duda, en el resultado encontrado.

En buena medida la sociología de la escuela de Chicago, y por supuesto la antropología que valora "experimentar en carne propia" lo que sucede en la otra cultura estudiada (Guber, 2011:55), han dado parte de la respuesta a ese problema. Como ya se mencionó en el capítulo anterior, en su estudio sobre el *Hobo*, Anderson, quien había vivido ser un *Hobo*, afirmaba que "nadie lo ha tocado y conocido como yo" (Anderson, 1998: 25). El argumento de este autor refuerza la idea de que la posición del observador, su propia historia e incluso su subjetividad son una valiosa fuente de información que no hay que desechar. La libertad de decir "esto percibo yo" que no soy un "observador invisible" –diría Devereux (2012: 21), no va en desmedro del conocimiento ni de la ciencia.

Algunos sociólogos también han apuntado en la misma dirección, aunque por convenciones poco convincentes, no lo dicen con claridad. Asombra por ejemplo que Richard Hoggard, en su estudio sobre la cultura obrera inglesa, se disculpe por el origen personal de sus fuentes:

> "...el libro está basado principalmente en mi experiencia personal y, por lo tanto, no pretende ser un estudio sociológico de carácter científico. Generalizar a partir de la experiencia entraña ciertos riesgos; por ello he incluido, donde consideré necesario (en especial en las notas), algunos conceptos aportados por sociólogos que matizaran o dieran sustento teórico a mis puntos de vista. También he incluido unos pocos ejemplos en los que otros autores con una experiencia similar a la mía tienen opiniones diferentes sobre los mismos fenómenos" (Hoggart, 2013: 33).

Curioso, pues el propio Hoggart publica un libro autobiográfico donde explica en detalle su trayectoria de vida utilizando para ello todos los recursos a su alcance, texto que se convirtió en una importante referencia sociológica (Hoggart, 1991)[14].

Otros autores, como Sennett –lo veremos en el excurso-, no tienen el menor empacho en mostrar lo personal de sus datos, lo que no inhibe su capacidad analítica. En este tema, la etnografía es la que mejor situada se encuentra por haber discutido con profundidad la posición epistemológica de estar entre los otros, con su propia historia, provocando situaciones nuevas y debiendo comunicarlas. Así lo resume Geertz:

> "Los etnógrafos necesitan convencernos (...) no sólo de que verdaderamente han 'estado allí', sino de que (...), de haber estado nosotros allí, hubiéramos

[14] También en México algunos autores marcaron la diferencia entre una sociología pura y otras narrativas. Fernando Escalante advierte -"para que nadie se llame al engañó" que su libro *Estampas de Liliput* contiene "bosquejos de sociología (...). Es un ejercicio de literatura, sin la ambición de demostrar nada ni de ofrecer información exacta acerca de nada. Es eso: *sólo literatura*" (Escalante, 2004: 9, el subrayado es mío). Se refuerza sí la idea de dos disciplinas completamente desconectadas sin responsabilidades mutuas ni posibilidades de intercambios o puntos de encuentro; se elimina la pretensión explicativa de la literatura y la posibilidad narrativa de la sociología, reflexión que va en sentido contrario de lo que vengo argumentando en estas páginas.

> visto lo que ellos vieron, sentido lo que ellos sintieron, concluido lo que ellos concluyeron (2013: 26).

Esta tarea no es nada fácil, pues "meterse en su propio texto (…) puede resultar tan difícil para los etnógrafos como meterse en el interior de una cultura". Por ello, los textos antropológicos pueden ser aburridos, densos o pesados, pero no "pueden considerarse murmullos anónimos" (Geertz, 2013: 27).

Estar ahí, influir, formar y deformar el campo, y comunicar, forman parte del quehacer científico en las ciencias sociales, lo que desemboca en la redacción.

Escribir es descubrir

Inevitablemente, lo reflexionado me lleva a la compleja relación de las ciencias sociales con la práctica de la escritura. La sociología tiene una tradición muy particular con las letras. Es inconfundible –y a menudo impenetrable- la pluma de Pierre Bourdieu; la ingeniería argumentativa de Guy Bajoit es impecable; la claridad de Howard Becker envidiable. Pero pocos son los textos donde los autores reflexionan sobre el proceso y el rol de sentarse frente a un teclado y sus consecuencias en la investigación.

En términos generales, una buena parte de los sociólogos han creado una barrera infranqueable entre el mundo de la narrativa y el de la ciencia social; pero no es menos cierto que una nueva generación, particularmente en la escuela americana, empezó a cuestionar el divorcio buscando visibilizar la sinergia entre ambas. De hecho Wacquant, en su estudio *Entre las cuerdas*, afirma que su texto abona, entre otras cosas, a "la alianza entre estos géneros normalmente separados: sociología, etnografía y novela" (Wacquant, 2006: 25). En esa dirección, existen varios autores a los que me referiré más adelante que han cruzado exitosamente las fronteras sin perderse en el camino. Quizás el mejor ejemplo es Richard Sennett, aunque también podríamos pensar, desde México, en Sergio Zermeño que escogió escribir novelas para explicar y comunicar sus ideas sobre la modernidad desencajada (Zermeño, 2014), o la reflexión de Silvia Pappe cuando, al estudiar el pensamiento sociológico de los veinte en México, apunta:

> "La escritura es un ejercicio vivo, un proceso reflexivo, significante e integrador. Ni en los casos de la escritura con prioridades estéticas (narrativas, poéticas, experimentales, performativas, etcétera), ni en la de la escritura científico-social se puede separar tajantemente contenido y forma, aún cuando el valor de la escritura será distinto según el grado de cada uno de los componentes e intereses disciplinarios (...). La escritura como instrumento de investigación forma parte tanto de los procesos de reflexión como de la representación del conocimiento" (Pappe, 2015: 225)

Lo que no cabe duda es que la antropología es la disciplina que se planteó el problema desde su nacimiento le apostó a la práctica etnográfica. En el clásico libro *Retóricas de la Antropología*, coordinado por Clifford y Marcus, Clifford dice sin tapujos que "muchas de las contribuciones aquí recogidas funden la teoría literaria con la etnográfica" (Clifford, 1991: 26), y más adelante refuerza: "en los ensayos aquí recopilados, se amalgaman las fronteras de lo artístico y de lo científico" (Clifford, 1991; 29), "la más cierta noción de lo literario, ha de formar parte intrínseca de la conducción antropológica y disciplinar a que se entregue el investigador" (Clifford, 1991; 30). Por último, "la etnografía, la práctica de la etnografía, es cosa artesanal, cosa apegada a la práctica de la escritura" (Clifford, 1991; 32).

En varios estudios antropológicos el tema ha sido abordado de distintas maneras. Es conocido que los libros de Oscar Lewis, particularmente *Los hijos de Sánchez* y *Antropología de la pobreza*, fueron cuestionados por la dudosa fidelidad del dato y la probable fabulación del autor. Cierto, al leerlo, a menudo uno se queda con la interrogante respecto de si se está leyendo una novela o un estudio antropológico; por eso mismo, el propio Lewis responde a sus críticos: "La grabadora de cinta utilizada para registrar las historias que aparece en este libro ha hecho posible iniciar una nueva especie literaria de realismo social" (Lewis, 2012: 39), o dicho de otro modo:

> "Es ciertamente difícil clasificar estos relatos. No son ficción, ni antropología convencional. Por necesidad de un término mejor yo los llamaría realismo etnográfico, en contraste con el realismo literario. Estos días no están

> compuestos; son días reales. Y los individuos no son tipos imaginados, sino gente verdadera" (Lewis, 2011: 19).

Llama la atención que en la manera de clasificar sus textos, Lewis acuda a los términos "especie de realismo social" o "realismo etnográfico"; hay que recordar que precisamente en esos años (1967) García Márquez publica *Cien años de soledad* e inaugura el llamado "realismo mágico" en la literatura latinoamericana.

Lewis está preocupado porque en su obra, a pesar de coquetear con los límites de la narrativa, no se ponga en duda la veracidad de su trabajo de campo, que sus historias no sean consideradas ficción. Por eso aclara:

> "Al preparar las entrevistas para su publicación, he eliminado mis preguntas y seleccionado, ordenado y organizado sus materiales en autobiografías congruentes. Si se acepta lo que dice Henry James de que la vida es toda inclusión y confusión, en tanto que el arte es todo discriminación y selección, entonces estás autobiografías tienen al mismo tiempo algo de arte y algo de vida. Creo que esto de ninguna manera reduce la autenticidad de los datos o su utilidad para la ciencia. Para aquellos de mis colegas que estén interesados en la materia prima, tengo a disposición las entrevistas grabadas" (Lewis, 2012: 47).

A principios de los ochenta, Geertz pone el tema con claridad en su libro *El antropólogo como autor*, donde desmenuza la relación entre el autor, el nativo y el lector en la producción etnográfica (Geertz, 2013: 156). Empieza criticando a la crítica: "el análisis de la etnografía como escritura se ha visto obstaculizado por consideraciones varias, ninguna de ellas demasiado razonable" (Geertz, 2013:11). Los señalamientos son:

i. "Lo que un buen etnógrafo debe hacer es ir a los sitios, volver con información sobre la gente que vive allí, y poner dicha información a disposición de la comunidad". Aquí lo que importa es el dato en sí mismo, la riqueza del trabajo de campo pero "no las estrategias narrativas".

ii. "Otra objeción esta vez por parte de los consumidores, es que los textos antropológicos no merecen tan delicada atención". ¿Para qué

> concentrarse en la manera cómo escribir? Los textos antropológicos deben "ser planos y faltos de toda pretensión. No deben invitar al atento examen crítico literario, ni merecerlo" (Geertz, 2013:11-12).

Las críticas apuntan al peligro de que la atención a la forma pueda ir en desmedro del contenido, convirtiendo la etnografía "en un mero juego de palabras, como pueden serlo la poesía o la novela" (Geertz, 2013:12). El autor dice que no es cierto que la antropología sea convincente "gracias al puro poder de su sustantividad factual". Si bien la calidad del dato en sí misma es una premisa etnográfica, es insuficiente sólo "por su simple abundancia" o "la amplitud de sus descripciones" (Geertz, 2013:13).

Geertz responde duramente estas posiciones: "tales puntos de vista son del todo irrazonables, puesto que no encuentran fundamento en amenazas reales, ni siquiera en atisbos, sino en la imaginación de simples futuribles, que podrían llegar a darse en caso de ocurrir de repente las cosas de modo distinto a como ahora ocurren" (Geertz, 2013:12). El argumento central es que los antropólogos acuden al trabajo de campo como fuente fundamental de su trabajo, sin él, sin seriedad ni rigurosidad y abandonando los procedimientos propios de la disciplina, "las cosas empezarían a situarse desde ese momento en términos de pura palabrería", pero, continúa el autor, "que todo eso vaya a ocurrir por tomar en serio la escritura antropológica como tal escritura, resulta difícil de creer" (Geertz, 2013:13).

La discusión, que es central, debe ser abordada en otros términos para comprender el "carácter literario de la antropología". Lo esencial del problema es que la escritura sirve, más allá de la cantidad de datos y de la presentación, para "convencernos de que lo que dicen es resultado de haber podido penetrar (o, si se prefiere, haber sido penetrados por) otra forma de vida, de haber, de uno u otro modo, realmente 'estado allí'. Y en la persuasión de que este milagro invisible ha ocurrido, es donde interviene la escritura" (Geertz, 2013:14). En suma, sirve para reconstruir una narración que realmente muestre la forma de vida del otro convenciendo al lector.

La tensión es compleja porque se trata de "construir textos ostensiblemente científicos a partir de experiencias claramente biográficas" (Geertz, 2013:19). Como

fuera, lo que queda claro es que la antropología tiene, a su manera, un "compromiso con *la escritura misma*", pues "importa aún mucho quien habla" (Geertz, 2013:16). El tema nos lleva a "una cuestión epistemológica, es decir, como algo que tiene que ver con cómo evitar que la visión subjetiva coloree los hechos objetivos" (Geertz, 2013:19).

Para este autor, los dos polos de la redacción con los que lidia un etnógrafo son los discursos "literarios" y los "científicos". De hecho, "los textos etnográficos tienden a parecerse tanto a los textos de ficción como a los informes de laboratorio", lo que lleva a dos preguntas fundamentales: "1. ¿de qué forma el 'autor-función' (...) se hace manifiesto en el texto?; 2. ¿Qué es lo que (...) el autor 'autoriza'?" (Geertz, 2013:18). Dicho de otro modo, cómo el autor se mete en la obra.

Como es sabido, incluso al interior de las ciencias sociales hay distintas maneras de escribir. Los dos polos serían la argumentación filosófica –lógica argumentativa- en contraposición al ensayo. Lo que se conoce como escritura científica en el ámbito social sigue un patrón altamente expandido y estandarizado –particularmente en las revistas científicas-: la intención es presentar y desarrollar una tesis o hipótesis fundamental en la introducción o en los primeros párrafos, continuar con el argumento lógico exponiendo las proposiciones y los datos que van combinando y reforzando la idea inicial, y finalmente llegar a una conclusión que retoma la pregunta inicial. Como bien señalan Emerson, Fretz y Shaw, la escritura etnográfica no sigue este patrón, se trata de construir "cuentos" que reposen en "un examen intelectual de la evidencia intentando alcanzar a contribuir con la idea central". La "idea central" se va acumulando poco a poco "progresivamente buscando plena claridad en el transcurso del texto", el argumento va creciendo en medio de la narración y el aporte más contundente se presenta "al final de la historia, en la conclusión del escrito" (Emerson *et all*, 1995: 171).

Pero volviendo al contrapunto de las ciencias duras, bien concluye Geertz que el desafío para el etnógrafo es mantener el justo equilibrio entre dos torrentes que lo jalonean: "el problema de la firma (...) exige a la vez la actitud olímpica del *físico no*

autorial y la soberanía auto conciencia del *novelista hiperautorial*, sin permitir caer en ninguno de los dos extremos" (Geertz, 2013: 20) [15].

Un último punto, que no es menor, es la pregunta respecto de para quién está dirigido el texto, es decir el problema del lector. Sin duda que existen varias posiciones sobre el tema, pero quisiera acudir a la reflexión de Ginzburg que, pensando desde la historia, propone una respuesta:

> "la idea de escribir para un público amplio me parece que es un objetivo en sí mismo. Si la investigación es importante, ¿por qué debería permanecer como propiedad de un grupo restringido de profesionales? Por el contrario, yo creo que podemos interesar a personas que no son profesionales, si compartimos con ellas no solamente el resultado de nuestra investigación, sino también el camino que hemos recorrido para llegar hasta ese resultado. A veces la investigación puede ser aún más fascinante que su propio resultado" (Ginzsburg en Abreu, 2014: 61).

Para concluir este apartado, quisiera referirme a un escritor que, desde la acera del frente reflexionando sobre su oficio, nos ayuda a pensar mejor. Fernando del Paso, que impulsó notablemente la literatura mexicana y recibió el Premio Cervantes en el 2016, señalaba en alguna entrevista radiofónica que "las ideas no son previas al acto de escribir, nacen con el acto de escribir". La creación no es un libreto previamente establecido al que sólo le falta plasmarse en una pantalla como si fuera un dictado, en ese momento pasan cosas inesperadas, surgen ideas, se organizan, unas nacen y otras mueren. El autor nos invita a divertirnos con las letras, con las palabras, con las frases, con las historias. Invita a que cada uno se convierta en un narrador de su propia vida, en un contador de historias, en un escribidor compulsivo. Bien podemos aceptar la invitación desde la sociología (como de hecho lo hicieron Sennett, Bauman y varios más), y hacer del "acto de escribir" un momento de creación de conocimiento; y de la escritura, una aliada encantadora.

Y al final, ¿qué con la teoría?

[15] Subrayados míos.

Alguna lectura suspicaz podría acusarme de elaborar una reflexión que esquive la cuestión teórica. Todo lo contrario. Sin duda que esta apuesta sociológica sólo puede ser una agenda intelectual razonable en la medida en que se sostenga en una sólida discusión conceptual, pero que necesariamente se la vea y discuta desde la práctica. De hecho, bien afirma Lahire que "nunca hay descripción sociológica encerrada en su singularidad, sino descripciones hechas a partir de un *marco descriptivo*, que debe poder reutilizarse, de un objeto descriptivo a otro. La descripción sociológica debe guiarse siempre por *esquemas interpretativos*, incluso por un *modelo teórico* (...). Las mejores descripciones siempre están guiadas – de forma más o menos explícita- teóricamente" (Lahire, 2006: 36). Es mucho lo que se podría decir al respecto: Evans-Pitchard sostenía que "no podemos estudiar nada sin una teoría sobre su naturaleza" (2001:70); Dubet sugiere "existen dos maneras principales de 'hacer' teoría sociológica. La primera, la más elegante y académica, es a partir de la teoría misma, de las grandes obras, a fin de construir sus propios marcos. La segunda consiste en partir de problemas empíricos a fin de preguntarse qué respuestas teóricas exigen. Esta es la que yo sigo" (2011: 116). Pero me quedo con las sugerencias de Bourdieu: "Sólo la atención prestada a los datos más triviales (...), puede llevar a la elaboración de modelos comprobados de modo empírico y susceptibles de ser formalizados" (2004: 16); "cuando más profundiza el análisis teórico, más cerca está de los datos de la observación" (2004: 11)

Y por supuesto, para cerrar, quisiera hacer mías las palabras, nuevamente, del sociólogo francés:

> "Me identifico con esos autores que saben introducir las cuestiones teóricas más decisivas en un estudio empírico desarrollado con minuciosidad, y que emplean los conceptos de un modo más modesto y más aristocrático a la vez, llegando incluso a ocultar su propia contribución en una reinterpretación creadora de las teorías inmanentes a su objeto" (Bourdieu, 2002: 266).

EXCURSO 7

El diario de Zygmunt Bauman

Hace unas semanas me compré *Esto no es un diario*, de Zygmunt Bauman (2015). La verdad, no había leído al conocido autor, aunque sí escuché hablar mucho -tal vez demasiado- de él. Me llamó la atención que en el título negara lo que en realidad está escribiendo; me recordó a Pierre Bourdieu cuando en su *Esbozo de un autoanálisis* empieza con la frase "Esto no es una autobiografía". Se trata de, en ambos casos, negar lo evidente para redefinirlo, para ponerle nuevo contenido en la palabra o ampliar la frontera de su significado.

Compré el texto porque precisamente lo que me gustó fue su estructura: la organización del contenido está por fechas, empieza en septiembre del 2010 y termina en marzo del 2011; cada uno de los meses contiene reflexiones subtítulos que anuncian el contenido de las dos o tres páginas que le siguen; no tiene una conclusión o reflexiones de cierre que ayuden al lector a quedarse con algo luego de las casi 300 páginas recorridas.

En las primeras letras, el sociólogo polaco, a modo de introducción, se desnuda y vuelve a la pregunta del "para qué" escribir un diario, del "sentido y el sinsentido de escribir". Y no responde con una argumentación racional, política o pedagógica, simplemente confiesa que "no he sabido aprender otro modo de vida más que el de la escritura. Un día sin escribir o anotar algo se me antoja un día desperdiciado o criminalmente abortado: un deber incumplido, una vocación traicionada. Además, el juego de las palabras es para mí el más celestial de los placeres" (p. 11-12); y va para el frente: "soy incapaz de pensar sin escribir" (p. 12). Esa es quizás la primera enseñanza de este autor que, sin ser propiamente escritor sino sociólogo, se esfuerza por hacer de las palabras un deleite cotidiano y una necesidad –necedad-compulsiva. Corresponde a los sociólogos -parece sugerir Bauman- convertir a la escritura en una práctica regular, en una amante insaciable y cariñosa que no se puede abandonar.

Un segundo aspecto que me gusta del libro es, como lo anunciaba, que no sigue el formato de documento académico: introducción donde se plantea la pregunta y la hipótesis, un capítulo teórico y metodológico, apartados donde se exponen los

resultados y finalmente la conclusión. En ese sentido se retoma la idea de “diario”: ideas y observaciones -que llegan en un orden cronológico y no argumentativo- de lo que se observa día a día. Así, un recorte de periódico, un encuentro, un acontecimiento, un libro, son los insumos que permiten una reflexión libre e imaginativa; sin duda arriesgada, atrevida, a menudo equivocada, pero no menos inteligente y sugerente. Y lo interesante es que en la exposición de lo observado se deja ver el lente del científico social que mira desde una tradición, desde una manera de explicar y comprender. Ahí cabe todo, todo lo que conmueve a la sensibilidad del sociólogo.

El autor valoriza el “diario” que en los últimos años se ha convertido en el patito feo de la literatura o el primo incómodo de la novela, pero imprime su sello. En suma, lo de Bauman sí es un diario, un sabroso diario sociológico que invita a las letras y a las ideas.

EXCURSO 8

Richard Sennett: "La importancia de lo que escribo"

Hay varios temas que me llaman la atención de la sociología de Sennett. Tal vez menos su aparato conceptual o su capacidad de indagar y resolver sobre determinados aspectos de la vida social, de hecho, lo he leído menos de lo que debiera para tener una opinión al respecto. Pero lo que sin duda me encandila es su escritura, su relación con lo escrito, su manejo de los datos –personales o no- en la construcción de su argumento. Al menos, entonces, son tres dimensiones en las que hay que detenerse: su relación con la escritura, con su autobiografía y con los datos usados para su trabajo.

Sennett parte con una provocativa afirmación: "para mí, la literatura y la sociología no son cosas tan distintas (...). No hay por qué pensar que ciencia y arte son excluyentes" (2006:47). ¿Está peleada la sociología con la literatura? ¿Cuáles sus encuentros o desencuentros, cuáles los riesgos de una relación compleja?

En una fabulosa entrevista el autor confiesa que su interés inicial no era por las ciencias sociales sino más bien por "el acto de escribir" –curioso paralelo con Fernando Del Paso-. Lo que él quería era "aprender a escribir tan bien como me fuera posible" (2008: 2). Por supuesto que esta sensibilidad a las letras fue uno de los caminos recorridos por varios sociólogos anteriormente; el propio William White reflexiona sobre su intención literaria inicial que luego lo condujo a una manera peculiar de hacer sociología (White, 1971)

Sennett busca tender el puente –y no una barrera- entre el escritor y el sociólogo. El principal punto de contacto es la necesidad de elaborar un relato, una historia, sobre lo que se quiere explicar, argumentar y comunicar, aunque la fuente para el uno sea la imaginación y para el otro la observación –investigación-:

> "no creo que el trabajo imaginativo de un novelista sea muy distinto a la actividad de un investigador cuando organiza en un relato o en un argumento más amplio los testimonios obtenidos en entrevistas (que es lo que yo suelo hacer): la historia que uno cuenta en un ensayo sociológico le pertenece a otro

> u otros, pero darle sentido a ese relato requiere técnicas de comprensión no tan diversas a las que pone en práctica un novelista que inventa una historia. Para mí es obvio que hay una continuidad entre mi trabajo investigativo y mis novelas…" (2008:2).

Para el autor su obra literaria era otra manera de investigar: "mis novelas fueron para mí una especie de extensión de mis estudios, una investigación diferente que también me servía para comprender el lugar de las cosas en el marco de períodos extensos de tiempo" (2006:47).

Y va para el frente, sostiene que su "trabajo siempre ha tenido que ver con el problema de la narración" (2008:3); inscribiéndose en la tradición etnográfica, sugiere que en su trabajo "su objetivo es llegar a comprender la situación dentro de un marco narrativo amplio" (2006: 47). Hacer sociología, parecería sugerirnos, es una particular manera de construir una historia; es otra forma de narrar, otro rostro del relato.

Una segunda dimensión es para quién escribimos y por tanto cómo escribimos. La tensión está presente en varios autores –ya he evocado a Ginzburg-. Un polo dirá que los textos tienen que estar dirigidos a un claustro de especialistas pues esa es la única manera de avanzar con seriedad. Pero al frente estarán autores que consideran que la publicación debe tener un público mayor, lo que no implica un sacrificio en términos de profundidad y rigurosidad. Para Sennett, además, la escritura abierta tiene varias implicaciones, particularmente una "dimensión política: yo no quería escribir solamente para una pequeña camarilla de expertos, sino comunicarme con un audiencia más amplia" (2008: 2).

Y sin duda que el interés por el público lleva a la atención en la forma. Ahora habla el músico: "cuando escribo, lo que más me preocupa es llegar a que las frases suenen bien, en términos de ritmo y armonía" (2008:2). Le interesa que sus textos sean lo suficientemente transparentes y accesibles: "Como escritor, siempre me ha interesado el tema de escribir en una prosa simple, pero no simplista, hacer textos accesibles sin renunciar a la complejidad (…). Se trata de crear ensayos en los que el

pensamiento esté en la página, que no requiera códigos previos para descifrarse" (2008:8).

Un tercer elemento es la relación que Sennett establece con sus "fuentes" o con los "datos". Hay que señalar que buena parte de su obra consiste en valorar lo manual, lo material como un insumo reflexivo. Su propia trayectoria en las ciencias sociales que se dio a través de su destreza frustrada como chelista y director de orquesta sin éxito. Su manera de relacionarse con lo físico, con la música, con la armonía lo condujo a una sociología muy particular. Quizás el lugar donde mejor desarrolla la intención de quebrar la distinción entre lo manual y lo psíquico es en su obra *The Craftsman* –(primera edición en inglés en 2003; en español: *El Artesano*)-, y en la idea, difícilmente traducible al castellano de *carft*, que evoca tanto lo físico y lo mental a la vez. Cuenta el autor que sus discusiones con Hannah Arendt, quien fuera su maestra, giraban sobre su "distinción radical entre el homo faber y el sujeto pensante", mientras que él alegaba que la frontera era en realidad inexistente (2008:4). Aboga el autor por una vuelta a los objetos culturales, al trabajo material que implica dar un lugar diferente a lo físico, lo manual, a la materia.

En esa dirección, Sennett con lo fáctico invita, además, a tomar la historia personal como una fuente de información. En su obra *El respeto*, el sociólogo vuelve sobre el tema bastante trabajado, pero lo hace de distinta manera. Afirma que acudió al "material autobiográfico" no "para intentar explicar de dónde proceden mis teorías", pero al reflexionar sobre el tema pensó "que sería más ilustrativo escribirlo recurriendo a mi propia infancia que limitarse a teorizar" (2006: 46). En el prefacio de su obra -que confiesa "se convirtió en un experimento" (2012:14)- afirma que, para que el libro "fuera honesto, tenía que escribir, al menos en parte, a partir de mi experiencia personal". Y adelante advierte con toda claridad que, si bien no se trata de una historia de su vida, sí pretende "utilizar mi experiencia personal como punto de partida para explicar un problema social más amplio" (2012:14).

Ya en el transcurso de su texto, el autor acude –además de a fuentes formales- a un documento inédito de su madre, Dorothy Sennett, nombrado "The Project", de 1959, que todo indica que se trata de una reflexión libre sin ninguna intención académica, un material estrictamente familiar. En otros momentos, Sennett no se oculta del

relato: “tengo un vivo recuerdo de esos años” (2012: 24) o “mi recuerdo visual más vivo de Nueva York en esa época es mi cuarto de baño y su espejo” (2012: 129) develan el lugar de la memoria y de su propia experiencia –y recuerdo- como un insumo fundamental e ineludible de su reflexión.

En un pasaje, por ejemplo, no duda en contar sus experiencias íntimas para explicar el problema de la desigualdad y la segregación:

> “Cuando regresé de Chicago, con veinte años de edad, tuve mi primera verdadera historia de amor; mi precocidad en la música no tenía paralelo en el sexo. Mi pareja era una estudiante negra de filosofía. Aunque juguetona y divertida con los amigos, se volvía tremendamente sería cuando se trataba de Immanuel Kant. La noche tenía para nosotros otra estructura en Chicago que para mí solo en Nueva York; después de estudiar, practicar con el chelo y hacer el amor, salíamos en busca de comida, pero casi ningún restaurante nos admitía. Los restaurantes para blancos rechazaban abiertamente una pareja mixta, mientras que en los restaurantes para negros nos limitábamos a esperar y esperar que quedarán libres mesas misteriosamente ‘reservadas’” (2012: 34-35).

El rápido recorrido por la propuesta de Sennett conduce a entender el lugar de la teoría en su sociología:

> “Mi obra tiene menos que ver con la producción de una teoría sociológica que con una especie de viaje o recorrido a lo largo del cual me han acompañado dos obsesiones con el mundo del trabajo y con los lugares. Debido a mi interés en la perspectiva filosófica, pareciera que mis libros se inclinan hacia la teoría, pero yo no me veo en realidad como un teórico” (2008:7).

En el fondo, su agenda ha estado marcada por sus “obsesiones” en lo laboral y en lo espacial; a partir de ahí construye sus inquietudes intelectuales y las va desarrollando. Revisando su propia obra, el autor no la presenta como un resultado sistemático y coherente, sino un “tipo de escritura”, una “práctica con resonancias filosóficas, no la construcción de una teoría” (2008:8).

A la vez, Sennett nos propone una ruta creativa no ortodoxa, un placer por la duda y la exploración. Se sale de las exigencias académicas preponderantes que defienden una idea de coherencia y la acumulación lineal:

> "Una característica muy interesante de las artes (y tal vez de las ciencias también) es que son prácticas adquiridas pero no necesariamente del todo conscientes. A veces ni siquiera queremos saber lo que hacemos. Es un hábito difícil de mantener en el mundo académico, donde constantemente se le pide a uno que explique lo que está haciendo. Es terrible. A menudo, mientras hacemos algo no sabemos demasiado bien lo que estamos haciendo, y podemos explorar con libertad precisamente porque no tenemos un súper-yo exigiéndonos que expliquemos o justifiquemos" (2008: 8).

En un momento donde predominan los controles, las evaluaciones que reposan en el paradigma de la separación entre vida intelectual y conocimiento científico y acumulación de saber especializado fruto de una clara ruta, Sennett revira: "en el trabajo académico constantemente se espera que uno sepa exactamente a dónde quiere llegar antes de comenzar el recorrido, eso es absurdo. Esta costumbre me parece uno de los peores efectos de la vida académica sobre la vida intelectual" (2008: 8). Y concluye que en su experiencia de profesor a menudo le decían "'no me digas a dónde quieres llegar, mejor juega un rato, desordénate, y cuéntame luego qué pasó'. Así es como se hacen los descubrimientos" (2008:8).

Su "epistemología" –que seguramente no estaría de acuerdo en llamarla así- reposa en procurar "un tipo de conocimiento diferente que en alemán se denomina Verstehen; es una labor de reconocimiento y empatía, aunque tal vez 'empatía' no sea la palabra adecuada. En cualquier caso, es la capacidad de imaginar una vida diferente de la propia" (2006:47). En esa dirección se trata de discutir la noción de lo falso y lo verdadero, tan ampliamente extendida en las ciencias sociales actuales. Más bien, Sennett afirma que

> "en las investigaciones de este tipo, en cambio, no se trata tanto de producir verdades cuando de conseguir un entendimiento, una comprensión que constituye también conocimiento objetivo, aunque de un tipo muy peculiar,

> que permite descubrir qué es lo que hace que otro ser humano sea diferente de uno mismo. Y para lograr que el lector experimente esas diferencias y comprenda ciertos aspectos concretos que están en el interior de otras personas, quien realiza el análisis debe trabajar mucho su escritura (...)".

El trabajo del sociólogo no es limitarse a explicar una realidad determinada, sino "convertirla en una experiencia concreta que poder narrar (...) Por eso le doy tanta importancia a la forma en la que escribo" (2006: 47).

EXCURSO 9

Marshall Berman. El arte de juntar cultura y política, pasado y presente, verdades profundas y luces de colores

Hace treinta años, Marshall Berman (1940-2013) escribió un libro que estaba llamado a convertirse en un clásico de la Sociología: *Todo lo sólido se desvanece en el aire* (publicado originalmente en 1982 y en castellano en 1988 por Siglo XXI). El título evocaba la célebre fórmula de Marx, y se convirtió en uno de los textos clave del marxismo contemporáneo, pero, además, una referencia obligada para entender la sociedad actual: "ser moderno –aseguraba Berman- es vivir una vida de paradojas y contradicciones" (Berman, 2011: xix).

Lo leí cuando estudiaba la licenciatura, en fragmentos y fotocopias, como todo en aquella época. Escuché su nombre citado cientos de veces en artículos, coloquios, libros, clases, seminarios y cuanto hay de vida académica. Pero a pesar de su constante presencia, confieso que lo había dejado un poco en el olvido. Sólo desempolvé su texto cuando se confirmó que haría mi año sabático en Nueva York. Quería volver a ver su mirada crítica de la ciudad que me iba a acoger por un año.

Llegué al libro con otros ojos, como quien se re-encuentra con una antigua joya guardada, con deseo de observarla y disfrutarla nuevamente. Aprendí muchas cosas de cómo Berman hacía su trabajo y me quedé encantado con el capítulo sobre la transformación de Bronx. Su análisis sobre la devastación capitalista plasmada en un proyecto urbano que aplana todo -teniendo como fuente analítica su propia vida- me pareció de una lucidez notable. Más cuando en el mismo momento que recorría esas páginas, en la Ciudad de México las autoridades –de izquierda- se jactaban del Segundo Piso del Periférico, avenida costosa y absurda que sólo refuerza el principio del coche como medio prioritario de transporte y obedece a las imposiciones del empresariado automotriz. A cuarenta años, la crítica de Berman era pertinente, y no sólo para Nueva York.

Unas semanas más tarde, el académico neoyorquino fue a México. Tuve la ocasión de verlo en una conferencia en la sala de la editorial Siglo XXI con motivo del treinta

aniversario de la publicación de su libro. Demacrado en la salud, pero con la lucidez y sencillez de siempre, su presencia fue magistral. Con el pelo largo, la barba canosa y abundante, unos jeans azules y playera naranja con la inscripción "post-modern" –que presumió haberla comprado en Brasil en un evento unos meses antes-, el académico llenó el auditorio.

Por supuesto que sus palabras fueron muy sugerentes, pero quedé más impresionado con la participación de los estudiantes -por supuesto de universidades públicas-. A la hora de las preguntas todos los que tomaban la palabra mostraban que habían leído su libro y, sobre todo, que les había ayudado a pensar. En cada participación invitaban a Berman a seguir pensando y a hacerlo colectivamente. El autor seguro que sintió el mejor homenaje que puede tener un sociólogo: ser leído críticamente y que la obra convoque a otros a que construyan sus propios problemas. Fue una deliciosa muestra de cómo las ideas se extienden, penetran en los demás y se convierten en nuevas rutas de descubrimiento.

Berman murió el 11 de septiembre del 2013 mientras yo vivía en Nueva York. Fue en esa ciudad donde descubrí otra de sus facetas a través de su obra *On the town. One hundred years of Spectacle in Times Square* es un texto que devela parte de su historia. Fue publicado inicialmente por Radom House (2006) y posteriormente por Verso (2009). Cuenta con seis capítulos y decenas de ilustraciones.

Por el origen de este estudio, se entiende buena parte de su contenido. Cuenta el autor que un domingo de junio del 1995, antes de dormir lo llamó un amigo editor de *The Village voice* invitándolo a escribir sobre Times Square denunciando millonarias inversiones de grandes empresas que cambiarían la naturaleza de la calle 42, la famosa plaza y su importancia para los neoyorquinos. Le sugería que se encargara de la introducción a un dossier crítico que ya estaba armado. En primera instancia rechazó la oferta, pero al colgar el teléfono su esposa le dijo: "¡Idiota! Es tu gran oportunidad, ahora puedes juntar cosas -sexo y bienes raíces y cines y tus padres y el metro y carteles y la calle-, todo lo que siempre dices que quieres hacer" (Berman, 2009: 228). Al día siguiente, estaba aceptando la propuesta. Este llamado de atención marca el tono del libro, el espíritu con el cual Berman se sienta a redactar: "juntar cultura y política, juntar el Nueva York del pasado y del presente,

juntar mi vida como hombre y mi vida como niño, juntar mi búsqueda intelectual por las verdades profundas y mi primitivo amor por las luces de colores" (Berman, 2009: 230).

Con aquella premisa como una especie de estado de ánimo intelectual y emocional a la hora de explicar un problema complejo, el autor nos invita a recorrer las 260 páginas de su libro y los cien años que contiene. Y aclara que no buscará narrar la historia de la plaza o lo que hace la gente en esa calle, sino cómo *se adueña* de ella, para lo cual acude a todos los recursos que tiene a la mano: documentos históricos, fotografías, recuerdos y memorias personales, observación empírica, afiches, referencias teóricas, experiencias, etc. Metodológicamente, no tiene ningún reparo en empezar contando su fascinación por los anuncios luminosos, su tránsito de infancia por la calle 42 cuando acompañaba a su padre al trabajo o aquella anécdota donde, al confesarle a su tía que él había consumido drogas y que la sensación era sentir visiones alucinantes, ella le dijo: "No necesitas de drogas para esas experiencias. Todo eso lo tienes yendo a Times Square" (Berman, 2009: xxvii).

En cada capítulo, el autor relata episodios sobre la enigmática plaza poniendo el acento en un momento histórico pero subrayando su sustancia. Empieza con los primeros carteles a principios del siglo pasado, se detiene en las imágenes clásicas como la foto del marino besando a una enfermera –ambos anónimos hasta la fecha- en pleno Times Square en la Segunda Guerra Mundial, la representación de lo masculino y de lo femenino, etc. En suma, transita por la manera cómo se conformó ese lugar caracterizado por la "superabundancia de sentidos" que se dejan ver tanto en cada una de las imágenes y obras que ahí se muestran, como en la historia de quienes viven una experiencia particular.

Luego de una deliciosa narración interpretativa del lugar, Berman llega al epílogo nuevamente contando un incidente personal: "Reuters y yo". Describe cómo fue forzado a retirarse de la puerta del edificio de Reuters por un agente de seguridad que tenía el mandato de no dejar detenerse a nadie. Cuando argumentó que lo único que estaba haciendo era mirar lo que pasa en la calle para escribir un libro, recibió la eterna respuesta de los agentes de seguridad: "son órdenes". Contrariado por cómo la agencia de noticias que es capaz de denunciar regímenes despóticos en todo

el mundo, era la primera en impedir a los ciudadanos a transitar libremente por la calle, optó por retirarse sin hacer escándalo, continuar con la redacción de su libro y no faltar al cumpleaños número diez de su hijo, que lo estaba esperando. Pero el bochornoso episodio le permite volver a la propuesta analítica y militante de su libro: "uno de los derechos humanos primarios es *el derecho a la ciudad*; esto significa que la vida de ciudad es una experiencia a la cual todo ser humano tiene derecho, lo sepan o no. A la vez, las ciudades son vulnerables y necesitan amor y cuidado infinitos" (Berman, 2009: xxxvi).

El libro nos invita no sólo al tránsito por la famosa plaza, sino sobre todo devuelve la imaginación a la interpretación sociológica, la experiencia personal como fuente de análisis, la agudeza en la observación de cualquier insumo gráfico o histórico para sacar provecho analítico. Todo permeado por una intención política: la reivindicación de ser colectivamente dueños de la urbe, de sus plazas, de sus tiempos. Marshall Berman, uno de los intelectuales más memorables para conocer y recorrer.

CONCLUSIONES

En este trabajo partí de la pregunta sobre la reconfiguración de la sociedad boliviana en la última década que ha vivido cambios fundamentales en el orden político, económico y cultural. Particularmente, la atención estuvo puesta en la dinámica cultural –y la consiguiente construcción de nuevos imaginarios, estilos de vida y consumo- observada desde la ciudad de La Paz, tomando a San Miguel como un laboratorio en el cual pude detenerme en su historia, en sus formas espaciales y de manera muy especial en los vecinos. En estas palabras de cierre quisiera hacer referencia a tres dimensiones diferentes y por supuesto complementarias.

La Paz está viviendo un proceso atravesado por distintas variables: el impulso de una utopía urbana de larga data que entiende la modernización y el desarrollo de la ciudad como el fomento al automóvil, la construcción de grandes edificios, avenidas o puentes, el Teleférico, etc.; un importante dinamismo económico y social que se expresa en la rotación de élites, resignificación de barrios y calles, renovación de la fiestas con múltiples sentidos; un clima ideológico -impulsado por el gobierno central- donde las expresiones culturales del mundo indígena se convierten en una referencia legítima y penetran todas las esferas -desde las comerciales como la revista "Cholitas Vip" hasta las culinarias-, y los distintos grupos -desde la élite tradicional de la zona sur hasta las élites emergentes-; un proceso acelerado de inserción a la globalización abrazando sus beneficios y miserias que van desde la intensificación del uso de internet o la avasalladora presencia de celulares inteligentes en el mercado hasta el retorno de las empresas globales (por ejemplo McDonald's que fracasó en su intento por consolidarse como una opción en Bolivia pero que no extrañaría que vuelva a abrir sus puertas en el país); la consolidación de una nueva clase media joven, individualista, altamente consumista, liberal y con mayores niveles de educación y profesionalización, acostumbrada a vincularse con la banca para lograr patrimonio familiar a través de créditos, que promueve y disfruta un estilo de vida urbano con toques cosmopolitas, atendiendo y cuidando

el cuerpo, la belleza, y una manera propia y libre de re-interpretar el "buen vivir". Dicho en código sociológico: el gobierno del cambio "ha sido un agente activo de individuación" (Martuccelli, 2017)[16].

La Paz en la última década, ya no es la misma, la trascendencia de la transformación no se equipara a ningún otro período anterior en su historia, pero tiene su propia ruta diferente a otras experiencias. Por ejemplo, como lo adelanté en la introducción, lo sucedido en esta urbe no se expresa fielmente en la metáfora de la "ciudad de muros" de Caldeira (2007) ni canónicamente en la "ciudad neoliberal" de Harvey (2014b) y menos en las ciudades globales de Sassen (2007) -aunque se encuentre componentes de cada una de esas reflexiones-, sino en una articulación compleja de varias dimensiones de un cambio que combina, por ejemplo, una visión neoliberal del desarrollo urbano con el discurso indígena del "buen vivir" y da como resultado algo completamente nuevo, original, a menudo contradictorio y abigarrado. Esta ciudad se vive -como lo analiza Martuccelli para Lima-, "un nuevo estilo de socialidad" (Martuccelli,2015 :16) -o una "revolución de la socialidad"- que ha dado como resultado "una ciudad altamente fragmentada" (Martuccelli, 2015: 195) y compleja.

De aquí en adelante, habrá que implementar una agenda de investigación que ponga el foco en múltiples aspectos de este nuevo estilo de vida no estudiados en este libro, como el cambio en la vida sexual y la intimidad, en el tipo de familias y nuevos "contratos" familiares, la mutación de las identidades profesionales, religiosas, etarias, etc. Este es un tiempo de preguntas y de inicio de nuevos estudios. Es tiempo de ciencias sociales activas, dinámicas e imaginativas.

---

[16] "Digámoslo sin ambages: el MAS, por una nueva astucia de la historia, es el gran operador de la afirmación de las individualidades en Bolivia. O para ser más exactos y justos: al MAS, más allá de sus retóricas y objetivos políticos, le ha correspondido acompañar y, a su manera, involuntariamente propiciar la afirmación de las individualidades en la sociedad boliviana. El MAS coincide y participa en la invención de un nuevo imaginario urbano y, sobre todo, en la afirmación, desde una retórica colectiva, de una sociabilidad horizontalizadora entre individuos de un nuevo cuño. El MAS ha aclimatado y legitimado a nivel popular un discurso modernizador cuyo componente técnico, y en su afán por el crecimiento económico, se revela indisociable de anhelos y expresiones individuales. Lo quiera o no, el MAS ha sido un agente activo de individualización en la sociedad boliviana" (Martuccelli: 2017).

San Miguel vive –y de alguna manera sintetiza- estas tensiones urbanas de múltiples maneras. El barrio empedrado y tranquilo se convirtió en el polo económico más dinámico de la ciudad –lleno de estacionamientos, coches y comercios- donde se encuentran las tiendas más refinadas de ropa, comida –en su versión *fast food* como la empresa *Subway* hasta locales que se presentan como seguidores de la filosofía del *slow food*-, bancos, agencias de viajes, etc. Todo esto atravesado, como se dijo anteriormente, por una ideología indigenista que se acomoda con facilidad a las necesidades del mercado.

En los habitantes, se vive un cambio fundamental, mientras que en el inicio de barrio fue poblado por una homogénea clase media emergente compuesta por jóvenes parejas, ahora la heterogeneidad caracteriza al vecino. Así, como se vio en el capítulo respectivo, la manera de entender el espacio, el patrimonio, el barrio, varía notoriamente de una experiencia a otra. Es una muestra de la fragmentación de la nueva clase media compuesta tanto por élite tradicional en decadencia como por la emergencia de sectores profesionales o comerciantes que se instalan en el barrio con todas las consecuencias respectivas. Por ello, para uno un departamento es la inversión de su vida, para el otro su casa es el lugar donde guarda los recuerdos de su familia y sus fallecidos, para otro más, se trata de un valor estrictamente comercial altamente apreciado en el mercado de inmobiliario. Esa diversidad es precisamente reflejo de sectores sociales dinámicos que confluyen en un mismo territorio.

De igual manera, la trayectoria familiar marca la concepción y relación con el espacio. Una pareja que empezó su vida marital más de 40 años atrás, ahora tiene hijos, nietos, y nuevas necesidades espaciales. El tema de la convivencia inter-generacional, los nuevos usos de los predios y sus respectivas expectativas y necesidades, también representa un aspecto importante. Los domicilios se adecúan a esas exigencias, que pueden ir desde la construcción de nuevos cuartos, hasta convertir la sala –ahora vacía por la partida de los hijos- en tiendas; se adapta el uso a las nuevas necesidades familiares –como lo estudia Zamorano en su trabajo sobre la utopía urbana en la Ciudad de México (Zamorano, 2013: 155-162)-. En suma, el tejido social no es el mismo, ha cambiado la idea del vecino, la calidad y la naturaleza de la relación que se establecía entre ellos, la noción del espacio público y lo privado.

Hay que decir que, aunque las modificaciones son profundas, se puede hablar de la constitución de una nueva clase media diferenciada pero no extrema. No se trata de un clásico proceso de gentrificación ni con la impronta jerárquica que conlleva -que en el estudio de Elías y Scotson se expresa en la tensión "establecidos y marginados" (Elías y Scotson, 2016)- ni en sus distintas variantes como la gentrificación endémica explicada por Sabatini (*et all*, 2016). Los patrones culturales responden al estilo de vida urbano y moderno. Hay diversidad económica, simbólica, social y en menor medida étnica, pero se guarda un patrón inercial aún no quebrado. Por ejemplo, todavía no se construye ningún edificio que retome la propuesta estética de la "arquitectura andina" impulsada por Freddy Mamani, que fue un éxito en la ciudad de El Alto. Habrá que ver si en los próximos lustros el paisaje arquitectónico -y social- toca o no esas puertas. En otros términos, se trata –como analiza Grafmeyer- de nuevas con formas de co-existencia, intercambios, y conflictos de actores que interactúan en la vida diaria, en suma, nuevas transacciones en una nueva "heterogeneidad urbana" (1999: 157-160).

En la cuestión metodológica, este texto ha sido un ejercicio atrevido y arriesgado, una apuesta por *una sociología desenfadada y vagabunda*; he seguido y re-interpretado libremente la sugerencia de Becker cuando afirma que "Para hablar de la sociedad la sociología no basta" (2015)-o las sugerentes reflexiones sobre la antropología fílmica de Delgado (2008: 59)-; me he adentrado en múltiples maneras de buscar explicaciones. Le he dado un valor particular a los *objetos* que normalmente son considerados como residuos por muchos cientistas sociales, a las "pequeñas cosas" que pueden contener preciosos secretos y ofrecer grandes explicaciones. He querido seguir el consejo de Goffman (2016) y poner atención a los detalles, a los momentos, a las situaciones que develan lógicas complejas. La fotografía ha ocupado un rol fundamental, no ilustrativo, sino una fuente de explicación. Los diferentes excursos adquieren otro valor, son espacios de mayor libertad que refuerzan el paisaje analítico; han sido un recurso muy útil a la hora de enseñar aspectos complementarios.

He tratado de romper con la idea de distancia con el objeto de estudio, y siguiendo la sugerencia de Wacquant, me he "convertido" en un nativo del lugar, aunque en

realidad ya lo era desde antes que inicie mi investigación. Como varios investigadores lo hicieron en su momento –pionera en el tema urbano es la obra de Gilberto Velho (2014)- he buscado administrar la dificultad de "estudiar su propia sociedad", sacando provecho y a la vez cuidando los riesgos que ello implica (Velho, 2014:35). Por último, le he puesto especial atención a la escritura, al momento en el que ésta sucede como una experiencia fructífera y privilegiada de libertad e imaginación a la hora de construir un razonamiento y un relato sociológico.

Para terminar, este libro pretende abonar al diálogo e intercambio entre antropología, sociología y narrativa. Muchos autores han reflexionado sobre el tema y a varios me he referido en distintos capítulos. En los últimos años, en México iniciativas como las de Payá (2010, 2012) o publicaciones como el número de *Nueva Antropología* dedicado a la etnografía (2015) han puesto nuevas ideas para revitalizar este intercambio de larga data que durante un tiempo estuvo anquilosado. Sirvan estas líneas para alimentar la discusión y tender los puentes entre los distintos trabajadores de la cultura que, cada quien a su modo, buscamos entender los profundos saberes del comportamiento humano.

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

ABREU, Alzira. (2014)."Historia y cultura. Una conversación con Carlo Ginzburg". En *Contrahistorias*, núm. 23, septiembre.

AILLÓN, Esther. (2009). *Vida, pasión y negocios. El propietario de la Villa "San Pedro Mártir" Indalecio González de Socasa (1755-1820)*. Bolivia: Fundación Cultural Banco Central de Bolivia y Archivo y Biblioteca Nacionales de Bolivia, Sucre.

ALBÓ, Xavier, Tomás Greaves, Godofredo Sandoval. (1981). "Chukiyawu. La cara aymara de La Paz. I El paso a la ciudad". En *Cuadernos de Investigación CIPCA*, núm. 20: La Paz.

ALBÓ, Xavier, Tomás Greaves, Godofredo Sandoval. (1982). "Chukiyawu. La cara aymara de La Paz. II. Una odisea: buscar 'pega'". En *Cuadernos de Investigación CIPCA*, núm. 22: La Paz.

ALBÓ, Xavier, Tomás Greaves, Godofredo Sandoval. (1983). "Chukiyawu. La cara aymara de La Paz. III. Cabalgando entre dos mundos". En *Cuaderno de investigación CIPCA*, N. 24, La Paz.

ALBÓ, Xavier, Tomás Greaves, Godofredo Sandoval. (1987). "Chukiyawu. La cara aymara de La Paz. IV. Nuevos lazos con el campo". En *Cuadernos de investigación CIPCA*, núm. 29: La Paz.

AMEIGEIRAS, Aldo. (2007). "El abordaje etnográfico en la investigación social". En Vasilachis (Coord.), *Estrategias de investigación cualitativa*. Buenos Aires: Gedisa.

ANDERSON, Niels. (1998). *On hobos and homelessness*. Chicago: University of Chicago Press.

ANDREOLI, Elisabetta, D'andrea Ligia. (2014). *Arquitectura andina de Bolivia*. La Paz: Banco Central de Bolivia, Fundación Cultural BCB, Alcaldía de El Alto, Cámara de Industria y Comercio de El Alto.

ANDREOLI, Elisabetta. (2012). *Bolivia contemporánea*. La Paz: Plural.

ARANÍBAR, Ernesto. (2015). *Del péndulo al cubo: la configuración del mercado nacional en una era transnacional*. La Paz: 3600 y Heterodoxia.

ARBONA, Juan Manuel (Et All). (2016). *El proceso de cambio popular: un tejido político con anclaje país*. La Paz: Vicepresidencia del Estado – Centro de Investigaciones Sociales.

ARCE, Luis. (2015). *El nuevo modelo económico, social, comunitario y productivo*. La Paz: S.N.

ARCHONDO, Rafael. (1991). *Compadres al micrófono. La resurrección metropolitana del ayllu*. La Paz: Hisbol.

ARGUEDAS, José María. (2008). "La ciudad de La Paz". En *Jiwaki. Revista municipal de culturas*, núm. 13.

AUGÉ, Marc. (2007). *El oficio de antropólogo*. Sentido y libertad. Barcelona: Gedisa.

AUGÉ, Marc. (2010). *El metro revisado. El viajero subterráneo veinte años después*. Barcelona: Paidós.

AUYERO, Javier (Coord.). (1999). *Caja de herramientas. El lugar de la cultura en la sociología norteamericana*, Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.

AUYERO, Javier y Lauren Joseph. (2007). "Introduction: Politics under the Ethnographic Microscope", in Joseph, Lauren, Mahler, Matthew and Auyero, Javier (Ed.), *New Perspectives in Political Ethnography*. New York: Springer.

AUYERO, Javier. (2001). *La política de los pobres*. Buenos Aires: Manantial.

BAJOIT, Guy, Franssen Abraham. (1995). *Les jeunes dans la compétition culturelle*. Paris: PUF.

BAJOIT, Guy. (2009). *Socio-analyse des raisons d'agir*. Québec : Les Presses de l'Université Laval.

Banco Central de Bolivia. (2015). *Informe de política Monetaria*. La Paz: Banco Central de Bolivia.

BARRAGAN, Rossana. (1990).*Espacio urbano y dinámica étnica. La Paz en el Siglo XIX*. La Paz: Hisbol.

BARRAGAN, Rossana. (2009). "Organización del trabajo y representaciones de clase y etnicidad en el comercio callejero de la ciudad de La Paz", en Wanderley (Coord.), *Estudios urbanos en la encrucijada de la interdisciplinaridad*. La Paz: CIDES-UMSA.

BAUMAN, Zygmunt. (2015). *Esto no es un diario*. México: Paidos.

BECKER, Howard. (1999). *Propos sur l'art*. Paris: L'Harmattan.

BECKER, Howard. (2015). *Para hablar de sociedad la sociología no basta*. Buenos Aires: Siglo XXI.

BEDREGAL, Juan Francisco. (2009).*Arqueología de los imaginarios urbanos de la modernidad en la ciudad de La Paz*. La Paz: Edobol.

BEDREGAL, Juan Francisco. (2015). *Saturno. Reflexiones urbanísticas en torno al problema de la incidencia del transporte público en el desarrollo urbano de las ciudades de La Paz y El Alto*. La Paz: Colegio de Arquitectos de Bolivia.

BENJAMIN, Walter. (2013). *Cuadros de un pensamiento*. Buenos Aires: Imago Mundi.

BENZECRY, Claudio. (2012). *El fanático de la ópera. Etnografía de una obsesión*. Buenos Aires: Siglo XXI.

BERGER, Peter. (1977). *Introducción a la sociología*. México: Limusa.

BERMAN, Marshall. (2009). *On the town. One hundred years of spectacle in Times Square*. New York : Verso.

BERMAN, Marshall. (2011). *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. México: Siglo XXI.

BERTHOUD, Olivier y Silvia Escobar. (1995). "Presentación". En *Sector informal urbano y crédito*. La Paz Codeso.

BERTHOUD, Olivier y Wlater Milligan. (1995). *Sector informal urbano y crédito*. La Paz: Codeso.

BIEHL, Joao. (2005). *Vita. Life in a Zone of social Abandonment*. California: University of California Press.

BLANCO, Carlos y Godofredo Sandoval. (1993). *La alcaldía de La Paz: 1885-1993. Entre populistas, modernistas y culturalistas* La Paz: ILDIS-IDIS.

BOAS, Franz. (1920). “The methods of ethnology”, in *American Anthropologist*, Vol. 22, N. 4, october-december, 311-321.

BOURDIEU, Pierre (Dir.). (1999). *La miseria del mundo*. México: FCE.

BOURDIEU, Pierre y Loic Wacquant. (1995). *Respuestas. Por una antropología reflexiva* México: Grijalbo.

BOURDIEU, Pierre. (1989). *La Noblesse d’Etat, grandes écoles et esprit de corps*. Paris: Minuit.

BOURDIEU, Pierre. (2001). *Las estructuras sociales de la economía*. Buenos Aires: Manantial.

BOURDIEU, Pierre. (2002). *Las reglas del arte*. Barcelona: Anagrama.

BOURDIEU, Pierre. (2003). “’L’objectivation participante”, en *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*. Núm. 150, p. 43-58.

BOURDIEU, Pierre. (2004). *El baile de los solteros*. Barcelona: Anagrama.

BOURDIEU, Pierre. (2006). *Autoanálisis de un sociólogo*. Barcelona: Anagrama.

BOURGOIS, Philippe. (1995). *In search of respect*. New York: Cambridge University Press.

BOURGOIS, Philippe. (2010). *En busca de respeto*. San Juan: Huracán.

BOURSOIS, Philippe y Jeff Schonberg. (2009). *Righteous Dopefiend*. Los Angeles: University of California Press.

BRYMAN, Alan (Ed.). (2001). *Ethnography*. London: Sage Publications. V. 1.

BRYMAN, Alan. (2001). “Introduction: A Review of Ethnography”. En Bryman (Ed.), *Ethnography*, Sage Publications, London, V. 1.

CALDEIRA, Teresa. (2007). *Ciudad de muros*. Barcelona: Gedisa.

CALDERÓN, Fernando. (1982). *La política en las calles*. Cochabamba: CERES.

CALDERÓN, Juan Carlos. (2015). *Juan Carlos Calderón. Arquitecto. Cinco décadas de arquitectura*. La Paz: Sagitario.

CÁRDENAS, Randolph (Et all). (2010). *Arquitecturas emergentes en El Alto*. La Paz: PIEB.

CAROZZI, María Julia. (2015). *Aquí se baila el tango. Una etnografía de las milongas porteñas*. Buenos Aires: Siglo XXI.

CATELLIN, Sylvie. (2014). *Sérendipité. Du conte au concept*. Paris: Seuil.

CHAPOULIE, Jean Michel. (2001). “Everett C. Hughes and the Development of Fieldwork in Sociology”, in Bryman (Ed.), *Ethnography*, Sage Publications, London, V. 1, 2001, p. 176-203. Originalmente publicado en *Urban Life*, Vol.. 15, 1987, pp. 259-293.

CLIFFORD, James y George Marcus (Eds.). (1991). *Retóricas de la antropología*. Madrid: Júcar.

CLIFFORD, James. (1991). “Introducción: Verdades parciales”. En Clifford y Marcus (Eds.), *Retóricas de la antropología*. Madrid: Júcar.

CORDERA, Rolando, Patricia Ramírez y Alicia Ziccardi (Coord). (2008). *Pobreza, desigualdad y exclusión social en la ciudad del Siglo* XXI. México: IIS-UNAM y S.XXI.

CUADROS, Alvaro. (2002). *La Paz*. La Paz: Facultad de Arquitectura, UMSA, Colegio Departamental de Arquitectos.

DAMATTA, Roberto. (1997). *Carnavales, Malandros y héroes*. México: F.C.E.

DE LAIRE, Fernando. (2008). "El análisis estructural de Hiernaux", Suárez (Coord.), *El sentido y el método*. México: IIS-UNAM y El Colegio de Michoacán.

DEEGAN, Mary Jo. (2001). "The Chicago School of Ethnography", in Atkinson (et all), *Handbook of Ethnography*. Londres: Sage.

DELGADO, Manuel. (2008) *El animal Público*. Barcelona: Anagrama.

DEVEREUX, George. (2012). *De la ansiedad al método en las ciencias del comportamiento*. México: Siglo XXI.

DÍAZ, Marianela (En prensa). (2017). "¿Hacia la descolonización del ser? Cholitas conductoras de televisión, misses y modelos en Bolivia". En Suárez (Coord.), *¿Todo cambia? Reflexiones sobre el 'proceso de cambio' en Bolivia*. México: IIS-UNAM.

DUBET, Francois. (2011). *La experiencia sociológica*. Barcelona: Gedisa.

DURKHEIM, Emile. (1987). *Las reglas del método sociológico*. México: Distribuciones hispánicas S.A.

ECO, Umberto. (1985). *La guerre du faux*. Paris : Grasset & Fasquelle.

ELIAS, Norbert, Scotson John. (2016). *Establecidos y marginados. Una investigación sociológica sobre problemas comunitarios*. México: F.C.E.

ELSER, Jon. (1996). *Tuercas y tornillos*. Barcelona : Gedisa.

EMERSON, Robert (et all). (1995). *Writing Ethnographic Fieldnotes*. Chicago : University of Chicago Press.

ESCALANTE, Fernando. (2004). *Estampas de Liliput*, México: F.C.E.

ESPINOZA, Fran. (2015). *Bolivia: la circulación de sus élites (2006-2014)*. Santa Cruz de la Sierra: El País.

EVANS-PRITCHARD, E.E. (2001). "Some Reminiscences and Reflections on Fieldwork", in Bryman (Ed.), *Ethnography*, Sage Publications, London, V. 1, 2001, p. 68-81. Originalmente publicado en *Journal of the Anthropological Society of Oxford*, Vol. 4, 1973, pp. 1-12

FOX, Kate. (2004). *Watching the English. The Hidden Rules of English Behaviors*. London: Hodder and Stoughton.

FRANQUESA, Jaume. (2013). *Urbanismo neoliberal, negocio inmobiliario y vida vecinal. El caso de Palma*. Barcelona: Icaria.

GEERTZ, Cliford. (1996). *Tras los hechos*. Barcelona: Paidós.

GEERTZ, Cliford. (2006). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.

GEERTZ, Cliford. (2013). *El antropólogo como autor*. Barcelona: Paidós.

GIGLIA, Angela. (2007). "La antropología y el estudio de las metrópolis". En Giglia, Garma y De Teresa (Comp.), *¿A dónde va la antropología?*México: UAM.

GINZBURG, Carlo. (1999). *El queso y los gusanos*. Barcelona: Muchnik Editores.

GINZBURG, Carlo. (2014). *El hilo y las huellas*. México: F.C.E.

Gobierno Autónomo Municipal de La Paz (GAMLP). (2013ª). *Cartillas de difusión. Encuesta Municipal a Hogares Sistema de Seguimiento, Monitoreo y Ajuste al JAYMA PDM 2007-2011 (SISMA)*. La Paz: GAMLP.

Gobierno Autónomo Municipal de La Paz (GAMLP). (2013b). *Anuario Estadístico*. La Paz: GAMLP.

Gobierno Municipal de La Paz (GML). (2010). *La Paz 10 años en cifras 2000-2009, compendio estadístico del Bicentenario*. La Paz: Gobierno Municipal de La Paz.

GOFFMAN, Erving. (1986). "La situación descuidada". En VV.AA., *Materiales de Sociología Crítica*. Madrid: La Piqueta.

GOFFMAN, Erving. (2016). *Les moments et leurs hommes*. Paris: Seuil/Minuit.

GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ, Luis. (1995). *El oficio de historiar*. México: Clío.

GRAFMAYER, Yves. (1999). "La coexistence en milieu urbain: échanges, conflits, transaction". En *Recherches sociologiques*, núm. 1, p. 157-176.

GROUX, Pablo. (2009). "Mamani Mamani. El descubrimiento del color andino". En Mamani Mamani, *Sapos, whakabolas y algunos k'alanchas más*. La Paz: Museo Nacional de Arte.

GUBER, Rosana.(2011). *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Buenos Aires: Siglo XXI.

HANNERZ, Ulf. (1986). *Exploración de la ciudad. Hacia una antropología urbana*. México: Fondo de Cultura Económica.

HARVEY, David. (2008). "El derecho a la ciudad", *New Left Review* 53, pp. 23-39.

HARVEY, David. (2014ª). *Breve historia del neoliberalismo*. La Paz: Vicepresidencia del Estado.

HARVEY, David. (2014b). *Ciudades rebeldes. Del derecho a la ciudad a la revolución urbana*. La Paz: Vicepresidencia del Estado.

HIERNAUX, Jean Pierre y Jean Remy. (1978). "Rapport de sens et rapport social, Eléments pour une problématique et une perspective d'observation, in *Recherches Sociologiques*, núm. 1.

HIERNAUX, Jean Pierre. (1977). *L'Institutiion Culturelle. Systématisation théorique et méthodologique,* Dissertation doctoral Vol I, Vol. II y Vol III, UCL-Louvain-la-Neuve.

HIERNAUX, Jean Pierre. (1995). "Analyse structurale de contenus et modèles culturels. Application à des matériaux volumineux", in VV.AA., *Pratiques et méthodes de la recherche en sciences sociales*. Paris: Armand Colin.

HOGGART, Richard. (1991). *33 Newport Street. Autobiographie d'un intellectuel issu des classes populaires anglaises*. Paris: Le Seuil.

HOGGART, Richard. (2013). *La cultura obrera en la sociedad de masas*. Buenos Aires: Siglo XXI.

HOLSTON, James. (1989). *The modernist city. An anthropological critique of Brasilia*. Chicago: The University of Chicago Press.

Instituto Nacional de Estadística (INE). (2015ª). *Censo de Población y Vivienda 2012 Bolivia. Características de la población*. La Paz: INE.

KAUFMANN, Jean-Claude. (2006). "La ropa sucia". En Beck (Comp.), *Hijos de la libertad*. México: F.C.E.

KHAN, Shamus. (2011). *Privilege. The making of an adolescent elite at St. Paul's School*, Oxford: Princeton University Press.

KOHL, Benjamin y Linda Farthing. (2012). *El bumerán boliviano*. La Paz: Plural.

LA BARRE, Weston. (2012). «Prefacio». En Develeux, *De la ansiedad al método en las ciencias del comportamiento*. México: Siglo XXI.

LAHIRE, Bernard. (2006). *El espíritu sociológico*. Buenos Aires: Manantial.

LECLERCQ, Etienne. (1998). « Présentation ». En Remy, *Sociologie urbaine et rural. L'espace et l'agir*. Paris : L'Harmattan.

LEFEBVRE, Henri. (1991). *Critique of Everyday Life Volumen I: Introduction*. London: Verso.

LEFEBVRE, Henri. (2013). *La producción del espacio*. Madrid: Capitán Swing.

LEWIS, Oscar. (2009). *Entre sapos, wakabolas y algunas kalanchas más*. La Paz: Museo Nacional de Arte.

LEWIS, Oscar. (2011). *Antropología de la pobreza. Cinco familias*. México: F.C.E. Mamani Mamani.

LEWIS, Oscar. (2012). *Los hijos de Sánchez. Una muerte en la familia Sánchez*. México: F.C.E.

MARTUCCELLI, Danilo. (2015). *Lima y sus arenas. Poderes sociales y jerarquías culturales*. Lima: Cauces.

MARTUCCELLI, Danilo. (2017). "Un rodeo: el Proceso de Cambio en el contexto de América Latina". En Suárez (Coord.), *¿Todo cambia? Reflexiones sobre el "proceso de cambio" en Bolivia*. México: IIS-UNAM. (En prensa)

MAYORGA, Fernando. (1991). *Max Fernández, la política del silencio. Emergencia y consolidación de Unidad Cívica Solidaridad*. La Paz: ILDIS.

MAYORGA, Fernando. (2014). *Incertidumbres tácticas: ensayos sobre democracia, populismo y ciudadanía*. La Paz: PIEB – Plural.

MEDEIROS, Gustavo. (2001). *Arquitectura y ciudad*. Sucre: Universidad Andina Simón Bolívar, Sucre.

MESA, Carlos. (2014). "Bolivia y los días gloriosos del capitalismo". En *Página Siete*, 9/2/2014.

MILLS, C. Wright. (2012). *La imaginación sociológica*. México: FCE.

Ministerio de Economía y Finanzas Públicas. (2013). *El modelo económico social comunitario y productivo y sus resultados*. Santa Cruz: Ministerio de Economía y Finanzas Públicas. Consultado en web: http://es.slideshare.net/EconomiaBo/nuevo-modelo-econmico-social-comunitario-y-productivo-y-sus-resultados (17/03/2013).

MOLINA, Fernando. (2015). *El modelo económico de Bolivia y su inevitable fracaso*. La Paz: Libros nómadas.

MONJE, Guillermo. (1995). *La Paz. Visión de un periodista*. La Paz: Khana Cruz.

MORALES, Juan Antonio. (2012). *La política económica boliviana 1982-2010*. La Paz: UCB-Plural.

MORIN, Edgar. (1967). *Commune en France. La métamorphose de Plodémet*. Paris : Fayard.

NICOLAS, Vincent, Pablo Quisbert. (2014). *Pachakuti: El retorno de la nación*. La Paz: PIEB.

Oficialía Mayor de Planificación para el Desarrollo. Dirección de Investigación e Información Municipal (OMPD-DIIM). (2014). *Diagnóstico de la formación técnica y tecnológica en el municipio de La Paz*. La Paz: GAMLP.

Oficialía Mayor de Planificación para el Desarrollo. Dirección de Investigación e Información Municipal (OMPD-DIIM).(2013). *Diagnóstico, estructura e indicadores de empleo en el municipio de La Paz*. La Paz: GAMLP.

Oficialía Mayor de Planificación para el Desarrollo. Dirección de Ordenamiento Territorial (OMPD-DOT). (2011). *Plan especial San Miguel*, fotocopias, La Paz.

PAPPE, Silvia. (2015). "La escritura, laboratorio para una sociedad moderna". En Moya y Olvera (Coords.), *Teoría e historia de la Sociología en México. Nuevos enfoques y prácticas*. México: UAM-A. 217-238.

PATANA, Edgar. (2014). "Prólogo". En Andreoli y D'Andrea, *La arquitectura de Freddy Mamani Silvestre*. La Paz: Gobierno Autónomo Municipal El Alto.

PAYÁ, Victor (Coord.). (2012). *El don y la palabra. Un studio socioantropológico de los mensajes póstumos del suicida*. México: Juan Pablos.

PAYÁ, Víctor (Coord.). (2017). *Sociología etnográfica*, Ciudad de México: UNAM (En prensa).

PAYÁ, Víctor (Ed.). (2010). *Sociología y antropología. Pensar las humanidades*. México: Juan Pablos – UNAM.

PEREIRA, René. (2009). "Ciudades bolivianas, ¿cómo entenderlas? Migración y urbanización". En Wanderley (Coord.), *Estudios urbanos en la encrucijada de la interdisciplinaridad*. LaPaz: CIDES-UMSA.

PLATT, Jennifer. (2001). "The Development of the 'Participant Observation' Method in Sociology: Origin Myth and History", in Bryman (Ed.), *Ethnography (Vol.1)*. London: Sage, 143-161.

PNUD. (2000). *Informe de Desarrollo Humano en Bolivia 2000*. La Paz: PNUD.

PNUD. (2015). *Informe Nacional sobre Desarrollo Humano en Bolivia. El nuevo rostro de Bolivia*. La Paz: PNUD.

PRADILLA, Emilio (Comp.). (2011). *Ciudades compactas, dispersas, fragmentadas*. México: Porrúa y UAM.

RAMÍREZ, Patricia (Coord.). (2013). *Las disputas por la ciudad*. México:Porrúa – IIS-UNAM.

RAUTY, Raffaele. (1998). "Introduction", in Anderson, *On hobos and homelessness*. Chicago: University of Chicago Press.

RECACOCHEA, Juan De. (2009). *Abeja reina*. La Paz: Plural.

REMY, Jean, Liliane Voyé y Emile Servais. (1991). *Produire ou reproduire. Une sociologie de la vie quotidienne*. Bruxelles: T. I Ed. De Boeck.

REMY, Jean, Liliane Voyé. (1976). *La ciudad y la urbanización*. Madrid: Instituto de Estudios de Administración Local.

REMY, Jean. (1998). *Sociologie urbaine et rural. L'espace et l'agir*. Paris : L'Harmattan.

REMY, Jean. (2015). *L'espace, un objet central de la sociologie*. Toulouse: Érès.

RIVERA, Alberto. (2013). *El mercado inmobiliario en La Paz, Cochabamba y Santa Cruz*. Cochabamba: CERES.

ROCHA, Omar (Coord.). (2009). *Mi barrio cuenta y yo cuento con mi barrio. El Bicentenario de La Paz, los vecinos narran la historia de 100 barrios*. La Paz: Concejo Municipal de La Paz GMLP.

SABATINI, Francisco, Luis Valadez, Gonzalo Cáceres. (2016). "Barrios populares viejos pero buenos, o cuando la antigüedad no es una decadencia. Un caso de gentrificación sin explosión en Pudahuel, Santiago de Chile". En Ramírez (Coord.,) *La reinvención del espacio público en la ciudad fragmentada*. México: IIS-UNAM, P. 599-644.

SAENZ, Jaime. (1968)."El aparapita de La Paz". En *Mundo Nuevo*, núm. 26-27, Agosto-septiembre, Buenos Aires. Consultado en Linea: http://www.periodicas.edu.uy/o/Mundo_Nuevo/pdfs/Mundo_Nuevo_26-27_ago-set_1968.pdf (9/5/14).

SAENZ, Jaime. (1980). *Imágenes paceñas. Lugares y personas de la ciudad*. La Paz: Urquiza.

SAENZ, Jaime. (1986). *Vidas y muertes*. La Paz: Huayna Potosí.

SALAZAR, Yolanda. 2016. *Arquitectura emergente. Una nueva forma de construir imaginarios urbanos en El Alto*. La Paz: UCB / Plural.

SANDOVAL, Godofredo. (2015). La Paz: ¿ciudad moderna y sostenible? En *T'inkazos*, núm. 38, p. 9-33.

SASSEN, Saskia. (2007). *Una sociología de la globalización*. Buenos Aires: Katz.

SENNETT, Richard. (1994). *Carne y Piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*. Madrid: Alianza.

SENNETT, Richard. (2006). "La sociología como una de las bellas artes. Entrevista con Richard Sennett", Carolina del Olmo, *Minerva*, 2., p. 46-49.

SENNETT, Richard. (2008). "Retrato de Richard Sennett: permiso para perderse", Fernando Pérez, *Letras en línea*, Julio, Santiago de Chile, Universidad Alberto Hurtado. www.letrasenlinea.uahurtado.cl (consultado 28-1-2016) 1-10.

SENNETT, Richard. (2012). *El respeto*. Barcelona: Anagrama.

SORUCO, Ximena (Coord.). (2014). *Composición social del Estado Plurinacional*. La Paz: Centro de Investigaciones Sociales Vicepresidencia del Estado.

SOUZA, Mauricio (En prensa). (2017). "Teoría y práctica de un cine junto al Estado: El capítulo de los regresos". En Suárez (Coord.), *¿Todo cambia? Reflexiones sobre el 'proceso de cambio' en Bolivia*. México: IIS-UNAM.

SUÁREZ, Hugo José. (2001). *¿Ser cristiano es ser de izquierda?*, Tesis en vistas de la obtención del grado de Doctor en Sociología, UCL, Lovaina-la-Nueva.

SUÁREZ, Hugo José. (2003ª). *¿Ser cristiano es ser de izquierda?* La Paz: Muela del Diablo.

SUÁREZ, Hugo José. (2003b). *La transformación del sentido*. La Paz Muela del Diablo.

SUÁREZ, Hugo José. (2005). "Archivo Julio Cordero (1900 – 1961). La fotografía del progreso en Bolivia". En *Relaciones*, volumen XXVI, Número 104, Zamora- Michoacán, p. 105 – 133.

SUÁREZ, Hugo José. (2008). *El sentido y el método. Sociología de las estructuras simbólicas y análisis de contenido*. México: IIS-UNAM – El Colegio de Michoacán.

SUÁREZ, Hugo José. (2014). "Con la religión entre las manos", en Suárez y Pirker, *Sociólogos y su sociología*. Mexico: IIS-UNAM.

SUÁREZ, Hugo José. (2015). *Un sociólogo vagabundo en Nueva York*. La Paz: Gente Común.

SUÁREZ, Hugo José. (2016). "La fiesta religiosa popular en la ciudad", en Florescano y Santana (Coords.), *Fiesta Mexicana*. México: FCE.

SUÁREZ, Hugo José. (Coord.). (2017)*¿Todo cambia? Reflexiones sobre el 'proceso de cambio' en Bolivia*. México: IIS-UNAM. (En Prensa).

SZMUKLER, Alicia. (1998). *La ciudad imaginaria*. La Paz: PIEB.

TAPIA, Luis. (2009). *La coyuntura de la autonomía relativa del estado*. La Paz: Muela del Diablo y CLACSO.

TASSI, Nico (Et all). (2013). *Hacer plata sin plata*. La Paz: PIEB.

TASSI, Nico, Alfonso Hinojosa y Richard Canaviri. (2015). *La economía popular en Bolivia: tres miradas*. La Paz: Vicepresidencia del Estado-Centro de Investigaciones Sociales.

TASSI, Nico. (2012). *La otra cara del mercado*. La Paz: ISEAT.

TAUSSIG, Michael. (2011). *I Swear I Saw This. Drawing in Fieldwork Notebooks, Namely my Own*. Chicago: University of Chicago Press.

TELLERÍA, Paul. (2008). *Trajines y haceres*. La Paz: Gente Común.

TORANZO, Carlos. (1993). "Burguesía 'chola', una sorpresa de la sociología boliviana". En Miranda (Coord.), *Bolivia en la hora de su modernización*. México: UNAM, 285-302.

TORREZ, Yuri y Claudia Arce. (2014). *Construcción simbólica del Estado Plurinacional*. La Paz: PIEB.

TORRICO, Escarlet (Coord.). (2013). *Villas rebeldes. Apuntes sobre las organizaciones vecinales de la periferie urbana de Bolivia*. Cochabamba: Cedib.

TORRICO, Escarlet. (2011). "El nuevo rostro urbano de Bolivia". En Urquieta (Coord.), *Ciudades en transformación*, La Paz: CIDES-UMSA, 60-72.

URQUIETA, Patricia (Coord.). (2011). *Ciudades en transformación. Disputas por el espacio, apropiación de la ciudad y prácticas de ciudadanía*. La Paz: CIDES-UMSA.

VELHO, Gilberto. (2014). *La utopía urbana. Un estudio de antropología social*. México: CIESAS.

VENKATESH, Sudhir. (200)2. *American Project*. Harvard: Harvard University Press.

VENKATESH, Sudhir. (2000). "Doin´ the hustle. Constructing the ethnographer in the American ghetto". En *Ethnography*, Vol 3 (1), p. 91-111.

VENKATESH, Sudhir. (2008). *Gang Leader for a Day*. Nueva York: The Penguin Press.

VENKATESH, Sudhir. (2013). *Floating City*. Nueva York: The Penguin Press.

VIAÑA, Jorge (Coord.). (2014). *Configuración y horizontes del Estado plurinacional*. La Paz: Vicepresidencia del Estado- Centro de Investigaciones Sociales.

VILLAGÓMEZ PAREDES, Carlos. (2004). *La Paz ha muerto*, Ed. Colegio departamental de arquitectos de La Paz y Plural.

VILLAGÓMEZ PAREDES, Carlos. (2009). "Arquitectura en La Paz, de 1950 a nuestros días", en Iturri (Coord.), *Bicentenario de la revolución del 16 de julio, 1809-2009*. La Paz: Gobierno Municipal de La Paz.

VILLANUEVA, Emilio. (2014). *Motivos coloniales y escritos fundamentales de Emilio Villanueva*. La Paz: Concejo Municipal de La Paz.

VV.AA. (2009). *Los 50 años de la Parroquia de San Miguel*. LaPaz: Parroquia San Miguel.

WACQUANT, Loic. (2003). "Ethnografeast: A progress report on the practice and promise of ethnography", in *Ethnography*, Vol 4(1), 5–14.

WACQUANT, Loic. (2009). "El cuerpo, el gueto y el Estado Penal". En *Apuntes de investigación del CECYP*, núm. 16-17, p. 113-145

WACQUANT, Loic. 2006. *Entre las cuerdas*. Buenos Aires: Siglo XXI.

WANDERLEY, Fernanda (Coord.). (2009). *Estudios urbanos en la encrucijada de la interdisciplinaridad*. La Paz: CIDES-UMSA.

WANDERLEY, Fernanda. (2013). *¿Qué pasó con el proceso de cambio en Bolivia? Ideales acertados, medios equivocados, resultados trastrocados*. La Paz: CIDES-UMSA y Plural.

WHITE, William. (1971). *Sociedad de las esquinas*. México: Diana.

WHYTE, William. (1961). *Street Corner Society*. Chicago: The University of Chicago Press.

WHYTE, William. (2001). "On Making the Most of Participant Observation". En Bryman (Ed.), *Ethnography*, Sage Publications, London, V. 1, 2001, p. 162-174. Originalmente publicado en *American Sociologist*, vol. 14, 1979, pp. 56-66.

WILSON, William. (2002). "Foreword", in Venkatesh, *American Project*. Harvard: Harvard.

WOOD, David (En prensa). (2017). "Evo, Sanjinés y la épica histórica: miradas cinematográficas sobre el pasado y el presente de Bolivia". En Suárez (Coord.), *¿Todo cambia? Reflexiones sobre el 'proceso de cambio' en Bolivia*. México: IIS-UNAM.

ZAMORANO, Carolina. (2013). *Vivienda mínima obrera en el México posrevolucionario: apropiaciones de una utopía urbana (1932-2004)*. México: CIESAS.

ZEGADA, María Teresa y Jorge Komadina. (2014). *El espejo de la sociedad. Poder y representación en Bolivia*. La Paz: CERES-Plural.

ZERMEÑO, Sergio. (2014). *Las trampas de la belleza*. México: MA Porrúa.

ZAVALETA, René. (2010). *Lo nacional popular en Bolivia*. La Paz: Plural.

ZIRIÓN, Antonio. (2013). *La construcción del habitar*. México: UAM Y Juan Pablos Editor.

Filmografía y videos:

MORIN, Edgar y Jean Rouch (directores). (1961) *Chronique d'un été (Paris 1960)*. Paris.

Programa Urbanose, L'Office National du Film du Canada. (1972). *Entrevista a Henri Lefebvre* (1972) Programa Urbanose, L'Office National du Film du Canada. [fecha de consulta: 05 de octubre del 2016] Disponible en : https://www.youtube.com/watch?v=B6qPlfNShjQ&index=4&list=PLijt__Y3E27hMyw6R_Cbdn8ZqyIbNnTi2

SORIA, Oscar (escritor), Eguino, Antonio (director). (1977). *Chuquiago*. Bolivia: Grupo Ukamau.

VALDIVIA, Juan Carlos (escritor y director). (2013). *Yvy Maraey. Tierra sin mal*. Bolivia, México, Noruega: Cinenómada / Rio Negro Producciones / Barracuda Films.

VALDIVIA, Juan Carlos (escritor-director). (2009). *Zona Sur*. Bolivia: Cinenómada.

Canción

MONROY, Manuel (1996) *Chenk'o total*. Qué tal metal [Álbum-CD]. Bolivia: Discolandia.

Páginas web consultadas

Agencia Boliviana de Información ABI (s.f.) Recuperado el 21 de enero del 2014 en www.abi.bo

Vinos (s.f.) Recuperado el 09 de mayo del 2014 en www.camposdesolana.com

El comercio, (2013). Dueño del mejor restaurante del mundo abrió un local en Bolivia. En *El Comercio/Gastronomía* [en línea] [fecha de consulta: 08 de mayo del 2014] Disponible en: <www.elcomercio.pe/gastronomia/internacional/dueno-mejor-restaurante-mundo-abre-local-bolivia-revolucionar-su-comida-noticia-1559635 >

El mundo es/América (2010). Abren en la Paz el mayor centro comercial en Bolivia.En *El Mundo. Es/América* [en línea] [Fecha de consulta: 08 de mayo del 2014]. Disponible en: <www.elmundo.es/america/2010/05/06/noticias/1273179606.html >

Radio FM Bolivia.(2012) Carros de fuego entregaron doble regalo a los niños. *En Radio FM Bolivia. Net*. [En línea] [Fecha de consulta 08 de mayo del 2014]. Disponible en: <www.fmbolivia.net/noticia54814-carros-de-fuego-entregaron-doble-regalo-a-los-nios.html >

Radio FM Bolivia.(2010) Bolivia: El Megacenter tendrá bulevar, cancha y paintball. En *Radio FM Bolivia Net*. [en línea [Fecha de consulta 08 de mayo del 2014]. Disponible en: <www.fmbolivia.net/noticia12605-bolivia-el-megacenter-tendr-bulevar-cancha-y-paintball.html >

Radio FM Bolivia. (2010). El mayor complejo comercial de Bolivia, Megacenter nace en la Paz En *Radio FM Bolivia Net* [en línea] [Fecha de consulta 08 de mayo del 2014]. Disponible en: www.fmbolivia.com.bo/noticia27609-el-mayor-complejo-comercial-de-bolivia-megacenter-nace-en-la-paz.html

Hiper maxi (s.f.) Recuperado el 08 de mayo del 2013, de www.hipermaxi.wordpress.com

Agencia Boliviana de Información ABI (2014). Restaurantes y supermercados facturaron us 85 millones en enero. En *La Razón Digital / Economía*. [En línea] [Fecha de consulta: 08 de mayo del 2014] Disponible en: < http://www.la-razon.com/economia/Restaurantes-supermercados-facturaron-millones-enero_0_2030797002.html >

PAREDES, Jimena. (2013) Los supermercados abrirán más sucursales por elevada demanda. *La Razón/Economía* .[en línea] [Fecha de consulta 08 de mayo del 2014] Disponible en: < www.la-razon.com/economia/supermercados-abriran-sucursales-elevada-demanda_0_1877212369.html >

TORO, Edgar. Claus Meyer, (2013). El chef más famoso del mundo, abre Gustu en la Paz. *La Razón/ Suplemento*. [en línea] [Fecha de consulta 08 de mayo del 2015] Disponible en:

www.la-razon.com/suplementos/financiero/Claus-Meyer-famoso-Gustu-Paz_0_1807019356.html

PAREDES, Jimena. (2014). Facturación en supermercados se llegó a triplicar en ocho años. *La Razón/Economía*. [en línea] [Fecha de consulta: 08 de mayo del 2014] Disponible en: www.la-razon.com/economia/Facturacion-supermercados-llego-triplicar-anos_0_2040995965.html

PAREDES, Jimena. (2013). Se realizan entre 10.000 y 17. 000 transacciones por día. La Razón/Economía [en línea] [Fecha de consulta: 08 de mayo del 2014] Disponible en: www.la-razon.com/economia/realizan-transacciones-dia_0_1877212368.html

SANABRIA, Tatiana (2014). Gustu pone a Bolivia en el mapa mundial de la gastronomía. En *Página Siete*. [en línea] [Fecha de consulta: 08 de mayo del 2014] Disponible en: www.paginasiete.bo/gente/2014/1/18/gustu-pone-bolivia-mapa-mundial-gastronomia-11635.html

Singani 63 Brandy (s.f.) Recuperado el 09 de Mayo del 2014 en www.proof66.com/eau-de-vie/singani-63-brandy.html

NEUMAN, William. (2012). High Ambition and Visions of Andean Haute Cuisine. En *The New York Times*. [en línea] [Fecha de consulta: 08 de mayo del 2014] Disponible en: www.nytimes.com/2012/11/07/world/europe/in-bolivia-high-goals-and-visions-of-haute-cuisine.html?_r=0

SHULMAN, Martha R.(s.f.) Quinoa Bowl with artichokes, spring onions and peas. En *The New York Time/Cooking*. [en línea] [fecha de consulta 08 de mayo del 2014] Disponible en: < www.nytimes.com/recipes/1016323/quinoa-bowl-with-artichokes-spring-onions-and-peas.html

Restaurante Gustu (s.f.) Recuperado el 09 de mayo del 2014 en www.restaurantgustu.com

The guardian. Gustu, (2013). Bolivia: the surpriserestaurant venture by Norma´s Claus Meyer. En *The guardian/La Paz Holidays*. [en línea] [fecha de consulta 08 de mayo del 2014] Disponible en: <restaurantwww.theguardian.com/travel/2013/jun/13/gustu-restaurant-la-paz-bolivia-review>

Department of sociology at Columbia University (s.f.) Recuperado el 09 de mayo del 2014 en www.sociology.columbia.edu.

Revistas

Nueva Antropología, (2015). *El poder de la etnografía*, N. 83, julio-diciembre.